AÑO CRISTIANO

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DOMINGOS

DIAS DE CUARESMA Y FIESTAS MOVIBLES

contiene

LA HISTORIA Ó EXPOSICION DEL MISTERIO
Ó DE LO MAS DIGNO DE SABERSE EN TALES DIAS; ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE
LA EPÍSTOLA; UNA MEDITACION DESPUES DEL EVANGELIO DE LA MISA
Y ALGUNOS EJERCICIOS PRÁCTICOS DE DEVOCION Ó PROPÓSITOS ADAPTABLES
Á TODO GÉNERO DE PERSONAS

ESCRITO EN FRANCÉS

Por el P. J. CROISSET, de la Compañía de Jesus

NUEVA TRADUCCION

POR DON JOSÉ MARIA DIAZ JIMENEZ, PRESBITERO

REVISTA Y CORREGIDA CON ESMERO

Por DON BUENAVENTURA DE CUBA

Benedictino, Doctor en Filosofía y Teología, antiguo Catedrático de Filosofía y Matemáticas en la Universidad Régia y Pontificia de Vache de Estella.

ADORNADO CON LÁMINAS FINAS

Desde el domingo de Pascua de Resurreccion hasta la octava de la festividad del Santísimo Sacramento

---

PARIS
LIBRERIA DE CH. BOURET
23, CALLE VISCONTI, 23

MEXICO
LIBRERIA DE CH. BOURET
18, CALLE SAN JOSE EL REAL, 18

1878

TABLA

DE LOS TÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE CUARTO TOMO.

Pág.

DOMINGO DE LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, Ó DE LA PASCUA, 1
Historia de la fiesta de Pascua, *ib.*
La epístola de la misa, 25
Reflexiones sobre la epístola, *ib.*
El evangelio de la misa, 25
Meditacion. — Sobre el misterio de la Resurreccion, 26
Propósitos, 30

LUNES DE PASCUA, 32
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 46
Reflexiones sobre la epístola, 47
El evangelio de la misa, 49
Meditacion. — Sobre la resurreccion espiritual, 50
Propósitos, 54

MARTES DE PASCUA, 55
Historia del oficio de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 65
Reflexiones sobre la epístola, 66
El evangelio de la misa, 68
Meditacion. — Sobre las señales de la verdadera resurreccion espiritual, *ib.*
Propósitos, 72

DOMINGO DE CUASIMODO, 74
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 85

Pag.
Reflexiones sobre la epístola, 86
El evangelio de la misa, 88
Meditacion. — De la fe, 89
Propósitos, 93

Segundo domingo despues de Pascua, 95
Historia del oficio de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 104
Reflexiones sobre la epístola, *ib.*
El evangelio de la misa, 106
Meditacion. — De la misericordia de Dios con los pecadores, *ib.*
Propósitos, 110

Tercer domingo despues de Pascua, 111
Historia del oficio de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 122
Reflexiones sobre la epístola, 125
El evangelio de la misa, 125
Meditacion. — Que en este mundo no hay ni puede haber verdadera alegría sino en el corazon de los buenos, 126
Propósitos, 130

Cuarto domingo despues de Pascua, 131
Historia del oficio de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 145
Reflexiones sobre la epístola, 146
El evangelio de la misa, 148
Meditacion. — Del mundo, *ib.*
Propósitos, 152

Quinto domingo despues de Pascua, 153
Historia del oficio de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 162
Reflexiones sobre la epístola, 163

Pág.
El evangelio de la misa, 166
Meditacion. — De la confianza en Dios, *ib.*
Propósitos, 170

Las Rogaciones, 172
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 186
Reflexiones sobre la epístola, 187
El evangelio de la misa, 189
Meditacion. — De la oracion, *ib.*
Propósitos, 194

La Ascension de nuestro Señor Jesucristo, 196
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 214
Reflexiones sobre la epístola, 215
El evangelio de la misa, 218
Meditacion. — Sobre el misterio del dia, *ib.*
Propósitos, 223

Domingo despues de la Ascension, 225
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 235
Reflexiones sobre la epístola, *ib.*
El evangelio de la misa, 237
Meditacion. — De las contradicciones y pruebas á que están expuestos los buenos, 238
Propósitos, 242

Domingo de Pentecostés, 243
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 263
Reflexiones sobre la epístola, 264
El evangelio de la misa, 266
Meditacion. — Sobre el misterio de este dia, *ib.*
Propósitos, 271

Pág.
Segundo dia de Pentecostés, 272
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 282
Reflexiones sobre la epístola, 283
El evangelio de la misa, 285
Meditacion. — Cuánto nos ha amado Dios, y cuán poco le amamos nosotros, 286
Propósitos, 289

Tercer dia de Pentecostés, 291
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 303
Reflexiones sobre la epístola, *ib.*
El evangelio de la misa, 305
Meditacion. — Sobre los dones y los frutos del Espíritu Santo, 306
Propósitos, 309

La fiesta de la santísima Trinidad, 311
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 324
Reflexiones sobre la epístola, 325
El evangelio de la misa, 327
Meditacion. — Sobre el misterio de este dia, *ib.*
Propósitos, 331

La fiesta del Santísimo Sacramento, ó corpus, 334
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 354
Reflexiones sobre la epístola, 355
El evangelio de la misa, 357
Meditacion. — Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, *ib.*
Propósitos, 362

Domingo infraoctavo del Santísimo Sacramento, y segundo despues de Pentecostés, 364
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*

Pág.
La epístola de la misa, 375
Reflexiones sobre la epístola, *ib.*
El evangelio de la misa, 377
Meditacion. — Sobre las excusas que alejan á muchos de la comunion, 378
Propósitos, 382

Dia de la octava de la festividad del Santísimo Sacramento, 385
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 403
Reflexiones sobre la epístola, *ib.*
El evangelio de la misa, 406
Meditacion. — De nuestra ingratitud con Jesucristo en el Santísimo Sacramento, *ib.*
Propósitos, 411

FIN DE LA TABLA.

Sceaux. — Imp. Charaire é hijo.

AÑO CRISTIANO

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DOMINGOS,

DIAS DE CUARESMA Y FIESTAS MOVIBLES.

DOMINGO

DE LA

RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,

O SEA DOMINGO DE PASCUA.

Este es el dia feliz, dice el Profeta, que ha hecho el Señor: celebremos este dia con todo el gozo y alegría que nos sea posible. ¿Hubo nunca un motivo mas justo de regocijo que la resurreccion del Salvador? Este misterio es la prueba invencible de todos los demás; es el fundamento de nuestra religion, la prenda segura de nuestra felicidad, la base de nuestra fe y de nuestra esperanza. Jesucristo resucitado, dice san Atanasio, ha hecho una fiesta continua de la vida de los hombres: ya no debe turbar nuestro reposo ninguna pena, ningun temor; nuestra esperanza ya no es vacilante ni incierta, y pues que nuestro Señor vuelve á vivir para no morir mas, nosotros no podemos morir sino para volver á vivir. Hemos llorado á Jesucristo; justo es que habiendo sentido los dolores

y las ignominias de su muerte, tengamos parte en la gloria y en la alegría de su triunfo. Manifieste su alegría todo el universo, dicen los profetas; resuene todo el mundo en este dia dichoso con voces y cánticos de alegría para celebrar un triunfo que debe hacernos á todos felices (1). La muerte está vencida; el infierno deja libres sus mas ilustres cautivos; la tierra, antes del tiempo de la restitucion general, se ve forzada á volver á muchos santos los despojos de sus cuerpos para honrar la pompa de su victoria; el cielo envía sus ángeles para anunciar á todos los fieles la gloriosa y triunfante resurreccion de su Redentor; los apóstoles salen por fin de las tinieblas de su ignorancia y de su incredulidad para reconocer y adorar la divinidad de su Salvador, á quien ven en este dia victorioso de la misma muerte.

Todo el cristianismo está fundado en la creencia de este misterio; todo gira sobre esta verdad fundamental. *Si Jesucristo no ha resucitado*, dice san Pablo, *en vano predicamos, en vano creemos.* Si Jesucristo no ha resucitado, dicen los padres, todas sus promesas son vanas, toda nuestra esperanza viene á tierra, nuestra fe se desvanece, se extingue. Por mas que la divinidad de Jesucristo hubiese sido comprobada suficientemente, ya por las obras sobrenaturales que habia hecho durante el curso de su vida mortal, ya por los oráculos de los profetas que tan exactamente se referian todos á las diversas circunstancias de su vida, de su pasion y de su muerte; los demonios arrojados de los cuerpos, los ciegos curados, los muertos de cuatro dias resucitados, aunque tantas maravillas le autorizaban al parecer bastantemente en la cualidad

(1) Joel, 2.

de Hijo de Dios que tomó, con todo eso era necesario que resucitase, para que una verdad tan importante quedase fuera de todo ataque á todos los tiros de la calumnia. Puede, pues, asegurarse que la revelacion de la divinidad de Jesucristo estaba anexa principalmente á su resurreccion. Esta es la prueba que él mismo daba. El Evangelio está lleno de las expresas declaraciones que tan frecuentemente hacia á sus discípulos, no solo de los oprobios de su muerte, sino de sus gloriosas consecuencias, y singularmente de la resurreccion de su cuerpo al tercer dia. No bastaba habérselo confiado á sus discípulos, si lo hubiera ocultado á sus enemigos; por tanto tambien se lo manifestaba á estos cuando se presentaba la coyuntura. Unas veces se servia de expresiones misteriosas y figuradas para despertar su atencion y su curiosidad. Vosotros me preguntais, les decia, con qué autoridad arrojo á latigazos á los que por un tráfico indigno profanan el templo; destruid, pues, este templo, y yo le volveré á edificar en tres dias. Y el templo de que hablaba era, dice san Juan, su propio cuerpo. Despues que hubiéreis destruido por una muerte cruel é ignominiosa este templo visible, que es mi cuerpo, yo mismo lo restableceré al tercer dia en el mismo estado, y en un estado todavía mas perfecto. Vosotros me pedis, les decia en otra parte, un nuevo milagro para convencer vuestra incredulidad: los que he hecho, y de cuya mayor parte habeis sido testigos, podrian bastaros; pero yo haré uno que pondrá el sello á todos los demás, y que ningun hombre puede hacer sino Dios. Este será el que representó en figura el profeta Jonás, arrojado con vida del vientre de la ballena. No obstante que eran figuradas, los

judíos comprendieron bien estas expresiones; tanto se penetraron de su verdadero sentido, que apenas murió, fueron incontinenti á Pilato y le dijeron : *Nos acordamos que aquel seductor ha dicho muchas veces durante su vida que resucitaria al tercer dia*; preciso es por consiguiente prevenir el error y cerrar todos los caminos á la impostura, tomando todas las precauciones posibles para impedir que sea robado del sepulcro. En efecto, tomáronse estas precauciones : la autoridad del príncipe, la desconfianza de los sacerdotes, los artificios de los fariseos, la vigilancia de los guardas, el sello de los magistrados, todo se puso por obra para impedir cualquiera sorpresa; y todo sirvió á despecho de ellos para hacer mas incontestable y mas sensible la verdad de la resurreccion. Si Pilato se hubiese contentado con enviar simplemente su guardia y dar las órdenes para que se velase en derredor del sepulcro, los judíos, dice san Crisóstomo, hubieran podido desconfiar de la fidelidad de unos soldados extranjeros que no les reconocian como señores; y para quitar este pretexto á su incredulidad, Dios quiere que Pilato lo deje todo á la disposicion de los judíos, tan encaprichados en la idea de abolir la memoria del Salvador, y tan interesados en falsificar la prediccion de su resurreccion. Así es que para ello nada omiten; la piedra sola con que cuidan de cerrar la entrada del sepulcro, hubiera bastado por su peso enorme para asegurarles. No contentos con haber establecido una guardia de soldados aguerridos y de confianza al rededor del sepulcro, ponen el sello sobre la tierra. Hé aquí el sepulcro cerrado, sellado, y, por decirlo así, sitiado. ¡Qué aparato mas glorioso para la majestad del Salvador! dice

un santo padre; pero ¿hay alguna cosa mas brillante para la gloria de la sabiduría y del poder de Jesucristo? porque en este mismo cuidado tan perspicaz y tan vivo de los judíos para procurar cuanto pudiese ser obstáculo á su designio, dice uno de los mas célebres oradores cristianos, encuentra con que confundirlos. Quiere que aquellos furiosos nada tengan que acusarse respecto de la vigilancia, á fin de que en nada tengan que recusarle respecto de la verdad. Los guardias establecidos para quitar á la resurreccion los medios de difundirse por el mundo, quitan á sus enemigos el medio de contestarla. Segun sus miras, lo hecho eran otros tantos obstáculos á la impostura; segun las miras de Dios, eran otros tantos apoyos á la verdad. Sin los soldados, hubiera sido necesario que hubiesen sido los primeros denunciadores de este prodigio los apóstoles, gentes sospechosas é interesadas en publicar este hecho; en lugar de que los mismos soldados son los que, testigos oculares de la resurreccion, la denuncian á los pontífices, y confunden de este modo su malignidad. Porque acusar, como ellos lo hicieron, la negligencia y el sueño de los soldados, es un efugio ridículo, dice san Agustin, que hace todavía mas incontestable la milagrosa resurreccion del Salvador. Porque, si los soldados velaban, ¿cómo han podido dejar á sangre fría romper el sello, trastornar la piedra y robar el cuerpo? Si dormian, ¿son admisibles para negar el prodigio? La ficcion es muy grosera para que tenga ni el menor vislumbre de probabilidad. ¿Es verosímil que todo un cuerpo de guardia se haya dormido? ¿que ni uno solo de tantos soldados se haya despertado al ruido que necesariamente ha debido hacer un gran número de

gentes para remover la piedra, para sacar el cuerpo del sepulcro, y hacerle pasar por una abertura tan estrecha á fuerza de brazos? ¡qué letargo á prueba de tanto ruido y tanto tumulto! Pero ¿y quién ha podido inspirar un ánimo tan repentino, un atrevimiento tan peligroso á un puñado de pobres pescadores que habian huido apenas supieron la prision del Salvador, y de los que el mas determinado habia jurado que no era su discípulo, cuando una criada le acusaba de ello? Mas aun; si los discípulos se ven reducidos á robar el cuerpo de su Maestro, era preciso que estuviesen convencidos de que no podia resucitarse, despues de tantas seguridades como les habia dado, y viesen claramente que no era mas que un insigne impostor. Si es un impostor sobre este artículo esencial, ¿qué quieren hacer de su cuerpo? ¿qué pueden esperar del resto de sus promesas? ¿qué interés tenian en engañar á toda una nacion por sostener un impostor que les habia engañado á ellos? ¿Cuánto mayor por el contrario les resultaba de ganar las potestades, y aun ser recompensados de los escribas y de los fariseos, descubriendo ellos mismos la impostura? No teniendo ya nada que esperar de un hombre muerto que les ha engañado, ¿se hubieran expuesto sin provecho alguno á los mas horrorosos tormentos? *Decid que vinieron sus discípulos de noche, y que lo han robado estando vosotros durmiendo.* ¿Podian servirse los judíos de un artificio mas grosero, ni de una trapacería mas marcada? A fuerza de quererla disfrazar, manifiestan mas su negra malicia. Porque al fin, si los soldados se han dormido, ¿quién no ve que deben ser castigados por un descuido tan criminal? y si los discípulos, esto es, aquellos pobres, aquellos tímidos pescadores han sido tan

atrevidos, que han forzado el cuerpo de guardia; si han osado arrebatar un cuerpo puesto en depósito bajo del sello público, ¿qué investigaciones se han hecho? ¿qué castigo se ha exigido de un crímen tan enorme? Se recompensa largamente la pretendida negligencia de los soldados, y no se dice una palabra á los que se les acusa de un crímen tan atroz. ¡Qué pruebas tan brillantes, dicen los padres, son de la verdad de este misterio la irregularidad de esta conducta, estas contradicciones, estos artificios, estas suposiciones é inútiles sutilezas! ¡Qué prueba tan incontestable de la divinidad de Jesucristo es la verdad de este gran misterio, y por consiguiente de la verdad, de la santidad, de la infalibilidad de nuestra religion que él ha establecido! Así es que en virtud de la seguridad y de la fe de esta resurreccion tan milagrosa del Salvador, el cristianismo se ha multiplicado, el Evangelio ha hecho en el mundo progresos infinitos, y la divinidad del Salvador, á pesar del infierno y de todas sus potestades, ha sido creida hasta los últimos confines del mundo. Jamás predicaban los apóstoles á Jesucristo, sin que produjesen su resurreccion como una prueba sin réplica. En el primer sermon que hizo san Pedro en medio de Jerusalen cincuenta dias despues que Jesucristo habia resucitado, y por medio del que convirtió á tres mil judíos, en este sermon, repito, no habló de otra cosa que de este misterio, sin que ni un escriba, ni fariseo, ni sacerdote se atreviese á desmentirle. El que os predicamos, decian altamente los apóstoles, es el que vosotros habeis crucificado, el que ha espirado en la cruz, y el que se ha resucitado á sí mismo despues de tres dias. La evidencia de esta resurreccion

es la prueba evidente de todas las verdades de fe, y la demostracion de todos los demás misterios. Puede decirse que en el nacimiento de la Iglesia toda la fuerza del zelo de los apóstoles se reducia á dar testimonio al público de la resurreccion del Salvador. Ellos no se califican al parecer mas que de testigos de la resurreccion del Señor. ¿Es necesario asociarse un nuevo discípulo en lugar del pérfido Judas? no se procura otra cosa sino que haya sido como ellos testigo de la resurreccion de Jesucristo. Y en efecto, añade san Lucas, todo el mundo se rendia á la fuerza de este testimonio. Toda la religion, todo el Evangelio están contenidos, por decirlo así, en este solo artículo de nuestra fe. ¿Jesucristo ha resucitado? Luego es el Hijo de Dios, luego es Dios, como él mismo nos lo ha asegurado; sus palabras son oráculos de verdad; su Evangelio es la única regla de las costumbres; su Iglesia el único camino de la salud; su religion la única religion verdadera que puede haber en el mundo.

Por la excelencia de este misterio juzguemos de la solemnidad de la fiesta de este dia. La fiesta de Pascua es la primera y la mas augusta de todas las fiestas de la religion cristiana. La Iglesia la ha mirado siempre en particular como el *dia del Señor* por excelencia, y le ha consignado el nombre augusto de *Domingo*, despues de haber transferido á ella todos los honores y los deberes del sábado, que hasta entonces habia sido el dia singularmente consagrado al Señor. No se ha contentado con circunscribir la solemnidad al dia de la Resurreccion, ni á los términos de una octava ordinaria: ha querido que los regocijos espirituales de la fiesta continuasen los cincuenta dias, que es lo

que se llama tiempo pascual, y que, durante el año, el primer dia de la semana, que por esto ha ocupado el lugar del sábado, nos renovase la memoria del misterio de la resurreccion, celebrase en algun modo la solemnidad, y cada domingo fuese como la octava perpetua de la fiesta de Pascua.

San Basilio dice que la fiesta de Pascua es como el principio de la fiesta de la eternidad, ó á lo menos como la representacion de la fiesta de la eternidad bienaventurada. Otros santos padres la llaman la fiesta de las fiestas. La fiesta de Pascua, dice san Gregorio Nazianzeno, es tan superior á todas las demás fiestas del Señor, como estas son superiores á las fiestas de los santos; y el papa san Leon, queriéndonos dar una justa idea de esta gran solemnidad, dice que entre todos los dias que se honran con un culto particular en la religion cristiana, no hay ninguno mas augusto ni mas excelente que el de la fiesta de Pascua, de la cual reciben su dignidad, y, por decirlo así, su consagracion todas las demás solemnidades de la Iglesia. Conforme á este espíritu, en los ocho ó nueve primeros siglos, la semana entera de Pascua se componia de tantas fiestas como dias; y propiamente no era mas que una sola fiesta solemne y festejada que duraba ocho dias. El concilio segundo de Macon celebrado en el año 585 renueva expresamente, y recomienda de un modo singular la cesacion del trabajo y de toda obra servil durante los seis dias que siguen al domingo de Pascua, no debiendo emplearse este por los fieles mas que en celebrar con devocion y con una santa alegria el triunfo de nuestro Redentor, y darle gracias por el beneficio de la redencion. *Ninguno, durante estos seis dias tan santos*, dice el con-

cilio, *se atreva á hacer obra alguna servil, sino antes bien reunidos todos juntos en la iglesia, no cesen de celebrar con alegria por medio de himnos y cánticos la fiesta de Pascua, y asistiendo todos los dias al divino sacrificio, no cesemos de alabar y dar gracias á nuestro Salvador, singularmente por la mañana, al mediodía y la noche* (1). Teodulfo, obispo de Orleans en el siglo IX, despues de haber ordenado en su Capitular que se comulgase el Jueves santo, quiere que se comulgue tambien todos los dias de la semana de Pascua. El concilio de Maguncia en el año de 813 ordena cuasi lo mismo (2). El de Meaux en 845 amenaza hasta con excomunion á los que violasen la santidad y la solemnidad de estos ocho dias (3). En fin, el concilio de Engelheim en Alemania renovó en el siglo siguiente el mismo decreto en órden á la celebracion de estos ocho dias de solemnidad (4), y hasta el principio del siglo XI no se redujeron estos ocho dias de fiesta á solos tres.

Siendo la fiesta de Pascua no solo la mas solemne de las fiestas de la Iglesia, sino tambien la época célebre que fija el tiempo de todas las demás, era necesario que se celebrase el mismo dia en todo el mundo cristiano. Los judíos han celebrado siempre su pascua el 14 de la luna de marzo en memoria de su libertad de la cautividad de Egipto. La Iglesia celebra la Pascua en memoria de la resurreccion del Salvador el domingo despues del plenilunio de marzo, el cual cae inmediatamente despues del equinoccio de la primavera, conformándose con el concilio de Nicea, á fin de no encontrarse con los judíos.

Antes del concilio de Nicea, celebrado el año de 325,

(1) Can. 2. — (2) Can. 41. — (3) Can. 77. — (4) Can. 97.

Asiáticos del Asia celebraban la Pascua el dia 14 de la luna, en cuyo dia habia sido Cristo crucificado, mientras que en el Occidente no se celebraba sino el domingo. Esta diferencia de usos excitó á mediados del siglo II grandes cuestiones entre los Occidentales y los Asiáticos; pretendiendo estos que debia celebrarse la Pascua el dia 14 de la luna de marzo como los judíos, lo cual hizo que se les llamase *cuartodecimanos*; y sosteniendo aquellos que no debia celebrarse sino en el domingo. El papa Victor amenazó separar de su comunion á las iglesias de Asia que se obstinasen en conformarse con los judíos. Terminóse en fin este debate por el célebre concilio ecuménico de Nicea, que declaró que la Pascua debia celebrarse en toda la Iglesia el *domingo* despues del 14 de la luna de marzo, esto es, el domingo despues de la luna llena, que concurre precisamente en el equinoccio de la primavera, ó inmediatamente despues de este equinoccio, el cual se fijó desde entonces invariablemente al 21 de marzo; y de aquí viene la variacion del dia de Pascua, porque la luna cuyo dia 14 cae en el equinoccio pertenece al mes precedente, y el 14 de la luna de marzo es siempre el que se halla en el equinoccio, ó inmediatamente despues del equinoccio; de consiguiente como el primer dia de esta luna se encuentra constantemente entre el 8 de marzo y el 5 de abril, la Pascua nunca puede subir mas arriba del 22 de marzo, ni retrasarse mas allá del 25 de abril; en este intervalo es en el que rueda necesariamente.

Es sabido que el nombre de Pascua viene de la palabra hebrea *Pesach*, que significa pasaje, y que entre los judíos significaba el paso del mar Rojo á la salida

de Egipto; y el paso del ángel exterminador, el cual, viendo la sangre del cordero pascual sobre las puertas de los israelitas, pasaba sin hacerles ningun mal, al mismo tiempo que entraba en las casas de los Egipcios para quitar la vida á todos los primogénitos de los hombres y de las bestias. Entre los cristianos la palabra Pascua tiene la misma significacion; pero en un sentido mucho mas espiritual y con relacion al misterio, del cual no era mas que la figura el paso del ángel y de los Hebreos. Propiamente significa el paso de la muerte á la vida en la resurreccion de Jesucristo; de la servidumbre del pecado á la dichosa libertad de hijos de Dios en los cristianos; de la ley antigua á la ley nueva, y del desierto de esta vida, dicen los padres, á la verdadera tierra prometida que es el cielo, á la cual nos dan derecho la muerte y la resurreccion del Salvador.

En muchas iglesias, y especialmente en muchas comunidades religiosas, se trata de honrar hoy el momento glorioso en que Jesucristo resucitó, con procesiones que se hacen al amanecer al rededor de las iglesias, ó en los baptisterios, y con la misa de resurreccion que se celebra en un altar levantado fuera de la iglesia, para honrar la santa solicitud de las tres Marías que antes del dia fueron al sepulcro del Salvador. Los Griegos y los Orientales hacen una especie de fiesta particular, que llaman la fiesta del triunfo de Jesucristo que sale glorioso del sepulcro. Al amanecer, así que la aurora comienza á esclarecer, se van á la iglesia, y despues de algunas oraciones y lecturas se canta un cántico de la resurreccion, durante el cual el sacerdote oficiante besa la imágen de Jesucristo resucitado; la da en seguida á besar al mas

respetable del concurso, el cual la comunica al siguiente, y así de uno en otro. Las mujeres hacen lo mismo en su estrado, y esta santa ceremonia pasa hasta los niños. El que la da á besar dice: *Jesucristo ha resucitado*; el que la recibe responde: *Verdaderamente ha resucitado.* No solamente en la iglesia era en donde se daba esta señal de alegría cristiana; en todos estos tres dias no se saludaba de otro modo en las calles y en las casas. En Occidente se observaba la misma ceremonia. Para saludarse, se decia: *El Señor ha resucitado verdaderamente*; y se respondia: *Rindamos á Dios eternas acciones de gracias.* Servíanse de esta ocasion para reconciliarse por el beso de paz, que estaba muy en uso. En lo sucesivo no se dió este beso mas que en la misa, hasta que por último se ha reducido á solos los ministros del altar y á los clérigos. El himno ó cántico de regocijo mas comun que se cantaba en las procesiones que se hacian al amanecer, comenzaba por estas palabras: *Salve, dia festivo...* cuyo primer dístico era intercalar, como el *Gloria, alabanza...* del domingo de Ramos, y el *Cruz fiel...* del Viernes santo. En fin, todo está lleno de una santa alegría, todo inspira en el oficio pascual aquel santo regocijo de que la Iglesia está penetrada. Salmos, himnos, cánticos, antífonas, versículos, todo concurre á celebrar con solemnidad el triunfo del Salvador en este dia, y el mas interesante y el mas consolador de los misterios. Esto es lo que ha hecho decir á san Gregorio que la fiesta de Pascua es no solo la primera y la mas interesante de todas, sino que es tambien la solemnidad de las solemnidades, porque, abriéndonos el cielo, nos hace gozar anticipadamente, por la fe, por la esperanza y por la caridad,

de los regocijos celestiales. Nada extraño debe sernos que la Iglesia celebre con tanta solemnidad un misterio que mira no solo como el fundamento de nuestra fe, sino tambien como la causa y el símbolo de la vida eterna y bienaventurada, que es el objeto de nuestra esperanza. La Cuaresma, que ha servido de preparacion á esta fiesta, era la figura de la vida penitente y laboriosa que debemos llevar en este lugar de destierro; la fiesta de Pascua representa la vida gloriosa que debe ser la recompensa de la vida presente. Por esto la Iglesia en todo el oficio de esta semana entra ya en espíritu en la patria celestial. No quiere alabar á su Dios con los himnos ordinarios; en lugar del himno repite sin cesar la *Alleluia* que cantan eternamente los bienaventurados en la gloria, dice san Juan. *Yo oí*, añade, *como la voz de muchas turbas en el cielo, que decian* ALLELUIA; *á nuestro Dios es á quien pertenece la cualidad de Salvador, la gloria y el poder. Así sea,* ALLELUIA. *Cantad incesantemente alabanzas á nuestro Dios, vosotros que sois sus siervos,* ALLELUIA; y repetian : ALLELUIA; *porque el Señor nuestro Dios omnipotente ha tomado posesion de su reino.* Regocijémonos, hagamos resaltar nuestra alegría, y rindámosle la gloria. Hé aquí, segun san Juan, lo que pasa en el cielo, y esto es lo que la Iglesia trata de imitar en la tierra con esta frecuente repeticion de la palabra ALLELUIA durante el tiempo pascual.

El introito de la misa de este dia está tomado del salmo 138. Habla Jesucristo á su Padre en el dia de su triunfo : *Yo he resucitado,* le dice, *sin haber jamás dejado de estar contigo : alabanza á nuestro Dios. Has extendido tu mano sobre mí, jamás se ha ostentado tu poder infinito en mí con mas brillantez que en el triunfo*

de mi resurreccion. Gloria eterna te sea dada; tu ciencia se ha hecho admirar; alabad á Dios, si, no ceseis de cantar en su honor cánticos de alabanza. Como no hay otro que tú, Señor, que me conozca perfectamente, dice el Salvador; como no hay ninguno sino yo que conozca perfectamente lo que tú eres, tu poder infinito, tus divinas perfecciones y tu esencia, tú has hecho conocer en este dia lo que yo soy : tú has conocido mi muerte y mi resurreccion. Tú has conocido el fin, la causa y el mérito de mi muerte, por la cual he satisfecho plenamente á tu justicia; y no ignoras que, en virtud del mismo divino poder que me es comun contigo, he resucitado glorioso y triunfante de la muerte y del sepulcro.

La epístola de la misa de este dia se ha tomado de la primera carta que san Pablo escribió á los Corintios. Hermanos mios, les dice, desprendeos de la antigua levadura para que llegueis á ser una pasta nueva. Acababa el santo apóstol de reprender á los fieles de Corinto, porque toleraban entre ellos á un incestuoso público, que él mismo entregó á Satanás y excomulgó, á fin de que en adelante, estando separado del cuerpo de la Iglesia, como un miembro dañado, no tuviesen ningun comercio con él. ¿Ignorais, les dice, que un poco de levadura echa á perder la masa entera? y tomando de aquí ocasion para hacerles comprender cuál es la pureza y la inocencia que Dios exige de todos los cristianos, cortando del cuerpo de la Iglesia el miembro podrido, les dice : Sabed que debeis alejar toda inmundicia de vuestro corazon, para que así esteis puros y sin tacha, tales como deben ser los cristianos purificados y reengendrados por el bautismo, que tienen la dicha de cele-

brar una Pascua continua, en la que el mismo Jesucristo es la víctima. Pongámonos, pues, en estado de participar de este celestial banquete por medio de una vida pura é inocente, y enteramente diversa de la que llevábamos antes de nuestra regeneracion. El Apóstol, dice un sabio intérprete, hace aquí una alusion continua á lo que practicaban los judíos antes de comer el cordero pascual. Con el cuidado mas escrupuloso purgaban su casa de toda levadura y de todo lo que estaba fermentado. Por la levadura debe entenderse aquí el pecado y todo lo que mancha al alma. Los judíos tenian por manchada toda una masa de pasta por poca levadura que se le mezclase durante los siete dias de Pascua. Habia pasado esto como proverbio para significar que las compañías mas santas perdian su reputacion, y se ponian á riesgo de ver introducirse muy pronto en ellas el desórden, luego que sufrian impunemente consigo gentes de malas costumbres y de una vida escandalosa. Esta expresion *epulemur*, celebremos nuestro banquete, no significa un banquete ó una accion particular, para la cual exija san Pablo de los cristianos esta virtud y esta pureza tan exacta; significa todo el tiempo de la vida, el cual todo debe pasarse en la inocencia y la santidad. Entiéndese tambien de la comunion pascual. *Epulemur:* Hagamos la Pascua cristiana, comiendo la divina Eucaristía, que es el verdadero cordero pascual, no con la vieja levadura, con las disposiciones viciosas con que estábais antes de haber abrazado la fe, y haber sido despojados del hombre viejo, para revestiros del nuevo. Acercaos sí á la sagrada mesa, comed el cordero divino que se ha inmolado por nosotros; pero comedle con las dispo-

siciones que pide un alimento tan santo, con un corazon puro, una fe viva, una conciencia limpia, y con la ropa nupcial que es la que indica una pureza tan grande.

El evangelio de la misa de este dia contiene en compendio toda la historia del misterio.

Pasado el sábado que habia comenzado el Viernes santo á las seis de la tarde, y habia durado hasta el sábado á la misma hora, María Magdalena, María, madre de Santiago el menor, y Salomé, madre de los hijos del Zebedeo, no habiendo podido acabar de preparar el viernes por la tarde todas las drogas aromáticas de que necesitaban para embalsamar el cuerpo del Salvador, segun la costumbre de los judíos, no bien hubo concluido el sábado, cuando por la tarde fueron á acabar de proveerse de lo que les era necesario para ir al otro dia por la mañana al sepulcro. Impacientes por rendir este último obsequio al Salvador, parten de Jerusalen al amanecer, y cerca de la salida del sol llegan al sepulcro. Cuando se acercaban á él, se dijeron unas á otras: ¿Y quién nos quitará la piedra que está delante de la entrada del sepulcro? ellas habian sido testigos del trabajo que les habia costado á muchos hombres el removerla, y traerla rodando para cerrar la entrada del sepulcro. Si estas santas mujeres hubiesen tenido menos amor á Jesucristo, la dificultad que se les ofrecia las hubiera detenido en su casa; pero cuando se ama verdaderamente al Señor, nada se halla imposible en su servicio. Sábese que la Providencia tiene recursos infinitos, y que nuestra confianza la obliga á que los emplee. A una alma cobarde la detienen en el camino de la virtud las menores dificultades; una alma fer-

vorosa nada encuentra que no sobrepuje fácilmente con el auxilio de la gracia. ¿De cuánto consuelo, de cuántos bienes se hubieran privado, si, escuchando la razon natural, se hubiesen desanimado á vista de una dificultad tan razonable? No se necesita mas que una resolucion generosa en el servicio de Dios para allanar y aun hacer desaparecer todos los obstáculos. En un momento sucede un gran terremoto, y un ángel bajado del cielo, presentándose en la primera gruta en donde estaban los soldados de la guardia, les inspira tal espanto, que todos huyen, y trastornando el ángel al mismo tiempo la piedra, se sienta sobre ella. Poco despues llegaron las santas mujeres, las cuales quedaron agradablemente sorprendidas de no encontrar allí soldados; pero lo quedaron mucho mas cuando, presentándose á la puerta de la primera gruta, advirtieron que estaba abierta la entrada de la segunda en donde se habia puesto el cuerpo del Salvador, y vieron un ángel sentado sobre la piedra que se habia puesto para cerrarla. El brillo resplandeciente del espíritu celestial bajo la forma de un jóven las detuvo, y aun les inspiró algun susto; estaba su rostro tan brillante, que despedia de sí rayos semejantes á los relámpagos, y sus vestidos parecian blancos como la nieve. Advirtiendo el ángel la admiracion de las mujeres que se acercaba al espanto: Tranquilizaos, les dice, nada teneis que temer; vosotras venis á buscar el cuerpo del Salvador para embalsamarle; ¿y porqué venis á buscar entre los muertos al que está vivo, y aun es el autor de la vida? *No está aquí, ha resucitado.* Acordaos que os dijo un dia, estando con vosotras en Galilea, que era necesario que el Hijo del hombre fuese entregado en manos de los pecadores,

que fuese crucificado, y que resucitaria tres dias despues de su muerte. Todo esto ha sucedido como él lo habia predicho; podeis convenceros por vuestros propios ojos; hé aquí el lugar en donde se le habia puesto; entrad sin miedo, y no hallaréis en él mas que el sudario en que habia sido envuelto. Y así convencidas por vosotras mismas de su gloriosa resurreccion, volveos, buscad á sus discípulos que están reunidos, y dadles esta dichosa nueva, sobre todo á Pedro á quien ha elegido cabeza de su Iglesia, y que está impaciente por verle resucitado. El ángel, dicen los intérpretes, nombra á Pedro en particular, tanto porque estaba reconocido como el primero de los doce, cuanto porque, habiendo tenido la desgracia de negar á su buen Maestro, hubieran podido imaginarse los demás discípulos que habia caido de su primacía, ó él mismo hubiera podido creer que Jesucristo no le miraba ya sino como un apóstata. Para asegurarle, para consolarle y para hacerle comprender, dicen san Juan Crisóstomo y san Gregorio, que su dolor y sus lágrimas no habian sido vanas, quiso el Hijo de Dios que fuese avisado en particular.

Quedaron las santas mujeres de tal modo sorprendidas de lo que veian y de lo que oian, que parecieron todas cortadas. Vueltas en sí de su asombro, entraron en el sepulcro y le hallaron vacío. Mientras ellas estaban consternadas, se les presentaron dos ángeles. Este objeto renovó su espanto; salen entonces del sepulcro, y van á decir á los discípulos lo que han visto. Pedro y Juan corren al sepulcro para ver con sus ojos lo que las mujeres les decian; síguenles ellas; entran en él los dos discípulos, y no encuentran allí mas que los lienzos. Todos asombrados, agitado su

corazon con diversos sentimientos, y como suspendido entre el dolor y la alegría, la admiracion y el temor, se vuelven. Magdalena fué la única que quedó cerca del sepulcro, no pudiendo resolverse á volver sin saber lo que habia sido del cuerpo de su divino Maestro; su zelo, su solicitud, su ardiente amor á Jesucristo la ocupaban de tal modo, que no pensaba ya en lo que les habia dicho el ángel; está toda embebida en el objeto de su amor, que ella cree habérsele robado, y que quiere hallar á toda costa. Su empeño mismo la hace desconfiar de sus propios ojos: cree que la primera vez no ha mirado bien; vuelve á entrar, deshaciéndose siempre en lágrimas, y habiéndose bajado para ver de nuevo el sepulcro, ve dos ángeles vestidos de blanco que estaban sentados en el sitio en donde habia sido colocado el cuerpo de Jesus, el uno á la cabeza, y el otro á los piés. La vista de los ángeles no la indemnizó de la pérdida que creia haber hecho en aquel á quien buscaba. Mujer, le dicen, ¿porqué lloras? Porque han robado, les responde, á mi Señor, y no sé dónde le han puesto. San Crisóstomo cree que Magdalena notó entonces en los ángeles una veneracion súbita como si adorasen á alguno. Volvióse para ver quién era, y vió á Jesus que estaba allí; pero todavía no creyó que fuese él. *Mujer,* le dijo el Salvador, *¿qué tienes que llorar? ¿á quién buscas?* No lo ignoraba; pero le gusta que le abra uno su corazon, que se le diga que se le ama; quiere que se multipliquen, que se renueven las pruebas y los testimonios de nuestro amor. Magdalena al pronto creyó que era el hombre que cuidaba del huerto en que estaba el sepulcro. Señor, le dijo, si eres tú el que le ha quitado, díme dónde

lo has puesto, y yo iré á tomarlo. Cuando uno está muy afligido por alguna cosa, se imagina que todos saben el motivo que nos hace llorar. Este conato, este amor, esta perseverancia hechizaron el Salvador, y no pudo deferir por mas tiempo el manifestarse á Magdalena. María, le dice; á esta sola palabra Magdalena reconoce al Salvador, y trasportada de la alegría mas viva de que es capaz el corazon : ¡Ah divino Maestro mio! exclama, y arrojándose á sus piés, los tenia abrazados. Entonces Jesus le dijo : *No pienses en tocarme :* que es como si le hubiese dicho, dicen los padres, no te detengas en tocarme así, como si no debieses verme ya mas sobre la tierra; sosiégate; tendrás tiempo de verme y de hablarme despacio, puesto que aun no estoy á punto de dejaros para subir al cielo : todavía estaré por algun tiempo visiblemente con vosotros para consolaros, para animaros y para instruiros. Y aunque me ves con el mismo cuerpo que me has visto antes de mi resurreccion, no me mires ya con los mismos sentimientos naturales; elévate por la fe á otros sentimientos mas espirituales, y á un conocimiento sobrenatural : de hoy mas debes ya pensar y obrar de un modo mucho mas perfecto, y no imaginarte que yo deba vivir entre vosotros como viven los que he resucitado. Yo apareceré corporalmente muchas veces entre vosotros; me manifestaré á vosotros; pero de una manera siempre milagrosa, hasta que, habiéndoos instruido suficientemente, y enseñádoos á no mirarme ya con los ojos corporales, sino con los ojos de la fe, suba al cielo para sentarme á la diestra de mi Padre, y prepararos allí el lugar que os he merecido por mi muerte; esto es lo que yo te mando que vayas á decir

á mis discípulos. Nótese que en todas las apariciones del Salvador nada ha hablado de la santísima Vírgen, porque Jesucristo en el momento de su resurreccion se le habia aparecido, siendo muy justo que fuese la primera que tuviese parte en el gozo y en la gloria de su triunfo; y estando por otra parte perfectamente instruida en estos misterios, no tenia necesidad de estas lecciones. *No pienses en tocarme*, dice san Leon, *de una manera puramente temporal, y con el mismo afecto material que lo hacias antes: de hoy mas debes ya obrar de una manera mucho mas perfecta. Cuando yo hubiere subido á mi Padre, pensarás de mi de un modo mucho mas justo. Entonces me reconocerás verdadero hombre, y me crecerás verdadero Dios.* Inmediatamente aquella santa enamorada fué corriendo á contar á los discípulos lo que le habia sucedido. En seguida se presentó Jesucristo á las otras santas mujeres en el camino. En el mismo dia se apareció el Salvador á los dos discípulos que iban á Emaus, y á san Pedro antes de dejarse ver de los demás apóstoles; quiso darle esta señal de distincion, como cabeza de los apóstoles y de toda la Iglesia. En fin, la tarde del mismo dia de su resurreccion se dejó ver de todos los discípulos reunidos.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

O Dios, que en el dia de hoy nos habeis abierto la entrada de la eternidad por la victoria que vuestro Hijo único ha conseguido sobre la muerte: favoreced con vuestro divino auxilio las oraciones y los votos que vos mismo nos habeis inspirado, previniéndonos por vuestra gracia: Por el mismo Jesucristo nuestro Señor, etc.

La epistola es de la primera carta del apóstol san Pablo á los Corintios, cap. 5.

Hermanos mios: Desembarazaos de la antigua levadura, para que seais una pasta nueva, segun conviene que seais (esto es) sin levadura. Porque nuestra Pascua es Jesucristo, el cual ha sido inmolado. Por esto celebremos nuestro banquete no con la antigua levadura de la malicia y de la iniquidad, sino con los ázimos de la sinceridad y de la verdad.

NOTA.

Habiendo sabido san Pablo que habia entre los fieles de Corinto un incestuoso público que se toleraba, les escribió que él excomulgaba á aquel desdichado, y le entregaba á Satanás; de consiguiente, que no tuviesen ningun comercio con él en adelante. Y tomando ocasion de la Pascua que debian celebrar muy pronto, les exhorta que no se contenten con haber cortado este miembro podrido, sino que se purifiquen de la levadura de sus vicios para celebrar la Pascua con toda la pureza y devocion que debian.

REFLEXIONES.

Desembarazaos de la antigua levadura. ¿En qué consiste que haya tan pocas conversiones verdaderas, habiendo tantos que se quieren convertir? Esto consiste en que hay pocos que celebren el divino banquete con los ázimos de la sinceridad y de la verdad de una nueva vida; pocos que cuiden de desprenderse de la antigua levadura. Por poca razon y reflexion que haya, conoce uno sus desarreglos, siéntese la corrupcion del propio corazon, horrorízase uno de sus desórdenes. Hay pocos hijos pródigos que no lamenten

por fin, u infelicidad, que no condenen sus extravíos, que no echen menos la casa de su padre. El tiempo de Cuaresma en el que todo concurre á espantar al pecador y á moverle, en el que todo convida á sola penitencia; el tiempo de pasion y el de la Semana santa trastornan los pecadores mas endurecidos. Estos dias de misericordia son demasiado claros para que no se advierta en ellos el peligro; son muy tranquilos para que no se haga oir en ellos la voz de una conciencia justamente alarmada. La santidad, la celebridad de nuestros mayores misterios, el ejemplo edificante de tantas gentes buenas, las amorosas solicitaciones de la gracia que Dios derrama con mayor abundancia en estos santos dias, todo concurre á inspirar en el alma el deseo de convertirse; todo contribuye á proporcionarle los medios; todo tiende á hacer eficaz este deseo. Resuélvese en fin uno á morir al pecado para resucitar con Jesucristo; detéstanse, confiésanse las iniquidades, rómpense los lazos, emprendese una vida nueva. Hé aquí al parecer una perfecta conversion, cimentada por el cuerpo y la sangre de Jesucristo en la comunion pascual; hé aquí una verdadera resurreccion, segun todas las apariencias: ¿en qué consiste, sin embargo, que haya tan pocas conversiones que perseveren? Las mejores resoluciones se desvanecen, los antiguos lazos se anudan de nuevo, los hábitos vuelven, todo aquel nuevo edificio que parecia iba á ser eterno viene á tierra, y las recaidas hacen que se dude muy pronto si la resurreccion ha sido verdadera. ¿De dónde nacen estas tristes revoluciones despues de unos pasos al parecer sinceros? No se ha cuidado de desprenderse de la antigua levadura. No ha faltado

precaucion para no ponerla nueva en la masa; pero se ha descuidado el registrar y el quitar toda la antigua, y esta poca levadura que ha quedado, que se ha escapado á la investigacion, ha corrompido la masa entera. Hase uno resuelto á convertirse: la confesion ha sido entera, la contricion sincera, nada mas decidido que los propósitos: hase uno desterrado de los lugares vedados y aun de los sospechosos; se ha entredicho todo comercio contagioso, toda conversacion demasiado libre; pero se ha dejado en el corazon un fondo de inclinacion, que se mira solamente como natural, ó un resto de aversion hácia aquellas personas con quienes se habia uno reconciliado sinceramente: hanse proscrito las ocasiones próximas; pero no se cree hacer mal en concurrir á ciertas reuniones mundanas. Condénase el vicio, pero se contempla el respeto humano: dómanse las pasiones violentas, pero se halaga la pasion favorita; se exceptúa siempre alguna pasion; y hé aquí la levadura antigua que corrompe toda la masa. ¿Queremos que nuestra conversion persevere? *Desprendámonos de la antigua levadura para llegar á ser una masa nueva, segun conviene á nuestro estado, que consiste en estar sin levadura.* Errores, ilusiones, flaquezas, pasiones, inclinaciones, amor propio, todo desaparece, todo lo extingue una verdadera resurreccion.

El evangelio de la misa de este dia es tomado del cap. 16 *de san Marcos.*

En aquel tiempo: María Magdalena, María, madre de Santiago, y Salomé, compraron drogas aromáticas para ir á embalsamar á Jesus. Salieron muy de mañana el primer dia de la semana, y llegaron al sepulcro salido ya el sol.

Decíanse entre tanto la una á la otra : ¿Quién nos quitará la piedra que está delante de la entrada del sepulcro? Pero mirando hácia él, vieron que estaba quitada : era en efecto la piedra demasiado grande; y entrando en el sepulcro, vieron un jóven sentado á la parte derecha, vestido con una ropa blanca, y se espantaron. No temais, les dijo; vosotras buscais á Jesus Nazareno, el cual ha sido crucificado; resucitó, no está aquí : este es el lugar en que le pusieron; id, pues, ahora, y decid á sus discípulos y á Pedro, que estará antes que vosotros en Galilea; allí es donde le veréis, conforme él os lo ha dicho.

MEDITACION.

SOBRE EL MISTERIO DE LA RESURRECCION.

PUNTO PRIMERO.

Considera cual fué la gloria de Jesucristo en el momento de su triunfante resurreccion. Seria necesario que fuésemos capaces de comprender el exceso de sus dolores y la profundidad inmensurable de sus humillaciones, para concebir la gloria de su triunfo. Tres dias habia que el Salvador estaba muerto, y que su sagrado cuerpo estaba en el sepulcro (habiendo querido que permaneciese todo este tiempo en el sepulcro, para que no se pudiese dudar de la verdad de su muerte), cuando al amanecer del otro dia siguiente al sábado, que con motivo de este misterio llamamos nosotros el santo dia del domingo, dia del Señor por excelencia, volviendo el alma de este divino Salvador del limbo, gloriosa y triunfante de todo el infierno, se reunió á su santísimo cuerpo, del cual jamás se habia separado la divinidad; y comunicándole todas las cualidades de un cuerpo glorioso y resucitado, esto es, la impasibilidad,

la inmortalidad, la agilidad, la penetrabilidad, etc., salió este divino cuerpo lleno de vida del sepulcro, sin necesidad de que se le quitase la piedra. En aquel momento vinieron todos los ángeles á adorar á su divino Señor y á su Rey, y á celebrar su triunfo. Es muy probable que en aquel mismo momento se apareciese á su santísima Madre, que, habiendo tenido mas parte que nadie en sus humillaciones, debia tener tambien mas parte que ninguno en su gloria. Concibamos, si es posible, cual seria el gozo inefable de esta divina Madre, volviendo á ver en estado de gloria á su divino Hijo; de qué torrente de dulzura, de consuelo y de alegría quedaria entonces inundada su santísima alma. Entre tanto, habiendo un ángel excitado un gran terremoto, quitó la piedra del sepulcro, á fin de que las santas mujeres y los apóstoles que debian llegar muy pronto para ofrecer sus últimos obsequios á su buen Maestro, viesen que habia resucitado, mientras que huian los guardas espantados. ¡Buen Dios! ¡Quién pudiera comprender la gloria y todas las maravillas de esta triunfante resurreccion, fundamento incontrastable de nuestra religion, base sólida de nuestra fe y de nuestra esperanza! Hé aquí al Salvador bien indemnizado de todas sus humillaciones y de sus tormentos. Nada es ya capaz de atormentarle. Jesucristo ha resucitado; la muerte ya no tiene potestad sobre él; porque, si ha muerto para expiar nuestros pecados, no ha muerto mas que una vez; pero cuando vive ya, vive para Dios, esto es, vive con una vida divina, gloriosa, inmortal, y se ha resucitado á sí mismo para no morir ya mas. Por una cruz en la cual ha sido inmolado este divino Cordero, ¡en cuántos altares se ofrecerá á sí mismo por su

gloria! por un pueblo miserable y tan poco numeroso sepultado en un rincon del mundo, que se ha negado á reconocerle por su Mesías y por su Rey, ¡con qué fe y con qué piedad será reconocido y adorado como único verdadero Dios por todas las naciones del mundo! Veráse todo el poder de la orgullosa Roma doblar sus rodillas al nombre de aquel Hombre Dios á quien Jerusalen ha quitado la vida en una cruz. Veráse toda la sabiduría de la Grecia reconocer su locura, y que no hay verdadera sabiduría sino en la doctrina del Salvador. En fin, por un apóstol que ha apostatado, ¡qué innumerable multitud de santos anacoretas y de santos religiosos, qué prodigioso número de hombres apostólicos! Judas ha hecho traicion á Jesucristo, una turba de malos sacerdotes, de escribas y de fariseos le han hecho morir como un impostor; y mas de diez y siete millones de mártires han dado su sangre y su vida por la gloria de su nombre, y han confirmado la fe de su divinidad tanto con su muerte como con sus milagros. Seais, Señor, eternamente bendito, y todas las inteligencias celestiales unan sus cánticos de alegría á los nuestros para celebrar la gloria y el triunfo de vuestra portentosa resurreccion.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que jamás hubo regocijo mas justo que el que hoy se ostenta en el semblante de todos los fieles. La simple memoria de la resurreccion del Salvador del mundo debe ser para ellos motivo de una eterna alegría. Este dia no solamente es la mas grande de todas las fiestas, es el principio de una fiesta que nunca debe concluirse. Jesucristo resucitado, dicen

los santos padres, ha hecho de la vida de los hombres una fiesta continua. En efecto, bien comprendido este misterio, ya no debe turbar nuestro reposo ningun dolor, ningun temor, ninguna desgracia; nuestra fe es incontrastable apoyada sobre un fundamento semejante; nuestro amor á este divino Redentor halla en este misterio con qué hacerse todos los dias mas puro y mas ardiente, y nuestra esperanza nada tiene ya de vacilante ni de incierto, puesto que si nuestro Maestro resucita para no morir mas, nosotros no podemos ya morir sino para resucitar: y pues él triunfa del pecado y del infierno, nosotros no podemos ya resucitar sino para ser eternamente bienaventurados, si queremos. ¡Qué motivo de consuelo, qué alegría para todos aquellos fieles discípulos, cuando vieron al Salvador resucitado! Nosotros no nos hemos engañado, cuando nos hemos juntado con él, podian decir; antes bien hemos obrado con prudencia cuando lo hemos dejado todo por seguirle. Por mas superiores que sean al entendimiento humano los dogmas de la religion que nos ha enseñado; por mas contraria que sea á los sentidos y al amor propio su moral; ¡cuán desgraciados hubiéramos sido, si no lo hubiéramos creido! Nosotros no tenemos menos motivo que ellos para alegrarnos; el beneficio es comun; la fiesta debe ser general. Jesucristo ha muerto por nosotros, motivo poderoso para que amemos la cruz y los dolores; pero Jesucristo ha resucitado, soberano motivo de esperanza, de confianza y de regocijo, puesto que su resurreccion asegura nuestra recompensa.

¡O divino Salvador mio! inspiradme esta alegría, y haced que vuestra resurreccion sea el modelo de la mia; que yo haya muerto al pecado, y que no viva

ya mas que para vos. Sí, Dios mio, yo creo que habeis resucitado, y espero que me resucitaréis tambien, y que me haréis esta gracia para vivir con vos en el cielo.

JACULATORIAS.

Yo sé que mi Redentor vive, y que yo resucitaré de la tierra en el último dia, y que veré á mi Dios con esta misma carne. *Job* 19.

Hé aquí el dia venturoso que ha hecho el Señor, celebrémosle con júbilo y alegría cristiana. *Salmo* 117.

PROPOSITOS.

1.° ¿No sabeis, dice san Pablo, que hemos sido bautizados en la muerte de Jesucristo, esto es, que este divino Salvador nos ha lavado y purificado del pecado con su sangre? Debemos, pues, estar verdaderamente muertos al pecado, para no vivir mas que una vida nueva á ejemplo de Jesucristo resucitado. Porque, si hemos sido engertados en la semejanza de su muerte, continúa el Apóstol, lo seremos tambien en la de su resurreccion; esto es, que así como un engerto muere, ó vive dependientemente del árbol en donde se ha engertado, del cual saca todo su jugo; así tambien, estando unidos á Jesucristo por el bautismo, como miembros de un mismo cuerpo, es preciso que por su resurreccion sea el principio y el modelo de nuestra resurreccion espiritual á la vida de la gracia, como ha sido por su muerte el principio y el modelo de nuestra muerte espiritual al pecado. Y puesto que el que está muerto está libre del pecado, esto es, así como la muerte natural nos descarga de toda servidumbre, del mismo modo la muerte espiri-

tual debe librarnos de toda sujecion y servidumbre con respecto al pecado. Y como Jesucristo que ha resucitado no muere mas, del mismo modo habiendo vosotros muerto al pecado en estos santos dias, no debeis vivir ya sino para Dios en Jesucristo, y no morir mas por el pecado. Meditad bien hoy esta importante leccion de san Pablo, y tomad todos los medios, hasta sacrificarlo todo para no perder mas la vida de la gracia.

2.° Si hay algun dia en el año que deba consagrarse todo entero al Señor, es ciertamente el santo dia de Pascua que por excelencia se llama el dia del Señor: empleadle todo, sin dar nada al mundo, á vuestros placeres, ni á vuestros negocios; echad fuera hasta el menor pensamiento de todo esto. Un padre, una madre de familia deben tener mucho cuidado de que sus hijos y sus domésticos empleen tambien todo este dia en el servicio de Dios: no exijais de ellos hoy mas que los servicios indispensables. Oraciones, lecturas piadosas, uso de los sacramentos, oficios divinos, visitas de las iglesias y de los pobres: hé aquí lo que debe ocupar hoy á todo cristiano. Aun cuando hayais verificado ya tal vez vuestra comunion pascual, no dejeis de comulgar tambien en este santo dia. No falteis á la misa parroquial, y si puede ser, asistid tambien á las vísperas y al sermon á la parroquia; al menos pasad allí una hora ó media por la tarde, y no os dispenseis de asistir á la salutacion.

LUNES DE PASCUA.

Hase dicho ya que la octava entera de Pascua era una sola fiesta compuesta de ocho dias; y que el segundo concilio de Macon, el de Meaux y el concilio de Constantinopla, llamado *in Trullo*, porque se celebró en una sala del palacio imperial llamado *Trullum* á causa de su embovedado en forma de copa, todos estos concilios y muchos otros prohiben bajo de graves penas toda obra servil durante estos ocho dias, y mandan que esta fiesta de ocho dias se celebre con una piedad ejemplar. La reduccion de los siete dias de fiesta á los tres que hoy se guardan no se hizo hasta el fin del siglo XI ó principios del XII. No por esto deja de ser toda la semana solemne y privilegiada en sus oficios; y como la Iglesia, celebrando la triunfante resurreccion del Salvador, nos hace celebrar al mismo tiempo nuestra resurreccion, es decir, nuestra regeneracion por el bautismo, toda esta semana no es otra cosa que la continuacion de esta doble fiesta: por esto entre los Griegos se llama *Diacenesima*, esto es, renovacion ó estado de nueva vida en la resurreccion, y no pasa mas que por un dia que dura toda la octava. Nosotros la llamamos tambien semana *Pascual* ó las ferias *in albis*, esto es, de los vestidos blancos, á causa de la ropa blanca que llevaban toda la semana de Pascua los neófitos bautizados el Sábado santo.

Todos los dias de esta semana se han celebrado siempre en la Iglesia con una solemnidad muy distinguida, aun despues que ya no son festivos. Cada

dia tiene su misa particular; siempre es la historia y una nueva prueba de la resurreccion del Salvador, y no hay ninguna que en alguna de sus partes no haga mencion de la regeneracion del nuevo hombre. La solemnidad del lunes y la del martes de Pascua es igual á la del domingo de Resurreccion. Como el Señor propiamente por su resurreccion es por la que nos ha introducido en aquella dichosa region en la que corren rios de leche y miel, y de la que la tierra prometida no era mas que la figura; el introito de la misa de este dia está tomado del capítulo 13 del Éxodo y del salmo 102, y refiriéndonos lo que Dios ha hecho en nuestro favor, nos enseña lo que nosotros debemos hacer para reconocer un beneficio tan grande, y para agradecerle.

El Señor os ha hecho entrar en una tierra abundante en leche y miel: ¡qué alabanzas y qué acciones de gracias no debeis rendirle! claro es que por esta abundancia de leche y miel, de que está inundada aquella tierra, nos quiere representar el Espíritu Santo las dulzuras celestiales y las delicias espirituales, de las que en el idioma del Profeta están hartos los bienaventurados en el cielo, y las que, segun san Pablo, son superiores á toda idea y á todo cuanto puede imaginarse. De esta region afortunada, de esta mansion de los bienaventurados, de esta celestial Jerusalen, de esta tierra prometida es de la que Jesucristo nos ha abierto la entrada por su resurreccion: nosotros adquirimos el derecho de entrar en ella por el bautismo, que es nuestra regeneracion espiritual, con tal que guardemos la ley nueva que Jesucristo nos ha dado, y que en el dia de su resurreccion ha substituido en lugar de la antigua.

No cesemos de alabar al Señor, y de tributarle gracias por un beneficio tan señalado. *Cantemos las alabanzas del Señor, é invoquemos su nombre; demos á conocer la grandeza de sus obras á todos los pueblos de la tierra.* David exhorta aquí á todos á alabar y dar gracias á Dios por todos los beneficios de que nos ha colmado. Este salmo es un cántico de accion de gracias; tiene por título *Alleluia*, alabanza, alabanza al Señor. Créese que este salmo es uno de los que se llaman proféticos, y se aplica á la libertad de la cautividad de Babilonia; y en efecto, le cantaron los judíos á su vuelta de esta cautividad. En este sentido le toma la Iglesia, y le emplea en el introito de la misa.

La epístola está tomada de los Hechos de los apóstoles, y contiene un compendio del gran misterio de la resurreccion, y de la vocacion de los gentiles á la fe, en la persona de Cornelio Centurion y de un gran número de sus domésticos y de sus parientes que creyeron en Jesucristo, y fueron instruidos y bautizados por san Pedro.

Habia en Cesarea un oficial romano que mandaba una parte de una legion romana llamada Itálica. Era hombre de una probidad universalmente reconocida, y no obstante estar educado en las supersticiones paganas, las miraba con sumo desprecio, y no adoraba mas que al único verdadero Dios. La Escritura dice que era hombre religioso, esto es, temeroso de Dios, que hacia grandes limosnas al pueblo, y que llevaba una vida tan ejemplar, que se le habria tenido por un fervoroso cristiano, aun antes que hubiese tenido conocimiento de la religion cristiana. Santo Tomás cree que Cornelio cuando se le apareció el ángel tenia ya la fe sobrenatural del verdadero

Dios con la fe implícita en Jesucristo. Sea lo que quiera, una virtud tan rara en un militar fué sin duda una bella disposicion para la gracia singular que recibió.

Estando un dia este oficial en oracion, hácia las tres de la tarde (era esta hora el tiempo de la oracion y del sacrificio de la tarde para los judíos, y es probable que Cornelio á ejemplo suyo consagraba tambien aquel tiempo á la oracion), tuvo en ella una vision en la cual vió claramente un ángel de Dios, que, llamándole por su nombre: Cornelio, le dijo, tus oraciones y tus limosnas, como otros tantos sacrificios de excelente olor, han subido hasta Dios; él los ha recibido y quiere recompensarlos liberalmente. El ángel no tuvo reparo en hablar asi á un hombre todavía pagano é idólatra. Cornelio despues de haber leido los libros sagrados, que sin duda habia podido obtener de los judíos, se habia ya hecho fiel. Él creia en un Dios y en un Mesías, y que este Mesías seria el Salvador de los hombres, y haria el oficio de mediador entre Dios y ellos; pero no sabia aun nada mas. No tenia todavía ningun conocimiento distinto de Jesucristo redentor del mundo, y necesitaba un maestro que le instruyese sobre este punto de fe tan necesario para la salvacion. Bien pudiera el ángel haberle hecho este servicio tan importante; pero el Señor, que acostumbra enseñar á los hombres por medio de los mismos hombres, hizo que el ángel solo le intimase el que inmediatamente enviase á Joppé á suplicar á cierto Simon, apellidado Pedro, que viniese á su casa; que le hallaria en casa de un tal Simon, curtidor de profesion, cuya casa estaba próxima al mar, y que de él sabria lo que debia

hacer. Habiendo desaparecido el ángel, Cornelio no difirió un momento la ejecucion de las órdenes que habia recibido del cielo. En la misma hora envió dos de sus domésticos y un soldado, hombre temeroso de Dios, y despues de haberles contado lo que le acababa de suceder, los envió á Joppé. Entre tanto Dios instruyó á san Pedro de lo que debia hacer por medio de aquella maravillosa vision, que fué como el grito de vocacion de los gentiles á la fe. Habiéndose retirado el apóstol á mediodía á la azotea, que formaba el techo de la casa en donde estaba alojado (eran llanos los techos en aquel país, y se retiraban á ellos para lograr mas reposo, y estar mas apartados del ruido), fué en un momento arrebatado en espíritu; vió el cielo abierto, y que de él bajaba una cosa en forma de un mantel suspendido por las cuatro puntas, y que descendia desde el cielo hasta la tierra; habia en aquel mantel de todo género de animales cuadrúpedos, reptiles de la tierra y pájaros del cielo. Al mismo tiempo una voz le decia: Levántate, Pedro, mata, y come. Segun los intérpretes esta especie de mantel representaba la Iglesia, y las cuatro puntas del mantel figuraban las cuatro partes del mundo, y las diferentes naciones que habian de abrazar el cristianismo y componer la Iglesia sin distincion del judío y del gentil. La respuesta de san Pedro manifiesta bien que todos aquellos animales eran inmundos, esto es, de los que prohibia comer la ley de Moisés. La comparacion que Dios queria que Pedro comprendiese entre aquellos animales y los infieles, que eran tenidos por impuros y por inmundos, confirma esta aplicacion. No haré tal, Señor, respondió el santo apóstol, no comeré lo que es inmundo é impuro. No

llames impuro ni inmundo, repuso la voz, lo que Dios ha purificado. Hasta tres veces se repitió la vision, despues de lo que, habiéndose recogido al cielo el mantel, desapareció. Vuelto en si san Pedro de su éxtasis, no sabia aun lo que queria decir lo que habia visto, cuando llegaron los enviados de Cornelio. Entonces el Espíritu Santo le dijo interiormente: Baja; ahí hay tres hombres que te buscan, y no obstante que sean extranjeros, vé con ellos sin titubear; porque soy yo el que te los he enviado, júntate sin temor con ellos. Habiendo sabido por ellos lo que habia sucedido á Cornelio, comprendió fácilmente lo que significaba su vision; y al otro dia por la mañana partieron para Cesarea. Entre tanto Cornelio que los esperaba, habia reunido en su casa á sus parientes y á sus amigos, deseando, movido por un zelo ya cristiano, que tuviesen parte en la gracia que el Señor queria hacerle. Cuando Pedro entraba, le salió Cornelio al encuentro, se echó á sus piés, y le adoró: la palabra *adorar* no se toma aquí, lo mismo que en otros pasajes de la Escritura, mas que para indicar la postura humillada del centurion, y su profundo respeto á san Pedro. La asamblea era numerosa; y despues de los saludos ordinarios: Vosotros sabeis, les dijo el apóstol, que es cosa abominable para un judío el formar sociedad con un extranjero, ni tener con él comercio alguno; pero Dios me ha hecho ver en una vision que á ningun hombre debe tratarse como profano y extranjero para el cielo. Por esto luego que se me ha llamado he venido sin titubear: decidme, pues, os ruego, ¿cuál es el motivo porque me habeis hecho venir? Hace cuatro dias, le dijo entonces Cornelio, que á esta misma hora, estando en mi casa en ora-

cion, se presentó de improviso delante de mí una persona, cuyo vestido era de una blancura resplandeciente, y me dijo : Que mis oraciones habian sido oidas, y que mis limosnas no se habian despreciado delante de Dios, y que te enviase á buscar para que me instruyeses. Ahora pues, á todos nos tienes aquí delante de tí, prontos á oir lo que el Señor te manda que nos digas. Segun el texto griego, parece que Cornelio habia ayunado y orado por espacio de cuatro dias, cuando Dios le hizo esta gracia. Entonces tomando Pedro la palabra : En verdad, les dijo, estoy convencido que Dios no hace aceptacion de personas, sino que se agrada de todo el que le teme y nace obras de justicia, de cualquiera nacion que sea.

Dios ha enviado á predicar su palabra, continuó, á los hijos de Israel, anunciando la reconciliacion y la paz por Jesucristo, el cual es el Señor de todos. San Pedro comienza á anunciar á Jesucristo á Cornelio, y desde luego se le anuncia como Dios, al paso que en sus discursos á los judíos le habia anunciado solamente como el Mesías y el libertador de Israel. La paz de que habla san Pedro es aquella abundancia de bendiciones, aquella dichosa felicidad, que es el fruto de la muerte y de la resurreccion de Jesucristo, y que los ángeles habian anunciado en su nacimiento. Vosotros sabeis, hermanos mios, añadió, que esta palabra ha sido publicada por toda la Judea, comenzando por la Galilea despues del bautismo que Juan ha predicado. San Pedro quiere indicar aquí únicamente que san Juan se habia presentado en cualidad ciento cincuenta años? ¡Y qué bondad la que les dispensó bajo del dominio de los reyes, y sobre todo,

mismo se presentase. Sabeis como Dios ha dado la uncion del Espíritu Santo y de su virtud á Jesus de Nazareth, el cual por todas partes por donde ha pasado ha hecho bien, y ha curado á todos los que estaban bajo de la opresion del demonio, porque Dios estaba con él. Nótase que entre tantos milagros como el Salvador ha obrado durante su vida mortal, no leemos que los haya hecho jamás para castigar á sus enemigos, ni para hacerse temer : era siempre su bondad la que ponia en movimiento su poder para el alivio de los desdichados; la compasion y la bondad han sido siempre su carácter. Un sabio del paganismo exceptuaba para hacerles bien á los jóvenes y á los viejos, á aquellos porque no pueden todavía dar pruebas de su reconocimiento, á estos porque á poco tiempo los han olvidado ya. ¡Qué diferente es el espíritu de Jesucristo de esta moral interesada! Dábase en la antigua ley la uncion del óleo á los reyes, á los sacerdotes y á los profetas. Jesucristo habia recibido la uncion de la misma divinidad, que habitaba en él en toda su plenitud, y que, estando unida personalmente con su humanidad, le consagraba de una manera divina. Esta union era la que distinguia de un modo particular la monarquía, el sacerdocio y la mision de Jesucristo; es la que hace que Jesucristo sea verdaderamente Dios, Hijo de Dios, Mesías, Salvador y Redentor del género humano. La uncion del Espíritu Santo de que habla aquí san Pedro, indica principalmente la cualidad de Mesías ó de Rey del cielo y de la tierra, que el Padre ha comunicado al Hijo.

Vosotros habréis sin duda oido hablar de las grandes maravillas que Jesucristo ha obrado en toda la Judea:

tan revestido estaba de la fortaleza y de la omnipotencia de Dios. Como rey del cielo y de la tierra, y como Mesías, habia recibido la uncion divina del Espíritu Santo. Su ocupacion por espacio de tres años ha sido el recorrer las villas, los lugares y las ciudades para anunciarles el reino de Dios, haciendo bien á todos, dejando por donde quiera que pasaba señales de su bondad y de su poder. Nosotros hemos visto con nuestros ojos las brillantes maravillas que ha obrado en todos los países de los judíos, y singularmente en Jerusalen; y no obstante por la ingratitud mas negra y mas escandalosa, contra toda justicia y contra todos los sentimientos de la religion, le han quitado la vida en una cruz como á un malvado, siendo la inocencia misma; pero Dios le ha resucitado tres dias despues, y ha querido que, saliendo del sepulcro vivo y glorioso, se dejase ver, no de todo el pueblo, porque quiere salvar á los hombres por la fe, sino de nosotros á quienes ha escogido y destinado antes de todos los siglos para publicar como fieles testigos lo que ha hecho por la salud de todo el género humano; á nosotros, digo, que hemos bebido y comido con él despues de su resurreccion; á nosotros á quienes ha mandado que prediquemos al pueblo, y hagamos saber á toda la tierra que él es á quien Dios ha establecido juez supremo de los vivos y los muertos, y esto es, hermanos mios, lo que hacemos. Nosotros lo declaramos altamente con los profetas que han hablado de ello antes que nosotros, los cuales todos á una voz testifican que, en su nombre y por sus méritos, todos los que creen en él obtendrán la remision de sus culpas. Todavía hablaba san Pedro, cuando descendió visiblemente

Y en aquella misma hora fueron todos bautizados.

el Espíritu Santo sobre todos los que le escuchaban, probablemente en forma de lenguas de fuego, poco mas ó menos como lo habia hecho sobre los apóstoles el dia de Pentecostés. Esta maravilla sorprendió á los judíos que habian acompañado al santo apóstol; no podian ellos concebir cómo se habia derramado tambien la gracia del Espíritu Santo sobre los gentiles, y lo que aumentaba su asombro era el oirles bendecir al Señor en diversas lenguas. Pero el hombre de Dios que tenia un corazon de padre para todos los pueblos de quienes debia ser el Pastor universal, les dijo: ¿Y qué es lo que nos detiene para no dar el bautismo á estas gentes, que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros? y en aquella misma hora fueron todos bautizados. Ni aun los judíos convertidos podian persuadirse que la gracia del Evangelio debiese comunicarse á los gentiles. Fué necesario un milagro tan grande, dice san Crisóstomo, para convertirles sobre este artículo. Por él hizo Dios ver que es el dueño de sus dones, y haciendo que bajase de este modo el Espíritu Santo sobre los gentiles, aun antes de que hubiesen sido bautizados, enseñaba á san Pedro y á los otros judíos, que no podia ya excluirse á nadie de la gracia del bautismo. Comprendió perfectamente esto el apóstol, cuando dijo: ¿Puede negarse el agua del bautismo á los que han recibido el Espíritu Santo como nosotros?

El evangelio refiere la aparicion del Salvador á los dos discípulos que iban á la aldea de Emaús en el mismo dia de la resurreccion.

No obstante que era incontestable y evidente el testimonio de los apóstoles y de las santas mujeres á quienes Jesucristo resucitado se habia aparecido,

aquellos discípulos empero de quienes todavía no se habia dejado ver el Salvador, no podian creer que hubiese resucitado, y trataban de visionarias á aquellas santas mujeres. De este número eran los dos discípulos que en aquella misma tarde iban hácia la aldea de Emaús, distante cerca de tres leguas de Jerusalen; llamábase el uno Cleofas, y del otro se ignora el nombre. Por el camino iban hablando de lo que acababa de suceder en la persona de su buen Maestro. No podian dudar que fuese enviado de Dios, habiendo sido ellos mismos testigos de la santidad de su vida y de sus milagros; pero la ignominia de su muerte era para ellos un misterio que no comprendian, y no daban fe á todo lo que se decia de su resurreccion, teniendo por sueños y vanas imaginaciones las apariciones publicadas. Mientras conversaban entre sí de un asunto tan triste, vieron venir detrás de ellos un hombre que luego se juntó con ellos: era el mismo Jesucristo; pero ellos no le conocieron, porque *tenian los ojos como vendados*, dice el evangelio; esto es, porque el Salvador impedia que su cuerpo hiciese en los ojos de los discípulos la impresion que hubiera debido hacer naturalmente, sea que Jesucristo apareciese en efecto bajo de una figura extraña, sea que hubiese impreso alteracion en la vista de los viajeros. Despues de haberse saludado segun costumbre, les preguntó Jesus cuál era el asunto de su conversacion, y de qué provenia la tristeza que se dejaba ver en su semblante. ¿Pues qué, le respondió Cleofas, serias tú el único extranjero entre todos los que han concurrido á Jerusalen para la fiesta de la Pascua, que no supieses lo que ha pasado allí en estos dias? ¿Pues qué es lo que ha sucedido

de extraordinario, repuso el Salvador? Extraño es, replicó Cleofas, que ignores lo que ha sucedido á aquel grande hombre, Jesus Nazareno, de quien jamás hubo semejante; aquel Profeta tan poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo. Nosotros hablábamos de la manera indigna y atrozmente injusta con que ha sido tratado por nuestros sacerdotes, por nuestros pontífices, y por nuestros primeros magistrados, los cuales, por una envidia sin ejemplar, habiéndole entregado á Pilato, le han hecho condenar injustamente á morir en una cruz, habiendo el mismo Pilato reconocido y publicado su inocencia. Lo que pone el colmo á nuestra afliccion es que nosotros le mirábamos como el Redentor de nuestro pueblo, y esperábamos que nos restableceria á nuestra primera libertad, y ahora nos encontramos frustrados en nuestras esperanzas; porque ha muerto, y no nos queda ya otra sino que debe resucitar. A la verdad, él nos habia predicho su muerte y todo lo que ha sucedido; pero nos habia tambien asegurado que tres dias despues de su muerte saldria vivo del sepulcro, y hoy es el tercer dia, cuasi pasado ya, sin que hayamos visto el cumplimiento de su promesa. Sin embargo de que, añadieron, ha habido algunas buenas mujeres del número de las que le seguian, y creian en él como nosotros, que nos han atolondrado mucho, porque, habiendo partido muy de mañana para ir á su sepulcro, no han encontrado en él el cuerpo, y ellas tambien nos han referido que se les habian allí aparecido ángeles, quienes les aseguraban que habia resucitado, y que le veriamos vivo en Galilea. Tambien algunos de los nuestros han ido al sepulcro, y han hallado que las mujeres habian dicho la ver-

dad, y que el cuerpo no estaba allí. Pero ¿quién ha de creer una maravilla tan grande sobre unos testimonios tan débiles?

Cuando no hay mas que una fe flaca, no puede haber una esperanza viva; la esperanza vacila siempre con la fe. *Nosotros esperábamos*, dicen, como si dijeran que ya apenas esperan. Estas palabras demuestran bien cuál era la idea y la disposicion del espíritu de aquellos discípulos: ellos no tomaban la redencion de Israel mas que como una libertad de la servidumbre corporal; esperaban que el Mesías debia libertarles del yugo de los Romanos, y restablecer su antiguo gobierno. En materia de religion las luces solas del entendimiento humano, sin las de la fe, extravían.

El Salvador se compadeció de la fe moribunda de aquellos dos discípulos vacilantes. ¡Qué ciegos sois! hombres poco sensatos en materia de religion, les dijo, ¡qué poco comprendeis lo que los profetas han dicho del Mesías! ¿No era necesario, añadió, que el Cristo, esto es, el Mesías, padeciese de este modo, y que por este camino de los sufrimientos y de las humillaciones entrase en su gloria?

Costábales mucho trabajo á los discípulos conciliar el oprobio y la infamia de la cruz en donde habian visto espirar á Jesucristo, con la resurreccion y el reinado glorioso del Mesías. El Salvador les hace ver que, puesto que su muerte no habia sido predicha por los profetas con menos claridad, que su resurreccion gloriosa, habiendo visto el cumplimiento de las profecías de su muerte, no debian dudar que lo que se habia predicho de su resurreccion dejase tambien de cumplirse; y para convencerles, tuvo el Salvador la

bondad de referirles por sí mismo todo lo que habian predicho del Mesías los patriarcas de la antigua ley, todo lo que habian dicho Moisés y los profetas, explicándoles y haciéndoles ver que todo esto se habia cumplido en la vida, en la pasion, en la muerte y en la resurreccion de aquel Jesus Nazareno que era el asunto de su conversacion.

Entre tanto se hallaron cerca de la aldea adonde iban. Entonces el Salvador hizo ademan de querer pasar mas adelante; pero los dos discípulos le detuvieron como por fuerza, rogándole que tuviese á bien quedarse con ellos en la aldea, porque se hacia tarde. Puntualmente era esto lo que el Salvador deseaba; porque, aunque Dios tenga algunas veces el designio de hacernos las mayores gracias, quiere, sin embargo, que se le ruegue: la oracion entra ordinariamente como condicion para sus beneficios. No se hizo mucho de rogar el Salvador; entró con ellos en la casa, que se cree haber sido la de Cleofas, y habiéndose puesto á la mesa con ellos, tomó desde luego uno de sus panes sin levadura, pues que no era permitido á los judíos el comer otros en los siete dias que duraba la fiesta de Pascua, y habiéndole bendecido, esto es, dicen los padres y los intérpretes, habiéndole consagrado en su cuerpo, del mismo modo que lo habia hecho en la institucion de la Eucaristía en la última cena, lo partió y se lo presentó.

Abriéronse en aquel momento sus ojos, esto es, conocieron entonces en el aire, en las facciones del rostro, y en su voz, que el que les hablaba era verdaderamente el mismo Jesucristo; pero desapareció inmediatamente de su vista, haciéndose repentinamente invisible. Si su alegría fué sensible, no fué

menos vivo su sentimiento. Echábanse en cara su ceguera: ¿Es posible, se decian entre sí, que hayamos conversado tanto tiempo con él, sin conocerle? Las luces con que iluminaba nuestro entendimiento, explicándonos el verdadero sentido de la Escritura, y aquel fuego extraordinario que abrasaba nuestro corazon mientras que nos hablaba, ¿no nos decian que era él? La ansia y el conato de dar parte á los hermanos de lo que les acababa de suceder, les hizo partir al instante para volverse á Jerusalen. Allí encontraron á los apóstoles y á los discípulos reunidos, los cuales, apenas les vieron, les dijeron que el Señor habia resucitado verdaderamente, y que habia aparecido á Pedro. Ellos por su parte les contaron lo que les habia pasado en su viaje, y como habian reconocido á su divino Maestro en la fraccion del pan, esto es, al darles la Eucaristía. Este divino sacramento es siempre una fuente de luces para quien le recibe dignamente.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

O Dios, que por medio de la solemnidad de la Pascua habeis dado al mundo el remedio soberano de todos los males, dignaos derramar sobre vuestro pueblo vuestros celestiales dones; á fin de que, recibiendo de vos la perfecta libertad, se adelante siempre mas y mas en la vida del cielo que no debe nunca acabar. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epístola está tomada de los Hechos Apostólicos, cap. 10.

En aquellos dias, estando Pedro en pié en medio de la reunion, dijo: Hermanos mios, vosotros habeis oido hablar de lo que ha sucedido en toda la Judea, y que ha comenzado por la Galilea despues del bautismo que Juan ha predicado; cómo Dios ha dado la uncion del Espíritu Santo y

por su virtud á Jesus Nazareno, el cual por donde quiera que ha pasado ha hecho bien, y ha curado á todos los que estaban bajo la opresion del demonio, porque Dios estaba con él. Y nosotros somos testigos de todas las cosas que ha hecho en la Judea y en Jerusalen, y de que los judíos le han quitado la vida clavándole en la cruz. Dios le ha resucitado al tercero dia, y ha querido que se dejase ver, no de todo el pueblo, sino de los hombres destinados para ser testigos de ello; de nosotros que hemos bebido y comido con él despues de su resurreccion. Él mismo nos ha mandado que prediquemos al pueblo, y testifiquemos que él es á quien Dios ha establecido juez de los vivos y de los muertos. Todos los profetas dan testimonio de que todos los que creen en él, reciben por su nombre la remision de los pecados.

NOTA.

Despues de haber escrito san Lucas en el evangelio la vida de Jesucristo y de su santísima Madre, de la que puede decirse ha sido el confidente, ha querido darnos en los Hechos de los apóstoles el evangelio de la resurreccion del Salvador, segun el pensamiento de san Crisóstomo, con la historia de la Iglesia naciente.

REFLEXIONES.

Él mismo nos ha mandado que prediquemos al pueblo, etc. Que doce pescadores pobres, groseros, que cuasi habian envejecido en la mas espesa ignorancia, gentes de un genio, de un corazon encogido, de una alma naturalmente baja y tímida, sin educacion, sin recursos, sin otro arte que el de la pesca y de las redes; que estos doce pescadores hayan podido convencer al universo que Jesus Nazareno, el cual habia espirado en la cruz, habia resucitado, es un prodigio que á primera vista parece tan sorprendente como el de la resurreccion. Pero cuando se para la reflexion

en que unos hombres que no tenian ningun interés en fingir, no han podido querernos engañar con peligro cierto de su vida; que unos hombres tan incrédulos durante la vida de su Maestro no han podido ser engañados despues de su muerte, y creerle resucitado, sin tener para ello las pruebas mas manifiestas; en fin, que unos hombres tales como estos, que obraban los mayores milagros para establecer la fe de la resurreccion, no han podido en efecto engañarnos; ¿no tenemos motivo para extrañar que haya habido incrédulos, que hayan podido resistir á su testimonio? Y bien, ¿nuestra creencia es mas cristiana? y creyendo á Jesucristo verdaderamente resucitado, ¿somos nosotros mas cristianos? Como el misterio de la resurreccion encierra, por decirlo así, ó á lo menos confirma todos los misterios, la creencia de este misterio ha convertido á todo el universo. Nosotros le creemos; pero ¿qué efecto produce hoy en el espíritu y en el corazon de los cristianos la fe de este misterio? La resurreccion del Salvador es la prenda segura, y debe ser al mismo tiempo el modelo de la nuestra. Ella es el fundamento de nuestra fe, debe serlo tambien de nuestra esperanza, y la una y la otra deben reglar nuestras costumbres. ¿Y en dónde se halla el dia de hoy esta reforma? muertos al pecado por la penitencia que debe ser el fruto del grande ayuno que acabamos de hacer, una nueva vida debe ser el efecto ordinario de la fiesta de Pascua; pero ¿hay muchos que hayan resucitado? Es necesario saber primeramente si hay muchos que hayan muerto al pecado, á los hábitos criminales del pecado, á las ocasiones peligrosas y voluntarias del pecado; si hay muchos que hayan resucitado á la gracia. La mu-

danza, la reforma es visible despues de una verdadera resurreccion; ¿reconócese mucho en los fieles despues de esta fiesta? ¿Y los que se han dispensado de los saludables rigores de la penitencia, gustarán en la Pascua dulzuras espirituales de una santa resurreccion?

El evangelio de la misa es del cap. 24 segun san Lucas.

En aquel tiempo, dos de los discípulos de Jesus iban á un caserío llamado Emaús, distante de Jerusalen como sesenta estadios. Iban hablando de todo lo que acababa de suceder. Mientras que ellos hablaban y razonaban entre sí, se les juntó el mismo Jesucristo y caminaba con ellos; pero ellos tenian los ojos como vendados de modo que no le conocian. Díjoles pues: ¿Qué viene á ser de lo que hablais, y porqué estais tristes? Respondióle uno de ellos que se llamaba Cleofas: Qué, ¿eres tú acaso el único extranjero en Jerusalen, que no sabes lo que allí ha pasado en estos dias? ¿Qué es ello? les dijo; y ellos le respondieron: En órden á Jesus Nazareno, que era un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo, y como los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados le han entregado para que fuese condenado á muerte, y le han crucificado. Nosotros esperábamos que seria el libertador de Israel, y ahora cumplen tres dias que estas cosas han sucedido. Por otra parte, algunas mujeres de las que estaban con nosotros nos han sorprendido; porque, habiendo ido antes del dia al sepulcro, y no habiendo hallado en él su cuerpo, han venido á decir que ellas han visto ángeles que dicen que está vivo. Algunos de nosotros han ido al sepulcro, y han hallado lo que han dicho las mujeres; pero á él no le encontraron. Habióles entonces Jesus de este modo: Gentes sin razon, y duros para creer lo que han dicho los profetas, ¿no era necesario que el Cristo padeciese de este modo, y así entrase en su gloria? En seguida, tomando la palabra, comenzando desde Moisés y todos los profetas, les explicó las cosas que miraban á él en todas las Escrituras. Entre tanto se hallaron en las inmediaciones de la casa de

campo, y el Salvador hizo demostracion de pasar adelante. Detuviéronle ellos como por fuerza, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el dia declina, de modo que Jesus entró con ellos. Estando con ellos á la mesa, tomó el pan, lo bendijo, y habiéndole partido, se lo presentó. Abriéronse entonces sus ojos, y le conocieron; pero él desapareció de su vista: sobre lo cual se dijeron el uno al otro: ¿No sentíamos nuestro corazon inflamado cuando nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? Y partiendo desde luego, volvieron á Jerusalen, y hallaron á los once apóstoles, y á los que estaban reunidos con ellos, que les decian: El Señor ha resucitado verdaderamente, y ha aparecido á Simon: ellos por su parte les refirieron lo que les habia pasado en su viaje, y como le habian conocido en la fraccion del pan.

MEDITACION.

SOBRE LA RESURRECCION ESPIRITUAL.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la resurreccion corporal de Jesucristo debe ser el modelo de la resurreccion espiritual de todos los fieles. Consideremos las principales circunstancias de la resurreccion del Salvador, y confrontémoslas con las que deben acompañar á nuestra resurreccion espiritual. 1.ª Jesucristo habia muerto verdaderamente en la cruz, y á fin de que la verdad de esta muerte fuese mas visible é incontestable, habia querido que su cuerpo adorable, siempre unido á la divinidad, permaneciese tres dias sepultado en el sepulcro, antes de darle por su resurreccion una nueva vida. Tal debe ser nuestra muerte espiritual, antes de nuestra resurreccion á la gracia. Es preciso estar verdaderamente muertos al pecado, y muertos en la cruz, esto es, por una verdadera y sincera penitencia. Hay muchos que parece haber muerto al pe-

T. II.

Estando con ellos á la mesa, tomó el pan, lo bendijo, y habiéndolo partido, se lo presentó.

cado en estas fiestas; pero no es mas que una muerte aparente, puesto que el afecto y el apego secreto al pecado subsiste siempre, aunque imperceptiblemente, en el fondo del corazon; por esto la resurreccion de estos pecadores no es mas que una resurreccion aparente. La verdad de la resurreccion depende de la verdad de la muerte, y de aquí nace que hay tan pocas conversiones verdaderas, aunque haya tantas conversiones aparentes; ¿y cómo puede uno resucitar si no ha muerto? Y de aquí tan pocas conversiones verdaderas y tan poca reforma de costumbres, á pesar de ser tantas las confesiones y las comuniones que se hacen en la quincena de Pascua. Pocos hay, por poca religion que tengan, que no tengan deseo de resucitar en este santo tiempo con Jesucristo; confiésase, comúlgase, lisonjéase de haber resucitado; la alegría pintada en el rostro de estos cristianos parece que anuncia su resurreccion á la gracia; pero si ha faltado la verdadera contricion en las confesiones, si el hábito del pecado no ha sido mas que suspendido, si solo se han aflojado, sin haberse roto, los lazos desgraciados que atan al pecador, á lo mas no se ha hecho otra cosa que mortificar al hombre viejo sin haberle muerto, lisonjearse de que era muerto, sin haber sido crucificado: falsa resurreccion, pues, á causa de la falsa penitencia. La alegría que la mayor parte de los pecadores experimentan en estas santas festividades, no es una alegría espiritual; regocíjanse á lo mas de que ha pasado la Cuaresma. ¡Dios mio! ¡qué de ilusiones, aun en nuestras pretendidas devociones y en nuestra penitencia! ¿Queremos resucitar verdaderamente á la gracia? muramos antes verdaderamente al pecado.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que resucitando Jesucristo vuelve á tomar en verdad el mismo cuerpo que tenia cuando murió; pero ¿qué gloriosas cualidades no le comunica dándole una nueva vida? Segunda circunstancia de la resurreccion del Salvador, y esto mismo es lo que debe suceder en nuestra resurreccion espiritual. No se pide que mudemos de condicion ni de estado al convertirnos, y al entrar en una vida totalmente nueva, si el estado y la condicion en que nos hallamos nada tienen de incompatible con la salvacion; porque, si lo son, es indispensable la mutacion de estado: lo que exije la verdadera resurreccion espiritual es que el estado, la condicion en que Dios nos ha puesto, sean santificados por las cualidades cuyo modelo presenta la resurreccion del Salvador. Agilidad, claridad, impasibilidad, inmortalidad, tales fueron las cualidades gloriosas que Jesucristo comunicó á su santo cuerpo en su resurreccion. La pesadez que se siente, las dificultades que se encuentran, la tibieza, la languidez, aquella devocion ceñuda, inquieta, enfadosa, que se experimenta despues de la pretendida conversion, todo esto prueba bien que no hay mas que una conversion, una resurreccion falsa. Una alma verdaderamente resucitada experimenta todo lo contrario. Experiméntanse, á la verdad, las dificultades que se encuentran al principio en el nuevo camino de la virtud; pero se experimenta al mismo tiempo un nuevo valor, una nueva resolucion que está pronta á emprenderlo todo en los caminos de Dios y en el curso de una vida verdaderamente cristiana. Hállanse algunas dificultades que sobrepujar,

pero solo son en órden á los sentidos y al amor propio; y al mismo tiempo se siente un valor que inspira la gracia, y que hace que en las mismas dificultades se encuentre dulzura. La alegría, lo mismo que la resurreccion, es toda espiritual. Encuéntrase un nuevo gusto en todo lo que Dios pide de nosotros, y un verdadero disgusto en todo lo que agrada al espíritu del mundo. Se piensa, se juzga muy de otra manera que antes de los regocijos y de las máximas mundanas. Hállase una dulzura, un placer en cumplir con los deberes de cristianos, y una satisfaccion, una paz superior á todo lo que puede pensarse en los ejercicios de piedad y de religion. 3.ª Habiendo resucitado Jesucristo, ya no se encontró su cuerpo adorable en el sepulcro. ¿En qué pensais cuando venis á buscar á vuestro Maestro en el sepulcro? dicen los ángeles. *Resucitó, ya no está aquí.* Hé aquí lo que debe decirse, despues de estas fiestas, de una persona espiritualmente resucitada. ¿En qué pensais cuando venis á buscar á ese hombre en las concurrencias mundanas; á esa mujer en las academias de placer y de juego; á esos amigos en los espectáculos profanos, en los lugares de la disolucion, que deben mirarse como los sepulcros de tantas gentes? Ha resucitado verdaderamente; no puede ya estar aquí. 4.ª En fin, Jesucristo ha resucitado, y ya no muere mas; la muerte no tiene ya poder sobre él. Hé aquí el efecto de una verdadera resurreccion espiritual, y la señal mas segura de una verdadera conversion: perseverar en la gracia y en la práctica de la piedad, vivir en adelante con una vida verdaderamente cristiana, efecto y prueba cierta de una verdadera resurreccion.

Haced, Señor, por vuestra misericordia que yo ex-

perimente esto mismo, y que todas estas circunstancias consoladoras acompañen de hoy mas mi resurreccion; esto es lo que, lleno de confianza, espero de vuestra bondad infinita y de vuestra gracia omnipotente.

JACULATORIAS.

He hallado, en fin, al que mi alma ama con ternura; le poseo, y no le perderé ya. *Cant.* 3.

¿Quién nos separará jamás del amor de Jesucristo? *Rom.* 8.

PROPOSITOS.

1.° La alegría es inseparable de la resurreccion espiritual. La paz del corazon, la alegría de una buena conciencia, el amor que tiene á Jesucristo una alma espiritualmente resucitada, la dulce confianza que tiene en su misericordia, todo esto hace que se goce desde esta vida un preludio de las alegrías celestiales; no omitais nada para hacer de ello una dichosa experiencia. Y para esto procurad que todas las circunstancias de la verdadera resurreccion que acabais de meditar, acompañen vuestra resurreccion espiritual. No os contenteis con haber muerto al pecado por medio de vuestra sincera penitencia; morid de nuevo á él todos los dias por una nueva y cada vez mas sincera contricion.

2.° La resurreccion da una vida totalmente nueva; procurad en toda vuestra conducta que parezca que habeis olvidado la antigua. No concurrais ya á esos lugares profanos y mundanos, que por lo comun son el sepulcro de la inocencia. El lugar santo, las iglesias, las casas de los pobres, prisiones, hospitales,

los lugares donde se ejercita la caridad, sean en donde sea preciso ir á buscaros y donde se os encuentre. En fin, sea uno de los rasgos mas marcados de vuestro verdadero retrato la alegría espiritual, madre de la dulzura, de la afabilidad, de la compasion.

MARTES DE PASCUA.

La solemnidad de este tercer dia no es mas que la continuacion de la del primero, puesto que no es mas que la misma celebridad, el mismo misterio, la misma fiesta. El introito de la fiesta de ayer nos anunciaba el derecho que nos habia adquirido el Salvador por su resurreccion á la tierra prometida, inundada de leche y de miel, esto es, á la celestial Jerusalen, dulce mansion de los bienaventurados, y ahora nuestra patria celestial. El introito de la misa de hoy nos descubre las principales ventajas de esta rica herencia que nos ha merecido Jesucristo. *El Señor les ha dado á beber el agua de la sabiduria*, aquella agua viva que salta hasta la vida eterna. Hechos hijos adoptivos del Padre celestial, no se verán ya forzados como esclavos á abrirse cisternas en donde no encontraban mas que una agua cenagosa, incapaz de apagarles la sed; en adelante encontrarán en la casa del padre de familias, esto es, en la Iglesia, una fuente de agua viva que iluminará su entendimiento, y les dará la inteligencia de las verdades mas sublimes, y el don de la sabiduría que les enseñará el camino del cielo, é impedirá el que se extravíen. Bendigamos al Señor por una misericordia tan grande. Este don de la sabiduría no

será pasajero, antes bien *permanecerá en los hijos de Dios*: esta fuente no se agotará en la Iglesia. Las mas crueles persecuciones, los escombros, por decirlo así, de tantos millones de cuerpos de mártires, no han podido hacerle tomar otro curso; la fuente de agua viva, esta agua saludable de la sabiduría no podia encontrarse en las sectas; no se halla ni puede hallarse mas que en la verdadera Iglesia; solo los hijos de la Iglesia son los que se sacian con ella. Bendigamos eternamente al Señor. El mundo, cuya pretendida sabiduría no es mas que locura, despreciará altamente á los hijos de Dios, que son verdaderamente los hijos de la luz; pero la sabiduría pura, santa y verdadera, cuya fuente han encontrado, los colmará de gloria eternamente; no cesemos de tributar acciones de gracias á Dios por un beneficio tan singular, y cantemos sus alabanzas con una santa alegria. *Cantad las alabanzas del Señor, invocad su nombre, dad á conocer la grandeza de sus obras á todos los pueblos de la tierra.* La Iglesia no puede contener su alegría en todo el tiempo pascual; así es que continuamente tiene en la boca cánticos de alegría y de acciones de gracias, y su reconocimiento por el beneficio de la redencion la lleva hasta querer inspirar sus mismos sentimientos á todos los pueblos de la tierra.

En la epístola de la misa de este dia se ve á san Pablo predicando á los judíos de Antioquía de Pisidia, achacar el crímen cometido en la persona de Jesucristo á los judíos de Jerusalen, los cuales no conociendo á Jesus ni queriendo conocerle por lo que era, ni entendiendo las palabras de los profetas que se leian todos los sábados, les habian dado cumpli-

miento persiguiéndole hasta hacerle morir en la cruz; pero que al tercer dia aquel Jesus, crucificado por los judíos, habia resucitado, y se habia presentado á un gran número de hermanos que estaban vivos y daban testimonio de esta verdad.

Habiendo recibido la fe de Jesucristo por la predicacion de los apóstoles la ciudad de Antioquía, capital de la Siria, veia crecer todos los dias el número de fieles; y en esta iglesia tan floreciente fué en donde estos tomaron por primera vez, hácia el año 43 de Jesucristo, el nombre de *cristianos*. Habia en esta iglesia muchos profetas y doctores, entre los cuales estaban Saulo, que muy luego tomó el nombre de Pablo, y Bernabé. Habiendo escogido el Espíritu Santo á san Pablo y á san Bernabé para que fuesen á predicar á los gentiles, partieron sin dilacion los dos apóstoles, y la primera poblacion en donde se detuvieron fué Seleucia, ciudad marítima de Siria, poco distante de Antioquía; de allí pasaron á la isla de Chipre, predicando en todas partes con mucho fruto, y haciendo muchos milagros. Habiendo partido de Pafos san Pablo y san Bernabé, se embarcaron con muchos fieles que se habian agregado á ellos. Llegaron á Pergo, ciudad de Panfilia, y pasando adelante, fueron á Antioquía de Pisidia, en donde había un gran número de judíos establecidos que hacian allí un gran comercio. Habia en el Asia muchas ciudades que se denominaban Antioquía: contábanse hasta doce; esta estaba en Pisidia, provincia del Asia menor, con la Frigia al norte, y la Panfilia al mediodía. Había en la ciudad una sinagoga célebre. No dejaron los dos apóstoles de ir á ella el sábado, y habiendo entrado en ella, tomaron lugar, sentáronse, y oyeron la lec-

tura. Acostumbraban los judíos leer todos los sábados en sus sinagogas un capítulo de la ley, y añadir á él algun pasaje de los profetas. En seguida el que presidia la asamblea convidaba á alguno, y en especial á los extranjeros, á que hiciesen alguna instruccion al pueblo sobre lo que se acababa de leer. Despues de la lectura ordinaria, el que presidia envió á decir á los dos apóstoles que si tenian alguna palabra de consuelo que decir al pueblo, se les oiria con placer. Levantóse entonces san Pablo, y haciendo señal con la mano que se guardase silencio, les hizo el discurso que se contiene en esta epístola.

A vosotros, hermanos mios, hijos de la estirpe de Abrahan, y á vosotros los que temeis á Dios (estas palabras se dirigian á los prosélitos y á los gentiles que creian en el verdadero Dios, y que concurrian el sábado á las sinagogas para instruirse, y para oir hablar de la ley), á vosotros es á quien yo dirijo mi palabra. Vosotros sabeis que Dios ha sido siempre el protector particular de nuestra nacion; que ha escogido y amado á nuestros padres, hasta darles la preferencia sobre todos los pueblos del mundo. Vosotros no ignorais todas las maravillas que ha obrado en favor de este pueblo escogido. ¡Qué de prodigios para sacarle de la servidumbre de Egipto! ¡con que bondad sufrió su mala conducta en el desierto por espacio de cuarenta años! ¡qué de victorias conseguidas, cuántos enemigos vencidos para ponerles en posesion de la tierra prometida! ¿Qué proteccion mas señalada que la que les franqueó bajo del gobierno de los jueces por espacio de cerca de cuatro- de precursor, y habia anunciado á Jesucristo, segun la prediccion de los profetas, antes que el Salvador

en el de David, de este rey segun su corazon! De su estirpe ha hecho Dios, consiguiente á su promesa, que naciese para Israel un Salvador, el cual es Jesus, cuya venida ha anunciado Juan Bautista; ese admirable precursor del Mesías, prometido tantos siglos hace, nada ha omitido para dar á conocer el divino Salvador que él anunciaba. Vosotros no me conoceis, decia á los judíos que iban en tropas al desierto para oirle; vosotros me teneis por el Mesías; no lo soy; es el que va á presentarse despues de mí, al cual no soy digno ni aun de desatar los zapatos. Hablaba no solo á sus oyentes, sino tambien á vosotros, mis amados hermanos, dignos hijos de Abrahan; á vosotros lo mismo que á ellos dirigia esta palabra de salud. También ha sido enviada á vosotros la palabra eterna, el Verbo divino. Ya se habia manifestado bastante por sus profetas, cuyas predicciones leeis todos los sábados en vuestras sinagogas. En fin, se le ha visto, se le ha oido á él mismo, y los brillantes milagros que ha hecho, demuestran sobradamente quién era; mas no obstante que ha venido á su propia heredad, no ha sido recibido por los suyos. El pueblo de Jerusalen, y no menos sus cabezas, no han querido reconocerle por el Mesías, y ellos han realizado, condenándole, las palabras de los profetas que se leen todos los sábados; y por una impiedad, una injusticia que jamás ha tenido semejante, sin hallar nada en él que mereciese la muerte, pidieron á Pilato que le quitase la vida. Por este medio han ejecutado enteramente, sin saberlo, todo lo que habia sido dicho de él en los libros de los profetas; y hartándole de oprobios y haciéndole espirar en la cruz, han servido tambien en alguna manera, sin saberlo, á su

gloria; porque, habiendo sido puesto en el sepulcro, Dios le ha resucitado al tercero dia, y su muerte ha sido nuestra salud y su triunfo. Esta noticia es incontestable, tiene tantos testigos como discípulos tenia. Todos los que habian venido con él de Galilea á Jerusalen, le han visto muchas veces despues de su resurreccion; y ahora todavía dan un testimonio público é irrecusable de ello. Este misterio ha sido la consumacion de la grande obra de la redencion de los hombres, la cual fué antes prometida á nuestros padres, y nosotros os anunciamos hoy. La promesa está cumplida por la resurreccion de Jesucristo, la cual es una prenda y una seguridad de la nuestra. La resurreccion es el cumplimiento y como el compendio de las promesas. Es en efecto la prueba de los demás misterios, el fundamento de las verdades que creemos, la prenda y como las arras de los bienes que debemos esperar.

El evangelio del dia es la relacion que hace san Lucas de la aparicion de Jesus resucitado á todos sus apóstoles y á los demás discípulos reunidos hácia el principio de la noche, despues que los viajeros de Emaús hubieron vuelto á Jerusalen, y hubieron contado lo que les habia sucedido en su viaje. Era esta la quinta aparicion en el primer dia de su resurreccion.

Se habia aparecido el Salvador en este dia á Magdalena, á sus compañeras cuando volvian del sepulcro, á san Pedro y á los discípulos que habian ido á Emaús; mas no quiso dejar pasar el dia sin conceder á todos los apóstoles y á los discípulos reunidos la misma gracia. Los de Emaús no hacian mas que llegar, y apenas habian contado á toda la asamblea su

dichosa aventura, cuando Jesucristo se presentó en medio de ellos. Habia entrado en la sala estando cerradas todas las puertas: esto era la tarde del domingo mismo de la resurreccion; era de noche, y estaban ya á punto de ponerse á la mesa; pero antes habian cuidado de cerrar bien todas las puertas para no ser sorprendidos y maltratados de los judíos. A este tiempo, pues, fué cuando el Salvador se presentó repentinamente en medio de ellos; les saludó segun su costumbre, diciendoles: La paz sea con vosotros: yo soy; no temais. Tenian en verdad necesidad de ser asegurados, porque bien que esta visita tan inesperada les regocijase y reanimase su esperanza; sin embargo, una aparicion tan súbita les habia asustado, y el miedo se habia de tal modo apoderado de ellos, que creian no ver mas que un fantasma ó un espíritu revestido, como los ángeles, de un cuerpo aparente ó supuesto. No lo ignoraba el Salvador; por tanto les aseguró con bondad y con una afabilidad amable: No temais, hijos mios, les dijo, no os entregueis á las ideas que os atribulan y que aumentan vuestro espanto. Vosotros no podeis comprender cómo un cuerpo pueda entrar estando cerradas las puertas, y pensando que en mí no veis mas que un espíritu, temeis el ser engañados; no, hijos mios, tranquilizaos: yo soy vuestro Salvador, vuestro Maestro, vuestro Padre: este cuerpo que veis, no es un cuerpo fantástico ó extraño, es el mismo cuerpo que ha sido clavado en la cruz; mirad todavía las cicatrices en mis manos y en mis piés: no os fieis de vuestros ojos; aplicad la mano, tocad este cuerpo, y convenceos que aquí no hay ni fascinacion en vuestros ojos, ni el aire configurado en un cuerpo, sino que lo que hay

aquí es un cuerpo palpable, un cuerpo real, que es mi propio cuerpo, compuesto de carne y de huesos, lo cual no puede tener ni contrahacer un espíritu. Despues de lo cual, levantando la fimbria de su vestidura, les mostró sus piés y sus manos. Hay motivo para creer que los apóstoles y discípulos tocaron efectivamente y manosearon el cuerpo de Jesucristo. El pecado de santo Tomás, dice un sabio intérprete, no consistió en haber creido despues de haber visto, sino en haber rehusado el creer si no veia, y no haberse rendido al testimonio de todos los discípulos. Tanta era la alegría que tenian, dice el evangelio, que todavía no creian, y estaban todos asombrados. Una alegría extraordinaria de improviso suspende el ánimo y el raciocinio, y aun inspira una especie de desconfianza. No puede uno persuadirse que se posea realmente lo que se desea demasiado: la posesion súbita de un bien que se deseaba ardientemente, y que apenas se atrevia uno ya á esperar, ordinariamente hace que se fie uno con dificultad hasta de sus propios ojos: tal era la disposicion de los apóstoles. *No creian por el gran gozo* que les poseia. Estas palabras indican mas gozo y emocion en el corazon, que desconfianza é incredulidad en su entendimiento. La dificultad que tienen los apóstoles y discípulos en rendirse á las pruebas tan visibles de la resurreccion del Salvador ha contribuido para hacer incontestable la verdad de este misterio, mucho mas que hubiera podido hacerlo una precipitada credulidad; pero queriendo el Salvador acabar de convencerles, les preguntó si tenian alguna cosa que comer. Inmediatamente le presentaron un pez asado y un panal de miel. Aunque en el estado glorioso en que estaba el

Salvador no tenia necesidad de alimento, comió verdaderamente para convencer á sus apóstoles de la realidad de su cuerpo. *El que comiese*, dice san Agustin, *prueba fué de su poder, no de su necesidad.* ¿Quién no admirará aquí la bondad y la complacencia infinita del Salvador con todos sus discípulos? No contento con haberse manifestado á algunos en particular, se deja ver de todos, se presta y se acomoda á su flaqueza; les convence de la verdad de su resurreccion por todos los caminos que pueden exigir. Se muestra, les habla, les asegura, responde á sus dificultades, resuelve sus dudas, quiere que se cercioren por sus ojos y por sus manos de la realidad de su cuerpo; come y bebe con ellos, sin embargo de que no tenia necesidad ni de lo uno ni de lo otro. ¿Tenemos nosotros la misma condescendencia, la misma complacencia con los flacos? ¡Dios mio! ¡Cuándo aprenderemos del Salvador á ser dulces y humildes de corazon como él!

Lo que cuenta san Lucas de Jesucristo en la continuacion del evangelio de este dia, puede mirarse como el compendio de las instrucciones que el Salvador dió á sus apóstoles, en las conversaciones que tuvo con ellos en lo sucesivo. Es probable, sin embargo, que en está aparicion les dijese alguna cosa en general. Viendo, pues, Jesucristo á los apóstoles y á los discípulos vueltos ya en sí de su asombro, y tranquilos en su presencia: Si renovais en vuestro ánimo, les dijo, lo que me habeis oido decir cuando estaba con vosotros antes de mi muerte, os acordaréis que he predicho todo lo que ha sucedido, que era necesario que todo lo que ha sido escrito de mí en la ley de Moisés, en las profecías y en los salmos se cum-

pliese. Abrióles entonces el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras. En efecto, no basta que Dios nos hable en las Escrituras, es preciso que nos dé tambien la inteligencia de ellas; esto es lo que hizo entonces el Salvador en favor de sus apóstoles y de sus discípulos: hablando á sus oidos, iluminaba su entendimiento, y les hacia comprender lo que nunca habian podido creer, ni aun pensar, esto es, que era necesario que el Cristo, el Mesías sufriese todo lo que habian visto sufrir al Salvador, afrentas, calumnias, oprobios, irrisiones, flagelacion cruel, crucifixion tan ignominiosa como dolorosa; que era necesario, en fin, que muriese en la cruz, que fuese encerrado en el sepulcro, y que al tercer dia resucitase. Hé aquí, les dijo, las condiciones con que Dios mi Padre queria que yo entrase en mi propia gloria: no debia yo ser el Salvador de los hombres, sino mediante mis tormentos y mi muerte; y por mi gloriosa resurreccion he triunfado de todo el infierno y de la muerte misma, y he abierto el cielo á los mismos hombres, para quienes estaba cerrado por el pecado que yo he expiado. Esto es lo que yo quiero que vayais á predicar á todas las naciones del mundo, exhortándolas á la penitencia, y prometiéndolas de mi parte y en mi nombre la remision de sus pecados. Quiere el Salvador que sus apóstoles prediquen á todos los hombres la remision de los pecados; pero al mismo tiempo la penitencia, porque no hay pecado que se perdone sin una penitencia sincera; sin penitencia no hay remision de los pecados.

Esta es lo que yo quiero que vayais á predicar á todas las naciones del mundo, exhortandolas á la penitencia, y prometiendoles, de mi parte y en mi nombre, la remision de sus pecados.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

O Dios, que renovais sin cesar vuestra Iglesia por los nuevos hijos que le dais : dignaos hacer que vuestros siervos conserven mediante una vida verdaderamente cristiana la gracia del bautismo que han recibido por la fe. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epistola de este dia es tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles, cap. 13.

En aquellos dias, levantándose Pablo é indicando con la mano que guardasen silencio, dijo : Hermanos mios, hijos de la estirpe de Abrahan, á vosotros y á los que temen á Dios entre vosotros es á quienes se dirige esta palabra de salud. Porque los que habitaban en Jerusalen y sus principales cabezas, no reconociendo á Jesus, han dado cumplimiento, condenándole, á los vaticinios de los profetas, que se leen todos los sábados, y sin hallar en él cosa alguna que mereciese la muerte, pidieron á Pilato que le quitase la vida; y despues que hubieron ejecutado enteramente todo lo que habia sido escrito de él, fué quitado de la cruz y puesto en el sepulcro. Pero Dios le resucitó al tercero dia, y apareció por espacio de muchos dias á los que le habian seguido de Galilea á Jerusalen, los cuales hasta ahora dan testimonio de él al pueblo. Os anunciamos, pues, que la promesa hecha á nuestros padres, nos la ha cumplido Dios á nosotros que somos sus hijos, resucitando á Jesucristo nuestro Señor.

NOTA.

San Lucas nos representa en los Hechos de los apóstoles el cumplimiento de muchas cosas que habia predicho el Hijo de Dios; la descension del Espíritu Santo, la mutacion prodigiosa que ha obrado en el entendimiento y en el corazon de los apóstoles, y en particular el testimonio que ellos han dado de su resurreccion.

REFLEXIONES

Los que habitaban en Jerusalen y sus principales cabezas, no reconociendo á Jesus, han dado cumplimiento, condenándole, á los vaticinios de los profetas. Los judíos entregan á Jesus á la muerte á fin de hacerle pasar por un seductor; han recurrido á los gentiles para hacer su muerte mas ignominiosa, y á él mas criminal á los ojos de los pueblos; toman las precauciones mas seguras y las mas estudiadas para impedir que sus discípulos pudiesen robarle del sepulcro; cierran la entrada con una piedra, suficiente por sí sola para hacer cuasi imposible este robo; ponen en ella el sello público, y colocan al rededor del sepulcro un cuerpo de guardia. No era necesario tanto para alejar de él á un puñado de pescadores, que, muy lejos de pensar en acercarse solamente al sepulcro, ni aun se atrevian á comparecer en público. Y el mismo suplicio, que es el cumplimiento de las profecías, le da á conocer por el Mesías; y todas estas medidas tomadas con la precaucion mas sutil vienen á servir de prueba la mas convincente de su resurreccion, y los soldados tan vigilantes son los primeros predicadores y los heraldos de su triunfo. ¡Vanos proyectos de los hombres! ellos no son otra cosa que locura y flaqueza cuando se forman contra vos, ó Dios mio. Los príncipes de los sacerdotes, los doctores de la ley, los oráculos del concilio, los jefes del pueblo, ¿podian tomar medidas mas propias para impedir, para prevenir todo lo que podia favorecer la creencia de la resurreccion del Salvador? ¿Qué prevision mas sabia, qué precauciones mas eficaces contra la artimaña, contra la astucia, contra los artificios? pero

¿qué puede toda la prudencia mundana contra los designios de la Providencia y de la sabiduría de Dios? Todo esto sirve maravillosamente para probar invenciblemente, y para publicar universalmente la verdad de este misterio. Sabiduría humana, ¿cuándo dejarás de engañar? y nosotros ¿cuándo dejaremos de ser los juguetes de las ilusiones de nuestro entendimiento y de nuestras escasas luces? ¿Sobre qué giran todos esos ambiciosos designios, todos esos vastos y pomposos planes de fortuna? Consultemos esos sueños profundos, esas meditaciones extenuantes, ese estudio continuo y sombrío de un hombre que quiere adelantarse, de una persona que quiere hacer fortuna. Recorramos todos los estados, en el campo como en la corte, entre los grandes como entre el pueblo: sabiduría humana, propia industria, apoyo de los hombres, favor, habilidad, estos son los ídolos á quienes se ofrece incienso, el oráculo á quien se consulta, y en quien se pone toda su confianza; pero con el Señor no se cuenta para nada. Esas gentes de negocios, embarcadas en un mar lleno de escollos y célebre en naufragios, ¿consultan mucho al Señor antes de entrar en alta mar? todas esas personas que se forjan tantos sistemas de engrandecimiento y de fortuna, ¿se dirigen á Dios en todas sus ambiciosas empresas? ¡Ah! no se piensa en esto, porque se cuenta poco con sus auxilios y con su proteccion. Pónense en movimiento todos los medios humanos, y se deja á los devotos el procurar los divinos, con los cuales cuentan. Que los paganos se apoyen solo en su prudencia, no es de extrañar, ellos tienen por divinidad á la fortuna; pero que los cristianos observen la misma conducta ¿no es preciso

clamar impiedad, irreligion? Y despues de esto, ¿se extrañan tan extraordinarias revoluciones como suceden? Extrañemos todavía mas las que no suceden; en la otra vida es en donde Dios se reserva el castigo.

El evangelio es del de san Lucas, del cap. 24.

En aquel tiempo, apareció Jesus en medio de sus discípulos, y les dijo: La paz sea con vosotros: yo soy: no temais. Pero en medio de la turbacion y del espanto en que estaban, creian ellos que no veian mas que un espíritu. Díjoles: ¿Qué motivo teneis para estar tan atribulados? ¿y porqué os apurais con esos pensamientos que teneis? Mirad mis manos y mis piés; yo soy, tocad y ved. Un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo; y habiendo dicho esto, les mostró sus manos y sus piés. Tan grande era el gozo que tenian, que todavía no se determinaban á creer, y estaban todos como asombrados. Díjoles, pues: ¿Teneis alguna cosa que comer? Presentáronle parte de un pez asado y un panal de miel, y habiendo comido delante de ellos, tomó lo que quedaba, y se lo dió; despues les dijo: Esto es lo que yo os decia cuando estaba aun con vosotros, que era necesario que se cumpliese todo lo que ha sido escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Abrióles entonces el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras, y les dijo: Así está escrito, que era necesario que el Cristo padeciese de este modo, que resucitase al tercero dia, y que se predicase en su nombre la penitencia y la remision de los pecados á todos los pueblos.

MEDITACION.

DE LAS SEÑALES DE LA VERDADERA RESURRECCION ESPIRITUAL.

PUNTO PRIMERO.

Considera que las señales seguras de la verdadera resurreccion espiritual son, por decirlo así, los efec-

tos de la resurreccion. La resurreccion de Jesucristo á la vida gloriosa es el modelo de nuestra resurreccion á la nueva vida de la gracia. La resurreccion de Jesucristo comprende dos cosas : una mutacion de estado, y la constancia en este estado. Nuestra resurreccion á la nueva vida debe tambien incluir particularmente una mutacion de estado; por esto nos dice san Pablo que, para participar de la resurreccion de Jesucristo, es preciso, como él, caminar en una nueva vida, revistiéndonos del hombre nuevo. ¿De qué sirve llorar, gemir, acusar los pecados, humillarse por la penitencia, si no se muda de vida? Llantos inútiles, vanos gemidos, confesion infructuosa, sacrílega, si no se sale del estado de pecado. Ni aun basta el mudar de estado; la resurreccion á la nueva vida debe incluir la constancia en este estado, la perseverancia. Habiendo resucitado Jesucristo, ya no muere. Del mismo modo, si hemos resucitado verdaderamente á la gracia, no debemos ya morir por el pecado, sino que, á ejemplo de la resurreccion del Salvador, la nuestra debe ser acompañada de la vida en la gracia. Si hemos resucitado verdaderamente á la nueva vida, no debemos ya vivir sino para Dios, y en la gracia y amistad de Dios. La Escritura hace mencion de tres géneros de resurrecciones : la primera es la de Samuel, el cual por un encantamiento pareció presentarse resucitado á Saúl. Era fácil engañarse, y efectivamente se engañó: y el que veia y creia que era Samuel, halló poco despues que no era en la realidad mas que una fantasma. Tal es la pretendida resurreccion de un gran número de pecadores que al parecer han resucitado en estas festas, porque parece que han detestado sus

pecados; pero esta aparente resurreccion desaparece con las ceremonias de la fiesta. La segunda fué la resurreccion de Lázaro. Era, en efecto, verdadera; pero era imperfecta, puesto que Lázaro no habia resucitado verdaderamente sino para morir, y tal es la resurreccion de innumerables gentes, que, habiendo resucitado verdaderamente á la gracia en estas fiestas de Pascua por una sincera penitencia, no perseveran, y recaen en el pecado, al cual habian renunciado. En fin, la tercera especie de resurreccion es la de Jesucristo, única verdadera y perfecta, y que únicamente debe ser el modelo de la nuestra, si queremos que lo sea, puesto que Jesucristo es el único que ha resucitado verdaderamente para no volver á morir. ¡Cuán lamentable es el hacer grandes gastos, y no sacar de ellos utilidad alguna! Consideremos á cuál de estos tres géneros de resurrecciones es semejante la nuestra. Muchas confesiones en la Pascua; pero ¿hay muchas conversiones? ¡Buen Dios! ¡Qué de resurrecciones aparentes! ¡qué de resurrecciones imperfectas! ¡Cuán pocas verdaderas y perfectas resurrecciones! Juzguemos por los efectos, que son la prueba de ellas.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no basta haber resucitado verdaderamente á una nueva vida por la gracia; es preciso valerse de todos los medios para conservar esta nueva vida, y precaver y evitar todo lo que pueda hacer que se pierda ó se debilite. Una de las causas ordinarias de nuestras recaidas es que contamos demasiado con nuestras resoluciones, con nuestro fervor, con nuestra disposicion presente. Semejantes en esto á los

que han estado peligrosamente enfermos, y habiendo recobrado las primeras fuerzas, y con ellas un nuevo vigor, cuentan tanto con su salud, que se exponen sin temor á los mas grandes peligros de perderla: no tienen reserva alguna, ningun régimen de vida, tan necesario para conservar su robustez. Siguese su apetito, cométense muchos excesos, expónese sin precaucion á un aire frio, muchas veces hasta contagioso; diríase que ya no se debe morir, porque se ha estado mas peligrosamente enfermo; nada se rehusa, desafíase todo, y se muere á la primera recaida, la cual se ha acelerado por las indiscreciones y la imprudencia. Hagamos la aplicacion; la analogía es perfecta. ¿De dónde vienen tantas recaidas funestas despues de las santas solemnidades de la Pascua? de nuestra falsa seguridad, de nuestras indiscreciones, de la facilidad, de la imprudencia, de la temeridad con que sin preservativo nos exponemos al peligro. Hase resucitado á la gracia por una penitencia saludable, hase recobrado una nueva vida, siéntese un nuevo fervor, gústase de Dios, tiénese devocion; son poco equívocas estas señales de salud y de una renovacion espiritual. Duermen las pasiones, y el enemigo de la salvacion no se atreve á removerlas; sin embargo no por eso está menos atento á nuestra perdida. En esta seguridad y con tan buenas disposiciones de nada se desconfía. Vuélvese al gran mundo, expónese al aire corrompido, mézclase indiferentemente con todo género de compañías. No permita Dios que en todo esto intervengan malos fines; hácese siempre con la resolucion especiosa de ser de Dios, y de sacrificarlo todo por conservarse en la inocencia. A la verdad el pecado grave causa horror, pero no asus-

tan ya las faltas lijeras. Éntrase, por decirlo así, en el mundo y se toma parte en sus placeres, familiarízase uno con los objetos, cométense indiscreciones en materia de diversiones, no es ya uno tan rígido observador de su arreglo de vida. Dispénsase de muchas prácticas de devocion, no se acerca con tanta frecuencia á los sacramentos, ni se guardan ya los sentidos con tanta vigilancia. La conciencia á la verdad da sus latidos; pero la voluntad que se tiene de perseverar asegura. En fin, nuestro propio corazon nos hace traicion. Muérese uno cuasi sin percibir que está enfermo, y en un momento se pierden todas las ventajas de la resurreccion.

No permitais, Señor, que me suceda esta última desgracia. Haced por vuestra misericordia que yo viva continuamente en el temblor y en el temor de perder la gracia. Yo os prometo mediante los auxilios de esta gracia tener tanto horror á las ocasiones del pecado, como al pecado mismo.

JACULATORIAS.

Traspasad mi alma y mi carne con vuestro santo temor, á fin de que yo evite vuestros terribles juicios. *Salmo* 118.

Yo vivo, pero no soy ya yo el que vivo, es Jesucristo el que vive en mí. *Ad Galatas* 1.

PROPOSITOS.

1.° Cuanto mas consolatorias son las señales de nuestra resurreccion, tanto mas nos interesa el hacer sus frutos eternos. Estais ya libres del demonio, estais curados, decia el Salvador, á aquellos en cuyo

favor acababa de hacer estos milagros. No volvais á caer ya en el pecado, no sea que os suceda otra cosa peor. Esto es tambien lo que os dice el Salvador, y lo que debeis deciros sin cesar á vosotros mismos. Para evitar esta desgracia, tomad todas las medidas necesarias para conservaros en esta nueva vida que habeis recibido por vuestra resurreccion. Estad continuamente alerta, acordaos que estais en país enemigo, y sobre un mar célebre por los naufragios. No perdais jamás de vista el cielo : huid hasta de las menores ocasiones de pecado, y desconfiad de vosotros mismos.

2.° Además de la fuga de todo lo que puede serviros de ocasion de pecado, además de una fidelidad constante en todos vuestros ejercicios de piedad, y una delicadeza exquisita de conciencia, acercaos con frecuencia á los sacramentos; tened una devocion diaria y tierna á la santísima Vírgen y á vuestro ángel de guarda : esta constante devocion es un poderoso medio para obtener de Dios la gracia tan necesaria de la perseverancia. Pensad frecuentemente en lo que vale la gracia, que es el precio de toda la sangre de Jesucristo. ¡Qué desdicha perderla! Es un tesoro, guardaos bien de exponerle, conservadle con cuidado, y sacrificadlo todo, bienes, honor, salud, la vida misma antes que perder la gracia. Pedid todos los dias la perseverancia y la gracia final; es este un puro don de Dios que es necesario pedir todos los dias.

DOMINGO DE CUASIMODO.

Este domingo tan privilegiado en la Iglesia es propiamente el fin de la célebre octava de Pascua, la cual no era mas que una fiesta que duraba ocho dias. Observábanse estos siete dias de fiesta principalmente por los neófitos ó recien bautizados, á fin de fortificarles con auxilios espirituales, dice san Juan Crisóstomo, contra todos los combates que tendrian que sostener despues del bautismo, puesto que el demonio jamás nos hace una guerra mas cruda, que cuando nos ve enriquecidos con mayores dones del cielo. En esto consiste que cada uno de los siete dias tiene todavía evangelios y misas propias, á fin de que pueda predicarse en todos ellos. San Agustin dice que esta octava de fiesta se habia establecido no solo para la solemnidad de la fiesta de la Resurreccion, sino tambien para que contribuyese á fortificar el nuevo nacimiento de los que habian sido reengendrados, y su infancia espiritual; por esto se les obligaba á comulgar todos estos ocho dias, y en cada uno de ellos se les hacia una nueva instruccion. Habiendo cesado hácia el siglo XIII el uso de no conferir el bautismo mas que en la Pascua y Pentecostés, se redujo á tres el número de siete dias de fiesta.

Los Griegos llaman á este domingo el *Domingo nuevo*, en atencion á todos los que han sido reengendrados, porque es la primera vez que los neófitos, dejado ya el hábito blanco, comparecen en la iglesia con el hábito ordinario como el comun de los fieles.

Danle tambien el nombre de *Anti-pascual*, esto es, el domingo que está en oposicion al domingo de Pascua, cuya octava y solemnidad termina.

Entre los Latinos se cualifica este domingo con diversos nombres. En los mas antiguos sacramentarios se llama *la Octava de Pascua*, y está considerado como el término no solo de esta célebre octava, la mas solemne de las octavas de la Iglesia, sino tambien de la quincena pascual, de la cual hacia la abertura el domingo de Ramos, y á la que este domingo ponia el sello; de aquí ha venido el nombre de *Pascua cerrada*, que es el que se le da todavía en Francia. El nombre de domingo de *Cuasimodo* es en el dia de hoy el mas comun y el mas usado: está tomado de la primera palabra del introito de la misa de este dia. Por fin, entre los eclesiásticos se llama el domingo *in Albis*, esto es, el domingo que sigue á la semana en que los neofitos llevaban el hábito blanco en señal de la inocencia que habian recibido en el bautismo. *Hoy*, dice el padre san Agustin, *queda terminada la solemnidad de la Pascua, y por esto los neófitos mudan de hábito; bien entendido, que no porque muden el hábito blanco, deben abandonar jamás la blancura de su alma*, que consiste en la inocencia. No por esto deja de ser aun la solemnidad de este dia la fiesta, por decirlo así, de los nuevamente bautizados; á ellos principalmente hace relacion el introito y la epístola de este dia.

Tambien en este dia, especialmente en Roma, distribuian los diáconos á los fieles despues de la comunion los *Agnus Dei* de pasta de cera que el papa habia bendecido solemnemente, como se ha dicho en otra parte, y que habia comenzado él mismo á repartir la víspera entre el *Agnus Dei* y la comunion.

En todos tiempos ha dado Dios á estas medallas de cera una virtud singular sobre los espíritus malignos, contra las injurias del aire, y contra las enfermedades contagiosas: la bendicion especial del soberano pontífice les imprime esta eficacia, y esta es la causa porque en todas las naciones se conservan con tanta veneracion entre los fieles.

El introito de la misa está tomado de la primera epístola del apóstol san Pedro. *Como niños que acaban de nacer,* sean vuestros primeros acentos *alabanzas al Señor,* y acciones de gracias á este Padre de las misericordias por los señalados beneficios de que os ha colmado. Dirígese propiamente la Iglesia á los neófitos, y es esta una especie de exhortacion que les hace. *Desead con ardor la leche pura de la sabiduría,* y no ceseis de prorumpir en cánticos de alabanzas y en bendiciones á un Dios que del fondo de las tinieblas os ha llamado á su admirable luz, á vosotros que antes no érais pueblo de Dios, y ahora lo sois. *Desead sinceramente la leche.* Sigue siempre la misma alegoría á la infancia espiritual de los neófitos, que, no habiendo mas que ocho dias que habian nacido por el bautismo, tenian necesidad de ser alimentados con leche, pero con una leche pura y sin mezcla. Tened ansia por la doctrina santa y pura del Evangelio. Algunos santos padres entienden por esta leche pura la Eucaristía, la cual, en efecto, es la leche de los flacos y el alimento sólido de los que son fuertes: por esto se les daba todos los dias de la octava á los recien bautizados. Tened hambre de este divino alimento, á fin de que por medio de esta leche, dice el santo apóstol, crezcais hasta llegar á la robustez.

La epístola de la misa de este dia está tomada de

aquel pasaje de la primera carta de san Juan, en que este apóstol sienta que los que han nacido de Dios quedan victoriosos del mundo, y que esta victoria es el efecto de la fe que tenemos en Jesucristo; esto es, que todos los hijos de Dios, los verdaderos cristianos constituidos verdaderos hijos de Dios por el bautismo, quedan victoriosos del mundo, victoriosos del imperio que el demonio habia establecido en el mundo, y en donde no deja, aunque vencido, de tener partidarios que sostienen lo que sus leyes, sus costumbres, sus máximas han prescrito en él. Hasta la muerte de Jesucristo, el demonio, ufano por la desgracia en que el hombre habia incurrido por el pecado, á nada tenia consideracion en el mundo, habia erigido un imperio cuasi absoluto sobre este hombre en desgracia de Dios, hasta hacer que se le erigiesen altares, se le diesen inciensos, se le hiciesen votos, y en todas partes reinasen sus tiránicas leyes y sus perniciosas máximas. De aquí los templos, los ídolos, los sacrificios: de aquí el torrente de la idolatría que habia inundado todo el universo. Habiendo quedado exenta del contagio general por una singular predileccion de Dios sola la nacion judía, aun esta en cuasi todos los siglos habia tambien sido tocada de él. Jesucristo por su muerte habia ciertamente vencido á este fuerte armado, y triunfado de todas las potestades, de todos los señores de este mundo, de este lugar de tinieblas; pero el mundo, acostumbrado á vivir bajo de este tirano, habia retenido sus máximas y su espíritu. Por esto, aunque la religion cristiana haya purgado el mundo del paganismo, los cristianos han tenido siempre que combatir el espíritu y las máximas del mundo que se han atrincherado entre

los mundanos. Pero los verdaderos hijos de Dios han conseguido y consiguen aun todos los dias la victoria sobre este mundo perverso; y esta victoria que hace victoriosos del mundo, de las máximas perniciosas del mundo, del espíritu contagioso del mundo, es nuestra fe. El mundo inspira el amor del placer, de las riquezas, de los falsos honores, de las comodidades de la vida; la fe de los cristianos les inspira sentimientos del todo contrarios, y esta moral, aunque opuesta á los sentidos, á las inclinaciones de la carne, al amor propio y á las máximas del mundo, ha triunfado de todas las preocupaciones á pesar de su prescripcion. Los hombres mas orgullosos y mas sensuales han abrazado la doctrina del Evangelio en el claustro y en los desiertos, en medio del mundo mas brillante, y hasta en el trono mismo: sabios del mundo, grandes del mundo, partidarios del mundo, todo ha cedido, todo se ha rendido, todo se ha sometido al yugo de Jesucristo; á la fe, animada por la caridad, es á quien se debe esta victoria. ¿Quién es el que consigue la victoria sobre el mundo, continúa el santo apóstol, sino el que cree que Jesus es Hijo de Dios? Ciertos pretendidos sabios paganos, ciertos pretendidos espíritus fuertes se han jactado, hasta han hecho ostentacion de despreciar el mundo, y al mismo tiempo han sido esclavos suyos; solo la fe de los cristianos ha podido subyugarle. Hanse visto gentes fuera de la Iglesia que han podido despreciar los honores y las riquezas; pero ¿se han hallado quienes hayan resistido á los atractivos del deleite, quienes hayan tenido ánimo para perdonar las injurias, quienes hayan llevado la caridad hasta amar con ternura á sus mas mortales enemigos? Nótese que

lo apóstol no dice simplemente que la fe es la que ha conseguido esta victoria; en este caso el hereje podria lisonjearse de poder tener parte en esta victoria; sino que dice *nuestra fe*, la fe que tenian los apóstoles y los primeros fieles, y que no se encuentra mas que en la Iglesia Romana; solo la fe de los católicos es la fe de los apóstolos y de los primeros cristianos. El mismo Jesucristo, añade el apóstol, es el que ha venido en el agua y en la sangre, lo que prueba que es tan verdadero hombre como verdadero Dios: Juan Bautista no ha venido mas que en el agua, esto es, con solo el bautismo del agua; así es que su bautismo no quitaba el pecado del mundo; Jesucristo no ha venido en el agua sola, sino con el agua de su bautismo y con la sangre de su pasion, la cual ha dado á su bautismo de agua toda su eficacia para la remision de los pecados. El designio del apóstol en esta epístola es demostrar que Jesucristo nuestro Salvador es juntamente verdadero Dios y verdadero hombre; y que como el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, que no son entre sí mas que una misma cosa, dan testimonio en el cielo de la divinidad del Salvador del mundo; tres cosas tambien en la tierra, á saber, el espíritu, el agua y la sangre, dan testimonio igualmente de que Jesucristo es tan verdadero hombre como verdadero Dios. El espíritu de Jesucristo es el que nos vivifica; el agua del bautismo es la que nos purifica; la sangre del Redentor es la que expía nuestros pecados y nos reconcilia con Dios; y estas tres cosas no son mas que una, esto es, la misma persona, el mismo hombre que es Jesucristo nuestro Señor. El testimonio de un Dios es mucho mas grande y mas auténtico que el de los hombres. Ahora bien,

si no deja de creerse el de los hombres, con mucha mayor razon debe creerse el que Dios mismo ha dado públicamente de su propio Hijo, ya en el Jordan al tiempo de su bautismo, ya en el monte Tabor en su transfiguracion, ya en el templo despues de su entrada solemne en la ciudad de Jerusalen. Jesucristo ha dado de sí mismo este glorioso testimonio en muchas ocasiones, y sobre todo delante de Caifás y delante de Pilato; en fin, el Espíritu Santo le ha dado visiblemente, apareciendo sobre él en forma de una paloma, y descendiendo sensiblemente en forma de lenguas de fuego sobre los apóstoles, haciéndoles publicar en diversas lenguas y probar con milagros la divinidad de Jesucristo. De todo lo que concluye el apóstol que el que cree en el Hijo de Dios, el que cree que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre no puede errar, puesto que él lleva en sí mismo el testimonio de Dios. Todo esto puede referirse al estado de los recien bautizados, en razon de que, habiendo recibido el bautismo del agua, de la sangre, y del Espíritu Santo, han nacido de Dios por esta regeneracion, y han quedado victoriosos del mundo, que es, con Satanás, el enemigo que han tenido que combatir, y del que han triunfado por la fe.

El evangelio de la misa de este dia contiene la historia de una aparicion de Jesucristo resucitado, acaecida precisamente ocho dias despues de su resurreccion. Al parecer la hizo principalmente en favor de santo Tomás, único de los apóstoles que, por no haberse hallado con los demás, no le habia visto todavía resucitado.

San Crisóstomo cree que habiendo huido los apóstoles cuando el Salvador fué preso en el huerto, se

reunieron unos despues de otros á medida que se repararon de su espanto. Tomás no habia vuelto aun la tarde del dia de la resurreccion, cuando se apareció el Salvador á toda la reunion, estando cerradas las puertas. A su vuelta, por mas que le contaron todo lo que habia pasado en su ausencia, las circunstancias de la resurreccion de Jesucristo, su aparicion á Magdalena, á las otras mujeres, á Pedro, á los dos discípulos que iban á Emaús, en fin, á todos los hermanos juntos en la misma tarde, Tomás no pudo rendirse á tantos testimonios, tan poco sospechosos; declaró que no defiriria mas que á su propia experiencia; y que, á menos que viese con sus ojos y tocase con sus manos el cuerpo de su divino Maestro, no creeria que habia resucitado: añadiendo aun que no se contentaria con ver en sus manos las señales de los clavos que las habian traspasado, sino que queria tambien meter el dedo en la abertura que estos clavos habian hecho, y la mano en la llaga de su costado. Permitió Dios esta criminal obstinacion en un apóstol, adherido por otra parte á la persona del Salvador, y que hasta habia asegurado que estaba pronto á dar su vida por la gloria de su buen Maestro, para que fuese una nueva prueba de la verdad de su resurreccion. La incredulidad de Tomás, dicen los padres, no ha servido poco á la fe de los fieles. Un hombre de este carácter no estaba ciertamente dispuesto á creer ligeramente. La infidelidad de santo Tomás nos ha sido mas ventajosa que la fe sencilla de los demás apóstoles, dice san Gregorio; porque, no habiendo querido creer sino despues de haber visto y tocado, ha afirmado nuestra fe, y ha desvanecido de nuestro entendimiento hasta las menores dudas.

Dignóse Jesus tener esta condescendencia con un discípulo á quien trataba de curar de su incredulidad. Le concedió lo que cuasi siempre habia negado á los fariseos y á los demás judíos, cuando le pedian ciertas pruebas de su mision que no juzgó á propósito el concederles. Puédese atribuir esta diferencia de conducta á la diferente disposicion de sus corazones. Los fariseos aborrecian á Jesucristo, y no querian que fuese lo que ya tantas veces y tan evidentemente les habia probado que era, y de lo que no pedian nuevas pruebas sino para combatirlas; al paso que santo Tomás en una situacion absolutamente contraria de entendimiento y de corazon, amaba en el fondo á su Salvador, deseaba ardientemente su resurreccion y su gloria, y el mismo deseo tan grande que tenia le impedia el creerla sin tener con que asegurarse sensiblemente: un deseo demasiado grande de ver llegar una cosa que se ansia con ardor, hace que se resista uno á creer aun á aquellos que nos dicen que ha sucedido. Por el ansia con que se desea que ella sea, no se quiere creer que haya sido, hasta cerciorarse por sus propios sentidos; tal era acaso la incredulidad de este apóstol: sin embargo esto no podia justificarla, y Jesucristo le reprende de ella, aunque en términos llenos de mansedumbre y de ternura despues de haberle concedido todas las pruebas que pedia de su resurreccion.

Ocho dias despues, esto es, el domingo siguiente que era el primer dia de la semana, estando juntos los discípulos y habiendo cerrado las puertas de miedo de que los judíos no viniesen á insultarles, estando tambien Tomás con ellos, se apareció Jesus repentinamente en medio de ellos, y les dijo: La paz

Mira en mis piés y en mis manos las abertu-
ras que han hecho los clavos .... adelanta tu
mano y métela en mi costado ....

sea con vosotros : esta era la manera con que ordinariamente saludaba. La alegría fué general ; pero Tomás quedó muy sorprendido cuando este divino Salvador, que venia principalmente para reducir la oveja descarriada, dirigiéndose á él : Tú no quieres creer, le dijo, que yo he resucitado, si no metes tu mano en mis cicatrices : yo quiero que te convenzas de la verdad de mi resurreccion por el testimonio de tus ojos y de tus manos, y que dejes de ser incrédulo. Mira en mis piés y en mis manos las aberturas que han hecho los clavos : no te fies de tus ojos ; mete en ellos tu dedo, adelanta tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel. No hay motivo para dudar que Tomás haya metido las manos en las llagas del Salvador. Jesucristo quiso que tocase su cuerpo este discípulo incrédulo, á fin de convencerle á él de una manera sensible, y dar á todos los fieles una prueba incontestable de su resurreccion. Santo Tomás confuso por su terquedad, y penetrado del dolor mas vivo y de la contricion mas perfecta de su falta, se arrojó á los piés del Salvador, y animado de una fe viva, exclamó : Yo conozco, divino Maestro mio, que sois verdaderamente mi Señor y mi Dios. Contento el Salvador con la vuelta de esta oveja descarriada, le reprende á la verdad, pero como buen pastor y como padre : Porque me has visto, le dice con un aire sereno y con un tono de voz lleno de dulzura y que reanimaba su confianza, porque me has visto has creido ; pero sabe que serán bienaventurados los que, no habiéndome visto, no se negaron á creer. Santo Tomás creyó con una fe divina : él creyó aun mas de lo que veia, puesto que creyó la divinidad de Jesucristo, que no caia bajo de los sentidos ; y aun aquí

se ve la confesion mas expresa de la divinidad de Jesucristo, que aparece en el Evangelio. Pero quiso el Salvador darle á entender que su fe hubiera sido mas perfecta, si, sin esperar prueba sensible, se hubiera atenido desde luego á la palabra de Jesucristo, y á lo que le habia dicho tantas veces de su resurreccion y de su divinidad durante su vida mortal. *Dichosos los que no vieron, y creyeron.* ¡Qué consolatorio es este oráculo para todos los fieles! Aquí estamos señalados, particularmente nosotros, por el Salvador, dice san Gregorio, nosotros que, no habiéndole visto en su carne mortal, le contemplamos solamente con los ojos del entendimiento, y le conservamos invisiblemente en nuestro corazon, con tal que nuestras obras correspondan á nuestra fe. Porque hacer profesion de conocer á Dios, y negarle con las obras, es ser fiel no mas que de nombre.

Concluye san Juan la historia de esta aparicion, diciendo que el Salvador ha hecho todavía en presencia de sus discípulos muchos otros milagros que no están escritos en este libro, y que estos se han escrito á fin de que creamos que Jesus es el Cristo Hijo de Dios, y que, creyéndole tal, tengamos la vida en su nombre. En efecto, en ningun otro hay salvacion; porque bajo del cielo no hay otro nombre dado á los hombres en virtud del que debamos ser salvos. Es como si dijera que de todas las apariciones, por medio de las cuales quiso Jesucristo asegurar á sus discípulos de la verdad de su resurreccion, no ha creido necesario el santo evangelista referir mas que estas, las que le han parecido suficientes para convencer á los fieles de que Jesucristo es el Hijo de Dios y el Salvador de los hombres. Las demás apariciones que ha hecho con

bastante frecuencia hasta el dia de su gloriosa ascension, todas se han ordenado á otro objeto que el de probar su triunfante resurreccion; ya para establecer á san Pedro por vicario suyo y cabeza de su Iglesia, ya para instruirles sobre los misterios y otros puntos de la religion.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Dignaos, ó Dios omnipotente, concedernos que, habiendo concluido estos dias consagrados á la solemnidad de la Pascua, conservemos siempre su espíritu en nuestras acciones y en toda la conducta de nuestra vida: Por nuestro Señor, etc.

La epistola es tomada de la primera carta de san Juan, capitulo 5.

Amadísimos mios: Todo lo que trae su orígen de Dios, vence al mundo; y esta victoria que hace victoriosos del mundo, es nuestra fe. ¿Quién es el que consigue la victoria sobre el mundo, sino el que cree que Jesus es el Hijo de Dios? Este es el mismo Jesucristo que ha venido por el agua y por la sangre; no con el agua sola, sino con el agua y con la sangre. El espíritu da testimonio de que el Cristo es la verdad. Porque hay tres que dan testimonio en el cielo; el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son uno. Hay tambien tres que dan testimonio en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre, y estas tres cosas no son mas que una. Si aceptamos el testimonio de los hombres, mayor peso tiene el testimonio de Dios. Porque este es el testimonio de Dios, el cual tiene tanto mayor peso, cuanto que se dirige á testificar de su propio Hijo: el que cree en el Hijo de Dios, tiene en sí mismo el testimonio de Dios.

NOTA.

Créese que san Juan escribió esta carta desde la ciudad de Éfeso. Está dirigida á todos los fieles para

instruirles contra los artificios de los herejes, que negaban la necesidad de las buenas obras, que igualmente negaban la divinidad de Jesucristo, ó creian que Jesucristo no habia venido mas que en apariencia. Levántase contra los falsos doctores, y demuestra que el carácter de los verdaderos fieles es la fe, la inocencia y la caridad.

REFLEXIONES.

Esta victoria que hace victoriosos del mundo es la fe. Preciso es que haya el dia de hoy muy poca fe entre los fieles, puesto que es tan rara esta victoria, y que, lejos de estar vencido el mundo, reina con imperio cuasi en todas partes. Jamás hizo tantos progresos el espíritu del mundo; nunca fueron sus leyes mas universalmente aplaudidas: ¿en qué siglo se vieron nunca mas que en este tan generalmente establecidas sus perniciosas máximas? No es solo sobre el trono donde encuentra vasallos el espíritu del mundo; no es ya la corte la única region donde nace. Pocas condiciones hay, ningun estado, sin exceptuar los mas santos, en donde este enemigo de Jesucristo y de su Evangelio no tenga inteligencia. Déjase ver, por decirlo así, su ídolo hasta en el lugar santo: ingenioso para disfrazarse, disimular, doblegarse, se desliza por todas partes, y en todas es escuchado, aplaudido, aprobado, y autorizadas sus falsas máximas. Por mas que Jesucristo ha declarado que el mundo es su mayor enemigo, y que nada hay mas contagioso que el espíritu del mundo; por mas que ha condenado sus máximas, proscrito sus contemplaciones, descubierto la malignidad de su espíritu, anatematizado

sus partidarios, el espíritu del mundo subsiste en todas partes, y por todas prevalece sobre el espíritu y las máximas del Evangelio. ¿Dónde no ceden á este tirano la conciencia y aun la religion misma? ¿ dónde no se encuentra la fe débil y aun reducida á una especie de servidumbre por esto que se llama mundo? Se trata de emprender un comercio, de abrazar un estado, hay que formar un establecimiento; ¿es el espíritu de Dios, son miras ó motivos de religion los que se consultan? ¿Ah! No hay otro oráculo en verdad. Sin embargo, ¿sabemos si es siempre este oráculo el único á quien se consulta? El mundo es el que regula las condiciones; á su tribunal es al que se llevan todas las causas; apenas se mira mas que al mundo en la eleccion que se hace, no se ambicionan otros sufragios. ¿Qué dirá el mundo? ¿qué pensará el mundo? No es del gusto del mundo; es preciso seguir al mundo; es necesario acomodarse al mundo; este es el mundo; así se vive en el mundo; vivir de otro modo, es pasar por salvaje, es hacerse el objeto y la fábula del mundo; ó es necesario desterrarse para siempre del mundo, ó es indispensable seguir sus máximas, sus modas y su espíritu : hé aquí como se raciocina el dia de hoy en el mundo. Pero ¿no hay motivo para preguntar si los que así raciocinan son paganos? Porque ¿quién no ve que jamás se raciocinó así en el cristianismo? ¿Quiénes son los verdaderos fieles? ¿Dónde está hoy la fe que hace victoriosos del mundo? Y si nuestra fe está tan debilitada, ¿cuál será nuestra suerte?

El evangelio de la misa es lo que sigue del de san Juan, cap. 12.

En aquel tiempo, á la caida de la tarde del primer dia de la semana, estando cerradas las puertas de la casa en donde estaban reunidos los discípulos, porque tenian miedo de los judíos, se presentó Jesus en medio de ellos, y les dijo: La paz sea con vosotros. Y habiéndoles dicho esto, les mostró sus manos y su costado. Al ver los discípulos al Señor, se llenaron de gozo, y por segunda vez les dijo: La paz sea con vosotros. Yo os envío, como mi Padre me ha enviado; y dichas estas palabras, sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: aquellos á quienes perdonáreis los pecados, les serán perdonados; y aquellos á quienes los retuviéreis, les serán retenidos. Uno de los doce llamado Tomás, esto es, Didimo, no estaba con ellos cuando vino Jesus. Dijéronle, pues, los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Mas él les respondió: Si yo no veo en sus manos las aberturas que han hecho en ellas los clavos, si no meto mi dedo en el lugar de los clavos, y mi mano en su costado, no lo creeré. Ocho dias despues, estando todavía los discípulos retirados en la casa, y estando Tomás con ellos, vino Jesus estando las puertas cerradas, y poniéndose en medio de ellos, les dijo: La paz sea con vosotros; y en seguida dijo á Tomás: Introduce aquí tu dedo, y mira mis manos; alarga tu mano y métela en mi costado, y no seas ya incrédulo, sino fiel. Inmediatamente exclamó Tomás: Señor mio y Dios mio. Díjole entonces Jesus: Tomás, porque me has visto has creido: bienaventurados los que no han visto, y han creido. Muchos otros milagros hizo todavía Jesus en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Mas estos se han escrito á fin de que creais que Jesus es el Cristo Hijo de Dios, y para que creyendo tengais la vida en su nombre.

MEDITACION.

DE LA FE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el justo vive de la fe; sin la fe no hay verdadera justicia; por la fe vive el justo en esta vida, y merecerá vivir eternamente en la otra. La ley es santa, la observancia de la ley es indispensable; pero no hay virtud, no hay mérito sin la fe. Abrahan creyó en la palabra de Dios, dice san Pablo, y su fe le fué reputada á justicia. Creyó que tendria un hijo, aunque su edad avanzada y la de Sara, su mujer, le representase esta promesa naturalmente imposible. Creyó que este hijo tendria una larga posteridad: aun cuando se prestó prontamente á inmolar este hijo en cumplimiento de la órden que Dios le dió para que se le ofreciese en sacrificio, esperó contra toda esperanza. De este modo ha querido Dios que la fe fuese como el alma del justo, y que no se le pudiese agradar sin la fe. La fe es la base de las cosas que tenemos que esperar, y la conviccion de las que no vemos. La fe humilla el entendimiento del hombre; en el sacrificio de la razon humillada y como anonadada es en lo que consiste la esencia y el mérito de la fe. Si este sacrificio nos parece dificil, pensemos que sin la fe ya no tiene la razon guia segura, ni las pasiones freno bastante fuerte que las contenga. No solo nos es necesaria la fe para humillar nuestro entendimiento; ninguna otra luz puede descubrirnos las verdades sobrenaturales que únicamente pueden hacernos felices. Podemos por las luces de la razon conocer la

existencia de un primero y soberano Ser, la existencia de un Dios; pero solo por la fe podemos tener una idea menos imperfecta de este Ser infinito, y oir sus divinas órdenes. Puede decirse que la verdadera religion no ha podido ni ha debido fundarse mas que sobre la fe. Por la fe ofreció Abel á Dios mas víctimas que Cain, y por ella ha merecido ser llamado el Justo. Por la fe ha sido Enoc sacado de este mundo sin gustar la muerte, habiendo querido Dios desde entonces darnos en su persona una prueba de la inmortalidad y de la felicidad eterna. Si Noé no hubiese creido, no se hubiera salvado del diluvio. San Pablo demuestra en su carta á los Hebreos que no ha habido un santo en el antiguo Testamento que no haya sobresalido en la fe, y que por la fe han sido amados de Dios, y han tenido la dicha de agradarle. Tanta verdad es que sin la fe es imposible agradar á Dios. Pero esta fe divina ha triunfado mucho mas en la Iglesia; ella es la que ha sometido y subyugado el universo: ¡y cuántas maravillas han acompañado este triunfo! ella es la que ha poblado los desiertos y los claustros de una infinidad de santos: ella la que ha anegado, por decirlo así, la idolatría en la sangre de mas de diez y siete millones de mártires; ella es, en fin, la que con la gracia de Jesucristo llenó el mundo de héroes cristianos, y el cielo de predestinados de todas condiciones, de todos sexos y de toda edad. Admiremos la virtud de la fe divina, comprendamos bien cuán necesaria es para la salud, y examinemos si esta divina virtud que caracteriza á todos los elegidos, es la que forma nuestro carácter.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aun cuando la fe sea una virtud del entendimiento, la poca fe es un vicio de la voluntad. No todas las infidelidades están únicamente en el entendimiento, las hay tambien en el corazon. La razon porque no se cree, es porque no se quiere creer. Es cierto que es necesario creer para amar á Dios; pero no lo es menos que es preciso amar á Dios para creer bien. No es la razon la causa de la incredulidad de los hombres, puesto que nunca se ha visto un hombre de razon dudar de las cosas de la religion, si antes no estaba corrompido en sus costumbres. De aquí nace que ninguno de los herejes se convirtió de buena fe, si no se ha preparado para esta gracia con una vida arreglada é inocente, y que jamás se ha visto católico apóstata, que por otra parte no fuese muy mal cristiano. De aquí es tambien que jamás se ha visto abandonada la Iglesia, sino por los hijos que la deshonran, y que ella misma hubiera debido separar de su cuerpo mistico á causa de la corrupcion de sus costumbres. En esto consiste aquella aversion, aquel odio que han tenido siempre todos los herejes al soberano pontífice; lo que atacan en él, no es propiamente ni su rango, ni su superioridad; lo que no pueden sufrir es el derecho, la obligacion que tiene de velar tanto sobre las costumbres como sobre la doctrina. Sea enhorabuena tan ensalzado como se quiera, con tal que los pierda de vista; pero lo que disgusta á un corazon corrompido, lo que incomoda á un hombre libertino, lo que pone de mal humor á una alma poco cristiana, es la cualidad importuna de censor universal y de juez de las costumbres de los

cristianos, y sobre todo de los ministros de la Iglesia, que reside en el vicario de Jesucristo, como reside en los obispos respecto de sus ovejas particulares; y esto es lo que en todos tiempos ha engrosado todos los cismas. Tengamos costumbres puras, é infaliblemente tendremos una fe viva. ¿Corrómpese el corazon? inmediatamente comienza á dudar el entendimiento. Declámese cuanto se quiera contra esta verdad, pocos hay que no la experimenten: bambolea la fe, luego que la virtud se desmiente. Creamos con simplicidad, puesto que nuestra fe se apoya en la infalibilidad de la palabra de Dios. Piérdese nuestro limitado entendimiento luego que sale de su esfera. ¡Ah, y qué limitada es esta esfera! ¿y cómo se atreverá á sublevarse contra la ciencia de Dios? La demasiada crítica siempre ha debilitado la fe. Creamos con docilidad, esclavizando nuestro entendimiento bajo de la obediencia de Jesucristo. Santo Tomas no se ha llamado dichoso porque ha visto las cicatrices de Jesucristo resucitado, sino porque ha creido lo que no veia. Bienaventurados los que creen con la simplicidad cristiana que caracteriza á todos los santos.

Concededme, Señor, esta fe viva, esta fe simple, esta fe exenta de todas las perplejidades, de todas las dudas, puesto que el dudar ya no es creer.

JACULATORIAS.

Sí, divino Salvador mio, yo creo firmemente que vos sois mi Señor y mi Dios. *Joan.* 20.

Yo creo, Señor; fortaleced mi poca fe. *Marc.* 9.

PROPOSITOS.

1.° De todos los estados el mas miserable es el de un cristiano que cree poco; valdria mas, por decirlo así, no creer nada; es mas fácil convertir un infiel que un medio cristiano. ¿En qué consiste que se crea en la hora de la muerte? No es otra la causa sino que se ha perdido entonces la esperanza de todas las cosas del mundo; que el velo se ha roto; que las pasiones están apagadas; véense sí entonces desesperados, pero pocos ateos. Una pasion en un corazon al cual ha enervado ya la relajacion, es como un fuego que se aplica á una materia húmeda; excita un humo espeso que ciega la razon, y la impide el ver las cosas sobrenaturales. ¡Cosa extraña! Nos ciega la pasion aun con respecto á los objetos sensibles; ¿será extraño que nos absorba el conocimiento de las cosas espirituales y divinas? Hácese uno fiel, desde que se hace hombre de bien. Comenzad por purificar el corazon, y prontamente será ilustrado el entendimiento con las luces de la fe. Domad vuestras pasiones, y ya no tendréis dificultad en creer, y no olvideis que la moral del Evangelio es tan de fe como el dogma. Si es preciso creer un Dios en tres personas, no lo es menos el creer firmemente que es necesario mortificarse, perdonar de buena voluntad las injurias, hacer limosna, aborrecer la carne y domar las pasiones. Haced á menudo estas reflexiones prácticas.

2.° La fe se ha dado como un suplemento, por decirlo así, á la razon, para elevarnos sobre la razon. De aquí es que mas bien ayuda ella á la razon, que esta la ayuda á ella. Haced un estudio en tener una fe

pura, humilde, sencilla; ¿le está bien á un entendimiento tan limitado como el nuestro, que no puede comprender una hormiga, pretender adquirir razones sensibles de los mas sublimes misterios? Guardaos bien de querer fortalecer vuestra razon criticando las verdades de la religion. No leais jamás ningun libro sospechoso, ó que proceda de una fuente emponzoñada. Huid las críticas desmedidas que no sirven mas que para hacer dudar de todo. Nada debilita tanto la fe como esta pretendida ciencia, cuando quiere ella medirlo todo con sus sombrías luces, y pesarlo todo en la balanza de su flaca razon. Sometcos con una sumision humilde, entera, universal, y aun ciega á todas las decisiones de la Iglesia; y á cualquiera que no escuche á la Iglesia, miradle como un pagano y un publicano.

SEGUNDO DOMINGO

DESPUES DE PASCUA.

Llámase comunmente este domingo el domingo del Buen Pastor, en razon del asunto del evangelio que se lee en la misa. Parece que la Iglesia en la misa de este dia se ha propuesto celebrar, por decirlo así, ó á lo menos honrar particularmente la mansedumbre del Salvador del mundo. El introito, la epístola, el evangelio, todo nos predica la bondad de este Padre de las misericordias, el ejemplo de mansedumbre de este divino Redentor, la caridad extrema que este buen Pastor tiene por sus ovejas, por las cuales ha venido, no solo para conducirlas al redil, sino tambien para dar su vida por ellas. Aunque la mansedumbre sea uno de los rasgos mas bien marcados del verdadero retrato del Salvador, y aunque haya hecho de ella como su virtud favorita durante su vida mortal, puede decirse que jamás se ha ostentado mas sensiblemente que despues de su resurreccion. No hay mas que traer á la mente sus diversas apariciones, sus instrucciones, sus reprensiones mismas y todas sus palabras.

No obstante que la solemnidad particular de la gran fiesta de Pascua se termina en su octava, esto es, en el domingo de *Cuasimodo*, tiénese tambien por solemne el tiempo llamado pascual, el cual dura hasta el sábado de la octava de Pentecostés. Tiene de peculiar suyo el tiempo pascual el que se le considere por los

cristianos como una especie de fiesta, *festividad perpetua y continuada*, dijo el autor del sermon atribuido á san Agustin; no porque los cristianos cesasen en sus trabajos naturales y ordinarios durante estos cincuenta dias, sino porque esta fiesta consistia en hallarse con mas frecuencia en la iglesia, en asistir todos los dias al divino sacrificio, y en comulgar á lo menos todos los domingos. Con el mismo espíritu observa la Iglesia en todo este tiempo pascual en sus oficios de feria el mismo rito que en el de los dias de las fiestas, y cuasi con las mismas solemnidades. En todo este tiempo el oficio es mas alegre, cargado por todas partes de *Alleluia*, no se arrodilla cuando se reza el oficio divino, y todo esto en memoria de la resurreccion; no se ayuna segun los cánones, y en muchas iglesias no se dice mas que un nocturno de tres salmos y de tres lecciones como la semana de Pascua. San Ambrosio llama á todo el tiempo pascual una octava de semanas; porque las siete semanas hacen cuarenta y nueva dias, y la octava semana es la de Pentecostés. Estos cincuenta dias se celebran lo mismo que el domingo, y por tanto, dice este padre, el oficio es todo semejante al de los domingos. Y como en el domingo no se ayuna, y se ora á Dios en pié, dice Tertuliano, la Iglesia en todo el tiempo pascual guarda tambien la misma costumbre. Desde el siglo II de la Iglesia se ha mirado como una falta grave, como una especie de irreligion el ayunar el santo dia del domingo, el cual se ha considerado siempre como la octava perpetua de la fiesta de la Resurreccion. ¿De quién han aprendido los herejes de estos últimos tiempos á no ordenar los ayunos públicos mas que en el santo dia del domingo? *Todo el tiempo*

que el esposo está con ellos, decia el Salvador (1), *no pueden ayunar*. Por esto no se ayuna en la Iglesia hasta despues de la Ascension. Los convidados al festejo y á la ceremonia de las bodas, entre los judios, pasaban los primeros dias del matrimonio entre el regocijo y los festines; eran llamados los amigos del esposo: *¿Por ventura pueden entregarse al llanto los amigos del esposo, cuando este está con ellos* (2)? Jesucristo es el verdadero esposo de la Iglesia, con la cual ha contraido la alianza mas estrecha. Así es que mientras sus discípulos tenian la dicha de poseerle no era justo que estuviesen afligidos. Luego que le perdieron de vista por su gloriosa ascension al cielo, su vida no fué ya mas que una sucesion de penas, de trabajos, de persecuciones y de penitencia. Todo el tiempo pascual es propiamente el tiempo que los amigos de este divino Esposo han estado visiblemente con él; y por esto la Iglesia pasa todo este tiempo en un santo regocijo y en una alegria espiritual.

El introito de la misa de este dia comienza por estas consoladoras palabras del salmo 32: *Toda la tierra está llena de los efectos de la misericordia del Señor; bendigámosle* porque con tanta abundancia derrama sobre nosotros los tesoros de su misericordia. *Con una sola palabra ha producido los cielos*, y esta maravilla tan brillante la ha obrado en nuestro favor, y estos cielos mismos anuncian altamente su poder y su bondad para con nosotros: *no cesemos, pues, de bendecirle y de cantar sin cesar sus alabanzas. Justos, celebrad con gozo la gloria del Señor; á vosotros sienta bien el publicar sus alabanzas.* Despues de haber ensalzado David en el salmo 31 la dicha de

(1) Marc. 2. — (2) Mat. 9.

los que viven en la inocencia, exhorta en este á los justos á que alaben al Señor, y les ofrece los motivos en el poder y en la sabiduría de Dios omnipotente, y sobre todo en su misericordia que se hace admirar en todas sus obras.

El asunto de la epístola que se lee en la misa de este dia, está tomado de la primera carta de san Pedro, en la que nos propone la paciencia y la mansedumbre de Jesucristo como el modelo de la que debemos tener en todos los accidentes molestos de esta vida. Ninguna cosa mas propia ni mas eficaz para inspirarnos esta paciencia y esta mansedumbre, que el ejemplo del mismo Jesucristo. *Jesucristo*, dice el apóstol, *ha padecido por nosotros dejándoos un ejemplo á fin de que sigais sus huellas.* ¿Puede darnos una leccion de paciencia mas eficaz que el ejemplo del mismo Jesucristo? Quéjanse en el mundo de esa inundacion de adversidades, de esas cruces tan abundantes que nacen en todos los estados, de esas aflicciones que derraman tanta amargura en todas las edades y en todas las condiciones de la vida. Si tuviésemos un jefe, criado en las prosperidades mundanas y en las delicias, harto de honores y de gloria segun el espíritu y el gusto del mundo, podríamos tal vez quejarnos de la dureza de nuestra condicion; pero cuando se ve á nuestro soberano Maestro, nuestro Rey, nuestro Dios, nuestro modelo, nacido en una condicion oscura, en la mas extrema pobreza, criado en las humillaciones, harto de penas y de oprobios, ¿tendremos motivos para quejarnos? Si ha sido necesario que el Maestro, el Hijo único, el heredero de la gloria padeciese para tomar posesion, y entrar en ella, ¿nos atreveremos nosotros, misera-

bles esclavos, á mirar con extrañeza que se nos la haga merecer, que se nos la dé al mismo precio y sobre el mismo título? Pero al fin, se dice, que los impíos sean tratados con dureza, que vivan en la afliccion, pase, nadie tiene derecho para sindicarlo; pero que los justos, que las almas inocentes pasen su vida entre el llanto y las humillaciones, repugna altamente. ¿Y habrá algo que replicar cuando se considere que este hombre de dolores, tratado toda su vida como el último de los hombres, es la inocencia misma, el que jamás ha cometido ni podido cometer pecado alguno? ¿Se ha quejado de los malos tratamientos que se le hacian? ¿ha declamado contra la injusticia? ¡Con qué paciencia se entregaba al que le condenaba injustamente! Jesucristo, aunque inocente, ha querido padecer por los pecadores; ¿qué no debemos, pues, hacer nosotros para expiar nuestros propios pecados, y para completar en nuestra carne, á ejemplo de san Pablo, lo que falta á los tormentos de Jesucristo? ¿qué no debemos hacer para hacernos semejantes á él, á aquel que sobre el madero de la cruz ha llevado nuestros pecados en su cuerpo, á fin de que, muriendo á los pecados, vivamos á la justicia; esto es, á aquel que ha muerto en la cruz para expiar nuestros pecados, que ha llevado en su cuerpo la pena de nuestros pecados, á fin de reconciliarnos con su Padre? La sangre que ha corrido de las llagas de Jesucristo ha sido como un bálsamo sagrado que ha curado todas las llagas de nuestra alma. Desterrados de la casa de nuestro Padre y fuera del redil, despues de la desobediencia del primer hombre, éramos como ovejas errantes; este divino Pastor ha venido á reunirnos en

el redil; éramos ovejas descarriadas, porque cada uno seguia las ilusiones de su entendimiento, y las pasiones predominantes de su corazon. Por el mérito de su muerte hemos vuelto felizmente al pastor y al obispo de nuestras almas. La palabra obispo dice algo mas que la de pastor; significa originariamente zelador é inspector, y expresa mejor el soberano dominio de Jesucristo que la de pastor, que es un término de bondad y de ternura. En vista de un ejemplo tan excelente, no hay nadie que no tenga por qué confundirse, midiendo nuestra inocencia, nuestras adversidades y nuestras penas con la inocencia, la cruz y los dolores de Jesucristo.

Fácilmente se advierte la relacion que tiene el evangelio de la misa de este dia con esta epístola. Despues de haber hecho el Salvador el verdadero retrato de los sacerdotes, de los doctores de la ley y de los fariseos, haciendo el de los mercenarios y de los malos pastores que huyen viendo venir el lobo, y que en lugar de apacentar las ovejas las degüellan para mantenerse ellos mismos, hace aquí el suyo con los colores mas vivos. Yo *soy el buen pastor,* dice, y lo prueba de una manera que no admite réplica: el buen pastor ama tanto á sus ovejas, que no solo las lleva á apacentar á pastos escogidos y abundantes; no solo vela incesantemente sobre el rebaño, temiendo que alguna oveja no se salga de ellos, ó que entre algun lobo; no solo evita que se extravíen cuando van al campo, sino que, si una sola se extravía, deja el rebaño para ir á buscar á la que se ha perdido, y habiéndola encontrado, la carga sobre sus espaldas y la vuelve á traer al aprisco. Extiéndese todavía á mas, dice, la solicitud y la ternura del

T. III.

Yo soy el buen pastor.

buen pastor, porque da su vida por sus ovejas : juzguemos ahora si escaseará sus cuidados y sus penas; mientras que el mercenario, el que no es el pastor, al que no pertenecen las ovejas, viendo venir al lobo huye y abandona á la rabia del lobo las ovejas que debia defender : huye, añade el Señor, porque es mercenario, y no mira mas que su persona y su propio interés, y de ningun modo el de sus ovejas.

¡Qué lecciones tan importantes en esta sencilla alegoría! Jesucristo se pinta en ella á sí mismo; pero no nos da un retrato menos semejante de los falsos doctores y de los malos pastores. El buen pastor da su vida por sus ovejas, se expone á todos los peligros por salvar á su rebaño, sufre las incomodidades de las estaciones, nada le importa el hambre y la sed con tal que paste su rebaño. Jesucristo ha llevado mas lejos su solicitud : no contento con sacrificar su reposo, su gloria misma, se ha ofrecido en la cruz como una víctima á su Padre, para rescatar con su sangre y con el sacrificio de su vida unas ovejas que, habiéndose extraviado, estaban á merced del lobo, bajo del poder del demonio. Este divino Pastor, dice san Gregorio, nada satisfecho con haber dado su vida por su rebaño, quiere todavía alimentar y saciar con su propia carne las ovejas que ha rescatado, y nada omite para su salvacion. Tal es el retrato y el modelo del verdadero pastor, muy diferente del del mercenario y del ladron. Este, dice Jesucristo, no salta el vallado sino para robar, degollar y hacer estrago; el mercenario no usa de maneras tan violentas, pero no daña menos al ganado. Como no busca mas que su propio interés, como no escucha mas que su pasion, ni lleva otra mira que lo que le

acomoda, le da muy poco cuidado el rebaño. ¿Quién no ve en el retrato que hace el Salvador del ladron que entra con destreza en el coto, y el mercenario que sacrifica el rebaño á sus propios intereses, el carácter bien marcado del hereje, de los falsos doctores y de los directores mercenarios? Acaso tienen bastantes luces para ver de tiempo en tiempo que el camino por donde conducen las ovejas no es seguro, y que los pastos en donde las apacientan están emponzoñados. Nada les importa con tal que allí satisfagan sus intereses; les mueve muy poco la pérdida de las almas. En la calma de la Iglesia, continúa san Gregorio, algunas veces parece que vela el pastor mercenario en guarda de las ovejas, lo mismo que el verdadero pastor; pero si se presenta el lobo, luego se conoce el espíritu con que el uno y el otro guardaba su ganado. Cuando el lobo arrebata y dispersa las ovejas, esto es, cuando las almas perecen por haberse salido del redil, ¿se ve en el pastor mercenario un gran zelo para hacerlas entrar otra vez? Siendo tal vez él el primer extraviado, y no buscando otra cosa que las ventajas exteriores, mira con indiferencia los males interiores que padece el rebaño. *Yo*, añade el Salvador, *yo soy el buen pastor, yo conozco mis ovejas, y mis ovejas me conocen.* Despues de haber sabido, hermanos mios muy amados, continúa el mismo san Gregorio, el peligro que corremos nosotros los pastores, reconoced tambien por las mismas palabras de Jesucristo, cuál es al que vosotros estais expuestos. Mirad si sois verdaderamente del número de sus ovejas; mirad si os habeis salido de su redil; mirad si le conoceis bien con un conocimiento práctico, quiero decir, por el amor y por la práctica

de las buenas obras, y no por una simple y estéril creencia.

Tengo todavía otras ovejas, dice el Salvador, que no son de este redil, al cual es preciso que yo las traiga; ellas oirán mi voz, y no habrá mas que un aprisco y un pastor. Todo el universo ha visto el cumplimiento de esta profecía. Las otras ovejas son los gentiles, las cuales no eran del aprisco de los judíos, que eran á quienes hablaba Jesucristo. Los gentiles convertidos á la fe no han formado mas que un mismo rebaño con los judíos que han reconocido á su Mesías. Obra solo de una religion toda divina era el romper el muro de division que separaba á estos dos pueblos. Jesucristo, soberano pastor de las almas, no tiene mas que un solo rebaño, un solo aprisco, y no puede tener dos. Desgraciadas las ovejas que se separen de este rebaño, que dejen este aprisco; siempre son presa ó de algun mercenario ó del lobo.

Con ocasion de este evangelio, los obispos, que son los verdaderos pastores de sus diocesanos, establecidos por Jesucristo sobre su rebaño, esto es, sobre los fieles, convocan su sínodo cada año en esta semana, que se llama la semana del Buen Pastor. Este sínodo es una convocatoria que hace el obispo de todos los curas de su diócesis, para formar algunos reglamentos, hacer algunas correcciones, y para conservar la pureza de las costumbres en su diócesis. Hacianse en otros tiempos dos veces al año; á saber, esta semana y en las calendas de noviembre, esto es, cerca de seis en seis meses.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

O Dios, que por la prodigiosa humildad de vuestro Hijo habeis levantado al mundo caido, derramad en el alma de vuestros fieles una alegria pura, constante y perpetua, á fin de que aquellos á quienes habeis librado de caer en la desgracia eterna, gocen mediante vuestra gracia de la felicidad perdurable: Por el mismo Jesucristo Señor nuestro, etc.

La epistola está tomada del cap. 1 de la primera carta del apóstol san Pedro.

Hermanos mios muy amados: Cristo ha padecido por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigais sus huellas. El que no ha cometido pecado, y en cuya boca no se ha encontrado nada falso; que cuando se le maldecia, no correspondia del mismo modo; que en sus padecimientos no amenazaba, antes bien se abandonaba al que le condenaba injustamente; que en el madero de la cruz ha llevado en su cuerpo nuestros pecados, á fin de que quedando muertos al pecado, vivamos á la justicia; aquel, en fin, en cuyas llagas hemos sido curados. Porque érais como ovejas errantes, mas ahora habeis vuelto al que es el pastor y el obispo de vuestras almas.

NOTA.

El fin principal del apóstol san Pedro en esta carta es el confirmar en la fe á los fieles á quienes escribia. Exhórtales á que sufran con paciencia los males que les sucedan, á ejemplo de Jesucristo.

REFLEXIONES.

Jesucristo ha padecido por nosotros, dejándoos ejemplo para que vosotros sigais sus huellas. ¿Siguese mucho este ejemplo? y Jesucristo despues de haber hecho todos los gastos de nuestra redencion, despues de haberse puesto al frente de todos los elegidos

en cualidad de cabeza nuestra, ¿encuentra muchos que sigan sus huellas? En medio de esto él mismo es el camino, y cualquiera que no le sigue se extravía. Este camino es estrecho, es escabroso, está sembrado de cruces, es verdad; pero es el camino que nos ha enseñado Jesucristo, y que él mismo ha llevado; es la ley evangélica, penosa á los sentidos y al amor propio. El Salvador no nos ha enseñado otro camino; por el contrario nos dice positivamente que cualquiera otro aleja de la salud, y conduce á una eternidad desgraciada. Hállanse ciertamente muchos otros caminos, todos muy espaciosos, llanos, floridos; pero ninguno de ellos, aunque tan risueños y tan anchos, conduce sino á la perdicion; y el número de los que entran por estos es muy grande, nos dice él mismo. Apoyámonos algunas veces con respecto á la salvacion en que seguimos la costumbre, y que hacemos lo que hacen los demás; esta es la jerigonza ordinaria de los mundanos, la máxima dogmática del mundo; vívese, óbrase, piénsase, háblase como los demás; pero el obrar como los demás es obrar como el mayor número; y el mayor número, segun la sentencia de Jesucristo, toma el camino de la perdicion. No hay camino mas fácil de andar que el de la perdicion: es ancho, es espacioso, todo en él es cómodo, todo rie, todo agrada, todo lisonjea. De aquí es que nada hay mas fácil que el perderse en el mundo; vívese en él como si fuera imposible condenarse. Hasta en el estado religioso hay caminos anchos. No es Jesucristo quien los ha enseñado; no son los santos fundadores los que los han hallado ni trazado, no es el instituto ni las reglas los que los han dictado; este descubrimiento funesto se debe solo á la

relajacion. Desgraciados los que la siguen; ¡y quiera Dios que no sea el mayor número! ¡Qué error! digámoslo mejor, ¡qué barbarie el imaginarse que, porque se camina en numerosa compañía, nada hay que temer! como si no fuese una verdad de fe que el número de los que caminan á la perdicion es el mayor. ¿Queremos labrar nuestra salvacion? caminemos por el camino estrecho, sigamos las huellas de Jesucristo: él ha padecido por nosotros, dejándonos un grande ejemplo á fin de que sigamos sus vestigios. Extraviase, piérdese uno siguiendo cualquiera otro sendero.

El evangelio de la misa es lo que sigue tomado del de san Juan, cap. 10.

En aquel tiempo, dijo Jesus á los fariseos: Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por sus ovejas. Pero el mercenario, el que no es pastor y á quien no pertenecen las ovejas, ve venir el lobo, abandona las ovejas, y huye; entre tanto el lobo las arrebata, y las dispersa. El mercenario huye porque es mercenario, y no tiene interés por lo que mira á las ovejas. Yo soy el que es buen pastor; yo conozco mis ovejas, y mis ovejas me conocen. Como mi Padre me conoce, así yo conozco á mi Padre, y doy mi vida por mis ovejas. Otras ovejas tengo, aunque no son de este aprisco, y es necesario que yo las traiga á él; ellas oirán mi voz, y no habrá mas que una cabaña y un pastor.

MEDITACION.

DE LA MISERICORDIA DE DIOS CON LOS PECADORES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nada hay, al parecer, que el Salvador nos haya querido persuadir tanto como la misericordia y la bondad que tiene con los pecadores. Su encarna-

cion y los misterios de su pasion y de su muerte, sus discursos, sus expresiones, las parábolas de que se ha servido, sus ejemplos, todo nos predica, todo nos demuestra esta misericordia, y esta predileccion, por decirlo así, hácia los pecadores. Su misericordia es el mas glorioso de sus atributos, y aun puede decirse que es su atributo favorito. En efecto, ¡un Dios haberse dignado hacerse hombre por salvar á los hombres que se habian perdido por el pecado! Comprended, si es posible, el misterio inefable de la encarnacion, y comprenderéis entonces la grandeza inmensa y la incomprensibilidad de su infinita misericordia; pero puede decirse que nunca se descubren mas los tesoros de la misericordia de nuestro Dios que en las parábolas de que se ha servido el Salvador para pintárnosla, y la manera dulce y obligante con que ha obrado. Si ha hecho el retrato del pecador en la persona del hijo pródigo, se ha pintado á sí mismo en la manera solícita, amable, preveniente, con que el padre de este hijo perdido le recibe. No espera que llegue á la casa; apenas le percibe á lo lejos, corre á él, le abraza, y ni aun le echa en cara sus extravíos; la alegría que le causa el ver que vuelve á él, le hace olvidar sus desórdenes. Su conducta corresponde á sus palabras. ¿En dónde se ha ostentado con mas brillo la mansedumbre y la misericordia del Salvador con los pecadores que en la mujer adúltera? Satisfecho con la humillacion y la contricion de aquella pecadora, ¡con qué bondad la absuelve! Mujer, le dice, ¿nadie te ha condenado? Nadie, Señor. Ni yo tampoco te condenaré; véte, y no peques mas en adelante. Pero sin salir de nuestro evangelio, ¿qué prueba mas brillante ni mas señalada de la miseri-

cordia de Dios con el pecador, que el símbolo del buen pastor que es su verdadera imágen? Yo soy el buen pastor. Este pastor, movido de la pérdida de una sola oveja que, habiéndose extraviado, se ha puesto en peligro de ser devorada, deja noventa y nueve para ir á buscar la que se ha perdido. Habiéndola encontrado la carga sobre sus espaldas para ahorrarle el trabajo de andar, lleno de contento por haberla vuelto á encontrar. Pero ¿á qué título quiere ser reconocido por el buen pastor? no lo ignoramos; dando su vida por sus ovejas, alimentándolas con su propia carne. ¿Puede darnos el Salvador una idea mas justa de su bondad, de su mansedumbre y de su misericordia?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si la gran misericordia de Dios con los pecadores es para estos un gran motivo de confianza, no por esto debe servirles de ocasion para perseverar en sus pecados. Nada hay mas pernicioso ni mas criminal que la falsa confianza. No salva la misericordia á aquellos para quienes es ella misma un motivo de que se condenen. ¿Para qué se ostenta la misericordia de Dios? Para inspirar al pecador el deseo sincero de volverse á él; porque este es uno de los efectos de la misericordia de Dios, y por tanto no hay señal mas fija de que no hay ya misericordia para un hombre, que cuando se prevale de ella como de una razon para no convertirse. La misericordia debe inspirar la confianza, pero una confianza inseparable del arrepentimiento. Apenas puede ir mas lejos la malicia que hasta abusar de la bondad de Dios, de la paciencia y de la misericordia de Dios

para perseverar en el crímen. Qué, porque Dios es bueno, ¿puedo yo tranquilamente ser malo? porque Dios es misericordioso, ¿quiero yo ofenderle impunemente? Dios es paciente, y por eso no debo yo temer en apurar su paciencia; Dios es misericordioso, y por lo mismo nada arriesgo en ultrajarle; cuando me hubiere cansado de ofenderle, entonces recurriré á su misericordia. Si Dios fuese mas severo y menos bondadoso, yo seria menos malo, yo le tendria mas consideracion. ¡Hombre impío! comprende bien la malicia y la impiedad que encierra esa falsa confianza; concibe ya si la justicia, digo mas, si el honor de Dios no está interesado en castigar con el último rigor un crímen tan horrible que incluye en su obstinacion la malignidad, por decirlo así, de todos los demás. Dios es infinitamente misericordioso, es verdad; y esta infinita misericordia se demuestra bien en la bondad con que recibe á los mayores pecadores, luego que arrepentidos se vuelven á él con sincera contricion y confianza. No, Dios no se retrae ni por el numero de los pecados, ni por la enormidad de los mayores crímenes, con tal que encuentre en el pecador el sentimiento sincero y sobrenatural de haber pecado, y en esto es en lo que resplandece su grande misericordia. Pero cuando ve que la idea misma de esta infinita misericordia alimenta en el pecador la inclinacion y el apego al pecado, parece como que no sufre ya la justicia de Dios el que se trate con misericordia á un pecador tan monstruoso. *Vendrá tiempo en que invocarán mi misericordia, y yo no los escucharé. Se levantarán de mañana, y no me encontrarán* (1).

(1) Prov. 1.

Mucho espero, Señor, en vuestra misericordia, y yo he formado la idea mas justa de ella para que jamás me suceda semejante desgracia. Sí, Dios mio: vos sois misericordioso, y por lo mismo vengo á vos desde este mismo momento; y como el deseo que tengo de convertirme es un efecto de esta misericordia, me guardaré bien de abusar de ella difiriendo mi conversion un solo momento.

JACULATORIAS.

Yo cantaré para siempre las misericordias del Señor. *Salmo* 88.

Haced, Señor, que yo sienta los efectos de vuestra misericordia, y viviré. *Salmo* 118.

PROPOSITOS.

1.° La misericordia de Dios debe preservaros de caer en la desesperacion; pero yo os tengo por desesperado, decia un gran siervo de Dios, si os sirve de ocasion para caer en la impenitencia. La misericordia de Dios nos salvará, inclinándonos á amar á Dios, y á detestar de lo íntimo de nuestro corazon todo lo que le desagrada; nos salvará inspirándonos un horror y un dolor extremo de nuestros pecados, y una confianza en la bondad de Dios que nos excite á la penitencia. Tal debe ser el efecto de la confianza que debeis tener en la misericordia de Dios. Esperadlo todo de su bondad, pero no difirais un solo dia vuestra penitencia. Detestad diariamente vuestros pecados, y de dia en dia reanimad vuestra confianza en su misericordia; pero guardaos bien de cometer jamás una falta por lijera que parezca á la vista, con la es-

peranza de obtener el perdon por la misericordia de Dios; no hay cosa que así irrite su justicia.

2.° La gran misericordia de que Dios usa con nosotros debe ser el motivo, y como la medida de la que nosotros debemos tener con nuestros hermanos. Sed indulgentes con todo el mundo, y cuando la pasion, el interés, la razon misma os inclinen á castigar, no dejeis de pensar en la bondad de Dios con vosotros, por mas pecadores que seais, y en la misericordia con que os perdona. Nunca reprendais sino con dulzura; corregid las faltas, pero jamás con palabras desabridas, ni con términos de desprecio. Es necesario que la indulgencia sea prudente y siempre cristiana; un señor, un superior deben siempre ser un padre; es preciso velar sobre todo, informarse de todo; pero corregir con discrecion, con moderacion, y disimular muchas cosas, corrigiéndolas por otra parte.

TERCER DOMINGO

DESPUES DE PASCUA.

Todo tiempo pascual es, por decirlo así, una fiesta continua que inspira á los verdaderos fieles un regocijo espiritual, tal como el que sienten los esclavos cuando acaban de ser rescatados despues de una larga cautividad. Hemos salido de la esclavitud mediante la muerte y la resurreccion del Salvador, justo es que disfrutemos la alegría pura y perfecta que debe inspirarnos nuestra dichosa libertad en todos los dias

que se llaman tiempo pascual, y puntualmente es esto mismo lo que nos inspira la Iglesia en sus oficios.

La misa de este dia comienza por las palabras del salmo 65, el cual puede llamarse un cántico de alegría, que los judíos no cesaban de cantar despues de su cautividad. *Pueblos de toda la tierra, demostrad al Señor vuestra alegria, celebrad su nombre con vuestros himnos, dadle la gloria que le es debida*, no ceseis de bendecirle y de darle gracias, de cantar sus alabanzas, de amarle y de glorificarle. Decid á Dios, *¡qué terror inspiran, Señor, vuestras obras! cuando os place desplegar vuestro poder, haceis ver demasiado á vuestros enemigos que en vano se lisonjean de resistiros.* Nada conviene mejor que estas expresiones á un tiempo en que la Iglesia celebra el triunfo de la resurreccion del Salvador, la gloriosa victoria que ha conseguido sobre todos sus enemigos, el terror y el espanto que ha causado á los soldados que guardaban su cuerpo en el sepulcro, y á todos los que habian contribuido á su muerte, y habian tomado tantas medidas para impedir, ó á lo menos para hacer inútil su resurreccion gloriosa.

Este salmo de donde está sacado el introito de la misa tiene por título: *Cántico ó salmo de la Resurreccion.* En efecto, todo él puede perfectamente aplicarse á la resurreccion de Jesucristo, segun el parecer de san Agustin y de otros santos padres. Aquí da gracias á Dios todo el pueblo judío por su libertad. Los judíos libres de su cautividad son la figura de los gentiles en particular, y de todos los hombres libres de la esclavitud del demonio por el bautismo.

La epístola de la misa contiene una exhortacion

patética que san Pedro hace á los fieles para moverles á que se consideren como extranjeros y viajeros en este mundo. Habiéndonos Jesucristo por su muerte y su resurreccion hecho hijos adoptivos de Dios y coherederos de la gloria que nos ha merecido, nos ha hecho al mismo tiempo ciudadanos de la patria celestial : *Vosotros no sois ya extranjeros ni advenedizos*, dice el apóstol, *sois de la ciudad de los santos y de la casa de Dios.* Debemos, pues, mirar el cielo como nuestra verdadera patria; somos ciudadanos de él; esta vida no es mas que un viaje que hacemos por un país extranjero; la tierra es para nosotros un lugar de destierro, y el mundo es para todos los cristianos una tierra extraña. La vida es muy corta para creer que el viaje deba ser largo; con frecuencia se toca su término cuando apenas se ha comenzado. En este concepto, dice el apóstol san Pedro, yo os conjuro como extranjeros y viajantes, que os abstengais de los deseos de la carne que hacen la guerra al espíritu. Llama aquí san Pedro deseos de la carne que hacen la guerra al espíritu aquellos movimientos involuntarios de la concupiscencia, aquella propension, aquella inclinacion al mal de que son esclavos los pecadores, y que se convierte en ocasion de mérito para los justos por la violencia que se hacen para resistir á ella. En este mismo sentido dice san Pablo en su epístola á los Romanos, que ve en los miembros de su cuerpo una ley que se opone á la ley de su espíritu (1). Esta ley del espíritu es la ley de Dios, la voz de la conciencia, los piadosos movimientos de la gracia, las inspiraciones santas que nos

(1) Rom. 7.

mueven á la justicia y á la virtud. Dentro de nosotros tenemos este enemigo doméstico, esta concupiscencia, esta inclinacion al mal, contra la cual es preciso estar continuamente sobre aviso. La guerra es continua; no hay paz, no hay treguas; es preciso siempre combatir para no ser nunca vencido.

Los cristianos, dice san Justino mártir, escribiendo á Diognetes, están en el mundo como en un destierro: considéranse como ciudadanos de la Jerusalen celestial. Están en medio de las ciudades, pero como viajeros; toman parte en las cosas de esta vida, pero como gentes que esperan otra; viven en una tierra extranjera como en su casa, y en su casa como en una tierra extranjera. Viven en la carne, pero no viven segun la carne: moran sobre la tierra, y su comercio es en el cielo. Tal es la pintura que hace san Justino de los cristianos: ¿es esta la nuestra?

Guardad entre los gentiles, continúa el apóstol, *una conducta regular*, á fin de que al mismo tiempo que ellos no omiten nada para desacreditaros en el mundo hablando mucho mal de vosotros, se llenen de confusion al verse desmentir ante todo el mundo por el bien que haceis. Cárguesenos enhorabuena de injurias, ennegrézcasenos con las calumnias mas horribles, impútensenos crímenes enormes, como lo hacian los paganos con los primeros cristianos; suframos nosotros con paciencia y en silencio, como lo ha hecho Jesucristo; una conducta sabia, irreprensible, cristiana, aunque muda, es la mas elocuente, y la mas concluyente de todas las apologías. La maledicencia, el odio, la pasion pueden maltratar y aun despedazar á las gentes de bien; pero la malicia mas negra no será capaz de oscurecer ó debilitar la ino-

cencia; ella se deja ver á través del humo negro y espeso que levantan las pasiones, y tarde ó temprano se le hace justicia. Observemos con todo el mundo una conducta regular, no respondamos á la malignidad de nuestros adversarios mas que por la pureza de nuestras costumbres, y por la regularidad de una conducta edificante que jamás se desmienta. Sea en todas partes pura, santa y ejemplar la conducta de los cristianos, y muy pronto será todo el mundo cristiano. Siempre que no se nos acuse de otra cosa que de ser cristianos, de ser mas modestos, mas reservados, mas devotos que los demás, tales acusaciones deben honrarnos. Al fin, nuestros enemigos harán justicia á nuestra virtud delante de Dios, á lo menos en el dia de su visita, esto es, en el gran dia del juicio.

Sometcos á todo género de personas mirando á Dios; sea al rey como soberano de todos, sea á los magistrados, como á quienes han recibido la autoridad del príncipe, y son sus enviados para administrar justicia. Era una acusacion muy comun en los primeros siglos contra los cristianos el decir que inspiraban á los pueblos el espíritu de rebelion contra las potestades legítimas, y el desprecio de los dioses. Por lo que hace á este último capítulo, era evidente; los cristianos no adoraban mas que al único Dios verdadero, y miraban con horror á los ídolos; pero solo calumniosamente podia acusárseles de que eran rebeldes á los príncipes, aun á los paganos. La religion cristiana no inspira mas que sumision, fidelidad y dependencia; se ve bien la solicitud y el zelo con que los apóstoles san Pedro y san Pablo se han aplicado á inspirar á todos los fieles este espíritu de obediencia

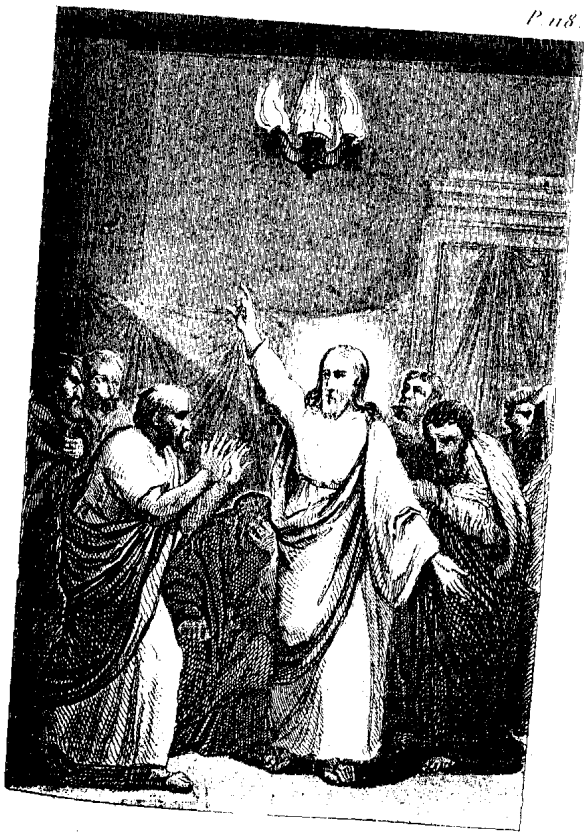
y de sumision. No hay pretexto, no hay razon que autorice jamás la rebelion contra su príncipe. Su potestad es la del mismo Dios. Si abusan de su poder, si su vida es poco cristiana, si tienen la desgracia de profesar una religion falsa, no es esto una razon, dice Tertuliano, para negarles la obediencia que les es debida. Ellos han recibido de Dios el derecho que tienen para mandarnos. No basta tampoco obedecerles, es preciso amarles, honrarles, desearles todo género de prosperidades y de bendiciones en esta vida, y la salvacion en la otra. No se contenta san Pedro con una simple obediencia; quiere que esta proceda de un motivo de amor de Dios, ó, como habla san Pablo, por conciencia: Someteos no solo por el castigo, sino tambien por la conciencia. Los motivos de temor, de interés, ó de necesidad, pueden contener á los súbditos por algun tiempo; la religion cristiana les propone motivos mas nobles, mas sublimes, mas interesantes, que obligan siempre y en todas circunstancias. El temor, el interés, hasta el mismo amor al príncipe pueden entibiarse y desaparecer; pero el órden de Dios, el motivo de religion, la ley de la conciencia jamás pueden faltar. *Porque la voluntad de Dios es que, obrando bien, hagais callar la ignorancia de los que juzgan sin conocimiento y sin razon*, y que solo forman sus juicios por pasion y por capricho. Quiere Dios que por una vida pura, santa y ejemplar cerremos la boca á los que murmuran de nosotros. ¿Trátase de hacer sospechosa nuestra fidelidad? rindamos una obediencia pronta y perfecta á todas las personas constituidas en dignidad. ¿Se nos acusa de crímenes monstruosos? Seamos irreprensibles en nuestras costumbres, llevemos una vida

pura é inocente; esta es la mejor de todas la apologías. Obrando como personas libres, no usemos de nuestra libertad como de un pretexto para hacer el mal. Dios nos ha dado la libertad; no abusemos de ella para perdernos, antes bien hagamos un buen uso de ella. ¡Qué sentimiento por toda la eternidad haber podido ser eternamente dichosos con el auxilio de la gracia, y haberse atraido por haberla despreciado una desgracia eterna! Honrad á todo género de personas. El honor y el respeto se deben á nuestros superiores á causa de su dignidad. Nuestros iguales y nuestros inferiores son nuestros hermanos; todos son hijos del Padre celestial, todos son herederos de Dios y coherederos de Jesucristo. No debemos nunca despreciar á nadie; el desprecio es siempre una injuria; no hay hombre por vil y abyecto que pueda ser á los ojos de los hombres, cuya alma no haya costado tanto á Jesucristo como la del mayor príncipe; aquel que nos parece despreciable, es muchas veces un objeto querido y agradable a los ojos de Dios. Amad á vuestros hermanos. De cualquiera nacion, de cualquiera condicion, de cualquiera humor que sean, son nuestros hermanos. La diversidad del país, de la condicion, del natural, del genio, no puede debilitar la obligacion del precepto; todos somos, por decirlo así, de una misma familia con respecto á Dios, todos tenemos derecho á la misma herencia, todos pertenecemos á la misma patria que es el cielo. *Temed á Dios*; el temor de Dios es el principio de la verdadera sabiduría. Respetad al rey, él es como la imágen de Dios; nosotros le debemos el honor, el respeto, la sumision, la fidelidad, la obediencia: el apóstol coloca

este deber inmediatamente despues del que debemos á Dios. En fin, *siervos, estad sumisos á vuestros señores con toda especie de respeto, no solo á los que son buenos y moderados, sino tambien á los que son de un humor díscolo.* Por mas duro, molesto y arrebatado que sea el señor, basta que sea el señor para que tenga derecho á ser servido con fidelidad, y ser obedecido en todo lo que manda, y que visiblemente no sea contrario á la ley divina; cuanto mas duro es el servicio, es mas meritorio, obrando en él por un motivo santo. Puede decirse que esta epístola es un compendio de los mas instructivos y mas minuciosos que tenemos de la moral cristiana.

El evangelio de la misa de este dia contiene una parte de aquel admirable discurso que el Salvador hizo á sus apóstoles despues de su última cena la noche misma de su pasion, en el que, despues de haberles dicho que habia llegado su hora, esto es, el tiempo de consumar su grande obra, que era la de la redencion y de su ascension al cielo, les consuela sobre su partida, con la seguridad que les da de enviarles en su lugar al Espíritu Santo, y les anima á sufrir valerosamente las persecuciones que el mundo suscitará contra ellos. Despues de haberles declarado que muy pronto subirá al cielo, y que no le verán ya de una manera sensible, les promete que volverá á ellos y que los visitará, no por sí mismo, sino por el espíritu consolador, que les consolará de su ausencia, y les sostendrá en sus aflicciones.

Dentro de poco tiempo, les dice, no me veréis ya, y poco tiempo despues me volveréis á ver, porque me voy á mi Padre. Como era en la misma noche de su pasion en la que Jesucristo decia esto á sus após-



Dentro de poco tiempo, les dice: no me veréis ya; y poco tiempo después me volveréis á ver porque me voy a mi Padre.

toles, muchos han creido que el Salvador hablaba de su ausencia durante los tres dias que debia estar en el sepulcro, y que le volverian á ver inmediatamente despues de su resurreccion, lo cual les causaria una alegría que les indemnizaria bien de la tristeza que les habria causado su ausencia. Sin embargo, lo que sigue hace ver que Jesucristo queria hablar tam bien de la privacion de su presencia visible sobre la tierra despues de su ascension, y de las persecuciones que tendrian que sufrir sus discípulos en el mundo. Los apóstoles no comprendieron desde luego el misterio. ¿Qué es lo que quiere decir por esta alternativa de presencia y ausencia que nos predice? se decian en secreto unos á otros: no entedemos lo que dice. El Salvador les previno: nuestras necesidades y nuestros deseos, si son justos, equivalen para con él á unas verdaderas súplicas. Querer pedirle, es ya haberle pedido: muchas veces es hasta haber obtenido lo que se desea. Vosotros discurriréis, les dice, sobre lo que yo acabo de deciros; dentro de poco tiempo no me veréis ya, y poco tiempo despues me volveréis á ver. Esto es todavía para vosotros un enigma, muy pronto sabréis el verdadero sentido de ello. Mi muerte, mi resurreccion, mis frecuentes apariciones, mi ascension al cielo, la descension del Espíritu Santo sobre vosotros os desenvolverán todo este misterio; y ninguna cosa os lo hará entender mas que lo que tendréis que sufrir por la gloria de mi nombre. Todas las potestades del infierno y de la tierra se sublevarán contra vosotros, os perseguirán á todo trance; parientes, amigos, compatriotas, domésticos, extranjeros, todo se desencadenará contra vosotros; seréis mil ades como

la cosa mas vil del mundo, como la escoria de todos los hombres; mientras que el mundo se alegrará, viviréis vosotros sumergidos en la tristeza. No, mis queridos hijos, yo no os disimulo cual ha de ser vuestro patrimonio sobre la tierra; vosotros no sois de mejor condicion que yo que soy vuestro Padre; por esto no seréis tampoco mejor tratados del mundo que yo lo he sido. Vosotros pasaréis vuestra vida en la afliccion, vuestra alma estará llena de amargura, mientras que el mundo se regocijará, y todos los dias serán dias de fiesta para las gentes del mundo; pero consolaos, la escena no será muy larga; vuestra tristeza se convertirá muy pronto en alegría, así como por el contrario su alegría se cambiará muy pronto en tristeza; con esta diferencia, que vosotros por algunos dias de llanto, endulzados con tantos consuelos interiores, obtendréis una alegría que nadie podrá quitaros, gozaréis de una felicidad eterna que os hará muy pronto olvidar todo lo que hubiéreis sufrido por mi amor en esta vida; y al contrario, por algunas horas de placeres acompañados, ó mejor dicho, empapados en tanta amargura, que los mundanos no han gustado mas que como de paso, ¡qué duracion infinita de sentimientos, de llantos, de amargos arrepentimientos, de desolacion, de suplicios, de rabia! Consolaos, vuestra tristeza apenas durará, y será muy pronto seguida de un contentamiento perfecto. Cuando una mujer está de parto gime, padece, porque aquella es la hora de su trabajo; pero luego que ha pasado, ya no hay mas que alegría; olvida todos sus dolores, porque ha dado un hijo al mundo. Del mismo modo á vosotros ahora os afecta la tristeza á causa de mi muerte y de todo lo

que debe afligiros en vuestra vida y acabo de predeciros; pero me volveréis á ver muy pronto, no solo resucitado, sino tambien en el cielo, adonde habré ido ya para prepararos un lugar en él. Así como habréis tenido parte en mis trabajos, en mis dolores y en mis ignominias, así tambien la tendréis en mi gozo y en mi gloria; y este gozo puro, lleno, satisfactorio, jamás se alterará, ni esta gloria se oscurecerá por ningun accidente.

¿Qué se han hecho los perseguidores de los apóstoles, dice un sabio intérprete? El tiempo de su poder y de sus goces ha pasado, y el de sus suplicios no pasará jamás. Hace diez y ocho siglos que los apóstoles, despues de algunos años de una vida trabajosa, gozan en el cielo de la felicidad mas perfecta; y de aquí á cien mil millones de años esta felicidad será todavía nueva para ellos, nuevo gusto, nueva dicha, nuevo encanto. Entre tanto, esos fieros y crueles perseguidores de los apóstoles y de los discípulos de Jesucristo, hechos el oprobio y la execracion de los ángeles y de los hombres, rabian entre los mas horribles suplicios, y arden en las llamas sin esperar jamás el menor alivio.

Ve un cristiano una concurrencia profana, en donde el siglo reune lo que hay en él de mas brillante, y se dice á sí mismo: de todos estos hombres tan dichosos en la apariencia que adornan hoy la escena del mundo, ¿cuántos quedarán de aquí á cincuenta años, y dónde estarán entonces los que hubiesen desaparecido de ella?

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Oh Dios, que descubris la luz de vuestra verdad á los que están extraviados, á fin de que puedan volver al camino de la justicia; conceded vuestra gracia á todos los que llevan la cualidad de cristianos, para que rechacen de sí todo lo que es contrario á un nombre tan santo, y abracen todo lo que exige de ellos una profesion tan digna. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epístola está sacada de la primera del apóstol san Pedro, cap. 2.

Amadísimos mios: Yo os ruego que como advenedizos y viajeros os abstengais de los deseos de la carne que hacen la guerra al espíritu, guardando entre los gentiles una conducta arreglada; de suerte que, al tiempo mismo que detestan de vosotros como de unos malhechores, llegando á consideraros de parte de vuestras buenas obras, glorifiquen á Dios en el dia de su visita. Someteos, pues, por Dios á todo género de personas; sea al rey, como al que es superior á todo, sea á los magistrados, como á enviados del príncipe para hacer justicia de los malos, y para honrar a los buenos. Porque esta es la voluntad de Dios, que, portándoos bien, hagais callar la ignorancia de los imprudentes; obrando como personas libres, pero sin hacer uso de vuestra libertad como de un pretexto para hacer el mal, sino conduciéndoos como siervos de Dios. Honrad á todo género de personas; amad á vuestros hermanos; temed á Dios; respetad al rey. Siervos, estad sumisos á vuestros señores con todo género de respeto, no solo á los que son buenos y moderados, sino tambien á los que son de un humor acre, porque todas estas cosas son agradables á Dios, en Jesucristo nuestro Señor.

NOTA.

Algunos historiadores han creido que esta primera epístola habia sido escrita en hebreo por san Pedro, y traducida en griego por san Marcos; pero la opinion mas comun es que se escribió en griego, aunque dir-

gida á los Hebreos convertidos, en razon de que en todas las provincias en que estaban dispersos se hablaba el griego.

REFLEXIONES.

Yo os ruego como advenedizos y viajeros que os abstengais de los deseos de la carne. El raciocinio del apóstol es concluyente. La carne no desea mas que bienes terrenos y perecederos, falsos bienes. Todas sus inclinaciones se dirigen á la tierra de donde ha salido; el fiel, pues, no debe mirar esta tierra sino como un país extranjero para él, y como un lugar de destierro. ¡Buen Dios, qué poco apreciada es esta verdad! Nosotros estamos en la tierra como viajeros, y el viaje no debe ser muy largo; cada dia andamos una jornada de camino hácia nuestro término. Los unos tienen un poco mas de camino que andar, los otros están menos alejados; pero todos al terminar su peregrinacion llegan á la muerte. Amontonemos títulos sobre títulos; seamos poderosos en dominios y en tesoros; todo esto á lo mas son títulos que estamos precisados á dejar para que los disfruten los que nos sobrevivan; porque nada podemos llevar con nosotros del país que dejamos. ¿Qué se pensaria de un extranjero que, viajando con ánimo de volver á su casa, se detuviese en todos los lugares que le agradasen; que, encantado en uno de la dulzura del clima, hiciese edificar en él una casa magnífica; hechizado en el otro de la fertilidad de su territorio, comprase allí campos, jardines y praderas? ¿Por ventura, se diria, este extranjero no piensa ya regresar á su país, ni volver á ver su patria? De ningun modo: tiene precision de dejar al otro dia esta region tan deliciosa, no ignora que su

estancia en ella no debe ser larga, sabe ciertamente que no hace mas que pasar por ella, y que no debe volver ya nunca á ver un país en donde hace tan grandes gastos para alojarse con mas comodidad. Duda aun con razon, si tendrá tiempo antes de su partida para ver acabar el magnífico edificio que hiciera edificar, si permanecerá lo necesario para recoger la primera cosecha de las tierras nuevamente compradas. Esta comparacion hace eco; se conoce, aunque no se quiera, el ridículo de los irracionales empeños de este extranjero, que se apura por edificar y por hacer adquisiciones de que tal vez no debe gozar, ó á lo menos de que no debe gozar sino muy pocos dias durante su viaje. Si tiene hacienda, ¿por-qué no se da prisa para volver á su casa? ¿porqué no guarda sus tesoros para el lugar en que debe hacer su morada? ¿Puédese menos de censurar una conducta tan poco sabia, y de mirarla como una imbecilidad de espíritu? ¿A cuántos puede decírseles con razon como el Profeta decia á David: *tú eres este;* tú te portas tan neciamente como este viajero: el mundo no es nuestro verdadero país, el cielo es nuestra verdadera patria; todos somos extranjeros en este mundo, y no obstante se obra como si él debiera ser nuestra mansion eterna. ¡Qué locura no pensar que nuestra vida no es mas que un viaje que hacemos por la tierra, y que todos somos en ella extranjeros y caminantes! ¿Considéranse como tales esas gentes del mundo, esas personas del todo terrenas, esas almas ambiciosas, esos cristianos absolutamente mundanos? Pero entonces ¿habríase de vivir en la ociosidad, no emprender nada, abandonarlo todo durante esta vida? falsa consecuencia: lo que debe concluirse es

que, mientras dura esta vida, es menester aprovechar el tiempo y cumplir con las obligaciones de su estado para procurarse la bienaventuranza en el cielo; que es preciso negociar con los bienes ó los males de la region en que vivimos, y con todo lo que puede sernos de alguna utilidad en la otra vida.

El evangelio de la misa es tomado del de san Lucas, cap. 16.

En aquellos dias, dijo Jesus á sus discípulos: Dentro de poco tiempo no me veréis ya, y poco tiempo despues me volveréis á ver; porque me voy á mi Padre. Dijéronse inmediatamente unos á otros sus discípulos: ¿Qué quiere decirnos con esto, dentro de poco tiempo no me veréis ya, y poco tiempo despues me volveréis á ver, y yo me voy á mi Padre? Decian, pues, ellos: ¿Qué es lo que quiere decir esto, dentro de poco tiempo? Nosotros no entendemos lo que quiere decir. Conoció muy bien Jesus que ellos deseaban preguntarle, y les dijo: Vosotros cuestionais sobre lo que yo acabo de deciros; dentro de poco tiempo no me veréis ya, y poco tiempo despues volveréis á verme. En verdad, en verdades digo, que vosotros seréis afligidos y lloraréis, pero el mundo se regocijará; vosotros estaréis sumergidos en la tristeza, pero vuestra tristeza se cambiará en alegría. Cuando una mujer está de parto padece, porque ha llegado su tiempo; mas luego que ha dado á luz á su hijo, olvida todo lo que ha pasado, por la alegría que le causa el que haya nacido un hombre al mundo. Del mismo modo, pues, vosotros ahora estais poseidos de la tristeza; pero yo volveré á veros, y se alegrará vuestro corazon, y nadie os quitará vuestra alegría.

MEDITACION.

QUE EN ESTE MUNDO NO HAY NI PUEDE HABER VERDADERA ALEGRÍA SINO EN EL CORAZON DE LOS BUENOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas universal ni mas comun en el mundo que la alegría, y sin embargo nada es mas raro que la verdadera alegría. Todo respira alegría, todo tiende á la alegría, todo el mundo ama la alegría, y nada hay mas universalmente aborrecido que la tristeza: estrecha demasiado el corazon para que no sea odiosa; quiérese alguna cosa que le dilate; el alma busca naturalmente lo que la regocija, todo lo que la contenta, todo lo que embelesa, todo lo que agrada. El placer dejaria de ser tal si no causase regocijo. Todo lo que es triste incomoda, aflige y desagrada. Puede decirse que esta satisfaccion, este contento, esta agradable emocion del alma, causada por la posesion de algun bien que experimenta, es el gran resorte que de ordinario la hace obrar. El mundo es la region en donde la alegría parece que reina con mas soltura y libertad. Todo rie en él, ó á lo menos todo parece que rie: todo aire sombrío, todo lo que se resiente de la tristeza está desterrado de él. La alegría hace, por decirlo así, la felicidad del mundo; mírase con lástima á todos los que no participan de ella. Está tan autorizada en el mundo que induce cierto género de descrédito el no presentarse con ella, y de aquí nacen tantas alegrías simuladas. Todo lo que alimenta el comercio en el mundo, ocupaciones, diversiones, reuniones, todo

es en él ó el efecto, ó la fuente de esta satisfaccion que se busca.

Juegos, espectáculos, paseos, convites, fiestas, todo tiende á inspirar esta alegría. El fausto, la suntuosidad, el lujo, cuasi no tienen otro objeto ni otro fin: al ver todo lo que pasa en el mundo, ¿quién no diria que la alegría es el patrimonio de los mundanos? Sin embargo, á pesar de toda su farsa, y de todos sus artificios, el fondo de tristeza que les roe se deja ver al través de la máscara y del artificio. El mundo es la region del llanto; puede decirse que las lágrimas son el único rocío que cae sobre esta tierra estéril; así es que no crecen en ella mas que abrojos, espinas y cruces. Todo lo que se llama diversiones no es mas que invenciones, y como artes establecidos para poner, por decirlo así, la alegría en comercio; es una especie de tráfico de juego en que cada uno espera ganar la alegría, pero en el que cada uno pierde su reposo, su libertad, su tranquilidad, la paz de su conciencia, y en donde se gana en cada partida mucha inquietud y disgusto. Un aire sombrío, triste y melancólico no fué jamás bien recibido en el mundo; hay alegría en el mundo, es verdad; pero, por mas que se diga, por mas que se haga, no es mas que una alegría artificial que se consume, y que desaparece con el disfraz. Ni aun el disfraz basta ya el dia de hoy en el mundo para presentarse en él con un aspecto alegre, es preciso pintarse tambien el rostro para agradar; pero, por mas que se haga, ni artificio, ni arrebol, ni añagazas podrán suavizar los disgustos. Hay alegría en el mundo, ó á lo menos, el estudio ordinario de los mundanos es el hacer creer á los simples que es una alegría dulce, una alegría satis-

factoria y tranquila; pero se distingue lo fingido del aire natural; si hay alegría, es una alegría inquieta, tumultuosa, una alegría amarga, y como dice la Escritura, una alegría de ajenjo y de hiel. De aquí nace aquel mal humor que acompaña esos placeres mundanos, esas diversiones, esas fiestas; demasiado experimentan los domésticos y los hijos la amargura y los disgustos de esta especie de regocijos. Engáñese en hora buena cuanto se quiera con tan brillantes exterioridades, solo podrá hacerse con los que sean tan simples, que quieran engañarse con ella. Ríese en el mundo, cuando hay acaso mas gana de llorar; ríese y no se piensa mas que en divertirse, mientras el alma puede estar sumergida en una tristeza mortal. Todo el arte consiste en tener una alegría tumultuosa y multiplicada que estorbe el que se sientan por algunos momentos los disgustos y la amargura del corazon, y hé aquí por qué no hay alegría en el mundo que no sea alborotada y quisquillosa, no hay pura y verdadera alegría.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay ni puede haber verdadera alegría mas que en el corazon de los buenos; ella es el fruto de la buena conciencia; una alegría pura, llena, satisfactoria, sólida, no puede nacer de otro fondo. Una persona verdaderamente cristiana, un corazon puro, un hombre de bien que pone toda su ambicion en agradar á Dios, y su gloria en cumplir con sus obligaciones, y que, ocupado enteramente en el negocio de su salvacion, no estudia mas que en sobresalir en la ciencia de los santos, experimenta una alegría muy diferente de esa alegría de embria-

guez y de pasion, de esa alegría muelle y juguetona con que están emponzoñados los sentidos de los mundanos. La alegría que goza es una alegría racional, siempre pura, siempre igual, y que arrebata al alma sin turbarla; es una alegría que viene de una region enteramente espiritual, y por consiguiente conforme á la naturaleza del alma, y única capaz de satisfacerla, de contentarla y de hartarla. Libre de la tiranía de las pasiones, por la victoria que se ha conseguido sobre los enemigos de nuestro reposo; penetrado de las grandes verdades de la fe, que hacen tan fácil y tan dulce todo lo que se presenta crudo en el servicio de Dios; ayudado de las gracias del Redentor que hace el yugo tan lijero, y que proporciona el goce de las dulzuras que los mundanos no pueden ni imaginarse ni comprender, ¿qué alegría no gusta en el servicio de un Señor que no quiere ser servido sino por amor, que él mismo allana lo escabroso del camino por donde nos conduce, y que, siendo omnipotente, se apura, por decirlo así, para recompensar nuestros débiles servicios? ¿qué estado mas dulce, qué condicion mas dichosa que la de una persona que es toda de Dios, y cuyos intereses toma Dios de su cuenta, á quien Dios favorece, y á quien ama? La alegría mas pura y la mas perfecta solo es patrimonio de las gentes de bien. Alegría dulce, alegría tranquila, alegría abundante, que nada puede turbar, y que es necesario gustar para tener una justa idea de ella. Nada digo de la uncion secreta con la que Dios endulza el yugo de su ley; de aquellos momentos dichosos en que se comunica á las almas justas; de aquella esperanza tan dulce que les inspira como preludio de las alegrías del cielo, de aquellos rayos de

luz que les descubren con toda claridad la vanidad del mundo y sus falsas alegrías; de aquellas lágrimas tan consoladoras que derraman alguna vez á los piés del crucifijo, en las que encuentran un placer mas puro y mas exquisito que en las mas agradables fiestas del mundo. Esto es lo que no pueden comprender los mundanos; y esto es, sin embargo, lo que hace gustar á las almas santas una alegría tan pura y tan dulce, que el pensamiento de la muerte hace todavía mas deliciosa, mientras que este pensamiento solo es capaz de empapar en la mayor amargura la alegría mas triunfante de los libertinos.

Haced, Señor, que yo guste de esta santa alegría, puesto que ya no quiero buscar otras. Yo detesto toda alegría mundana, y solo trato de hallar toda mi alegría en vuestro servicio.

JACULATORIAS.

Yo lo sé, y lo veo, Señor, que no se halla sino desgracia y amargura en alejándose uno de vos. *Jerem.* 2.

Por lo que á mí toca, toda mi alegría y mi bien consiste en estar unido á mi Dios. *Salmo* 72.

PROPOSITOS.

1.° He considerado la risa como una locura, dice el Sabio, y he dicho á la alegría: ¿porqué tratas de engañarnos? Es como si dijera: yo no he encontrado mas que error, locura, vanidad en las risas y regocijos de este mundo. Salomon, despues de haber concedido á su corazon todo cuanto podia deleitarle, y de haber sido el mas feliz del mundo, concluye que la alegría es la herencia única del hombre de bien, y la afliccion la del pecador. No olvideis nunca esta

verdad, meditadla con frecuencia, aleccionad con ella á vuestros hijos, y acostumbraos á mirar con lástima las alegrías del mundo. Huid de los festejos mundanos : es una práctica de piedad muy útil el emplear entonces mas tiempo en el servicio de Dios.

2.° Estudiad cada dia mas en servir á Dios. Es un artificio del demonio el inclinar los cristianos á que se diviertan mas en el tiempo pascual, y al mundo á que multiplique en este tiempo sus fiestas. Por vuestra parte, guardaos bien de caer en este lazo. Sed mas fiel que nunca en vuestros ejercicios de piedad, y sobre todo en los dias santos del domingo. Empleadlos en buenas obras; asistid perennemente al servicio divino y á la oracion; poned toda vuestra atencion y vuestra aplicacion en agradar á Dios, y no constituyais vuestra alegría sino en llenar con fidelidad los deberes de cristiano.

CUARTO DOMINGO

DESPUES DE PASCUA.

Nada particular ofrece este domingo, sino lo que es comun á todo el tiempo pascual, esto es, la renovacion de la alegría espiritual, que es el efecto de la resurreccion del Salvador, y una continuacion de fervor que debe ser el fruto de ella en el corazon de los fieles. Los Griegos le llaman el domingo de *Semi-Pentecostés*, esto es, de la semana que divide los cincuenta dias que hay desde Pascua hasta Pentecostés, pues que el miércoles siguiente es el dia vigésimoquinto desde el

domingo de Resurreccion. Aunque la Iglesia convida á todos sus hijos á las demostraciones de una alegría santa que la gracia produce en una conciencia tranquila y en un corazon puro, convida principalmente á los gentiles á que celebren con cánticos de alegría su vocacion á la fe, y á que reconozcan con himnos de accion de gracias el beneficio singular que el Señor les ha hecho sacándolos de las espesas tinieblas del paganismo. No formando ya los judíos y los gentiles sino un solo pueblo en la Iglesia por la vocacion á la fe del Salvador, deben tener los mismos sentimientos y el mismo idioma; á esta union de los dos pueblos hace alusion la Iglesia en la oracion de la misa de este dia, que es una de las mas bellas oraciones que pueden dirigirse á Dios, y que deberia estar continuamente en la boca y en el corazon de los fieles.

El introito de la misa está tomado del salmo 97. que es una accion de gracias por la libertad del pueblo judío de la cautividad de Egipto ó de la cautividad de Babilonia, ó tal vez de alguna otra calamidad. El real Profeta, con bastante verosimilitud, designa bajo de esta figura la redencion de los hombres por Jesucristo, cuya venida predice.

Cantad, dice, *hijos de los hombres, un cántico nuevo á la gloria del Señor, que ha obrado tantos prodigios en nuestro favor;* y no ceseis de multiplicar vuestras alabanzas en su honor, de bendecirle, de glorificarle y darle gracias. *El Señor ha hecho brillar á vista de las naciones su fidelidad*, su omnipotencia en sus maravillas, su misericordia en sus beneficios. librando á su pueblo de una esclavitud tan peligrosa. Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho nuevos prodigios en vuestro favor, librándoos de la cau-

vida y de la servidumbre por caminos inesperados, y por una misericordia de que no os hubiérais atrevido á lisonjearos : tantas maravillas de su parte con razon merecen vuestras acciones de gracias. Como la servidumbre de Egipto y la cautividad de Babilonia no eran otra cosa que la figura de la servidumbre fatal del pecado bajo de la cual vivíamos, la libertad y manumision de estas esclavitudes eran la figura de la dichosa libertad que felizmente nos ha adquirido Jesucristo con su muerte y con su gloriosa resurreccion. ¡Qué motivo, pues, mas justo de alegria, de acciones de gracias, y de amorosos transportes! *Dios*, dice el texto sagrado, *ha manifestado al mundo á su Salvador*, la Sabiduría eterna, su Hijo único, su Verbo, la fuente de todo bien y de toda justicia, nuestro Redentor, *y nos le ha manifestado* singularmente en el dia de su resurreccion *á todas las naciones*. Ha difundido la luz del Evangelio por todo el mundo. *Los pueblos que vivian en las tinieblas han percibido, en fin, esta gran luz, y la luz se ha descubierto á los que habitaban en la region de la sombra y de la muerte* (1).

El Señor ha empleado la virtud de su diestra y toda la fortaleza de su brazo para conservar su pueblo y para salvarnos. Quiere decir que el Señor, para sacarnos de la cautividad, para salvarnos no ha empleado una fuerza extraña, ha venido él mismo en nuestro auxilio : con su propia muerte y con su triunfante resurreccion es con lo que ha vencido al infierno, destruido el imperio del demonio y del pecado, y nos ha librado de la mas dura de todas las servidumbres.

(1) Isaias, 9.

La epístola de la misa de este dia está tomada de la epístola católica del apóstol Santiago, obispo de Jerusalen, que se apellida hermano, esto es, primo de Jesucristo, cuyo designio principal es hacer ver que la fe no puede salvarnos sin las obras, aun cuando seamos justificados por la fe. Lo que constituye el asunto de la epístola de la misa de este domingo, es el pasaje en que este apóstol declara á todos los fieles que toda gracia y todo don viene de lo alto, y desciende del Padre de las luces, que es la fuente de todo bien. Este apóstol es llamado el Menor para distinguirle de Santiago, hermano de san Juan, el cual es mayor que él, por decirlo así, en el apostolado, y que por la misma razon se llama el Mayor en los fastos de la Iglesia. Llámase católica su epístola, porque no se dirige á ninguna iglesia particular, sino que es comun á todas las que profesan la fe de Jesucristo, ó á lo menos á las que se componian de judíos convertidos al cristianismo, y esparcidos entonces en cuasi todas las partes del mundo, á lo cual alude el nombre de *católica*, que significa propiamente universal.

Todo favor insigne, dice el santo apóstol, y *todo don perfecto viene de lo alto*. Era un error muy comun entre los judíos el creer que muchas bellas cualidades, y aun muchas virtudes, crecian dentro de nosotros como de nuestra propia cosecha, y que eran frutos de nuestro libre albedrío. Los fariseos sobre todo creian poder por sí mismos resistir á la concupiscencia, y practicar la ley sin necesidad de la oracion ni de la gracia. Santiago previene á los fieles contra esta perniciosa presuncion; y como aquellos á quienes se dirige principalmente su carta se habian

criado en el judaismo, temiendo no estuviesen imbuidos en este error, les enseña desde luego que todo el bien que hay en nosotros viene de Dios, y que no hay verdadera virtud que no sea un don de su misericordia. No nos atribuyamos el mérito de nuestras buenas obras, ni pensemos que con solo nuestras fuerzas podemos resistir á los halagos de la concupiscencia; para esto necesitamos del auxilio sobrenatural de Dios, y de aquella gracia que no niega á nadie. Es menester esta gracia para querer el bien, para hacer el bien, para perseverar en el bien; sin este auxilio no hay bien alguno que sea meritorio de la vida eterna. Luego toda gracia, todo don excelente viene del Padre de las luces. Llama á Dios Padre de las luces, porque él es, dice san Agustin, el que ilumina á todo el que viene al mundo, y el que imprime en nuestras almas las verdades de salud, el que nos inspira el amor, y el que nos le hace poner en práctica con el auxilio de su gracia.

Despues de haber indicado Santiago en los versículos precedentes el origen del mal, dice un sabio intérprete, indica el del bien, y enseña que todos los bienes de la naturaleza y de la gracia, por excelentes que sean, nos vienen de lo alto y descienden del Padre de las luces. Esta proposicion asegura dos verdades importantes: la una que todo lo que viene de Dios es bueno y excelente, lo cual destruye la impiedad de Manés que hace á Dios autor del pecado; la otra que todo lo que nosotros tenemos bueno, piadosos deseos, buenos pensamientos, obras de justicia y de caridad, todo esto viene de Dios como de su orígen; lo cual refuta el error de Pelagio, que hacia al hombre autor de todo el bien sobrenatural que hace.

Todo don perfecto, continúa el apóstol, desciende del Padre de las luces, el cual no se muda, y en quien no hay ni aun sombra de alteracion. ¡Qué dulce es depender en todo de un Señor semejante! ¡qué consolatorio el que nuestra fortuna y nuestra suerte dependan de él! Con ninguna criatura se puede contar seriamente; todo se doblega al menor viento, todo falla, todo cambia sobre la tierra; solo Dios no está sujeto á la vicisitud ni á la mutacion. Siempre amará la inocencia, siempre recompensará la virtud, siempre tendrá horror al vicio, y siempre castigará el pecado. El humor, la aversion, el capricho son los grandes resortes que mueven á obrar á los hombres, y son el principio de sus variaciones y de sus mudanzas. Dios está exento de todos estos defectos. Siempre es la sabiduría misma, siempre la justicia, la misericordia, la bondad. Porque *por sola su voluntad*, añade el apóstol, *nos ha engendrado por la palabra de la verdad, á fin de que en alguna manera tengamos el primer rango entre lo que él ha creado.* Para inclinar á los fieles á que se dirijan á Dios, á que pongan toda su confianza en Dios, Santiago les hace notar que Dios padre no ha enviado por necesidad á su Hijo único, su Verbo, para reengendrarnos, y para enseñarnos el camino de la salud. Siendo el Verbo hecho carne la verdad por esencia, no ha podido menos de enseñarnos la verdad en todos los misterios sagrados que nos ha explicado, y en la doctrina que nos ha dictado, y todo esto lo ha hecho por un puro efecto de su bondad. Podia Dios dejarnos en las tinieblas de la muerte en que habíamos nacido: mas este Padre de las luces se ha dignado libremente reengendrarnos por el bautismo, é iluminarnos. ¡Qué confianza no

debe inspirarnos esta pura misericordia! y viniendo de él todos los bienes, y no pudiendo derivarse de otro que de él, ¿debemos temer que nos los niegue, despues de habérnoslo dado todo, dándonos su Hijo que es la fuente de todos los dones? ¿Cómo no nos habrá dado todas las cosas con él? Nuestra dependencia de él constituye nuestra abundancia y nuestra dicha. Los Hebreos, á quienes escribia Santiago, habian recibido mas abundantemente que los otros el espíritu de Dios y sus dones. Eran los primeros de la Iglesia cristiana, y los primeros llamados á la fe. La salud habia salido de Sion, y la palabra del Señor de Jerusalen. Eran como los primogénitos y los primeros herederos de la familia de Jesucristo. Todas estas prerogativas, esta predileccion debian inspirarles una nueva confianza en el Padre de las misericordias, y una fidelidad mas exacta.

Despues de haber enseñado Santiago á los fieles que todos los bienes y todas las gracias vienen del Señor, se aplica en esta epístola á reglar sus costumbres y su conducta, para que por la práctica de las virtudes cristianas pudiesen merecer estos dones. *Que todo hombre*, les dice, *esté pronto para oir; que no hable fácilmente, y que no sea propenso á encolerizarse.* Son muy importantes estos tres puntos de moral. Oir mucho, y hablar poco, es siempre señal de sabiduría; y la modestia y la reserva son inseparables de la verdadera virtud. Esos grandes hablad_res, esas gentes que dogmatizan tanto, no suelen ser siempre los mas poderosos en obras; no los que predican ó escuchan la ley, sino los que la practican, son justificados delante de Dios. En consecuencia de esta verdad, recomienda Santiago la mansedumbre y la

paciencia á todos los fieles. La cólera es una pasion; luego es contraria á la virtud. Lisonjéase uno á las veces de que no obra sino por zelo, y no es mas que el movimiento de su pasion el que se sigue. Dios no ha elegido nuestros arrebatos para ejercer su venganza; para esto ha establecido jueces y potestades. El zelo ardiente, el zelo amargo, en los particulares que no están deputados para la reforma de los otros, no es propiamente otra cosa que una ira disfrazada; cuando se limita á reformarse á sí mismos, entonces podrá pasar por zelo; pero luego que el zelo sale de su esfera y se derrama como torrente por la tierra del vecino, ya es estrago, ya es pasion. *Por esto*, concluye el mismo apóstol, *renunciando á todo lo que es impuro, y á todos los excesos de la iniquidad, recibid con un espíritu de mansedumbre la palabra que se ha plantado en vosotros, y que tiene la virtud de salvar vuestras almas*; que es como si dijera: puesto que deseais la sabiduría, y que quereis llegar al puerto de la salud, alejad de vosotros todo lo que puede impediros el llegar á este fin, todo lo que puede suscitar nieblas y borrascas en vuestro corazon. ¿Quereis vivir en la calma y gozar de un cielo sereno? vivid en la inocencia; domad las pasiones tan enemigas de vuestro reposo, y tan opuestas al espíritu de Jesucristo; ignorad hasta el nombre mismo de la impureza; vivid en una grande inocencia; arrojad de vuestro corazon la codicia, la avaricia, el demasiado amor de vosotros mismos. ¿Quereis que las verdades que se os han enseñado, que la divina palabra que se os ha predicado, que el espíritu de Jesucristo que ha sido como ingerido en el vuestro, produzcan mucho fruto? tened aquella dulzura cristiana que,

en alguna manera, caracteriza las almas puras. El fruto de esta divina palabra es la salud.

El evangelio de la misa de este dia está tomado de aquel pasaje de san Juan, en que viendo el Salvador que se acercaba su ascension al cielo, prepara sus apóstoles para esta separacion sensible que debia privarles de su presencia corporal y por consiguiente debia afligirles. Les hace ver que es necesario que los deje, y que el don que les hará les indemnizará bien de esta satisfaccion puramente natural de que gozaban viéndole corporalmente con ellos.

Todo el tiempo que Jesucristo estuvo visiblemente con sus apóstoles desde su resurreccion hasta su ascension, lo empleó en instruirles en los grandes misterios de la religion, de los cuales se habian hecho ya mas capaces desde que en su primera aparicion les hubo dado el Espíritu Santo. Esta comunicacion, esta infusion del Espíritu Santo era necesaria para espiritualizar, por decirlo así, gentes tan materiales, y hacerles capaces de las verdades que hasta entonces les habian sido tan incomprensibles.

El Salvador en este admirable discurso, tan instructivo y tan lleno, que hizo á sus apóstoles despues de la última cena, habiéndoles hecho un compendio de cuanto aflictivo y horroroso debia sucederles en el establecimiento maravilloso de su Iglesia, les añade: No me habia aun franqueado antes con vosotros, porque mientras yo estaba en vuestra compañía nada teníais que temer; pero ya no es tiempo de ocultaros nada. Ha llegado mi hora, y yo estoy en vísperas de dejaros; por esto os he manifestado sin embozo, y aun sin figura, todo lo que tendréis que sufrir en el mundo; pero no temais nada, aunque

vais á perder mi presencia corporal; yo estaré siempre invisiblemente con vosotros. Acércase el tiempo en que debo volver al cielo de donde he venido. Yo me voy á aquel que me ha enviado, y ningun de vosotros me pregunta ¿adónde vas? Esta pequeña reconvencion que Jesucristo hace aquí á sus apóstoles, es una leccion importante que les da el Salvador, lo mismo que á nosotros. *Porque os he dicho que me voy, estais afligidos, la tristeza se ha apoderado de vuestro corazon,* os habeis todos consternado; pero lo que así os afecta no es mas que la pérdida de mi presencia sensible, sin que tengais presente en ninguna manera la gloria que voy á recibir subiendo al cielo en donde debo estar sentado á la diestra de mi Padre, ni las grandes ventajas que debeis reportar de mi gloriosa ascension. Vosotros estais apegados á los sentidos, y no os mueve mas que lo sensible; por esto ninguno de vosotros piensa en preguntarme sobre la excelencia, sobre la felicidad de aquella dulce mansion de los bienaventurados, en donde Dios hace ostentacion de su majestad, en donde mi sagrada humanidad va á recibir toda la gloria que le es debida, de donde he de enviaros el Espíritu Santo, el cual debe dar la última perfeccion á mi grande obra, y derramar sobre vosotros todos mis dones. Yo os digo que me voy á aquel que me ha enviado, que vuelvo al cielo de donde he venido; y en lugar de regocijaros conmigo, tanto á causa de la felicidad que debo recibir allí, cuanto á causa de la ventaja que os resultará de mi exaltacion, os afligis, no decis palabra, os veo pensativos y en profundo silencio. El pensamiento solo de mi partida os ha llenado de tal modo el corazon de tristeza, que os ha sobrecogido á todos

¿De este modo debeis mirar lo mas ventajoso que hay para vosotros? Os digo la verdad: os interesa que yo me vaya, y que os prive de esta presencia corporal que hace que el amor que me teneis sea menos espiritual y menos perfecto. Por otra parte, si yo no me fuese, el Espíritu Santo, que es el consolador, y el maestro que os he prometido, no vendria, y yéndome yo, os le enviaré. Ahora bien, vosotros no ignorais cuánto importa que venga; porque él es el que ha de convencer al mundo sobre el pecado, sobre la justicia y sobre el juicio. El Espíritu Santo por la predicacion de los apóstoles y por los milagros que obrarán convencerá al mundo de pecado, esto es, hará conocer cuál ha sido la corrupcion de costumbres, y el lamentable error en que han vivido los hombres hasta aquí, sumergidos en la ignorancia del verdadero Dios, en los desarreglos mas horribles y en una corrupcion de costumbres universal; hará conocer cuán criminales son los hombres, en particular los judíos, por no haber creido en Jesucristo despues de tantas maravillas. Esos espíritus orgullosos y esos corazones indóciles, que habrán resistido tanto tiempo á las luces de la fe, conociendo al fin la virtud del espíritu de Dios por los brillantes prodigios que obrará, y por la admirable santidad que comunicará á los fieles, confesarán, para confusion suya, que se han engañado cuando no han querido creerle. El mismo Espíritu Santo les convencerá tambien de la justicia y de la inocencia del Hijo de Dios, haciendo ver que aquel á quien han condenado tan injustamente á muerte ha resucitado, y ha subido al cielo para reinar allí eternamente con su Padre. En fin, convencerá al mundo y á todos sus partidarios de la

equidad del juicio hecho contra el demonio que se habia como atribuido el imperio del mundo, en donde reinaba con tanta tiranía y se habia hecho erigir tantos altares; conocerán la justicia con que ha sido destruido el reino de este tirano, abolidas sus leyes perniciosas é injustas, condenadas sus falsas máximas, y extinguido su poder, no solo por la destruccion de la idolatría, sino tambien por el establecimiento de una religion tan santa, la cual será la obra y la obra maestra del Espíritu Santo, y el fruto de la predicacion del Evangelio. Estos son los tres efectos principales de la venida del Espíritu Santo que yo os enviaré. Él convencerá al mundo del pecado de los judíos, y de todos los que han rehusado creer en mí, despues de las brillantes é incontestables pruebas de mi divinidad; convencerá al mundo de la justicia, haciendo ver á los judíos y á los paganos que no habrá justicia ni verdadera virtud mas que en la religion cristiana; convencerá en fin al mundo del juicio, destruyendo el imperio que tenia el demonio en el mundo sobre el espíritu y el corazon de todos los pueblos, por las falsas y perniciosas máximas que habian tenido fuerza de ley hasta la venida de Jesucristo.

Despues de una instruccion tan importante y que viene á ser el compendio, por decirlo así, de nuestra religion, añade Jesucristo que aun tenia muchas cosas que decirles; pero que no estaban todavía en disposicion de comprenderlas, y que no queria cargar su entendimiento de lo que no podia aun digerir: que les reservaba el conocimiento de ellas hasta la venida del Espíritu de verdad, el cual les enseñaria todas las verdades necesarias para su perfeccion, para su sal-

vacion y para la de los demás. Habia dicho el Salvador á sus apóstoles, que les habia descubierto todo lo que él habia oido de su Padre, esto es, todo lo que eran capaces de comprender antes de haber recibido la plenitud del Espíritu Santo, y aquella inteligencia sobrenatural que era uno de sus principales dones; pero habia aun muchas mas cosas misteriosas, cuyo verdadero sentido no eran todavía capaces de comprender. Estos grandes misterios, estas verdades superiores al alcance del entendimiento humano eran, la union sustancial de la divinidad y de la humanidad en la persona adorable de Jesucristo; la espiritualidad de su reino eterno y temporal; su estado de humillacion y de gloria, de poder y de flaqueza, de víctima por los pecados del mundo, y de hombre sin pecado. Era necesario que viniese el Espíritu Santo para que les diese el don de inteligencia, para que disipase todas sus oscuridades, y para que conciliase todas estas contradicciones aparentes; y esto es lo que ha hecho el Espíritu Santo, esta es su obra.

Cuando venga aquel Espíritu de verdad, continúa el Salvador, *os enseñará todas estas verdades*, y os comunicará una inteligencia clara de todos estos misterios. *No hablará de sí mismo*, es decir, asi como el Hijo nada dice de sí mismo, esto es, asi como lo que este dice no lo dice solo, sino que su Padre lo dice con él; del mismo modo el Espíritu Santo nada dice de su propia autoridad, esto es, absolutamente solo, porque, procediendo del Hijo lo mismo que del Padre, y recibiendo de ellos la misma naturaleza y la misma ciencia, nada dice, nada puede decir, sino lo que el Hijo dice con su Padre, no siendo las tres divinas personas mas que un solo Dios: asi que no penseis que

el Espíritu Santo deba enseñaros una doctrina diferente de la mia; es la misma doctrina, de la cual os dará un conocimiento mas perfecto y os desenvolverá el verdadero sentido. El Salvador se habia explicado en otra parte poco mas ó menos en el mismo sentido, cuando decia á los judíos : Mi doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado. Todas estas maneras de hablar nos dan una idea muy clara del misterio adorable de la Trinidad, probándonos un solo Dios en tres personas.

Por fin, *el Espíritu Santo os dará á conocer claramente el porvenir,* añade el Salvador, llenándoos del espíritu de profecía, necesaria en el nacimiento de la Iglesia que vosotros debeis establecer. *Todo lo que hará este Espíritu Santo será para mi gloria, porque es mi Espíritu,* como es Espíritu de mi Padre; porque tendrá parte en lo que á mi pertenece, y os lo dará á conocer. Casi todos los intérpretes, despues de los santos padres, no dudan que Jesucristo por estas palabras, *tendrá parte en lo que á mi me pertenece*, haya querido indicar que el Espíritu Santo procede del Hijo como del Padre, y que los dos le comunican su naturaleza y las perfecciones divinas que el Hijo mismo recibe del Padre por su generacion eterna, y que el Espíritu Santo tiene por su eterna procesion de los dos. Es como si dijese el Hijo de Dios : El Espíritu Santo vendrá como un enviado, que no habla en su nombre y solo por sí. Como procede de mi Padre y de mí, y nosotros somos los que le enviamos, porque como todos tres tenemos la misma naturaleza divina, así tambien tenemos una misma voluntad; y por tanto todo lo que os enseñará es mi doctrina, y no os dirá nada que mi Padre y yo no os dijésemos;

es el que me glorificará, haciendo conocer á los hombres mi divinidad, que es la misma que la suya y la de mi Padre, porque estas tres personas el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo no son mas que un solo Dios. Hará conocer esta divinidad por medio del don de inteligencia que comunicará á los fieles, y por las maravillas que les hará obrar en mi nombre.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

O Dios, que unis todos los fieles en un mismo espíritu y en una misma voluntad; haced por vuestra infinita misericordia que amemos lo que nos mandais, y deseemos lo que nos prometeis, á fin de que entre la inconstancia y la instabilidad de las cosas de este mundo, permanezcan siempre fijos nuestros corazones allí donde se encuentra la verdadera alegria. Por nuestro Señor, etc.

La epistola de la misa está tomada de la de Santiago, cap. 1.

Amadísimos mios: todo favor insigne y todo don perfecto viene de lo alto, y desciende del Padre de las luces, el cual no se muda, y en quien no hay ni aun sombra de alteracion. Porque de su plena voluntad nos ha engendrado por la palabra de la verdad, á fin de que tuviésemos en alguna manera el primer lugar entre lo que ha criado. Vosotros lo sabeis, hermanos mios muy amados; que todo hombre esté siempre pronto á escuchar, que no sea fácil para hablar, y que no sea propenso á la cólera. Porque la justicia de Dios no es la obra de la cólera del hombre. Por esto renunciando á todo lo que es impuro, y á todos los excesos de la iniquidad, recibid con un espíritu de mansedumbre la palabra que se ha plantado en vosotros, y que tiene la virtud de salvar vuestras almas.

NOTA.

Santiago, llamado el Menor, era hermano del apóstol san Judas, hijo de Alfeo y de Maria, prima de la

santísima Vírgen, y á causa de este parentesco, segun la costumbre de los judíos, es llamado algunas veces hermano, esto es, primo de nuestro Señor. Apellídase tambien el Justo: fué escogido por los demás apóstoles para gobernar la iglesia de Jerusalen. San Pablo le llama una de las columnas de la Iglesia. Fué martirizado el año 62 de Jesucristo despues de haber gobernado su iglesia veinte y nueve años.

REFLEXIONES.

El cual no se muda, y en quien no hay ni aun sombra de alteracion. ¡Qué bueno es servir á un Señor que no está sujeto á mudanza, al humor veleidoso, al capricho; qué bueno hacer una fortuna que no está sujeta á la revolucion! Todos esos altos y bajos de que están llenos los caminos del mundo, cansan, fatigan, apuran. Es muy triste el tener siempre que combatir contra la inconstancia y contra la instabilidad. Hoy se priva, se domina, se ve uno colocado en el primer rango; mañana se encuentra al nivel del pueblo. Por mas precioso que sea el metal de que está hecha la estatua, sus piés en todas partes son de barro. Los árboles que están en alto no solo tienen que temer las tempestades, un pequeño gusano basta para que se sequen. No hay condicion en el mundo á cubierto de las borrascas, ni aun la hay que no envejezca en su primer lustre; la continuacion de las prosperidades se mira como una maravilla siempre rara, y ninguno hay completamente dichoso en el mundo. ¡Qué variacion en los dias y en las estaciones! las nieblas suceden á la serenidad, y las borrascas á la calma; no es menor la inconstancia que se experimenta en

el corazon y en el espíritu. Hoy goza uno de favor, agrada, es aplaudido, triunfa; un dia despues no es ya del gusto del señor, se le desprecia. ¿Perdió acaso sus buenas cualidades y su mérito? De ninguna manera; el *mismo hombre sigue* el curso de la rueda sobre que se apoya. ¡Qué de revoluciones en las condiciones, en los estados, en las familias! Pocos favoritos hay que no tengan dias críticos; ninguno que no esté amenazado de la desgracia; ¿y cuántos hay que mueran en la gracia del príncipe? se pierde muchas veces, cuando se ponia mas ahinco para conseguirla. La mutacion caracteriza todo lo que se llama mundo: por mas que se trabaje, por mas que se haga, nadie puede fijar su fortuna ni su felicidad en el servicio del mundo. Este secreto no se encuentra mas que en la escuela de Jesucristo, está reservado á la ciencia de los santos el enseñarlo. Dios es el único Señor *que no se muda, y en quien no hay ni aun sombra de alteracion.* ¡Qué ventaja, qué dulzura el servir á un Señor semejante! En su servicio se agrada siempre, á no ser que se quiera desagradar. Jamás tienen parte en su favor el humor ni el capricho; la virtud conserva siempre su mérito, y este mérito es siempre reconocido y liberalmente recompensado. Ninguna de las revoluciones de estado, de condicion, ni de familia pueden influir sobre el justo; se sobrepone á las nubes que forman el rayo, y los vapores malignos que forman las nieblas no pueden llegar á él. En el servicio de Dios nada cambia; subsiste siempre la misma moral, las mismas máximas, el mismo espíritu. ¡Qué dichoso es el que está en servicio de un Señor tal, que no está sujeto á ninguna mudanza!

El evangelio de la misa es tomado del de san Juan, cap. 16.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos : Yo me voy á aquel que me ha enviado, y ninguno de vosotros me pregunta : ¿Adónde vas? Mas porque os he hablado de este modo, se ha llenado de tristeza vuestro corazon. Por tanto os digo la verdad, os interesa que yo me vaya; porque si yo no me voy, el Consolador no vendrá á vosotros; mas si me voy, os le enviaré. Y cuando hubiere venido, argüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio : de pecado, porque no han creido en mí; de justicia, porque me voy á mi Padre y no me veréis mas; y de juicio, porque el príncipe de este mundo está ya juzgado. Todavía tengo muchas cosas que deciros; pero no estais ahora en estado de comprenderlas. Cuando venga el Espíritu de verdad, os enseñará todas las verdades. Porque no hablará de su propia autoridad, sino que dirá todo lo que habrá oido, y os hará conocer las cosas venideras. Él es el que me glorificará, porque tendrá parte en lo que á mí me pertenece, y os lo anunciará.

MEDITACION.

DEL MUNDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera qué cosa es el mundo á quien se ama hasta la locura, á quien se teme hasta el exceso, á quien se sirve con infinita solicitud, á quien se contempla hasta el escrúpulo : el mundo, de quien todos se quejan, y que no hace justicia á nadie; que no tiene ninguna consideracion al mérito; que llena el universo de descontentos y de desgraciados, y que no tiene servidor que no sea su esclavo : el mundo, cuyas extravagantes máximas son otras tantas leyes muchas veces contrarias al buen sentido, y siempre

opuestas á las máximas del Evangelio. Si el mundo es un fantasma que no subsiste mas que en la imaginacion, ¿no somos unos insensatos en formarnos un señor tan incómodo de las fantasías de otros, y un ídolo formidable de nuestras propias ideas? Si el mundo es una cosa real, ¿qué derecho tiene para imponernos leyes tan duras? ¿de quién le viene la autoridad? ¿por qué fatalidad hemos nacido esclavos suyos? Ciertamente cuando se raciocina sin precaucion, cuando se mira de cerca lo que es el mundo, se llena uno de indignacion contra sí mismo por haber deferido tanto á él, y haber sido su juguete por tanto tiempo. El mundo, que tiene tanto imperio sobre los espíritus y sobre los corazones, no es otra cosa, propiamente hablando, que esa multitud tumultuosa de gentes de diferentes caractéres y de diversos gustos que no se acomodan á las máximas de Jesucristo, no tienen otras miras que sus intereses, no conocen otra regla que sus pasiones, ni otro objeto de sus solicitudes que los bienes, los honores y los placeres de esta vida; gentes por lo comun de un espíritu vano y turbulento, de un corazon falso, maligno y corrompido, y de una ambicion desmesurada; que no se apacientan mas que de quimeras, que no siguen mas que á sus pasiones, y que solo se ocupan de mil pasatiempos á cual mas frívolos; gentes que por lo comun no tienen otro mérito que el de saber engañar, entre las que los mas hábiles son los que mejor saben aprovecharse de las desgracias de otro, y los mas dichosos los que mejor saben disimular las suyas. Es una especie de secta cuasi universal de gentes, que por la mayor parte no se conocen los unos á los otros, y que se desprecian todavía mas cuando

se conocen; que convienen solamente en que todos hacen profesion de no ser devotos, y á favor de esta ignominiosa confesion creen tener derecho para zumbarse neciamente de la virtud mas ejemplar, mofarse irreligiosamente de las prácticas mas respetables de piedad, honrarse de sus desarreglos, dudar cuasi de todo, desacreditar y aun perseguir las personas mas arregladas, y para no tener religion sino por costumbre ó por bien parecer. Reina entre estas gentes el disimulo hereditario, base sobre la cual giran todas sus engañadoras y artificiosas exterioridades. Prodigan mil alabanzas, en tanto que con una risa burlona y desdeñosa se burlan de la sencillez y de la boberia de los que las creen. Hacen mil ofertas de servicio, y muchas veces aquel que las hace es el peor enemigo. Miran la rectitud y la buena fe como la virtud de los imbéciles; la modestia, la docilidad y la piedad cristiana como señales de un genio encogido, y todas las máximas que reinan entre ellas todas son opuestas á la verdadera sabiduría, todas perniciosas á la salud. Hé aquí el retrato mas parecido del mundo, de este mundo por el cual no ha rogado Jesucristo, de este mundo al cual ha convencido el Espíritu Santo de iniquidad y de injusticia, de este mundo, en fin, cuyos juicios tememos tanto, de este mundo á quien tanto contemplamos, y acaso servimos como esclavos.

PUNTO SEGUNDO.

Considera con qué aprecio, ó, por mejor decir, con qué desprecio debe mirarse un mundo enemigo declarado de Jesucristo, perseguidor implacable de su espíritu, un mundo tan opuesto á las máximas del

Evangelio. Sin embargo, este es el ídolo á quien se aprende á ofrecer votos cuasi desde la cuna; este es el fantasma tan espantoso, cuya indignacion tanto se procura evitar; este es el mundo, cuyos sufragios y aplausos se buscan con tanto afan; el mundo, cuyos juicios y censura tanto se teme. ¿Es posible, Dios mio, que unos hombres que aman tanto la independencia reciban voluntariamente la ley de tantos géneros de gentes? Pero ¿es posible que cristianos instruidos en la escuela de Jesucristo no arreglen cuasi toda su conducta sino conforme á las máximas de este mundo extravagante? Las personas virtuosas que viven en este país enemigo son no pocas veces tan cobardes, que llegan á avergonzarse del Evangelio; como si en medio de una multitud de enfermos ó de insensatos debiese avergonzarse un hombre sabio de tener salud ó de tener juicio. No se atreven á parecer devotos en la compañía de aquellos que hacen ostentacion de no serlo. Témense las fastidiosas burlas, las mordaces chuladas de estos miserables censores. ¿Es posible que los cristianos teman los juicios inicuos ó las injurias de los libertinos? No se necesita mucho para conocer qué es lo que pone de tan mal humor contra los buenos á esos críticos despreciables. Una mujer que se reforma es una censura insoportable á otras ciento que saben bien que tienen mas necesidad que ella de reformarse, y que no tienen ni bastante fortaleza de espíritu, ni bastante juicio para hacerlo. Un jóven, un militar que arregla sus costumbres, da una leccion picante de reforma á todos sus compañeros de desórden, á quienes su ejemplo hace sentir vivamente la indispensable necesidad que tienen de convertirse. Concíbese un secreto disgusto de ver

que los que no eran mejores que nosotros, se hayan hecho mas sabios. Crece el despecho con los remordimientos, y este es el verdadero orígen de las censuras y de las zumbas que se hacen de la virtud en el mundo; y esto es lo que debe esperarse mientras haya libertinos en el mundo. Pero ¿debe temerse, debe deferirse mucho á este fantasma? ¿Qué vergüenza no debe tener una persona cristiana de su cobardía en el servicio de Dios? Respetemos enhorabuena á todas las personas que obtienen un rango, que ocupan un lugar distinguido en el mundo; pero miremos con sumo desprecio el espíritu y las máximas del mundo, tan contrarias al espíritu y á las máximas de Jesucristo.

Tal es, Señor, la resolucion que hago, y la gracia que os pido y espero obtener de vuestra infinita bondad.

JACULATORIAS.

Apartad mis ojos de la vanidad que reina en el mundo, y haced que camine con valor por el camino que conduce á vos. *Salmo* 118.

En el mundo no hay otra cosa que vanidad y nada. *Eccl.* 1.

PROPOSITOS.

1.° Míranse los buenos en el mundo como gentes simples, groseras, inútiles, porque no se hallan en todas las diversiones; desterrados en el mundo del comercio de aquellos que en él se llaman gentes de suposicion, como indignos de presentarse en sus brillantes reuniones, son, segun ellos, gentes que no saben vivir, y á quienes miran con lástima. Pero esperad un poco; esos dias placenteros se oscurecerán;

ese brillo que encanta y ese tumulto que aturde, caerá. Llantos y amargos arrepentimientos sucederán á todos esos falsos placeres, á todos esos festines tan poco cristianos; la muerte pondrá en claro quién ha sido el sabio, y quién es el que se ha engañado. Si quereis ser verdaderos discípulos de Jesucristo, declaraos altamente contra el espíritu y las máximas del mundo; guardaos de avergonzaros jamás del Evangelio; no hagais ostentacion, pero sí profesion de piedad.

2.° Tened horror á ese respeto humano, tan indigno de un cristiano, que impide muchas veces que se haga todo lo bueno que puede hacerse para dar buen ejemplo. Decid con frecuencia á vuestros hijos, á vuestros amigos, y en ciertas ocasiones: ¿qué viene á ser este mundo? ¿porqué hemos de seguir los estilos y las máximas del mundo? ¿porqué nos hemos de sujetar á sus indignas leyes? Sea pues el Evangelio vuestra regla de costumbres. Prohibios cuanto pudiéreis todas esas fiestas puramente mundanas; emplead ese tiempo en hacer la corte á Jesucristo.

QUINTO DOMINGO

DESPUES DE PASCUA.

Parece que la Iglesia ha querido aprovecharse de la reprension que Jesucristo daba á sus apostoles, cuando, habiéndoles declarado que habia llegado el tiempo en que era necesario que les dejase para volver á su Padre, en lugar de regocijarse de su triunfo y

de la gloria de que iba á tomar posesion en el cielo; se habian abandonado á la tristeza mas amarga. La Iglesia, entrando en el sentido del Hijo de Dios como gobernada por su espíritu, parece que redobla su alegría é inspira á sus hijos los sentimientos de un gozo cada vez mas sensible, á medida que se acerca mas al dia de la ascencion gloriosa del Salvador.

Publicad las voces de la alegria, las cuales deben resonar por todas partes; publicadlas hasta los extremos de la tierra. El Señor ha librado á su pueblo; le ha sacado de la cautividad; le ha vuelto á su dulce patria: tributémosle por siempre alabanzas, gloria, bendicion, acciones de gracias á aquel por quien hemos recobrado por fin la libertad, y que nos ha abierto la celestial Jerusalen. *Pueblos de toda la tierra, testificad vuestra alegria al Señor: celebrad su nombre con vuestros himnos; dadle la gloria* que le es debida, *y no ceseis de alabarle.* Por este desahogo de alegría y con este cántico de gozo comienza hoy la Iglesia la misa. Este introito está tomado de Isaías. Describiendo este profeta el misterio de nuestra redencion, en la narracion que hace de la libertad del pueblo judío de la cautividad de Babilonia, la cual era la figura, convida á todas las naciones del mundo á que se derramen en regocijo, y á que por todas partes hagan oir sus voces de gozo y sus cánticos de alegría (1). *Anunciad esta nueva, y publicadla hasta los confines del mundo. Decid en todas partes, el Señor ha rescatado á Jacob su siervo.* A esta prediccion de Isaías es á la que alude la Iglesia en las palabras del introito. Mas espiritual que lo eran entonces los apóstoles (incon-

(1) Isai. 48.

solables por la pérdida que iban á hacer de la presencia corporal del Salvador), en la víspera de celebrar su gloriosa ascension al cielo, exhorta á sus hijos á que se regocijen por una separacion corporal que debia serles tan ventajosa, puesto que debia perfeccionar su fe, y abrirles la entrada de la patria celestial. Porque, como dice el gran pontífice san Leon, la ascension triunfante de Jesucristo es una prenda segura de la nuestra. Tomando la cabeza posesion de su gloria, asegura el derecho y la esperanza que á ella tiene todo el cuerpo. ¿No es justo que ostentemos nuestra alegría con acciones continuas de gracias?

Llámase este domingo el domingo de las Rogaciones, porque los tres dias que siguen están consagrados para dirigir súplicas solemnes al Señor, las cuales se llaman tambien letanías mayores; y tambien porque el evangelio de este dia es una invitacion ejecutiva que nos hace el Señor á que le expongamos todas nuestras necesidades y le pidamos con confianza. Como el dia de mañana está singularmente dedicado á la fiesta de las Rogaciones, se traslada á él su historia.

La epístola de la misa de este dia está tomada de la católica de Santiago, la cual fué tambien el asunto de la epístola del domingo precedente. Despues de haber exhortado el santo apóstol á los fieles á que se instruyan con cuidado en las verdades de nuestra religion, les declara aquí que no basta escuchar y aprender todas las verdades del Evangelio, si no se ponen en práctica. *Poned en práctica, hermanos mios, les dice, la palabra, y no la escucheis solamente, engañándoos á vosotros mismos.*

Hacian entonces mucho ruido entre los fieles las epístolas de san Pablo. Muchos habian creido que las buenas obras no eran necesarias para la salud, y que bastaba la fe sin las buenas obras; de suerte que, tomando mal el pensamiento de san Pablo, abusaban de su doctrina. Entre los judíos convertidos, los unos estaban escandalizados de una doctrina semejante, y miraban á san Pablo como enemigo de la ley, sin hacerse cargo de que el santo apóstol no habla mas que de las ceremonias legales de la antigua ley, y de ningun modo de la observancia de la ley evangélica; otros, arrastrados del mismo error, miraban la nueva ley como inútil, y se figuraban que para salvarse bastaba tener fe. Para curar Santiago aquellos espíritus, explica á los fieles los verdaderos sentimientos del apóstol san Pablo, y demuestra aquí que la fe sin las buenas obras es inútil, conforme á lo que escribe san Pablo á los Romanos : *No ya aquellos que oyen la ley son justos delante de Dios, solo serán justificados los que practican la ley* (1); esto es, los que practiquen la ley, sean judíos, sean gentiles, ya hayan recibido la de Moisés, ya no la hayan recibido, serán justificados, no por las obras solas, sino por sus obras hechas por la fe, y con la gracia que Dios les hubiere concedido(2). *La fe que obra por la caridad;* porque sin esta caridad viva y activa todo lo demás de nada sirve, como se explica el mismo apóstol (3).

Porque si alguno oye la palabra sin ponerla en práctica, se le comparará á uno que ve su rostro natural en un espejo, y que luego que se ha visto se retira y se olvida de su figura. El Evangelio, dice san Bernardo, es un espejo fiel, á nadie engaña, cada

(1) Rom. 2. — (2) Galat. 3. — (3) I. Cor. 13.

uno se ve en él tal como es: por mas que uno quiera ocultar sus defectos, la divina palabra nos los demuestra: secreta vanidad, amor propio sutil, pasion disimulada, exterior engañoso, todo disfraz aparece en este espejo, la menor arruga se descubre, en nada engaña. Pero ¿de qué sirve mirar al espejo, si no se hace mas que como de paso, y un momento despues de haberse visto se olvida uno de las manchas que tiene en el rostro? Sin embargo ¿queremos ser dichosos? tengamos sin cesar delante de los ojos la ley del Evangelio, que nos libra de la servidumbre de las ceremonias legales y nos hace hijos de Dios. No, ella no nos ocultará ningun defecto, ella nos descubrirá lo que nuestro amor propio nos oculta. No la miremos como de paso, antes si escuchémosla con el designio de practicar lo que ella nos dice, y de quitar los defectos que ella nos descubre; este es el medio de asegurar nuestra salud. En esta comparacion de que se sirve el apóstol, el espejo es la palabra de Dios que nos representa lo que somos y lo que debemos ser: el rostro del hombre es el estado interior de su conciencia: los lunares del rostro son los pecados de que está manchada la pureza del alma: mirarse en el espejo es oir la palabra de Dios, y notar en ella la diferencia de lo que somos, y de lo que debemos ser segun el Evangelio: olvidar el estado en que uno se ha visto, es poner en olvido las verdades que se nos han predicado: en fin, no lavarse es descuidar el corregirse, y borrar con las lágrimss de la penitencia la inmundicia de nuestros pecados.

Tambien advierte Santiago á los fieles que si alguno piensa que tiene religion, no refrenando su lengua, sino engañándose á sí mismo, su religion en este

caso es una religion frívola. Los judíos convertidos á la fe, á quienes está escrita esta carta, estaban todavía tan encaprichados en la observancia de sus ceremonias legales, que no cesaban de prorumpir en quejas, y aun algunas veces en injurias contra los que no las observaban. Desplegaban sus zelos y su pasion en agrias invectivas, y todo bajo del pretexto de zelo por la religion, y esto fué lo que obligó al apóstol á decirles que su pretendido zelo era una ilusion; que la verdadera piedad consiste en pensar siempre bien de su prójimo, y no juzgar nunca ni hablar mal de nadie; y que el verdadero zelo es inseparable de la circunspeccion, de la modestia y de la caridad. Por fin, concluye con una leccion que encierra otras muchas mas: la religion pura y sin mancha delante de Dios, les dice, la sólida piedad, el zelo verdaderamente cristiano, no consiste en disputas ni en vanas especulaciones, sino en la práctica constante de una ardiente caridad. Visitar los huérfanos y las pobres viudas en sus aflicciones, ejercitarse continuamente en las obras de misericordia, y preservarse de la inmundicia de este mundo corrompido en que vivimos; hé aquí lo que prueba visiblemente que somos cristianos, esto es lo que honra la religion que profesamos, y lo que constituye una prueba de ella.

El evangelio de la misa de este dia es una parte de aquel admirable discurso que hizo Jesucristo á sus discípulos despues de la cena la víspera de su muerte, en el que este divino Salvador, despues de haberles dicho que iba á dejarles para acabar la grande obra de su salvacion con el sacrificio de su vida, les predice que su ausencia no seria larga, porque dentro

de tres dias le volverian á ver en un estado muy diferente del en que le habian visto; que por lo que miraba á ellos, se verian en verdad en la desolacion y en la tristeza; pero que su tristeza se convertiria en una alegría que nadie seria capaz de quitarles. Esto bastará, les decia, para enjugar todas vuestras lágrimas, para calmar todas vuestras inquietudes, y para indemnizaros con muchas ventajas de todo lo que hubiéreis padecido por mi amor. Entonces mas que nunca comenzaréis á gozar del favor de mi Padre. El Espíritu Santo os colmará de sus dones, y os instruirá tan perfectamente en todas las cosas, que no tendréis ya necesidad de tenerme visiblemente cerca de vosotros para consultarme en vuestras dudas. Por lo que hace á mi Padre, él os ama, porque vosotros me amais, y os aseguro en verdad que no os negará nada de lo que le pidiéreis en mi nombre y por mis méritos. Ved aquí, os enseño un nuevo modo de orar muy fácil y muy eficaz, el cual no se hará comun hasta que mi reino se hubiere establecido en el cielo, en donde yo seré vuestro mediador, siempre pronto á apoyar vuestras peticiones. Mi Padre no podrá negarme nada, ni tampoco á vosotros siempre que lo pidiéreis en mi nombre. Hasta aquí nada habeis pedido en mi nombre. Pedir en nombre del Salvador, dice san Gregorio, es pedir lo que es verdaderamente útil para la salvacion. Los apóstoles habian pedido al Salvador muchas cosas: san Juan y Santiago le habian pedido los dos primeros puestos en su reino; san Pedro le habia pedido la curacion de su suegra; pocos de sus apóstoles habian dejado de pedirle algun favor, ó para sí mismos, ó para sus amigos; pero el Hijo de Dios cuenta por nada todo lo que no

se dirige á la salvacion ó á la perfeccion. ¡Bienes temporales, vanos honores, salud corporal, vosotros no sois objetos dignos de la atencion de Dios! ¿A cuántos cristianos podria hacerse el dia de hoy la misma reconvencion que Jesucristo hizo á sus discípulos? ¿Cuántos no han pedido aun nada en nombre del Salvador? *Pedid, y recibiréis*; la promesa que os hago, dice el Salvador, debe inspirar á vuestra alma un gozo lleno y perfecto. En efecto, ¿qué cosa de mas consuelo que el estar seguros de que todas vuestras peticiones serán eficaces? Vosotros poseeis el secreto para ser siempre oidos. Pedid en mi nombre; vuestra oracion será siempre oida. ¿Qué es, pues, o que podrá turbar jamás vuestra alegría, si estais seguros de obtener infaliblemente todo lo que pidiéreis?

Hasta aquí, continúa el Salvador, os he hablado en parábolas, esto es, de una manera figurada y enigmática, porque no érais todavía capaces de comprender los grandes misterios de la religion. Esta es la última conversacion que tendré con vosotros antes de mi muerte. Os he hablado en términos figurados y oscuros, me he servido de ciertas parábolas cuyo sentido no habeis podido penetrar. De aquí en adelante me explicaré con vosotros sin figuras; os hablaré claramente de mi Padre despues de mi resurreccion; os descubriré sin enigmas y sin parábolas el misterio inefable de la Trinidad, el de mi encarnacion, el de mi pasion, el de mi muerte, todo lo que concierne á la economía de la salvacion y al establecimiento de mi Iglesia, y vosotros comprenderéis todo lo que yo os diré en virtud de la inteligencia que os dará el Espíritu Santo. Entonces vosotros mismos tendréis

Yo he salido de mi Padre, les dice, y he venido al mundo, así tambien dejo el mundo, y me vuelvo a mi Padre.

un acceso inmediato á este Padre infinitamente bueno, é infinitamente liberal; no tendréis que pedirle en mi nombre para ser oidos. No tengo necesidad de deciros que yo rogaré á mi Padre por vosotros, y que uniré mis ruegos á los vuestros; vosotros debeis estar seguros que os amo mucho para que jamás os olvide; pero aun cuando yo no concurriese para que obtengais lo que pidiéreis, basta que me hayais amado y que hayais creido en mí para obligar á mi Padre á que os acuerde el efecto de vuestras peticiones. ¡Oh, y cuánta verdad es que no hay verdadera probidad, verdadera sabiduria ni verdadera justicia fuera de la que está fundada en el conocimiento y en el amor de Jesucristo! El Padre no ama sino á los que conocen y aman á su Hijo; á nadie oye sino en virtud de los méritos de su Hijo. Vana sabiduría, probidad simulada, fantasma de hombre de bien, cuando el conocimiento y el amor de Jesucristo no son el alma de esta pretendida sabiduría, de esta aparente probidad; ninguno es hombre de bien si no es verdaderamente cristiano.

Viendo el Salvador á sus apóstoles movidos y penetrados de las verdades que acababa de enseñarles, les hizo en dos palabras un compendio, por decirlo asi, de los mas grandes misterios de nuestra religion. *Yo he salido de mi Padre*, les dice, *y he venido al mundo; asi tambien dejo el mundo, y me vuelvo á mi Padre*. Estas pocas palabras encierran los principales artículos de nuestra fe en órden á la persona del Hijo de Dios. Su generacion eterna: *Yo he salido de mi Padre*: su encarnacion, *he venido al mundo*: su resurreccion y su gloriosa ascension, *me vuelvo á mi Padre*. Hé aquí en pocas palabras toda la economía de

la redencion del género humano, y el compendio de nuestra creencia. No habiendo comprendido los apóstoles el sentido de las palabras de Jesucristo: *Dentro de poco tiempo no me veréis ya, y poco tiempo despues me volveréis á ver, porque me voy á mi Padre*, querian preguntárselo; pero conociendo el Salvador su pensamiento, habia prevenido su deseo, y se habia explicado mas claramente. Esto fué lo que obligó á los apóstoles á decir: *Ahora estamos convencidos de que sabes todas las cosas, y no tienes necesidad de que nadie te pregunte* para aclararle sus dudas, porque tú las sabes aun antes que se te propongan; tú descubres lo mas secreto del corazon, *y esto es lo que nos hace creer que has salido de Dios.* Solo Dios es el que puede penetrar el fondo del corazon, y descubrir los mas secretos pensamientos; así es, que nada nos confirma mas en la fe en que estamos de que tú eres el verdadero Mesías, y el verdadero Hijo de Dios.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

O Dios, que sois el autor y la fuente de todo bien, suplicámoos con el mayor encarecimiento que os digneis concedernos la gracia de que conozcamos lo que debemos hacer, y la de hacer lo que debemos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epístola está tomada de la del apóstol Santiago, cap. 1.

Amadísimos hermanos: Practicad la palabra, y no os contenteis solo con oirla, engañándoos á vosotros mismos; porque, si hay alguno que no haga mas que escuchar la palabra, sin ponerla en ejecucion, á este tal se le comparará á un hombre que mira su rostro natural en un espejo, el que luego que se ha visto se retira, y olvida inmediatamente lo que era. Mas el que considera con atencion la ley perfecta,

que verdaderamente libra, y se apegare á ella, no como un hombre que escucha y que olvida, sino como un hombre que pone por obra lo que contiene, este será bienaventurado en su conducta. Si alguno piensa que tiene religion, no poniendo freno á su lengua, sino engañándose á sí mismo, su religion es bien frívola. La religion pura y sin mancha delante de Dios nuestro Padre, es esta: visitar los huérfanos y las viudas en su afliccion, y preservarse de la inmundicia de este siglo.

NOTA.

Era tan universalmente estimada la virtud de Santiago, que ella le adquirió el nombre de Justo. El sumo pontífice Anano, hijo del célebre Anano ó Anás, fué el que le hizo quitar la vida. Hízosele subir á un paraje muy elevado del templo; preguntósele allí lo que se debia creer de Jesucristo; y él respondió en alta voz: Que era el Hijo de Dios, sentado á la diestra del Padre, de donde debia venir á juzgar á los vivos y á los muertos. A estas palabras muchos creyeron en Jesucristo; pero los doctores y los fariseos le precipitaron ellos mismos desde lo alto del templo. La epístola habia sido escrita poco tiempo antes de su muerte, hácia el año 62 de Jesucristo.

REFLEXIONES.

Si hay alguno que no haga mas que escuchar la palabra, sin ponerla en ejecucion, á este tal se le comparará á un hombre que mira su rostro natural en un espejo, el que luego que se ha visto se retira, y olvida inmediatamente lo que era. Pocos libros espirituales hay, pocos discursos cristianos que no sean espejos fieles, en donde cada uno puede verse tal como es. En efecto, por poco talento que uno tenga, se reconoce fácilmente en el retrato que hace un predicador

cristiano y hábil; hállase uno pintado al natural en la lectura que hace de un libro de piedad. Están tan marcados sus rasgos, sus defectos, sus desarreglos, sus pasiones, su humor extravagante, su natural inmortificado, la irregularidad de su conducta, todo se ve allí tan semejante, que no puede uno menos de reconocerse en ello. Nuestra conciencia nos dice en cada página y en cada línea: *tú mismo eres* de quien aquí se hace el retrato; tu mal humor, tu ira, tus arrebatos, tu avaricia, tu dureza con tus hermanos, tu mundanidad, tu molicie, esto es lo que aquí se pinta. Yo me leo en este retrato, yo me veo en este espejo; contra mis hábitos viciosos, contra mis intrigas criminales declama tambien el predicador; él habla de la inutilidad, del poco fruto de mis confesiones y de mis comuniones: ese pecador endurecido y eternamente rebelde á la gracia; esa mujer mundana tan escandalosa; ese hombre embriagado en el cuidado de los negocios temporales, y que ni aun piensa en el de su salvacion; esa persona devota en apariencia, y en el fondo tan inmortificada, tan imperfecta; ese jóven aturdido; ese libertino mas pagano que cristiano; ese soy yo. Por mas que se quiera aplicar lo que se lee ó se oye á cualquiera otro, la conciencia no cesa de clamar: tú mismo eres. El retrato es muy semejante para que no hiera; el espejo es muy fiel para que en él se vea otra imágen. Se ve uno allí, reconócense allí las manchas, la deformidad, las irregularidades de los rasgos nos chocan; vemos en ellas toda su fealdad, y la gracia interior nos inspira el horror. ¿Quién no diria que despues de haberse uno visto en este espejo tal como es; que al salir del sermon que tanto nos ha movido; despues de haber

hecho aquella lectura tan patética que nos ha horrorizado, íbamos al momento á trabajar, á reformar las costumbres, á reparar las malas confesiones, á restituir la hacienda tan mal adquirida, á romper aquel hábito, aquella intriga criminal; quién no diria que despues de haberse uno visto tan feo, tan irregular, tan horrible en este espejo fiel, iba sin demora a lavar estas manchas, á reformar todos estos rasgos irregulares, que iba en fin á convertirse y á reformarse? pues nada menos que esto. Todo esto nos ha hecho eco, nos ha movido hasta arrancarnos lágrimas, nos ha espantado; pero apenas nos hemos visto y retirado, cuando nos hemos olvidado de lo que somos. Un negocio á que volvemos á aplicarnos en cuanto salimos de allí, una diversion que se renueva, una conversacion que se tiene, una noticia que se oye, una persona que se ve, un libro profano que se lee, nos hace olvidar el retrato horrible que acabamos de ver de nuestro interior, de nuestra alma; aquel proyecto, aquel aparato de conversion se extingue en su nacimiento, y pasada la Pascua, acabado el retiro espiritual, despues de todas estas bellas esperanzas, nos quedamos tales, y puede ser que peores de lo que éramos antes. ¡Dios mio! ¡qué funesto es este olvido! El retrato que se ha olvidado volverá á parecer, el espejo se presentará otra vez á nuestra vista en la hora de la muerte; cerrados nuestros ojos á todos los objetos exteriores, no se abrirán entonces mas que para vernos tales como hemos sido, y tales como somos. Pero ¡Dios mio! ¡qué triste, qué espantoso, qué desesperante será el verse con tantas irregularidades y tantas manchas, sin tener tiempo de lavarlas y de repararlas!

El evangelio de la misa es tomado del capítulo 16 del de san Juan.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos. En verdad, en verdad os digo que, si pidiéreis alguna cosa á mi Padre en mi nombre, os la concederá. Hasta aquí no habeis pedido nada en mi nombre: pedid, y recibiréis para que vuestro gozo sea completo. Os he dicho todas estas cosas en parábolas; es llegado el tiempo en que no os hablaré mas en parábolas, sino que os diré con claridad todo lo que tiene relacion con mi Padre. Vosotros pediréis entonces en mi nombre, y no os digo que rogaré á mi Padre en favor vuestro; pues que mi Padre mismo os ama, porque vosotros me habeis amado, y habeis creido que he salido de Dios. Yo he salido de mi Padre, y he venido al mundo, otra vez dejo al mundo, y me voy á mi Padre. Dijéronle entonces sus discípulos: Ahora hablas claramente, y no te sirves de parábolas. Ahora estamos convencidos de que sabes todas las cosas, y que no necesitas que nadie te pregunte, y esto es lo que nos hace creer que has salido de Dios.

MEDITACION.

DE LA CONFIANZA EN DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuán poderosos son los motivos que tenemos para tener una entera confianza en Dios, y cuán eficaces deben ser para un espíritu y para un corazon cristiano. Nada hay, al parecer, á que Jesucristo se haya obligado mas frecuentemente ni con mas solemnidad que á oir nuestras oraciones, y cuanto pidiéremos á su Padre en su nombre; y sin embargo apenas tenemos confianza en Dios, ó á lo menos nuestra confianza en Dios es siempre vacilante. ¡Cosa extraña! Parece que solo en Dios es en quien

no tenemos confianza, al paso que cualquiera otro apoyo, por débil que sea, nos parece incontrastable. Los sabios del mundo se apoyan en su prudencia, como si fuese infalible. Los ricos cuentan con su oro, los jóvenes con su edad, las personas robustas con su salud, como si fuesen todas estas cosas fundamentos muy sólidos. Confíase tanto en el favor, en la autoridad, en los amigos, que no se duda emprenderlo todo con tales apoyos. Todos los dias experimentamos la impotencia y la infidelidad de las criaturas, sin que esto pueda rebajar nada la confianza que tenemos en ellas : no dejamos de volver á confiar en esas cañas que tantas veces se han doblado, que tantas veces se han hecho pedazos en nuestras manos. ¿En qué consiste, pues, que esperamos tan poco en el Señor, en este Señor cuyo poder es inmenso, y su fidelidad tan probada? ¿En qué consiste, que, á pesar de todo lo que creemos acerca de la bondad y de la ternura de este Salvador para con nosotros, tenemos tanta dificultad en poner nuestra confianza en él? Esto consiste en que no cuidamos de traer á la memoria, de meditar los motivos y las razones que tenemos para colocar en él toda nuestra confianza. Acordémonos de lo que Dios ha hecho en nuestro favor, y de lo que ha dicho : misterio incomprensible de la encarnacion, nacimiento oscuro, vida pobre y laboriosa, tormentos excesivos, muerte ignominiosa, y para hacer este sacrificio perpetuo, compendio milagroso de todas las pruebas, de todos los milagros de su amor en el adorable sacramento de la Eucaristía. ¿Qué nos parece? ¿nos ama este Dios? este Dios, este Salvador, ¿merece nuestra confianza? Tan justo como quisiéremos este juez, es

nuestro Salvador, nuestro Redentor, nuestro Padre: quiere que su misericordia sea el mas brillante y el principal de sus divinos atributos; esto es lo que obligaba á decir al santo Job: *Si, aun cuando Dios me matase, yo no dejaria de esperar en él.* Despues de todo lo que Dios ha hecho por nuestra salud, ¿podriamos con razon no esperar en su misericordia? Por grandes pecadores que seamos, la vista de su cruz y de su sangre derramada por nosotros ¿no debe calmar todos nuestros temores, y reanimar toda nuestra confianza? Pero si á lo que este Dios Salvador ha hecho, añadimos lo que ha dicho para hacernos esperar en él, ¿qué es lo que puede trastornar nuestra fe y nuestra confianza? Yo os lo digo en verdad: si pidiéseis alguna cosa á mi Padre en mi nombre, os la concederá. Parece como que temeis, ó agotar mis tesoros, ó cansar mi paciencia; hasta aquí nada habeis pedido en mi nombre. Pedid, y recibiréis: yo no os digo que rogaré á mi Padre en favor vuestro; mi mismo Padre os ama, y no podrá negaros nada. Busquemos, imaginemos términos mas afectuosos, expresiones mas tiernas, mas eficaces, para excitar nuestra confianza.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que Dios se ha obligado á asistirnos en todas nuestras necesidades, á protegernos en todos nuestros peligros, á concedernos todo lo que esperásemos de su bondad, y se ha obligado á ello en todas maneras. Nos ha dado su palabra, y la ha dado en términos tan claros y tan enérgicos, que no puede dudarse ni de su bondad, ni de su voluntad, sin acusar á Dios de doblez y de engaño. Sabemos que Dios

Yo os doy gracias, Señor, decía dentro de sí mismo de que no soy yo como el resto de los hombres, y particularmente como este publicano que está ayer

no puede mentir. Creemos el misterio de la Trinidad, porque el Señor ha dicho que en la naturaleza divina hay una trinidad de personas que no destruye la unidad. El mismo Dios ha dicho en términos todavía mas claros que nos concederá todo lo que le pidiésemos; que aun sin esperar que se le pida, vela sobre todas nuestras necesidades para proveer á ellas; declara que cualquiera que espera en él, no será defraudado en su esperanza; declara que no hay peligro tan grande, necesidad tan urgente de que no saque á los que recurrieren á su bondad. Toda la santa Escritura está llena de estas promesas. ¿Tememos que Dios falte á su palabra? ¿Dudamos de su sinceridad? ¿Quién ha esperado en él, dice el Profeta, que haya sido engañado? Dios promete á Abrahan que poblará la tierra de sus descendientes; su hijo Isaac, segun la promesa del Señor, debe ser el padre de todo este pueblo. Sin embargo, Abrahan recibe órden de Dios para que degüelle á este hijo único, al cual se dirigian todas las promesas del Señor, y este patriarca mira como un deber la obediencia. Pero ¿y en qué vendrán á parar las promesas de Dios? Esto no le embaraza. Dios le ha prometido una larga posteridad, y en verdad que un hijo muerto no parece que pueda ser padre de una nacion entera. Pero ¿es posible que Dios haya engañado á su siervo, ó que haya de hacer traicion á su palabra? Aun cuando fuera necesario trastornar todo el universo, y crear un nuevo mundo, el Señor no se desmentirá jamás: puede hacerlo todo, y lo hará todo, antes que dejar de hacer lo que ha prometido. Estaba bien persuadida de esta verdad la mujer Cananea; así por mas que el Hijo de Dios la rechace, como indigna de la gracia

que le pedia, y aunque se sirva de términos duros, nada la desanima, su confianza persevera á pesar de la repulsa; por mas que la despida, persiste en pedir, y ella obtiene y es atendida con elogio. ¿En qué consiste que teniendo tantas razones para tener una entera confianza en Dios, tenemos tan poca? ¿qué es lo que nos la extingue? ¿qué es lo que la sufoca? no otra cosa sino nuestra cobardía, nuestra infidelidad en el servicio de Dios. Nosotros se lo negamos todo á Dios; no podemos persuadirnos que quiera oir nuestras súplicas y concedernos nuestras peticiones: nuestras infidelidades son las que extinguen toda nuestra confianza.

Comenzad, Señor, por concederme la gracia que os pido con confianza, á pesar de mis infidelidades pasadas, la cual consiste en serviros de aquí en adelante sin reserva. No, Dios mio, yo no quiero negaros nada, y espero que me concederéis todo lo que os pidiere para mi salvacion.

JACULATORIAS.

En solo Dios está toda mi gloria, mi salud, mi apoyo y mi esperanza. *Salmo* 61.

Mi mismo Dios se ha constituido el apoyo de mi confianza, mi refugio y todo mi consuelo. *Salmo* 93.

PROPOSITOS.

1.° No hay que buscar otra causa de nuestra falta de confianza en Dios, que nuestra ingratitud y nuestra poca devocion. Cuando no se cesa de desobligar á alguno, no es posible creer que la persona desobligada, por mas llena de bondad que se la suponga,

quiera complacernos. Propiamente el testimonio de nuestra conciencia es el que debilita nuestra confianza en Dios, y la hace tan vacilante. ¿En qué consiste que las almas fieles, que los santos tienen todos tanta confianza en Dios? Esto consiste en que su conciencia no les arguye de ninguna desobediencia considerable. ¿Quereis tener esta fuerte, esta entera confianza en Dios? No le negueis nada de cuanto os pidiere, y entonces pedidle sin desconfianza, y esperaréis en él sin dudar.

2.° Ninguna cosa nos hace tanto daño como esta falta de confianza en Dios: este defecto hace todas nuestras oraciones infructuosas; seriamos omnipotentes para con el Señor, si no careciésemos de fe y de confianza en él. No dejeis de excitar diariamente vuestra confianza, y especialmente en vuestra oracion de la mañana. En el discurso del dia repetid muchas veces esta corta oracion del Profeta: *En vos, Señor, he puesto toda mi esperanza: no seré yo confundido.* Antes de pedir nada al Señor, reanimad vuestra confianza con esta oracion. Vuestra devocion favorita y vuestra principal virtud, sea vuestra entera confianza en Dios.

LAS ROGACIONES.

Los tres dias que siguen al quinto domingo despues de Pascua, y preceden inmediatamente á la fiesta de la Ascension, están consagrados por la Iglesia á rogativas públicas y solemnes, acompañadas de ayunos ó de abstinencias, y de procesiones para pedir á Dios que se digne bendecir los bienes de la tierra, y proveer á todas nuestras necesidades.

San Mamerto, obispo de Viena en el Delfinado, estableció las rogativas públicas en su diócesis el año de 470, con el motivo siguiente.

Desde que los Borgoñones se habian hecho dueños de esta parte de la Galia Vienesa, que hoy se llama el Delfinado y la Saboya, no se habia pasado año, ni estacion en el año, en que el país no se hubiese visto afligido con algun nuevo azote, y la desolacion era general. Eran muy frecuentes allí los terremotos, y los edificios mas sólidos no podian resistir á tan crueles sacudidas. Las bestias salvajes desolaban toda la campiña; una infinidad de lobos rabiosos entraban hasta las ciudades y en las casas en medio del dia, y devoraban á todos los que encontraban: cada dia, dicen los historiadores, parecia producir algun nuevo indicio de la indignacion divina. Los incendios eran muy frecuentes; pocas semanas habia en que no fuese alguna casa en Viena reducida á cenizas. La noche de Pascua del año de 470, mientras que todo el pueblo estaba reunido en la iglesia mayor con su obispo san Mamerto para la celebracion de los sagra-

dos misterios, prendió el fuego en la casa del ayuntamiento, que era un edificio magnífico y muy elevado, sobre una eminencia que dominaba toda la ciudad. Cada cual temia por su casa, y el sobresalto fué universal. Todo el mundo salió de la iglesia, y se interrumpió el oficio divino. El santo obispo permaneció solo delante del altar, en donde, postrado y deshecho en lágrimas, rogó fervorosamente al Señor que librase á su pueblo de tantos azotes; y para aplacar la cólera de Dios, hizo voto de establecer todos los años las rogativas, ú oraciones públicas, y las procesiones en su diócesis. Desde luego cesó repentinamente el fuego, cuando parecia que iba á consumir toda la ciudad. La alegría que este acontecimiento maravilloso causó en los ánimos, hizo volver á todo el mundo á la iglesia. San Mamerto, despues de haber concluido los santos misterios, y dado públicamente humildes gracias á Dios por un favor tan visible, declaró á su pueblo el voto que habia hecho, y les exhortó á que uniesen la penitencia á la oracion. Todo el mundo aplaudió los medios que habia tomado el santo obispo para aplacar la cólera de Dios, y no quedó duda á nadie que la extincion súbita y milagrosa del incendio se debia á las oraciones y al voto del santo prelado. Habiendo, pues, conferenciado sobre ello el santo obispo con el clero, se fijaron estas rogaciones á los tres dias que preceden á la fiesta de la Ascension, y ordenó que todos tres fuesen dias de ayuno. Por la primera vez se celebró esta funcion de penitencia con mucho aparato, y todavía mas devocion. Queriendo san Mamerto contemporizar con la flaqueza de los que no hubieran podido sufrir la fatiga de una marcha demasiado larga en ayunas,

se contentó con señalar para la estacion, ó término de la primera procesion, una iglesia de fuera que no estaba muy lejos de las murallas de la ciudad. Todo el mundo se halló en ella, y la multitud ostentó una devocion tan edificante, un corazon tan contrito y tan humillado, y un fervor tan general, que, habiendo parecido muy corto el término de la primera procesion, se pidió que el término de las procesiones que debian hacerse en los dias siguientes fuese mas lejos.

Conocióse bien desde la primera vez cuánto habia agradado á Dios la devocion y la penitencia del pueblo de Viena. No volvieron mas á sentirse temblores de tierra, no parecieron mas lobos, la campiña no fué ya nunca asolada, y no hubo ya en adelante que quejarse de la intemperie del aire, ni del desarreglo de las estaciones.

Era muy interesante esta piadosa institucion para que quedase reducida á la ciudad, ó á la sola diócesis de Viena: la mayor parte de las iglesias de las Galias se decidieron á imitar un ejemplo tan santo. Las rogaciones vinieron á ser una fiesta de obligacion en cuasi todas las diócesis, á fin de que lo que habia servido de remedio, fuese en lo venidero un preservativo. Considerando los obispos la sabiduría de la institucion de las rogaciones, hecha por san Mamerto, creyeron que no podian hacer cosa mejor que conformarse con ella por el tiempo, por las oraciones y por todo lo demás. El concilio de Orleans, celebrado el año de 511, ordenó que las rogaciones se hiciesen en toda la Francia en el mismo tiempo y de la misma manera que se hacian en Viena. Esta costumbre pasó á España hácia el principio del siglo VII; pero no se

hizo obligatoria ni de oficio para toda la Iglesia latina hasta que el papa hizo de ella una ley de disciplina eclesiástica, que está hoy en uso en todas partes. El papa Leon III fué el que estableció en Roma y por todas partes las rogaciones hácia el fin del siglo VIII, sin obligar á los fieles al ayuno en razon de hacerse dentro del tiempo pascual. Carlo Magno y Carlos el Calvo han promulgado leyes para la observancia de las rogaciones, prohibiendo trabajar en estos dias, lo cual se ha observado mucho tiempo en la Iglesia galicana. El ayuno que se observaba al principio con mucha regularidad, se ha convertido despues en simple abstinencia por consideracion al tiempo pascual que es un tiempo de regocijo; pero la práctica constante en toda la Iglesia católica para la observancia de las rogaciones, ha sido siempre el acompañar estas preces públicas con espíritu de penitencia y de compuncion, y servirse de las letanías para pedir á Dios, por la invocacion de los santos y por su intercesion, la remision de los pecados, los socorros necesarios tanto espirituales como corporales, la paz de la Iglesia y del Estado, la conservacion de los bienes de la tierra, y la separacion de todo lo que puede dañarnos ó turbarnos. Este es el fin que la Iglesia se propone en estas rogativas públicas.

Sidonio Apolinar dice que antes de san Mamerto se celebraba ya una especie de rogaciones ó preces públicas y procesiones, las cuales se hacian con poco órden, y con menos devocion todavía; pero que san Mamerto habia instituido otras mucho mas fervorosas, con mas órden y disciplina, y en un tiempo determinado. Se ve en la historia de la vida de san German, obispo de Paris, escrita por Fortunato,

que estas rogativas ú oraciones públicas se llamaban las letanías, es decir, que en el siglo VI se celebraban las rogaciones, como en el dia de hoy. Decíase la misa que se llamaba de las rogaciones, hacíase la procesion, y en ella se cantaban las letanías. Esta palabra *letanías* es un nombre que viene del griego, y significa oracion pública. Es una forma de oracion lacónica y concisa que se canta en honor de los santos, de los que contiene ciertos elogios ó atributos, al fin de cada uno de los cuales se les hace una invocacion en los mismos términos, la cual sirve como de estribillo (1). Las letanías de los santos ó de la santísima Virgen que se cantan en las procesiones, tienen por respuesta esta corta oracion : *Ruega por nosotros*; y cuando se invocan las personas de la santísima Trinidad, se dice: *Ten misericordia de nosotros*. Todas comienzan por estas dos palabras griegas : *Kyrie eleison* : Señor, ten misericordia de nosotros. Hállase tambien en un antiguo ritual romano, que alguna vez se cantaban letanías en las que no se decia mas que *Kyrie eleison*, lo cual se repetia hasta cien veces, y otras tantas *Christe eleison*. Llámanse letanías mayores las de la fiesta de san Marcos, instituidas por el papa san Gregorio el año de 590, en las que despues de la invocacion de la divina misericordia se invocan los santos, y se les pide su intercesion y sus oraciones para con Dios; de suerte que desde el siglo V, y aun antes, se ha dado

(1) La Iglesia de España no admite para las preces públicas las letanías de que habla aquí el P. Croiset; así que en la de los santos y en la de la recomendacion del alma se hace simplemente la invocacion de los santos sin elogios ni atributos, y con sola la respuesta á cada uno de la oracion: *Ruega, ó rogad por nosotros*.

el nombre de letanías á los oraciones que ya se rezaban en las procesiones, en las que se dirigian los fieles á Dios para exponerle sus necesidades, y á los santos para suplicarles que intercediesen por nosotros para con el Padre de las misericordias.

La procesion de una iglesia á otra cantando las letanías es una de las circunstancias de las rogaciones. En esta ceremonia eclesiática, siguiendo al clero el pueblo, une sus oraciones á las de los ministros del Señor para implorar su misericordia. El orígen de las procesiones es muy antiguo. Ellas estuvieron en uso en la Iglesia desde luego que pasaron las persecuciones, y nada ha podido despues interrumpir esta piadosa práctica. San Juan Crisóstomo, que vivia en el siglo IV, hacia á su pueblo de Constantinopla que hiciese procesiones, en las que se llevaba la cruz con hachas encendidas, y se cantaban preces para pedir á Dios la conversion de los herejes y los socorros del cielo en las necesidades públicas. Léese poco mas ó menos lo mismo en la vida de san Porfirio, obispo de Gaza en Palestina, que murió hácia el año de 425. Precedia la cruz al clero que iba de dos en dos, al cual seguia el pueblo cantando salmos. San Ambrosio habla de las procesiones que se acostumbraban hacer en Milan para implorar la misericordia de Dios. La que se hizo en Milan en tiempo de este santo prelado para trasportar las reliquias de san Gervasio y san Protasio, es una de las mas célebres. San Ambrosio y san Agustin refieren el insigne milagro de que fueron testigos en la persona de un ciego que recobró la vista durante la procesion por el contacto de las reliquias. Y el venerable Beda en la vida de san Curberto, hablando de la procesion de las ro-

gaciones, hace mencion de las reliquias que se llevaban en ella, como de una costumbre establecida en toda la Iglesia. Lanfranco habla de las letanías, de la cruz, del agua bendita, del libro de los evangelios, y de las reliquias que se llevaban en las procesiones de las rogaciones, y en las que se hacian en tiempo de calamidades públicas. Las procesiones mas solemnes son las del Santísimo Sacramento, las de las Rogaciones, de la Purificacion y de los Ramos, y las que se hacen en Francia el dia de la Asuncion de la santísima Vírgen por voto del rey; las que se hacen extraordinariamente por el jubileo, y las que se hacen para aplacar la cólera de Dios en las calamidades públicas. Las procesiones son mas frecuentes en el tiempo pascual, porque es menester pedir á Dios su bendicion sobre los frutos de la tierra, que corren entonces mayores riesgos. De aquí ha venido la religiosa práctica de las gentes de la campiña de hacer en esta estacion tan frecuentes procesiones.

De todo lo que acaba de decirse con respecto á las rogaciones, á las plegarias públicas, á las santas reliquias que se llevan en las procesiones, y á todas las demás prácticas de religion, cuasi tan antiguas como la Iglesia, ¡qué de reflexiones nacen contra los herejes, cuyas sectas tan contrarias á este primitivo espíritu del cristianismo, se atreven todavía á condenar unos usos nacidos, por decirlo así, con la Iglesia, y autorizados por la práctica de todos los santos en todos los tiempos!

Aunque los tres dias que preceden á la fiesta de la Ascension sean todos tres de rogaciones, la Iglesia, sin embargo, no ha asignado oficio particular mas que á esta segunda feria. El introito de la misa de

este dia está tomado del salmo 17. Como es este un dia de rogaciones, esto es, de súplicas solemnes para obtener del Señor todos los auxilios espirituales y temporales que necesitamos, la Iglesia comienza la misa por un verso del salmo, el mas á propósito para inspirarnos la confianza que debe acompañar á todas nuestras peticiones para que sean eficaces, y sin la cual no seremos jamás oidos. Este salmo es un cántico de accion de gracias de David á Dios, en el que, despues de haber referido todos los peligros á que ha estado expuesto, y las victorias que ha conseguido sobre todos sus enemigos por una proteccion especial, protesta que nada será jamás capaz de alterar su confianza ni debilitar su amor á Dios. *Mi voz*, dice el Profeta, *ha podido penetrar hasta lo mas alto del cielo, que es su templo y su mansion ordinaria; mis clamores han llegado á él; los ha oido, y me ha escuchado:* ¡qué confianza no debo tener en él, y qué acciones de gracias no debo rendirle! *Yo os amaré, Señor, á vos que sois toda mi fortaleza: el Señor es mi apoyo, mi refugio, mi libertador.* Con tales sentimientos no podrá Dios menos de oir nuestras peticiones. Todo este salmo está lleno de los mas nobles y mas cristianos afectos, y su estilo es bello y admirablemente elevado. Comienza por las alabanzas magníficas del Señor, y por la mas humilde accion de gracias. En seguida expone David los peligros en que se ha visto; despues describe en términos pomposos el modo con que Dios le ha socorrido y libertado de ellos; en fin, despues de haber ensalzado las gracias que ha recibido, concluye con las alabanzas y acciones de gracias. San Jerónimo dice que este salmo, describiendo los combates de David contra sus enemigos, figura las vic-

rias de Jesucristo sobre los judíos, enemigos mortales del Mesías, y las de la Iglesia sobre todos sus perseguidores.

La epístola de la misa de este dia está sacada del capítulo quinto de la epístola del apóstol Santiago; es una instruccion abreviada de las disposiciones con que se debe orar, y del fruto que debe sacarse de la oracion.

Confesad vuestros pecados el uno al otro, y rogad los unos por los otros para que os salveis. No basta detestar vuestros pecados en el fondo del corazon, dice el santo apóstol: este dolor interior y sobrenatural, esta verdadera contricion es sin duda necesaria, pero no basta para obtener el perdon de los pecados mortales; es preciso declararlos, confesarlos con humildad al sacerdote, que es el único que tiene poder para absolvernos: es un juez, y es necesario instruirle del proceso; es un médico, y es preciso declararle nuestras llagas y nuestras enfermedades, á fin de que les aplique los aparatos y los remedios necesarios. *Confesaos uno á otro vuestros pecados.* Por estas palabras, dicen los intérpretes y santos padres, declara visiblemente el santo apóstol el precepto divino de la confesion sacramental (1). Uno de los mas sabios intérpretes dice que Santiago no se ha servido de esta expresion *uno á otro*, sino para hacer la práctica de la confesion mas fácil y el precepto mas suave. No obstante que solo al sacerdote sea á quien debemos confesar nuestros pecados, se sirve el santo apóstol del término *uno á otro* para hacernos comprender mejor que aquel á quien declaramos en secreto todas nuestras miserias, está tambien sujeto á

(1) Cornel. á Lapide.

las mismas flaquezas y á las mismas tentaciones que nosotros, y es capaz de caer en los mismos desórdenes. *Uno á otro*, porque, aunque el carácter sacerdotal eleva al sacerdote sobre el lego, y le da el poder de absolver al pecador, no le saca de la clase de los hombres; y por mas sublime que sea la dignidad del sacerdote, siempre se verifica que la confesion se hace de hombre á hombre, *el uno al otro*, lo que demuestra á los mismos sacerdotes la obligacion que tienen tambien ellos de confesarse. Si se han visto pecadores que han declarado sus culpas á simples legos, son estos actos de humildad muy laudables, y que pueden obtenerles del Señor la gracia para formar una contricion perfecta; pero este acto de humildad, por laudable que sea, jamás podrá equivaler á una confesion sacramental.

Orad los unos por los otros para que os salveis. El apóstol recomienda aquí la oracion mutua para con Dios, la cual, teniendo por motivo la caridad, le es siempre agradable, y el mismo motivo la hace tambien eficaz. Dios escucha de buena gana las súplicas que hacemos por nuestros hermanos; y lo que no obtendríamos para nosotros mismos, lo alcanzamos muchas veces cuando es la caridad la que nos mueve á pedirlo para ellos. *La oracion constante del justo*, añade, *puede mucho para con Dios.* Habla de los justos que viven aun en la tierra; ¿cuál, pues, debe ser la eficacia de las oraciones de los santos en el cielo, y sobre todo de la reina de los santos, en favor de aquellos por quienes se interesan? Ninguna cosa autoriza mejor que este pasaje la invocacion de los santos.

Elias era, como nosotros, un hombre sujeto á las flaquezas. Santiago, para probar la fuerza y la eficacia

de la oracion, trae el ejemplo de Elías, el cual por su oracion tuvo cerrado el cielo por espacio de tres años y medio, sin que cayese una gota de agua, y por su oracion le abrió en el momento que creyó que era necesario para manifestar la gloria y el poder de Dios, y para tratar de convertir al impío Achab, que no se aprovechó de esta doble maravilla. Por fin, el santo apóstol concluye esta admirable epístola exhortando á todos los fieles á que tengan una caridad cristiana con sus hermanos y un verdadero zelo por su salvacion. Hermanos mios, les dice, si alguno de vosotros llega á extraviarse del verdadero camino y otro le vuelve á entrar en él, sepa el que redujere á un pecador de su descarrío que salvará su alma de la muerte eterna y cubrirá un gran número de pecados; esto es, que, volviendo á traer al pecador al camino de la salvacion, tendrá el mérito de haber salvado una alma, y alcanzará fácilmente de la misericordia de Dios el perdon de sus propios pecados. Esto es lo que escribia san Pablo á Timoteo: Atiende á tí mismo, y trabaja en la salvacion de los demás; porque, conduciéndote así, tú te salvarás á tí mismo y salvarás á los que te escuchan. Esto es lo que inspira aun todos los dias tanto zelo á los hombres apostolicos, que, sin que les detengan los mas fuertes y mas dulces vínculos de la carne y de la sangre; sin que les conmuevan los amigos que hay que abandonar para siempre, ni los encantos de la patria; sin que les asusten los peligros espantosos, ni les desanime la crueldad de tantos pueblos inhumanos, hacen esos grandes sacrificios de sus comodidades, de sus talentos, de su vida, y pasan los mares para ir á llevar la luz de la fe á las naciones mas bárbaras. Solo el amor de Jesucristo,

solo el Espíritu Santo, solo el zelo ardiente de la mas pura caridad que inspira la única verdadera religion, es lo que puede obrar estos milagros de la caridad cristiana. ¿Cuántos ministros, cuántos doctores de las nuevas sectas se han visto entre los Cafres ó entre los Iroqueses, al paso que todos los dias se ven tantos nuevos mártires en estos países? Solo la verdadera Iglesia es la que puede inspirar este zelo magnánimo.

Como es este un dia de rogaciones, el asunto del evangelio de la misa es lo que Jesucristo dijo á sus discípulos acerca de la eficacia de la oracion.

Instruyendo el Salvador á sus discípulos sobre muchos puntos de perfeccion, les aseguraba que para ser santos y perfectos era menester pedir á Dios con fervor la gracia para llegar á serlo. Pedid esta gracia, les decia, y se os concederá; buscad, y hallaréis; llamad á la puerta, y se os abrirá. A nadie exceptúo; yo os digo que generalmente serán oidos todos los que pidieren. Pero una de las condiciones para ser oidos es la perseverancia en la oracion; y para haceros ver el mérito y la eficacia de esta perseverancia, considerad lo que pasa todos los dias entre vosotros. Habia un hombre que teniendo un buen amigo, rico por otra parte y liberal, no creia poder obtener de él, en una ocasion urgente, todo lo que le pedia, cuando á media noche iba á llamar á su puerta para que le diese tres panes que necesitaba, porque tenia que dar de cenar á una persona conocida que acababa de llegar de la campiña. Yo os aseguro que si con todas las excusas que aquel hombre pudiese alegar, por mas que le dijese: Vienes muy tarde, mi puerta está cerrada, todos mis criados están recogidos, yo no puedo levantarme, vuelve mañana á cualquiera

otra hora; yo os digo que si á pesar de todo esto su amigo continúa llamando, y no se desanima por la negativa, su amigo concederá á su importunidad lo que le costaba trabajo conceder á la sola amistad. Se levantará, le abrirá la puerta, y le dará no solo los tres panes que le pide, sino todo lo que pueda necesitar para regalar á su huésped. En este ejemplo se presenta una importante leccion. Tiene Dios mas deseo de darnos lo que necesitamos, que nosotros mismos tenemos de obtenerlo: quiere únicamente que nosotros le pidamos y que perseveremos en pedir. Jesucristo queria conceder al ciego de Jericó la gracia que le pedia, y á la cananea la curacion de su hija; pero queria para esto que el uno y la otra se lo pidiesen con importunidad. Todo lo concede Dios á la perseverancia, porque ella es una prueba visible de nuestra fe, y de la confianza que tenemos en su poder y en su bondad. La falta de perseverancia es una especie de despecho que indica nuestra poca confianza y la flaqueza de nuestra fe.

No nos exhortaria tanto el Salvador á que le pidiésemos, dice san Agustin, *si él mismo no desease conceder lo que se le pide. Avergoncémonos de nuestra inconstancia y de nuestra cobardía*, continúa este padre, *Dios tiene mas gana de darnos, que nosotros de recibir.* En efecto, el Salvador, despues de haber traido este ejemplo familiar que tan bien expresa el deseo que tiene de concedernos lo que le pedimos, y que nos hace ver tan sensiblemente que el medio de obtener es pedir con perseverancia, añade: *Y yo os digo tambien: pedid, y se os dará; buscad, y encontraréis; llamad, y se os abrirá.* No dice el Salvador que muchos serán oidos: *todos;* no exceptúa á nadie, con tal que,

como dice en otra parte, se pida en su nombre lo que conviene á la salvacion; porque todo lo que es contrario á la salvacion es un gran mal para pretender que Dios, que es la fuente de todo bien, nos lo conceda.

Si alguno de vosotros pide un pan á su padre, añade el Salvador, *¿le dará por ventura su padre una piedra?* si le pide un pez, ¿le dará una serpiente? ó si le pide un huevo, ¿recibirá acaso un escorpion de manos de su padre? Si pues vosotros, que sois tan inclinados á hacer mal, y tan poco propensos á hacer bien, os sentis naturalmente incitados á dar á vuestros hijos lo mejor que teneis; ¡con qué caridad, con qué liberalidad pensais que vuestro Padre celestial derramará sobre vosotros las mayores misericordias, y singularmente su santo Espíritu que es la fuente de todos los bienes!

No hay cosa mas expresa en el Evangelio, ninguna mas sólidamente establecida en la religion, que la infalibilidad de la oracion; ¿en qué consiste, pues, que Dios se muestre todos los dias tan poco favorable á nuestros deseos, dice el mas célebre de todos los oradores cristianos? ¿cuál es la causa de que rogamos, y no nos oye? ¿de dónde viene que pedimos, y nada alcanzamos? Esto consiste en que no pedimos lo que debemos pedir; en que no pedimos como debemos pedir. Nosotros pedimos ó cosas perjudiciales á la salvacion, ó bienes puramente temporales é inútiles para la salvacion; ó aunque sean gracias, las pedimos de tal modo, que, lejos de santificarnos, servirian mas bien para apartarnos del camino de la salvacion. ¿Queremos que nuestras oraciones sean eficaces? No pidamos mas que lo que puede servir para nuestra

salvacion, y pidámoslo con las condiciones y con las disposiciones que convienen á la oracion. Oremos con humildad; oremos con atencion del espíritu y afecto del corazon; oremos con confianza y con una fe viva; oremos, en fin, con perseverancia. *Dios resiste á los orgullosos*, dice Santiago, *y da gracia á los humildes*. La atencion del espíritu y el afecto del corazon, dice santo Tomás, son como el alma de la oracion. *Pidamos con fe*, dice Santiago, *y no vacilemos. Espera*, dice Isaías, *espera todavía*. Dios concede muchas veces á la perseverancia lo que parece negar al principio al fervor de la oracion. Sábese vivir bien, segun san Agustin, cuando se sabe orar bien.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Haced, ó Dios omnipotente, que los que en nuestras aflicciones ponemos nuestra confianza en vuestra bondad, seamos siempre fortalecidos por vuestra divina proteccion contra todas las adversidades de esta vida. Por nuestro Señor, etc.

La epístola está tomada de la del apóstol Santiago, cap. 5.

Amadísimos hermanos: Confesad vuestros pecados el uno al otro, y orad los unos por los otros para que os salveis, porque la oracion constante del justo puede mucho. Elías era hombre como nosotros, sujeto á las enfermedades; sin embargo, oró para que no lloviese sobre la tierra, y no llovió en tres años y seis meses. Rogó segunda vez, y el cielo dió la lluvia, y la tierra llevó su fruto. Hermanos mios, si alguno de vosotros llega á extraviarse del verdadero camino, y algun otro le volviese á traer á él, sepa este que el hombre que redujere un pecador de su extravío, salvará su alma de la muerte y cubrirá un gran número de pecados.

NOTA.

La epístola de Santiago es un admirable compendio de los principales puntos de la moral cristiana, y de muchos dogmas. Habla en ella de la necesidad de las buenas obras, de la confesion de los pecados y de la extremauncion. Exhorta á los fieles á la paciencia y á la oracion, cuya eficacia ensalza. Su estilo es ajustado y sentencioso. Créese que escribió esta carta en griego; en ella cita la santa Escritura segun la version de los Setenta.

REFLEXIONES.

La oracion constante del justo puede mucho. En nosotros consiste, con el auxilio de la gracia, el ser tan poderosos con el Señor. Seamos buenos, seamos justos, y fácilmente seremos oidos de nuestro Dios, ya sea que pidamos por nosotros, ya sea que pidamos por los demás: Dios se ha obligado á no negar nada á sus siervos. Pero si la oracion continua y perseverante del justo tiene gran poder para con Dios, ¿qué no podrá para con él la oracion de los santos que están en el cielo, y singularmente la intercesion de la santísima Vírgen, la cual todo lo puede con su querido Hijo? El crédito del justo es grande; en consideracion á él, detiene Dios los mayores azotes y obra las mas estupendas maravillas. Señor, le dice Abrahan, si hallareis, por lo menos, diez justos en Sodoma, ¿no perdonaréis á esta infame ciudad? Si yo encontrase en ella, responde el Señor, diez hombres de bien, diez justos, por mas irritada que esté mi justicia, por mas horribles que sean los crímenes de sus habitantes, no la destruiré, yo la perdonaré en consideracion á

estas almas inocentes. ¿Cuántas veces desarmó Moisés la cólera de Dios, pronta ya á estallar sobre su pueblo? El mismo Dios dice que perdona á este pueblo ingrato y rebelde á sus órdenes, en consideracion á Abrahan, á Isaac y á Jacob, sus fieles siervos. ¡Y de cuántas desgracias no preservan aun todos los dias los buenos á los pueblos manchados con los crímenes enormes que cometen tantos impíos y tantos pecadores! No se necesitan mas que diez justos, por decirlo así, para detener la indignacion divina. ¿Qué no debe el público á las fervorosas oraciones de tantos santos religiosos, cuya inocencia se mantiene á favor de los rigores de la mas austera penitencia, y que hacen revivir en el claustro, en medio de las mas grandes ciudades, aquellos milagros de santidad que apenas se creian posibles en otro tiempo sino en los desiertos? ¿qué no debe el público á las santas oraciones de tantas esposas de Jesucristo, que, encerradas en el estrecho recinto de un monasterio, no conversan cuasi mas que con Dios, pasan sus dias en los dos ejercicios de la santidad y de la justicia, y haciendo en la tierra el oficio de las celestiales inteligencias, desarman con sus votos y sus oraciones la ira del Señor, y atraen mil bendiciones sobre los grandes y sobre los pueblos? En fin, ¿qué no debe el público á esas personas devotas, á esas almas escogidas, cuya vida inocente, aun en medio de un mundo corrompido, encanta al cielo, y atrae las mas dulces influencias sobre la tierra? ¿á esas almas escondidas en la soledad de una vida oscura, pobre, humillada, cuyas oraciones penetran los cielos, y van á patrocinar, por decirlo así, la causa de los pecadores á los piés del trono del Padre de las misericordias? Algun

dia se sabrá cuánto fué el influjo de la oracion constante y fervorosa de estas almas santas, y qué tesoro, qué felicidad es para una ciudad, para un reino el poseer estos siervos fieles de Dios, que el mundo por lo comun desprecia, y de que él no es digno.

El evangelio de la misa es de san Lucas, cap. **11.**

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno de vosotros tuviese un amigo, y fuese á buscarle á media noche, y le dijese: Amigo mio, préstame tres panes, porque uno de mis amigos que va de camino, ha llegado á mi casa, y no tengo con que obsequiarle; y este amigo respondiéndole desde dentro de su casa, le dijese: No me importunes, mi puerta está cerrada, y mis criados y yo estamos ya acostados; yo no puedo levantarme á dártelos; si, no obstante esto, el otro se empeñase en llamar, aun cuando este no se levantase para dárselos en fuerza de la amistad, yo os aseguro que para evitar la importunidad se levantaria, y le daria todo lo que necesitase. Y yo os digo tambien: Pedid, y se os dará; buscad, y encontraréis; llamad, y se os abrirá; porque cualquiera que pide recibe; el que busca halla; y se le abre á aquel que llama. Si alguno de vosotros pide á su padre un pan, ¿le dará por ventura una piedra? O si le pide un pez, ¿le dará su padre una serpiente en lugar de un pez? ó si le pide un huevo, ¿le dará acaso un escorpion? Si pues vosotros, aunque sois tan malos, sabeis dar buenas cosas á vuestros hijos, ¿con cuánta mas razon vuestro Padre celestial dará el buen espíritu á los que se lo piden?

MEDITACION.

DE LA ORACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la oracion es una conversacion con Dios, en la que admitida el alma, por decirlo así, é introducida en el santuario, adora la suprema ma-

jestad de su Dios, se humilla delante de este soberano Señor del universo, le expone con confianza sus necesidades, le descubre sus tentaciones y sus flaquezas, y penetrada de los mas vivos sentimientos de respeto, de amor y de reconocimiento, trata de honrarle, tanto por su profunda sumision á sus órdenes, como por su confianza y por sus votos. ¿Qué otro acto de la religion pide mayor atencion, mas respeto y mas confianza? Nada ha omitido el Salvador para inspirárnosla. Estad seguros, nos dice, que *cualquiera cosa que quisiéreis pedir en mi nombre, lo recibiréis infaliblemente* (1). El oráculo es muy expreso, y la proposicion no puede ser mas universal. No hay mas que pedir; Jesucristo lo promete todo, y á todo género de personas: *Todo el que pide recibe* (2). ¿En qué consiste, pues, que son desechadas tantas peticiones? *Pedis, y no recibis,* dice el apóstol Santiago, *porque pedis mal.* Extráñase que despues de todo lo que ha dicho el Salvador acerca de la infalibilidad de la oracion, sean tan pocos oidos; y deberia parecernos mas extraño si, pidiendo tan mal como lo hacemos, fuesen mas eficaces nuestras oraciones: no acusemos al Señor de que restringe sus promesas y encarece sus gracias; nuestros frívolos motivos, nuestras malas disposiciones, y aun nuestra poca religion en nuestras peticiones, le fuerzan, por decirlo así, á no escucharnos. Nosotros sabemos que los pecadores no merecen que Dios atienda á sus peticiones, y perseveramos voluntariamente en el pecado; y esta perversa voluntad es la que impide que sean oidas nuestras peticiones. Pero, amadísimos hermanos, decia san Juan, si nuestro corazon no nos arguye, tenemos un

(1) Math. 11. — (2) Mat. 7.

acceso libre para con Dios, y todo lo que pidiéremos lo alcanzaremos de él; porque guardamos sus mandamientos, y hacemos continuamente lo que le agrada, y tal es la condicion para que todas nuestras oraciones sean eficaces. La oracion pide un espíritu humilde. ¿Se le ocurre á nadie el faltar al respeto al mismo tiempo que presenta una súplica al príncipe? ¿Qué suplicante omite los menores deberes del decoro? Naturalmente es uno atento, respetuoso y aun culto cuando se pide á los hombres. ¡Cosa extraña! solo cuando se pide á Dios nos dispensamos de estos deberes esenciales. Y, hablemos de buena fe, esas posturas lánguidas y descuidadas, esos aires de inquietud y de disipacion, ese disgusto, ese tedio que acompañan á nuestras oraciones, ¿son señales de un corazon humilde, religioso y cristiano? ¡Ah! ¿No parece muchas veces que mas que pedir á Dios es insultarle? Queremos que Dios nos oiga, y nosotros no nos oimos á nosotros mismos cuando pedimos: queremos que Dios se ocupe de nuestras oraciones, al paso que nosotros ni aun pensamos en ellas cuando las hacemos. Ordinariamente no son mas que nuestros labios los que honran á Dios; pero ¿qué parte tiene el corazon en unas oraciones que solo se recitan por rutina? Muévese poco el Señor de las alabanzas que se le dan, de las necesidades que se le exponen, y de los votos que se le hacen con un corazon ocupado de cualquiera otra cosa, y un espíritu distraido. No echemos la culpa á nadie mas que á nosotros si nuestras peticiones son tan poco eficaces.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la perseverancia es absolutamente necesaria en la oracion, porque ella indica la confianza que se tiene en Dios, tan necesaria para orar bien. Es menester perseverar en la oracion, pero no en el hábito de orar mal. Dios quiere ser importunado, pero quiere serlo por quienes lo hagan con las disposiciones convenientes. Pocos milagros hay que Jesucristo no se haya dignado atribuir á la fe y á la confianza de los suplicantes. Dios nada niega á una confianza perseverante y á una piedad humilde: Creed que será oida vuestra oracion, dice el Salvador, y recibiréis infaliblemente lo que pidiéreis.

Los que no carecen ni de respeto ni de atencion en sus peticiones, pecan muchas veces en los motivos. Pocos hay que no sean interesados, menos todavía que sean conformes con la voluntad de Dios. No sabes lo que pides, decia el Hijo de Dios á la madre de los hijos del Zebedeo. Nuestras miras, nuestras intenciones ¿son rectas? ¿son puros nuestros deseos? ¿son cristianas todas nuestras peticiones? Yo te concedo de buena gana la sabiduría, dijo Dios á Salomon, *porque me la has pedido;* y porque no me has pedido mas que la sabiduría, al dártela, te daré tambien con ella una vida larga y feliz, te colmaré de bienes y de todo género de prosperidades. Dios proveeria abundantemente á todas nuestras necesidades, si nuestras oraciones fuesen siempre cristianas. Queremos tener demasiada parte en nuestros proyectos; nuestras pasiones trastornan con mucha frecuencia las disposiciones de la Providencia· un corazon cristiano no

pide jamás inútilmente. Pida un pecador á Dios con un corazon sincero su conversion; pida á Dios un padre ó una madre de familias la conversion y la salvacion de sus hijos y la suya propia; pida cada uno á Dios con perseverancia una fe viva, una caridad ardiente, la victoria de sus pasiones, la gracia final, y serán todos infaliblemente atendidos. La oracion es excelente con la penitencia, decia Tobías. La penitencia da valor á la oracion; el espíritu de mortificacion la hace siempre eficaz; pierde toda su virtud y su fuerza en el regalo, en la inmortificacion, en los placeres. ¿Qué pueden pedir á Dios esas personas mundanas que miran con tanto disgusto las máximas del Evangelio? ¿Pueden ser muy sinceros los votos que se hacen al Señor, mientras el corazon está en el mundo? Los términos mas respetuosos y mas devotos son injurias, especialmente en órden á Dios, cuando se piensa de otro modo que se pide; ¿y qué oracion viene á ser, buen Dios, la de aquellos cuyas costumbres y conducta desmienten todo lo que sus labios dicen á Dios? ¡Qué fondo de reflexiones salen de todas estas verdades para aquellas personas consagradas á Dios, cuyo principal empleo en toda su vida es, por decirlo así, el pedir á Dios, si despues de tantas oraciones son tan imperfectas y tan poco regulares, siempre tan indevotas, siempre tan esclavas de sus pasiones, siempre tan inmortificadas, siempre tan frias, tan insensibles en la celebracion de los divinos misterios! ¿Qué fruto sacan de sus oraciones? y tantas oraciones, todas infructuosas é ineficaces, ¿indican un gran mérito en los que las hacen?

Enseñadme, Señor, á orar, y comenzad á darme

la gracia, con que corrija mis malas disposiciones, y quite los obstáculos que impiden el fruto de tantas oraciones, á fin de que no haga inútil para mí un auxilio tan poderoso.

JACULATORIAS.

Haced, Señor, que mi corazon se abrase en vuestro amor, y que este divino fuego inflame mi oracion. *Salmo* 38.

Elévese hasta vos, Señor, mi oracion, á la manera que el humo del incienso que se quema sobre vuestros altares. *Salmo* 140.

PROPOSITOS.

1.° Oran muchos todos los dias sin orar. Dios no oye ni atiende mas que el idioma del corazon. Muchas palabras sin atencion, sin afecto, sin devocion, significan muy poco para aquel que cuenta por nada todo culto puramente exterior. El Salvador no atiende mas que á la fe y á la devocion interior de aquella pobre mujer enferma que toca la orilla de su vestido. ¿Estais viendo la multitud que os oprime, le dicen sus discípulos, y preguntais quién me ha tocado? Aquella multitud tumultuosa hace poca impresion en él; es menester que hable el corazon y que la fe obre, si queremos que Dios nos oiga. Cuidemos mucho de pedir con atencion, con confianza, con humildad, con devocion: acordémonos siempre, cuando oramos, que es un Dios á quien pedimos y á quien hablamos. Es una práctica muy santa el recogerse algunos momentos antes de la oracion, y reflexionar sobre el acto de religion que se va á hacer, y la majestad formidable ante quien vamos á presentarnos.

2.° No hay acto mas comun ni mas ordinario que la oracion, y tal vez no hay ninguno con que Dios sea menos honrado. En todas partes resuenan las alabanzas del Señor, y los votos que se le hacen; pero el corazon y el espíritu ¿ piden de concierto con los labios? ¿y no puede acaso decirse que á la verdad se rezan muchas oraciones, pero que se hacen muy pocas? Evitad de hoy mas este defecto tan pernicioso. Haced todas vuestras oraciones con mucha atencion y respeto. Orad siempre en una postura humilde y religiosa. No os cargueis de muchas oraciones vocales: pero las que hiciéreis hacedlas con mucha devocion. Pedid con confianza y con perseverancia. No nos concede Dios alguna vez lo que le pedimos para darnos alguna cosa mejor. Haced, en cuanto os sea posible, todas vuestras oraciones á una hora arreglada.

LA ASCENSION

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

La fiesta de la triunfante ascension del Salvador al cielo es la celebracion del misterio mas glorioso y mas consolatorio de nuestra religion, y como el que pone el sello á todos los demás. El Hijo de Dios en su encarnacion habia declarado la guerra á todas las potestades del infierno, comenzando desde entonces la grande obra de nuestra redencion: su vida ha sido un continuo combate que no se ha terminado hasta su muerte; y su gloriosa resurreccion ha sido el dia célebre de su victoria: á la manera que los conquistadores difieren algunos dias su entrada triunfante en la capital para tener tiempo de hacer los preparativos, así el Salvador no quiso hacer su entrada triunfante en el cielo, que era la mansion de su gloria, hasta cuarenta dias despues de su victoriosa resurreccion.

En estos cuarenta dias fué cuando el Salvador convenció á sus discípulos de la verdad de su resurreccion por medio de muchas señales sensibles; les hizo ver que estaba vivo en frecuentes apariciones; comió muchas veces con ellos, y les habló del reino de los cielos, esto es, de todos los misterios de la religion, de que se habian hecho ya mas capaces desde que, habiéndoseles aparecido el mismo dia de su resurreccion, sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu

Santo. Y aunque sea cierto que hasta el dia de Pentecostés no recibieron los discípulos la plenitud de los dones del Espíritu Santo, y que estas palabras no deben entenderse propiamente mas que con respecto á la potestad de las llaves, y al poder de absolver en el sacramento de la penitencia; puede sin embargo decirse que su entendimiento quedó desde entonces mas ilustrado, que fueron ya menos groseros, y que se hicieron mas capaces de entender las grandes verdades de que el Salvador no les habia hablado hasta entonces sino de una manera figurada y misteriosa. En estos cuarenta dias fué, pues, cuando Jesucristo instruyó á sus apóstoles de todo lo que debian saber, principalmente para el establecimiento y gobierno de la Iglesia; y les prescribió muchas cosas que no están expresas en la Escritura, y que no han llegado á nosotros sino por tradicion.

Acercándose el término de su mansion visible sobre la tierra, hizo venir el Salvador los once apóstoles desde Galilea á Judea; y habiendo llegado el dia en que debia subir al cielo, que era el cuadragésimo despues de su resurreccion, estando todos juntos en Jerusalen, se les apareció cuando estaban á la mesa, y se sentó á ella con ellos. Comió, como tenia de costumbre hacerlo cuando se les aparecia, no porque tuviese necesidad de alimento, sino solo para darles esta prueba sensible de que habia verdaderamente resucitado, y para mostrar su poder, dice san Agustin, y la realidad de su presencia. Despues de la comida les hizo un largo discurso, que era como el compendio de las lecciones que les habia dado, y un epítome de lo que debian y hacer, de las maravillas que debian ver, de todo lo cual dentro de pocos dias

debia darles el Espíritu Santo una inteligencia mas circunstanciada y mas perfecta.

Vosotros sabeis, les dijo, que se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Jesucristo habla principalmente del poder que tenia en cualidad de Mesías para el gobierno de su reino espiritual y de la Iglesia. Vosotros, pues, iréis, como ya os he dicho otra vez, por todo el mundo á predicar el Evangelio á todas las naciones: no está limitada vuestra mision á un solo pueblo; instruid indiferentemente á todos, y bautizadlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; enseñadles á observar todas las cosas que yo os he mandado. El que creyere y fuere bautizado, se salvará; el que, por el contrario, no creyere, se condenará. Y á fin de que los que creyeren puedan trabajar con mas utilidad en la conversion de los infieles, yo les daré el poder de hacer milagros. Arrojarán los demonios en mi nombre; hablarán lenguas que jamás han aprendido; matarán las serpientes y los insectos mas venenosos; aunque les den á beber los venenos mas mortíferos, no les harán ningun efecto; curarán todo género de enfermos con solo el contacto de sus manos. Algunos intérpretes creen que el Salvador hizo estas predicciones á sus apóstoles algunos dias antes de su ascension. Sea como quiera, todo esto se ha cumplido, y estas predicciones se verificarán aun todos los dias en la Iglesia hasta el fin de los siglos. Esta promesa del don de los milagros se ha hecho á la Iglesia en general, y para ciertas ocasiones. Así es que en todos tiempos se ha visto cumplida, cuando esto ha podido ser necesario para el bien de la Iglesia y para el adelantamiento de la religion. En todos tiempos ha habido, y habrá hasta el

fin de los siglos, en la Iglesia, obradores de milagros; pero adviértase que estos Taumaturgos no se hallan mas que en la Iglesia católica, apostólica, romana: ninguna secta herética ó cismática hay desde el nacimiento de la Iglesia, en donde se haya hecho jamás un milagro; Dios no puede autorizar con prodigios el cisma y el error.

En esta última aparicion, que sucedió el dia mismo de la Ascension, fué cuando el Salvador reprendió á sus apóstoles de su poca fe, y les echó en cara de una manera dulce y llena de bondad el trabajo que habia costado á muchos el rendirse al testimonio de los que le habian visto despues de resucitado. Les hizo memoria de todo lo que les habia dicho, cuando todavia estaba con ellos, acerca de su muerte y de su resurreccion, cuyo cumplimiento habian ya visto; que era menester que todo lo que habia sido escrito de él, ya en la ley de Moisés, ya en los profetas, en los salmos y en los demás libros sagrados, se cumpliese exactamente. Les citó pasajes de ellos, y habiéndoles esclarecido el entendimiento para que comprendiesen el sentido, les mostró que, segun las Escrituras, el Mesias debia sufrir una muerte vergonzosa y cruel, y resucitar tres dias despues. Les presentó en seguida un plan en general de su Iglesia, y les dijo que debia tener predicadores para instruir á todas las naciones, comenzando por los habitantes de Jerusalen para exhortarles á la penitencia, y para prometerles de su parte y en su nombre la remision de sus pecados. A vosotros es, añadió, á quienes yo he elegido para este grande ministerio. Id á anunciar por toda la tierra el misterio de mi resurreccion, y todas las maravillas de que habeis sido testigos oculares. Id á

predicar á todos los pueblos las grandes verdades que yo os he enseñado. Yo pondré palabras en vuestra boca, y una sabiduría á la que todos los pueblos ligados contra vosotros no podrán resistir ni oponer cosa alguna. Nada temais : yo estaré con vosotros hasta el fin de los siglos, y á pesar del furor y de la rabia de todos vuestros enemigos, en medio del fuego de las persecuciones, no se perderá ni un solo cabello de vuestra cabeza. Es verdad que muy pronto estaréis revestidos de la fortaleza de lo alto, porque voy á enviar sobre vosotros el don de mi Padre que se os ha prometido; hasta entonces permaneced retirados en Jerusalen, para prepararos á recibir este insigne favor. Porque, á la verdad, Juan ha dado un bautismo de agua; pero vosotros recibiréis el bautismo del Espíritu Santo dentro de pocos dias. No habla aquí el Salvador del sacramento del bautismo de la ley de gracia. Créese comunmente que los apóstoles le habian ya recibido del mismo Jesucristo. Débense, pues, entender estas palabras de la efusion extraordinaria de gracias y de dones espirituales de que fueron como inundados los apóstoles en el dia de Pentecostés, y por medio de esta espiritual inundacion lavados y purificados de las menores manchas, ilustrados y abrasados por aquel torrente de fuego divino, y dotados de todos los dones celestiales. Este Espíritu consolador descenderá sobre vosotros como un rio de fuego y de luz que os inundará en alguna manera: quedaréis como sumergidos en este torrente, en estas aguas vivas de la gracia, en este fuego vivificante. El agua en el bautismo de san Juan significa la gracia, sin que la obre; pero en el bautismo de Jesucristo la significa y la obra; para el bautismo del Espíritu

Santo es menester un símbolo mas perfecto. Es este un bautismo de fuego que obra la gracia de una manera tanto mas abundante, cuanto que el fuego tiene mas virtud para purificar, para ilustrar y para inflamar.

Todos los discípulos del Salvador, que eran en número de ciento y veinte, comprendieron bien, por todo lo que acababan de oir, que su divino Maestro estaba ya á punto de dejarles para volverse á su reino. Lo que el Salvador acababa de decir con respecto á *la promesa del Padre*, que él mismo les habia anunciado, trajo á la memoria de los apóstoles un nuevo reino y el restablecimiento de la nacion, tantas veces reiterados por los profetas. Mas como todas sus ideas se limitaban á un reino temporal, semejante á los de aquí abajo, y no concebian otra cosa mas grande que el mandar y reinar sobre la tierra, fué tambien la única cosa que pidieron al Salvador para su nacion, que tanto tiempo habia gemia bajo de un poder extranjero. Señor, le dijeron, ¿es ahora cuando debeis restablecer el pueblo de Israel en su primitivo esplendor, y ha llegado ya el tiempo de volverle á dar reyes, y de que vuelvan á sentarse en el trono los hijos de Abrahan, herederos de David? Despues de haber triunfado tan gloriosamente de vuestros enemigos, ¿podriais dejar por mas tiempo á este pueblo en la servidumbre?

El Salvador les respondió con su ordinaria mansedumbre, excusando su grosería, porque, no habiendo aun descendido sobre ellos el Espíritu Santo, tenian muy poca inteligencia para penetrar bien las cosas espirituales y divinas. Contentóse con insinuarles dos verdades importantes que no debian ignorar. La una

era que el reino de Israel, de que hablaban los profetas, y que él habia venido á establecer, y en el cual queria darles los primeros cargos, no consistia en un poder soberano que hubiesen de tener los judíos sobre los demás pueblos, sino en un imperio absoluto de Dios sobre ellos, y sobre todos los pueblos que llamaria á su Iglesia. En esta nueva Iglesia que acababa de suceder á la sinagoga, y que él llamaba su reino, era en donde debia cumplirse todo lo que habia prometido en otro tiempo por sus profetas. En esta Iglesia era en donde debia reinar en efecto mas absoluta y mas universalmente que nunca, tanto sobre los entendimientos por la fe, como sobre los corazones por la caridad, hasta que en los últimos tiempos reuniese el pueblo judío y el pueblo cristiano bajo de la misma ley, en la misma Iglesia.

La otra verdad era que en este reino, todo espiritual, debian suceder grandes cosas que resplandecerian en lo sucesivo, pero que era inútil querer saber cuándo sucederian; que habia acontecimientos cuyo conocimiento se reservaba su Padre, esto es, que Dios no queria revelar á los hombres, y que eran secretos en que no les convenia el quererse ingerir; que si los habia elegido por un favor especial para que fuesen sus principales ministros, no lo habia hecho por su habilidad, ni en virtud de sus grandes talentos; que no exigia de ellos mas que una entera sumision á su voluntad, y una obediencia perfecta; que debian estar seguros que servian á un buen Señor, igualmente bueno y poderoso, que no les empeñaria en ningun empleo sin darles los medios y los talentos necesarios para cumplir dignamente con él; que como él ya sabia que ellos mismos no tenian mas

que flaqueza, por eso les preparaba un grande auxilio; que dentro de pocos dias descenderia del cielo sobre ellos el Espíritu Santo, el cual les inspiraria un ánimo y un don de fortaleza y de sabiduría á que nada seria capaz de resistir. Adquiriréis entonces una perfecta inteligencia de las verdades sublimes, y de los grandes misterios que tanto trabajo os costaba comprender; entonces se desvanecerán todos vuestros temores, y tendréis ánimo para predicar mi divinidad y mi Evangelio en medio de Jerusalen y en el templo. Vosotros le predicaréis con intrepidez en presencia de mis mas mortales enemigos; en todos los pueblos de la Judea, en la Samaria, donde reinan tantos siglos hace la supersticion y la impiedad; y no limitaréis á esto solo vuestro zelo, con el tiempo llevaréis mi nombre mas allá de los mares, é iréis á anunciar mi Evangelio hasta los últimos extremos del mundo: y si despues de vuestros dias quedan todavía pueblos que instruir, vuestros sucesores, animados del mismo zelo y del mismo espíritu, continuarán vuestros trabajos, y llevarán las luces de este Evangelio hasta los climas mas remotos de la tierra.

Habiendo concluido el Salvador esta última conversacion, llevó á aquella bienaventurada grey fuera de la ciudad, á la parte de Bethania, y les hizo subir la montaña de los Olivos, distante cerca de dos mil pasos de Jerusalen. Habiendo llegado á lo alto de la montaña, levantó Jesus los ojos y las manos al cielo, despues fijándolos en sus amados discípulos, que estaban todos reunidos en rededor de él, les bendijo; y en aquel momento, mientras que sus corazones ardian en un nuevo fuego divino, todos enternecidos hasta derramar lágrimas, fijos amorosamente en él

sus ojos, le vieron todos elevarse poco á poco al cielo. Entonces redoblando con sus lágrimas sus votos, su ternura, sus transportes de amor, le adoraron con el mas profundo respeto, y le siguieron con los ojos, sin dejarle de mirar hasta que le perdieron de vista, y una brillante nube que le envolvió le sustrajo á sus miradas. Era esta nube como un velo muy trasparente que no se le ocultaba enteramente á la vista; y sin embargo, era suficientemente espeso para impedir que el extraordinario resplandor de su cuerpo glorioso les deslumbrase. Veíanle subir poco á poco, hasta que por fin habiéndose recogido la nube bajo de sus piés, y ocultádole del todo, le perdieron de vista. Desapareció, pues, en un instante; mas aunque ya no le veian, continuaban fijos sus ojos en la nube sobre la cual era llevado, y que le servia de carro de triunfo. Hubieran permanecido así mucho tiempo arrebatados de la admiracion, y como extasiados, si dos ángeles vestidos de blanco, semejantes á los que se habian aparecido cerca del sepulcro al tiempo de su resurreccion en forma humana, no les hubiesen hecho volver en si de un asombro tan profundo. Queriendo consolar estos enviados del Altísimo á aquellos discípulos del Salvador, afligidos por una separacion que tanto les costaba: Hombres de Galilea, les dijeron, ¿porqué permaneceis ahí con los ojos fijos en el cielo? Jesus, vuestro divino Maestro, á quien habeis tenido la dicha de poseer tanto tiempo visiblemente sobre la tierra, la ha dejado, por fin, para ir á tomar posesion de su reino en el cielo. No creais que por esto os deja; él estará siempre con vosotros hasta el fin de los siglos, como os lo ha prometido; aunque de una manera invisible, no

por eso os asistirá menos eficazmente. En el gran dia del juicio volverá visiblemente del mismo modo que le habeis visto hoy subir á su gloria. En aquel último dia del mundo descenderá desde lo mas alto de los cielos con una pompa y una gloria semejante á la de su ascension que vosotros habeis visto con vuestros ojos : entonces hará justicia á todos los hombres, y se la hará á sí mismo, y hará sentir igualmente su dulzura á los buenos, y el rigor de la justicia á los malos.

Los discípulos escucharon atentamente y con sumision lo que los ángeles les dijeron. Costábales, á la verdad, mucho trabajo el retirar sus ojos de un lugar en donde estaba el objeto de su amor y su soberano bien. Sin embargo, obedecieron y se retiraron á Jerusalen, segun que el Salvador se lo habia ordenado, para esperar allí el don del cielo, y aun la fuente de todos los dones, pasando los dias y las noches en la oracion y en el retiro, teniendo á su cabeza á la santísima Virgen, que habia asistido con todos sus apóstoles á la gloriosa y triunfante ascension de su querido hijo, y era todo el consuelo de aquella naciente Iglesia. ¡Qué vil y qué despreciable parece ya de hoy mas la tierra á los discípulos! exclama un sabio y piadoso intérprete; ¡qué disgusto debe causar en aquellos que en el triunfo de su buen Maestro han visto brillar algunos rayos de su gloria! Preciso es enviarles ángeles para advertirles que desprendan sus ojos del cielo. ¿A cuántos cristianos cobardes no seria menester echarles en cara otra cosa muy diferente? Siempre encorvados hácia la tierra, no dirigen jamás una sola mirada hácia su patria celestial.

Jesucristo no desapareció en un instante, ni se sus-

trajo furtivamente de la vista de sus discípulos, que eran en número de ciento y veinte, sino que se elevó por sí mismo poco á poco, por sus propias fuerzas, sin necesidad para ello de auxilios extraños. Quiso que cada uno le viese subir al cielo para hacer incontestable esta maravilla; y así como habian quedado todos plenamente convencidos de la verdad de su resurreccion por sus frecuentes apariciones, y por sus conversaciones familiares por espacio de cuarenta dias, quiso tambien que todos fuesen testigos oculares de su gloriosa ascension, y del entero cumplimiento de lo que se les habia predicho, y de lo que él les recordaba tantas veces, á saber: que, habiendo venido del cielo á la tierra, debia por fin dejar la tierra para volver al cielo. *Yo he salido de mi Padre*, les decia, *y he venido al mundo; ahora dejo el mundo, y me voy á mi Padre.* Estas pocas palabras, como se ha dicho en otra parte, contienen los principales artículos de nuestra fe, tocantes á la persona del Hijo de Dios. Su generacion eterna: *Yo he salido de mi Padre*: su encarnacion; *he venido al mundo*: su resurreccion triunfante y su gloriosa ascension; *me voy á mi Padre.* En efecto, no habiendo ya nada que retuviese al Salvador en la tierra, penetró en un momento todos los cielos, y fué á sentarse como Hijo único de Dios á la diestra de su Padre, en el mismo trono en el que comunica á su santa humanidad toda la plenitud de su gloria.

El Padre Eterno, dicen los intérpretes, no ocupa en el cielo un sitio particular, no está sentado en un trono material en el que pueda asignarse derecha ni izquierda, en que haya sylla ni escabello. Si la Escritura en algunas occasiones se sirve de semejantes

modos de hablar, es para acomodarse á nuestro modo de concebir, y al alcance del pueblo acostumbrado á considerar á Dios como un monarca sentado en un trono en medio de una corte numerosa. Sírvese de estos términos *sentado* y *derecha,* para significar y dar á entender el poder soberano de Jesucristo, y su igualdad perfecta con su Padre. *Está sentado á la diestra de Dios* (1), esto es, goza de una gloria igual á la de su Padre, y ejerce sobre todas las criaturas un poder absoluto.

Al subir al cielo el Salvador, se dignó dejar las huellas de sus piés impresas en la roca, ó en la tierra sobre que se hallaba cuando se elevó al cielo. Estas sagradas huellas siempre se han conservado allí, no obstante que los fieles van allí todos los dias á tomar tierra de aquel sitio para llevarla por devocion á su casa. Esto lo asegura positivamente san Jerónimo, que vivia en el cuarto siglo, y habitaba en aquellos lugares. San Sulpicio Severo y san Paulino de Nola, que vivian el uno y el otro al mismo tiempo que san Jerónimo, nos aseguran tambien lo mismo, y se pretende que san Agustin estaba persuadido de la misma maravilla cuando decia que se iba á Judea á adorar las huellas de Jesucristo, que se veian en el lugar desde donde subió al cielo. Adamnan, apellidado Celudio, abad de un monasterio de Irlanda, que vivia al fin del siglo VII, y que hizo el viaje de la Tierra Santa cuya descripcion ha hecho, y el venerable Beda, que vivia en el propio siglo, testifican lo mismo. San Guillebaldo, obispo de Aychstet, que hizo el mismo viaje el año 724, asegura haber visto él mismo estas sagradas huellas. Esta maravilla subsiste todavia en

(1) Mat. 16.

nuestros dias, segun el testimonio de todos los peregrinos que han hecho el viaje de la Tierra Santa; y lo que ensalza aun mas el milagro, es que, cuando la ciudad de Jerusalen fué tomada por Tito, el año 70 de Jesucristo, habiendo acampado mucho tiempo el ejército romano en la montaña de los Olivos, ni los movimientos de los soldados, ni los piés de los caballos, ni los trabajos del campo pudieron borrar ni romper estas sagradas huellas, lo cual se ha mirado siempre como un segundo milagro.

Hizo Dios otro brillantísimo con motivo de estas mismas sagradas huellas. Habiendo santa Elena, madre del Gran Constantino, hecho edificar la célebre basílica de la Ascension sobre la parte del monte de los Olivos, desde donde se sabia que el Salvador habia subido al cielo, ordenó que el pavimento de esta magnífica iglesia fuese muy rico, y sobre todo el paraje en donde subsistian las huellas del Salvador; mas cuando se trató de cubrirlo de mármol, no se pudo conseguir: todo lo que allí se ponia era arrojado fuera, y rechazado muy lejos por una virtud invisible que parecia salir de la tierra, y no podia sufrir nada sobre ella despues de haber sustentado los sagrados piés del Salvador. Añade san Jerónimo que cuando quiso acabarse la bóveda de esta magnífica basílica, no fué posible tampoco cerrar el paraje que correspondia perpendicularmente á las huellas del Salvador, de suerte que se vieron obligados á dejar libre y al descubierto el espacio por el cual el divino Salvador se habia elevado de la tierra, y habia sido recibido en la nube, lo cual proporcionaba á la piedad de los fieles, que venian allí en tropas de todas partes, el contemplar el camino que habia llevado para subir

al cielo. El milagro del techo y de la bóveda no concluyó sino con el edificio de esta antigua iglesia cuando fué arruinada por los sarracenos; mas el de la impresion de las sagradas huellas subsiste todavía hoy, y es el objeto de la veneracion y de la devocion de los fieles.

No se duda que la gloriosa ascension de Jesucristo seria acompañada de aquella bienaventurada tropa de predestinados que el divino Salvador habia libertado del limbo en donde esperaban la redencion de Israel tantos santos patriarcas, tantos zelosos profetas, tontas personas amadas de Dios y muertas en su gracia, las cuales seguirian á este divino conquistador, victorioso del infierno y de la muerte, y habiéndose unido á toda la corte celestial que le habia salido al encuentro, servirian como de cortejo á la pompa del mas augusto de todos los triunfos. *Si nosotros queremos celebrar dignamente y con devocion la ascension gloriosa del Salvador*, dice san Agustin, *subamos con él, sigámosle con el corazon, á fin de que, en llegando el dia de sus promesas, le sigamos con el cuerpo. Vosotros, que sois miembros de Jesucristo*, añade el mismo padre, *esperad que lo que veis verificado en vuestra cabeza, se cumplirá tambien en vosotros. La ascension de Jesucristo es nuestra propia elevacion*, dice san Leon, *porque el cuerpo tiene derecho para esperar la misma gloria que ha recibido ya su cabeza.* Pero ¿qué motivo mas justo de alegría que el triunfo de Jesucristo en el cielo, puesto que su gloria es en alguna manera la nuestra? *Nuestra naturaleza, aunque humilde por sí*, añade este santo papa, *se halla elevada en Jesucristo sobre toda la milicia celestial, sobre todos los órdenes de los ángeles y de los arcángeles, y*

mas elevada aun que todas las potestades y las sublimes inteligencias de la celestial Jerusalen, se halla, en fin, colocada en el trono mismo del Padre celestial.

Admiremos en este glorioso misterio el cumplimiento y la perfeccion de toda la economía de nuestra salud. Los hombres debian ser rescatados por la sangre de un Dios; el Hijo de Dios se ha hecho hombre; ha nacido á fin de tener con que rescatar á los hombres; ha muerto para pagar á precio de su sangre la redencion de los mismos hombres; ha resucitado para probarles que es un Dios el que ha muerto por ellos, y para enseñarles que deben resucitar tambien como él, y que el fruto de su redencion debe ser la gloria eterna de su cuerpo y de su alma; ha subido, en fin, al cielo para gozar allí de la gloria que ha merecido, y para preparar á los elegidos la que merecerán por el fruto de su muerte, y con los auxilios de su gracia.

No solo por vos, Señor, entrais en vuestro reino, tambien por nosotros entrais, exclama un gran siervo de Dios. Vos subis allá como nuestra cabeza, y vais allá, segun la promesa que nos habeis hecho, á preparar á vuestros elegidos los asientos que les están destinados. Vos subis allá como nuestro mediador, y vais á presentar por nosotros á vuestro Padre los frutos de aquella redencion sobreabundante que ha reconciliado al cielo con la tierra. Vos subis allá como nuestra guía, y mostrándonos el término á que debemos aspirar, nos trazais el camino por donde debemos marchar. Jefe adorable de esta Iglesia militante, que habeis formado en la tierra á costa de los trabajos de vuestra vida mortal, nos dais parte en la gloria de la Iglesia triunfante que empezais á reunir

en el cielo, y cuya felicidad eterna debeis hacer vos mismo. Nosotros somos miembros vuestros, y donde quiera que esté la cabeza, deben tambien estar con ella los miembros. Mediador omnipotente, nada podemos sin vos. Si debemos dirigirnos á vos sin cesar, es porque solo por vos podemos llegar á conseguirlo. Vos nos habeis prometido que no nos dejariais huérfanos en la tierra; acordaos que os habeis obligado á pedir á vuestro Padre por nosotros; acordaos que delante de él nos habeis reconocido por hijos vuestros, por vuestro rebaño, por vuestra heredad, por vuestra conquista : conservad esta conquista que tanto os ha costado; cultivad esta heredad que habeis adquirido con vuestra sangre; conducid este rebaño que habeis reunido con tantos cuidados, y no permitais que ninguna oveja de él se extravíe del redil : proteged, en fin, estos hijos que tanto amais todavía.

Algunos autores han creido que la fiesta de la Ascension habia sido la primera de las que se presume haber sido instituidas inmediatamente por los apóstoles, porque propiamente desde este dia fué cuando comenzaron á dar alguna forma á la Iglesia en sus reuniones, y á reglar los actos exteriores de la religion; y porque, siendo la gloriosa ascension del Salvador al cielo la cosa que mas impresion debia hacerles, parece que debia ser la primera que debia presentarse á su idea como un objeto de regocijo y de fiesta. Lo que hay de cierto es que esta fiesta es una de las cuatro mas antiguas de la Iglesia, y san Agustin no dudaba de manera alguna que procediese de los mismos apóstoles, en razon de que ya en su tiempo, en todos los paises que habian abrazado la fe de Jesucristo, se celebraban generalmente las fiestas

de la Pasion, la Pascua, la Ascension y la de Pentecostés. Habiendo subido el divino Salvador al cielo el cuadragésimo dia despues de su resurreccion, no podia menos de ser en jueves, puesto que la resurreccion fué en domingo.

El introito de la misa de este dia, que está tomado del principio del libro de los Hechos de los Apóstoles, lo mismo que la epístola, y el evangelio que es el final del de san Marcos, contienen toda la historia del gran misterio de la ascension, del modo que la hemos referido.

Galileos, ¿ porqué permaneceis como extáticos con los ojos fijos en el cielo? Jesus que de entre vosotros ha subido al cielo, vendrá del mismo modo que le habeis visto subir. No cesemos de bendecir al Señor Dios nuestro por una maravilla tan grande y tan consoladora; acompañemos su triunfo con cánticos de alegría, y convidemos á todas las naciones para que celebren su nombre y publiquen sus victorias.

Pueblos esparcidos por el universo, palmotead, manifestad con millares de gritos de alegria la parte que tomais en la gloria de vuestro Dios en el dia de su triunfo. Por aquí comienza la misa. Acaso no tenemos cosa mejor marcada en la Escritura, que la ascension gloriosa de Jesucristo en el salmo 46. Segun el parecer de muchos intérpretes, este salmo se compuso para la ceremonia de la traslacion del arca, desde Cariathiarim á Jerusalen, ó de la casa de Obededom al tabernáculo, ó del tabernáculo erigido por David a templo edificado por Salomon. Parece empero mas probable que este salmo se hizo para la vuelta del arca á la montaña santa, despues de alguna célebre victoria. Sea lo que quiera lo que diese motivo para com-

poner este cántico, el arca conducida en triunfo á la montaña santa es una figura muy expresiva de Jesucristo subiendo al cielo; y los pueblos vencidos nos representan perfectamente á los gentiles sometidos á la Iglesia : concluye este salmo por una profecía clara del reino de Jesucristo. Descúbrese visiblemente en todo este salmo que el Espíritu Santo tenia por objeto la ascension del Salvador del mundo. Mirad á este Dios victorioso de todos sus enemigos, miradle como sube en triunfo al cielo al sonido de las trompetas y al ruido de las aclamaciones. Pueblos de toda la tierra, unios al triunfo de vuestro Dios : cantad, cantad sus alabanzas; celebrad la gloria de nuestro Rey; pero celebradla con el respeto y la atencion que merece un Dios, soberano Rey de toda la tierra. El Dios omnipotente, sentado ahora en su trono, reinará en adelante sobre todas las naciones, y recibirá sus homenajes. Yo veo ya en espíritu que por la fuerza que ha comunicado á los que le representarán en el mundo, sujetará hasta á los príncipes de los pueblos, y no será solamente el Dios de Abrahan, sino que será el Dios de todos los reyes de la tierra.

La explicacion de la epístola y del evangelio de la misa de este dia está ya suficientemente hecha en la historia que se ha dado del misterio.

Está acompañado el oficio de este dia de una procesion solemne(1), cuya institucion parece que nada tiene de comun con las de las rogaciones, no obstante que tambien pide la Iglesia á Dios en esta la bendicion

(1) En España no hay la costumbre de hacer procesion en este dia, sino la de cantar solemnemente la parte del oficio divino llamada *Nona*, concurriendo á esta los fieles para hacer oracion; porque se cree piadosamente que á esta hora se subió Jesucristo á los cielos.

de los nuevos frutos del año. La procesion del dia de la Ascension se estableció principalmente con el designio de representar y de honrar al mismo tiempo la marcha de los apóstoles con Jesucristo desde Jerusalen hasta el monte de los Olivos para ver allí subir á nuestro Señor al cielo, igualmente que la vuelta de todos los discípulos desde aquel monte hasta Jerusalen para prepararse por el retiro y la oracion á recibir al Espíritu Santo.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Concedednos, ó Dios omnipotente, que así como creemos por la fe que vuestro Hijo único nuestro Salvador ha subido hoy al cielo, así tambien nosotros habitemos allí en espíritu por el ardor de nuestros deseos. Por el mismo Jesucristo Señor nuestro, etc.

La epístola de este dia es tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles, cap. 1.

Teófilo, en mi primera obra he referido todo lo que hizo y enseñó Jesus hasta el dia en que, dando por el Espíritu Santo sus órdenes á los apóstoles que habia elegido, ascendió al cielo. Mostróse él mismo á ellos despues de su pasion, y les convenció con muchas pruebas que estaba vivo, apareciéndoseles por espacio de cuarenta dias, y hablándoles del reino de Dios. Despues comiendo con ellos, les mandó que no saliesen de Jerusalen, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, dice, habeis oido de mi propia boca; porque, á la verdad, Juan ha administrado el bautismo del agua; pero vosotros recibiréis el bautismo del Espíritu Santo dentro de pocos dias. Dicho esto, los que se habian reunido le hicieron esta pregunta: Señor, ¿es ahora cuando habeis de restablecer el reino de Israel? No os toca á vosotros, les dijo, el saber lo que sucederá en los tiempos ó momentos de que es el Padre absoluto señor; pero vosotros recibiréis la virtud del Espíritu Santo, el cual descen-

derá sobre vosotros, y vosotros daréis testimonio de mí en Jerusalen, en la Samaria y hasta los confines de la tierra. Luego que les dijo esto, le vieron levantarse del suelo, y una nube le ocultó á su vista. Estando ellos mirando como subia al cielo, hé aquí que dos varones vestidos de blanco aparecieron cerca de ellos, los cuales les dijeron: Galileos, ¿qué haceis así, fijos en el cielo vuestros ojos? Jesus que de entre vosotros ha ascendido al cielo, vendrá del mismo modo que le habeis visto subir.

NOTA.

Despues de haber dado san Lucas, en el evangelio que escribió, la historia de la vida de Jesucristo, en este libro intitulado *Hechos de los Apóstoles* nos presenta la historia de la fundacion y del establecimiento de la Iglesia. Es este libro una relacion fiel y compendiada de los progresos que hizo el cristianismo en los veinte y nueve ó treinta años primeros despues de la ascencion del Salvador. San Agustin y san Crisóstomo creen que Teófilo, á quien dirige el evangelio y los hechos, era un sugeto de calidad, ó un gobernador de provincia convertido al cristianismo. Otros creen que Teófilo es un nombre general que significa todo hombre que ama á Dios.

REFLEXIONES.

Viéronle subir al cielo, y una nube le ocultó á su vista. ¿Qué es lo que buscaríamos, y qué podríamos amar sobre la tierra? Jesucristo ha subido al cielo, debe haber llevado consigo todos nuestros deseos. ¿Qué podemos encontrar en la tierra que merezca ocupar nuestro corazon? Formados para el cielo, no debemos suspirar ya mas que por aquel lugar de reposo y de eterna felicidad, por aquella patria celes-

tial. La tierra se presenta como una mansion muy triste, y lo es en efecto para cualquiera que conoce la felicidad de la otra vida, para cualquiera que ama verdaderamente á Jesucristo. Para mí el vivir es estar en Jesucristo, decia san Pablo, y el morir es para mí una ganancia. Todo cristiano debiera pensar y debiera hablar del mismo modo. ¡Cosa extraña! La tierra en que vivimos no está sembrada mas que de cruces, ni produce otra cosa que abrojos y espinas. Si nace alguna rosa, no se puede coger sin picarse, y apenas se goza de ella cuando se marchita. ¿Qué dia hay sereno? ¿qué dia de calma? A las borrascas suceden las nieblas. No hay estacion sin dias nublados, ni clima sin vientos impetuosos, sin tempestades. Si al menos el comercio del mundo nos indemnizase con su dulzura de la amargura esparcida universalmente en todos sus frutos; pero ¿quién no sabe que el mayor enemigo de nuestro reposo y de nuestra felicidad es el comercio de la vida civil? ¿reinan acaso en ella la rectitud, la sinceridad, la buena fe? Puede muy bien decirse que en el dia de hoy, la vida civil en el mundo es un comercio de interés, de supercheria, de artificios y de pasiones; cada uno estudia no mas que en sus propios intereses, cada uno trata solo de elevar su fortuna sobre las ruinas de la de otro, y enriquecerse con sus descalabros. Estamos en este mundo como en país enemigo, donde hay que temerlo todo. La tierra propiamente es la region del llanto. ¡Qué de inquietudes mudas! ¡qué de gemidos secretos! ¡qué de cruces invisibles! las que mas se muestran no son ni las mas amargas ni las mas pesadas; nada hay mas amargo, nada hay mas punzante que un disgusto que se sufoca dentro del corazon; así que ninguno

parece mas dichoso en este mundo que el que mejor sabe contrahacerse, y mas conoce el arte de disimular sus disgustos. Tal es la region en que habitamos, tal es nuestra mansion: afortunadamente no es de larga duracion. ¡Ah! apenas estamos en el camino y ya vemos el término, y muchas veces la carrera concluye en el principio. Mis dias, decia el santo Job, se han cortado con mas presteza que corta el tejedor el hilo de la tela; mi vida no es mas que un soplo: tal es la triste mansion de los mortales; y sin embargo todavía los hombres tan apasionados por su bienestar gustan tanto de la tierra con todos los sinsabores que ella proporciona, que miran el cielo con indiferencia. Es cierto que hay gentes en el mundo que se afanarian poco por ver á Dios; gentes para quienes el paraiso no tendria muy grandes atractivos, si pudieran ser eternamente lo que son. Esto es muy extraño; pero hay todavía otra cosa mucho mas extraña. No solo se preferiria el vivir eternamente en la tierra á la ventaja de vivir para siempre en el cielo, sino que esta poca vida que tenemos aquí abajo, aunque corta, aunque penosa, aunque frágil, no dejamos de preferirla á la eterna felicidad de la otra vida. Dos dias de pasatiempos nos hacen olvidar este cúmulo de bienes infinitos; algunos placeres fastidiosos nos quitan el gusto de estas delicias inefables; prefiérese á la posesion de un Dios el menor objeto criado. Jesucristo ha ido á prepararnos un lugar en el cielo: ¿trabajamos mucho para llenarle? ¿suspírase mucho por la celestial Jerusalen? Menester es tener una alma muy baja; digamos mejor, preciso es que nuestra fe sea muy lánguida para estar tan contentos en el lugar de nuestro destierro.

El evangelio de la misa de este dia está tomado del que escribió san Marcos en su cap. 16.

En aquel tiempo, estando los once discípulos á la mesa, se les apareció Jesus, y les echó en cara su incredulidad y la dureza de su corazon, porque no habian creido á los que le habian visto resucitado. Despues de esto les dijo: Id por todo el mundo, predicad el Evangelio á todos los hombres. El que creyere y recibiere el bautismo, se salvará; mas el que no creyere, se condenará. Los que creyeren se darán á conocer por los milagros siguientes: arrojarán los demonios (de los cuerpos) en mi nombre; hablarán nuevas lenguas; manejarán las serpientes; y si bebieren alguna cosa capaz de quitarles la vida, no les dañará: pondrán las manos sobre los enfermos, y estos recobrarán la salud. Y despues de haberles hablado así, el Señor Jesus fué arrebatado al cielo, y allí está sentado á la diestra de Dios. Ellos, pues, partieron á predicar por todas partes, cooperando con ellos la gracia del Señor, y confirmando lo que decian con los milagros que seguian á sus palabras.

MEDITACION.

SOBRE EL MISTERIO DEL DIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que jamás hubo triunfo, ni tampoco puede haberlo, mas pomposo, mas glorioso, mas magnífico, ni mas augusto que el del Salvador del mundo en su ascension al cielo. Entiéndese por esta palabra *triunfo* una ceremonia ó solemnidad decretada para honrar á un general victorioso, disponiéndole una entrada magnífica en la capital. El triunfador era conducido en un carro coronado de laurel, precedido del senado, entre las aclamaciones de una multitud de ciudadanos, que iban delante del triun-

fador publicando sus victorias. En esto consistia aquella fiesta célebre que se hacia en honor del conquistador, la cual deslucian siempre las lágrimas de los reyes cautivos que marchaban cargados de cadenas detrás del carro, y que interrumpian con sus gemidos los gritos de alegría y las aclamaciones del pueblo: imágen muy imperfecta, idea indigna aun del triunfo de Jesucristo y de la que debemos tener de su gloria. Si el mérito y la gloria de la victoria depende de la cualidad y de las fuerzas de las potestades vencidas, ¿qué victoria mas gloriosa que la que Jesucristo ha conseguido de todas las potestades del infierno y de la muerte misma, á las cuales estaban sujetos todos los hombres, y de las que eran esclavos todos, de cualquiera condicion que fuesen, príncipes, reyes, emperadores y conquistadores? El vencedor del infierno y de la muerte hace hoy su entrada triunfante, no en una capital de provincia ó de un reino particular, sino en el cielo hasta el trono de Dios mismo. No es en un carro de madera ó de metal, tirado por hombres ó por animales; sino que se eleva de la tierra por su propia virtud, y lo que le sirve de carro y de trono es una nube luminosa, milagrosa, brillantísima. Pero ¡qué acompañamiento, buen Dios! Todos los santos patriarcas, tantos reyes piadosos, y aquella multitud de elegidos que desde la creacion del mundo no esperaban en el limbo mas que la victoria de su libertador y la venida del Mesías, su muerte y su resurreccion para salir de su prision, para ser puestos en libertad y para acompañarle en su gloria. ¡Que alegría tan pura y satisfactoria en toda aquella gloriosa tropa que le sirve de comitiva, y que rodea su carro luminoso! ¡qué cánticos de re-

gocijo mas universales, ni mas armoniosos! ¡qué himnos de gozo, qué bendiciones, qué alabanzas, qué afectos de gratitud, todos á cual mas afectuosos, á cual mas sinceros, no acompañan á este divino triunfador! Pero ¿quién puede expresar, quién puede ni aun comprender todo el resplandor de su triunfo? Todo el cielo sale á su encuentro, todos los espíritus bienaventurados, todas las inteligencias celestiales, ángeles, arcángeles, tronos, potestades, querubines, serafines, todo lo que compone la corte del mismo Dios, sale á recibirle, á adorarle, á reconocerle por su rey y su soberano, y no cesan de exclamar: Señor, que habeis rescatado con vuestra sangre á todos los hombres, *vos sois digno de tomar el libro y de abrir sus sellos; digno es el Cordero, que ha sido muerto, de recibir la potestad, la divinidad, la sabiduria, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendicion. Al que está sentado en el trono y al Cordero pertenece la bendicion, el honor, la gloria y el poder en los siglos de los siglos.* Concibamos, si es posible, toda la magnificencia, la pompa y la majestad del triunfo de Jesucristo en todo el misterio de este dia: confesemos que la propiedad mas esencial de la gloria del Salvador es la de ser incomprensible. ¡Qué santa alegria no debe producir este misterio en el corazon de un verdadero cristiano!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la ascension gloriosa del Salvador al cielo no es solamente un misterio de admiracion, es tambien un misterio de accion y de práctica. Jesucristo deja la tierra, y por esto nos indica que el cielo es nuestra única patria, y que no estamos en la tierra

mas que como en un lugar de destierro. Nosotros debemos considerarnos aquí como viajeros, como extranjeros. Puesto que habiendo subido al cielo Jesucristo, está allí sentado á la diestra de su Padre, decia san Pablo á los Colosenses, debemos desprendernos de la tierra para no suspirar mas que por el cielo, ni apegarnos sino al cielo. De allí debe nacer el disgusto á todas las cosas terrenas; de allí el desprecio de todo lo que lisonjea, de todo lo que brilla en el mundo, de todo lo que deslumbra. Bienes, honores, dignidades, empleos de distincion, grandes herencias, ¿qué es lo que teneis que sea sólido, que pueda satisfacer un corazon que solo Dios puede llenar? Vanidad de vanidades, esto es, cuasi nada en el mundo. Solo en el cielo es en donde podemos hallar la verdadera gloria, nuestra única felicidad. El misterio de la ascension es un misterio de deseos: subiendo Jesucristo al cielo, nos invita á que le sigamos; donde está nuestro tesoro, allí debe estar nuestro corazon. Jesucristo es nuestra cabeza, nosotros somos sus miembros: debemos, pues, mirar el estado de separacion de él como un estado violento para nosotros. Un verdadero siervo de Dios, un verdadero fiel vive con paciencia, y muere con alegría. Jesucristo es nuestra guia, él marcha el primero, y nos manda que le sigamos; tomar otro camino es descarriarse. Este divino Salvador ha hecho todos los gastos del viaje; la gloria de que toma posesion es nuestra herencia; pero para llegar á la misma gloria que Jesucristo, es menester merecerla como Jesucristo; y para merecerla como Jesucristo, es necesario padecer como Jesucristo. Esto es lo que ha hecho decir á san Pablo: *Yo cumplo en mi carne lo*

que falta á los tormentos de Jesucristo, esto es, lo que él quiere que yo sufra por su amor y en satisfaccion de mis pecados, á fin de que pueda llegar á la gloria que me ha merecido con sus padecimientos, con la condicion de que yo llenaria la porcion de trabajos que me ha destinado; porque, si ha sido necesario que Jesucristo padeciese para entrar en su gloria, ¿quién se atreverá á pretender la misma gloria sin padecer? no se alcanza esta gloria sino mereciéndola; pero tambien estamos seguros de que no la mereceremos sin obtenerla. Pero no toda suerte de trabajos conducen á la gloria del cielo; es preciso que sean trabajos por la justicia y por Dios, trabajos santificados por nuestra sumision á la voluntad de Dios. Todos los dias se padece por el mundo: cuesta mucho el distinguirse, el adquirir fama en el mundo; ¿y qué recompensa se recibe? ¿y nos negamos á sufrir por el cielo, no obstante que el premio de nuestros sufrimientos será la posesion de Dios mismo?

Haced, Señor, que tomando parte hoy en la gloria y en el regocijo de vuestro triunfo, participe tambien de vuestros dolores para tener algun dia parte en vuestra gloria, que ha sido el premio de ellos.

JACULATORIAS.

Atraedme, Señor, á vos por vuestra gracia; y correré á vos sin dilacion. *Cant.* 1.

Como un ciervo sediento busca la fuente en que puede satisfacer su sed; así mi alma, disgustada de esta region de lágrimas, suspira por vos, ó mi divino Salvador, que tan graciosamente me invitais á seguiros. *Salmo* 41.

PROPOSITOS.

1.° El misterio de la ascension es para nosotros un misterio de esperanza y de confianza. Si Jesucristo ha subido al cielo, es para trazarnos el camino, y abrirnos la entrada en él. *Yo voy*, dice, *á preparar vuestros sitios, y deseo que donde yo he de estar, esteis tambien vosotros conmigo.* El Salvador ha subido al cielo, nos ha preparado allí un lugar; desea ciertamente que le llenemos, y que estemos allí con él eternamente. ¡Qué desgracia para nosotros! pero al mismo tiempo ¡qué malicia mas criminal, ni qué locura mas insigne que el rehusar este lugar y esta mansion dichosa! Hé aquí el sentimiento mortal y desesperante que tendríamos por toda la eternidad, si tuviésemos la desgracia de no seguirle. Tomad, pues, hoy la resolucion eficaz de seguir á Jesucristo sin apartaros jamás de él. No mireis ya la tierra sino como un lugar de vuestro destierro. Suspirad sin cesar por el cielo, y en todos los acontecimientos molestos de esta vida dirigid frecuentes miradas hácia aquella patria celestial, y consolaos pensando que nada tendréis que sufrir ni que temer en el cielo, en donde se os espera.

2.° Nada omitais en este dia para contribuir, por decirlo así, cuanto pudiéreis al triunfo de Jesucristo, no solo con la alegría espiritual que debeis tener de verle entrar en triunfo en la mansion de su gloria, sino tambien con los actos de virtud y de misericordia que debeis ejercitar en este dia y durante la octava. Dad limosnas para honrar el triunfo del Salvador. pero sobre todo imitad á los apóstoles y á los discí-

pulos, tratando de prepararos como ellos con el retiro para recibir el Espíritu Santo. Tratad de hacerle en este tiempo. Si se da algun retiro público, no falteis á él, y hacedle con cuidado; sino, hacedle vosotros mismos cada uno en particular. No hay tiempo alguno en el año que pida mas retiro ni mas recogimiento que este, ninguno que sea mas á propósito para ello. Redoblad vuestras adoraciones, y haced cuanto os sea posible para poneros en estado de recibir el Espíritu Santo que el Salvador ha prometido enviaros.

DOMINGO

DESPUES DE LA ASCENSION.

El domingo comprendido dentro de la octava de la Ascension es una continuacion de la solemnidad y de la celebracion de este glorioso misterio; todo lo que se dice en el oficio y en la misa tiene relacion con él.

Escuchad, ó Dios mio, los clamores que os dirijo en este lugar de destierro, en donde no puedo hacer otra cosa que gemir despues que os habeis ausentado. Perdiéndoos de vista, he perdido todo mi consuelo; pero sabiendo que estais en el cielo, siento que se aumenta mi confianza. Vos sabeis la ternura de mi corazon para con un esposo tal como vos; los suspiros de una esposa tal como yo, no pueden dejar de moveros y de enterneceros. En medio de una tierra extranjera, expuesta á todos los tiros de mis enemigos, agitada sin cesar por mil borrascas, hecha presa de las mas violentas tempestades, entre el fuego de las mas furiosas persecuciones, nada temo, porque vos sois todo mi auxilio, mi apoyo y mi fortaleza; vos no abandonaréis jamás á vuestra amada esposa, y nunca os haréis sordo á sus ruegos y á sus votos. Mi corazon en defecto de mi voz os ha expuesto muchas veces mis peticiones: mis ojos que os buscan, como naturalmente, en mis necesidades, se han fijado en vos; yo no cesaré, Señor, de implorar vuestra asistencia. Yo no puedo contemplaros, divino Esposo

mio, sino en el cielo : allí tambien es adonde se dirigen todos mis deseos; allí es adonde se dirigen todas mis miradas; no aparteis de mí vuestros ojos, ni rechaceis mi oracion.

Este salmo lo compuso David en medio del mayor fuego de la persecucion. Perseguido aquel religioso príncipe acérrimamente por Saul, se mantuvo siempre intrépido en medio de los mayores peligros, apoyado en su confianza en Dios, y en la seguridad que tenía de que el Señor no podia faltar á sus promesas. El Señor me instruye con sus consejos, dice; él vela en mi conservacion, ¿qué es lo que yo tengo que temer? ¿qué es lo que puede dañarme? Ninguna cosa conviene mejor á la Iglesia, que, estando todavía, inmediatamente despues de la ascension del Salvador, como en la cuna, parecia tenerlo todo que temer de la nube de enemigos que la rodeaban, y que, como otras tantas bestias feroces, parecia que la debian tragar en su nacimiento; pero habiéndole prometido el Señor que en todos tiempos velaria por su conservacion, nada tiene que temer.

La epístola de la misa de este dia está tomada de la primera de san Pedro, en la que este santo apóstol hace un admirable compendio de las principales virtudes cristianas. Es esta una leccion práctica á todos los fieles, en que les da reglas de conducta, enseñándoles á vivir segun el espíritu de Jesucristo y las máximas del Evangelio. Esta instruccion es muy á propósito para la circunstancia del tiempo. No teniendo ya visiblemente consigo los fieles á su buen Maestro, y no habiendo descendido todavía sobre ellos el Espíritu Santo, la Iglesia suplia á los dos con los avisos espirituales que les da por medio de esta epístola,

en la cual el apóstol san Pedro exhorta á los fieles á que usen de precaucion, de sabiduría y moderacion en todas las cosas; á que insten en la oracion; á que se amen entre sí; á que mutuamente se correspondan con todo género de deberes de caridad y de atencion; en fin, á que, en cuanto les sea posible, no hablen ni obren sino por el espíritu de Dios.

Conducíos prudentemente en todo, dice el santo apóstol, y no os contenteis con orar durante el dia, pasad tambien en oracion una parte de la noche. Acababa san Pedro de decirles que la muerte, que es el fin de todas las cosas con respecto á cada uno en particular, estaba próxima; que, siendo la vida tan corta y tan incierta como es, debíamos considerar cada uno de nuestros dias como el último, y vivir en cada uno como querríamos haber vivido en aquella última hora. Observad, pues, les dice, una conducta prudente y verdaderamente cristiana; sed sobrios, templados, irreprensibles y mortificados. No os adormezcais jamás en el negocio de vuestra salvacion; es demasiado importante y de muy grande consecuencia para descuidarlo; y pues que no sabeis qué dia ni á qué hora debe venir el Señor, velad sin cesar á fin de que esteis prontos para abrirle en el momento que llame. No ceseis de orar, y á ejemplo de nuestro Señor Jesucristo pasad tambien una parte de la noche en oracion. Este es el tiempo mas á propósito para recibir los mas grandes favores del Padre de las misericordias. Pero sobre todo, añade, tened entre vosotros una caridad mutua que nunca se resfrie, porque la caridad cubre innumerables pecados. Este fuego sagrado consume, por decirlo así, la herrumbre de nuestra alma, y sirve en gran manera para

purificarla de sus manchas, alcanzándole del Señor el perdon de sus pecados. Vosotros sabeis que el precepto favorito del Salvador, y el que debe, por decirlo asi, caracterizar á sus discípulos, es la caridad mutua. *Este es mi precepto, que os ameis mutuamente como yo os he amado.* Poseyendo esta virtud, puede decirse que poseeis ó que muy pronto poseereis todas las demás, porque la caridad es paciente, bondadosa, dulce, indulgente; lejos de echar en cara á su prójimo sus defectos, ni de hacer de ellos un motivo de queja ó de murmuracion, los sufre y los excusa; en lugar de publicarlos, los encubre, y querria con todo su corazon sustraerlos al conocimiento del público. La caridad no es envidiosa, no piensa mal de nadie, y hace bien á todos. Uno de los principales efectos de la caridad, continúa san Pedro, es la hospitalidad con los hermanos y con los extraños. Como todos los primeros cristianos estaban abrasados de una caridad muy pura y muy ardiente, se distinguian tanto por la hospitalidad con todo el mundo, que en los primeros siglos los mismos paganos no los designaban sino diciendo de ellos que eran gentes que recibian del modo mas caritativo y mas gracioso á todos los extranjeros. Este mismo espíritu es el que conduce á los órdenes religiosos mas antiguos, que reciben aun á los pasajeros con una cordialidad tan caritativa. Añade todavía san Pedro: Sin dar muestra alguna de disgusto, para prevenir á aquellas almas naturalmente avaras é interesadas que, cuando se ofrece la ocasion, ejercitan la caridad, reciben tambien á los extranjeros, hacen limosna; pero con un aire tan poco grato, con palabras tan poco obligantes, con rostro tan adusto, que se nota bien que su caridad es im-

perfecta y mezquina. No solo debe aparecer vuestra caridad en la parte que debeis dar á los demás de vuestros bienes temporales, sino que, como buenos ecónomos de los diversos bienes espirituales con que Dios os ha favorecido, debeis comunicarlos con tanta mayor facilidad y zelo, cuanto que los bienes espirituales son mucho mas provechosos. En los primeros tiempos de la Iglesia comunicaba el Espíritu Santo sus dones sobrenaturales á cada uno de los fieles segun su voluntad: á los unos el espíritu de profecía; á otros el don de lenguas; á este el don de curar las enfermedades; á aquel el discernimiento de los espíritus; á otros, en fin, el don de consejo. Estos dones del Espíritu Santo, que se llaman gracias gratuitas, se conceden principalmente en utilidad del prójimo, y seria obrar contra la intencion del que es el autor de ellas el sepultarlas en algun modo dentro de sí mismo, y hacer inútiles unos dones que deben los hombres derramar con la misma liberalidad con que Dios se los ha comunicado; y no siendo los dueños de ellos, sino los simples dispensadores, deben emplearlos segun la voluntad de aquel de quien los han recibido.

Reduce el apóstol todos estos dones del Espíritu Santo al ministerio de la palabra y de la accion: si alguno habla, dice, ya para explicar los misterios divinos y las verdades del cristianismo en la predicacion, ya para instruir los neófitos ó los catecúmenos en la doctrina cristiana y en las máximas del Evangelio, ya para consolar á los hermanos en sus aflicciones, ya para hablar las lenguas ó para interpretarlas, haga todo esto como si Dios hablase por su boca. Acuérdese que no es palabra suya la que pre-

dica, sino la de Dios. Nosotros, decia san Pablo, no somos como muchos que corrompen la palabra de Dios; nosotros hablamos de parte de Dios, delante de Dios, en Jesucristo. Esta misma instruccion da aquí san Pedro á los fieles, singularmente á los que se han encargado del ministerio de la palabra de Dios. Bella leccion para los predicadores que se predican á sí mismos, y que no tienen otras miras que agradar y ser aplaudidos; que, deslumbrados con el falso brillo de una vana elocuencia, no estudian mas que en cómo han de deslumbrar á los que deberian mover y convertir. De aquí tantos discursos floridos, y tan pocas predicaciones cristianas; de aquí aquella elocuencia estudiada sin uncion y sin fruto. Si alguno está encargado de algun ministerio, ejérzalo como por la virtud que Dios comunica; de suerte que Dios sea honrado en todas las cosas por Jesucristo nuestro Señor. Habla el apóstol de los ministerios eclesiásticos en general, y aun de las obras de caridad y de los servicios que los legos pueden hacer á los pobres. Cada uno ha recibido de Dios su propio don; empléelo, pues, cada uno conforme á su vocacion y segun las órdenes de sus superiores. Desempeñe su ministerio con un zelo puro, ardiente y desinteresado; llene todos los deberes de él con puntualidad y con un espíritu de religion; no busque mas que la gloria de Dios sin ningun retorno sobre sí mismo; en fin, concluye el santo apóstol, comportaos de una manera tan prudente, tan caritativa, tan irreprensible y tan cristiana, que todos los que os vieren queden edificados y alaben al Señor. La vida de un cristiano debe hacer el elogio del cristianismo; y la santidad, sobre todo de los ministros de Jesucristo, debe ser una de

las pruebas mas brillantes y mas sensibles de la verdad de nuestra religion.

El evangelio de este dia no tiene menos relacion que la epístola con las circunstancias del tiempo y de la festividad. Su asunto es el fin del admirable discurso que hizo el Salvador á sus apóstoles despues de la última cena.

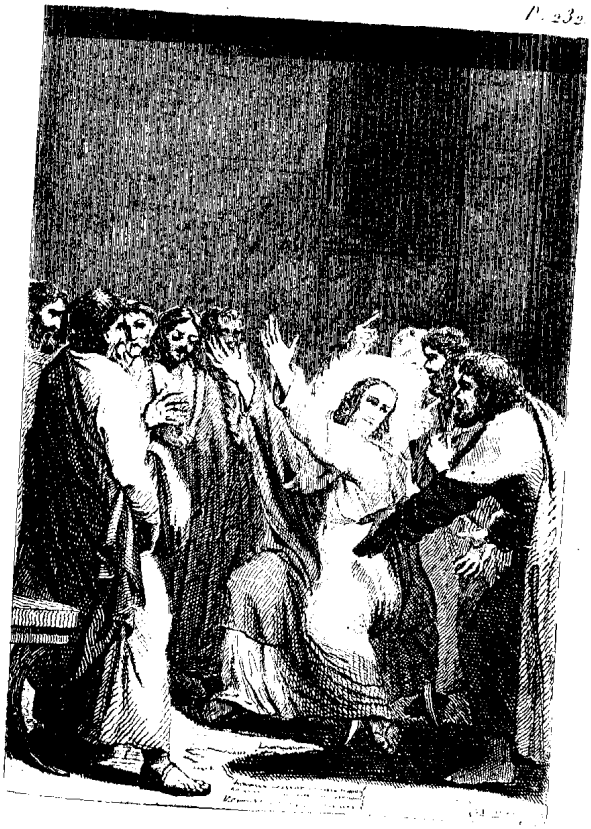
Acababa el Hijo de Dios de hacer une descripcion razonada y circunstanciada de todo lo que habia hecho en favor de los judíos, para probarles que era su Salvador y su Dios, su Rey y su Mesias; acababa de decir que les habia demostrado invenciblemente por la santidad de su vida, por la autenticidad de sus milagros, por la pureza de su doctrina, y por los oráculos de los profetas, que él era el que les habia sido prometido, y que no debian esperar otro que á él; que tantas maravillas tan extraordinarias, que, segun el testimonio de los profetas, estaban reservadas solo al Mesías, condenaban su ceguera, la que sin esto hubiera sido perdonable: ellos me han visto, añade el Salvador, ellos me han oido en mil ocasiones, y lejos de creer en mí, y de seguirme, se han coligado contra mí y contra mi Padre; pero era necesario que cumpliesen lo que dice uno de los libros de su ley: *ellos me han aborrecido sin motivo*, me han perseguido por pura malicia. Si ellos, pues, me han tratado así á mí, no debeis esperar que os traten de otra manera; pero nada temais, del cielo os vendrá un auxilio poderoso. Yo os enviaré el Espíritu Santo para que os consuele en todas vuestras aflicciones, os fortifique en todos los combates á que os expusieren, y os defienda de las persecuciones mas violentas. Yo os enviaré este Espiritu consolador; porque é

procede igualmente del Padre y de mí, y recibe de los dos, por su procesion, la divinidad, la cual no se divide en las tres personas. Cuando hubiere venido este Consolador que yo os enviaré del seno del Padre, él que es el Espíritu de verdad que procede del Padre. No añade el Salvador, *que procede del Padre y de mí*, no obstante que sea verdad que procede igualmente del Hijo que del Padre, porque se acomoda á la manera de concebir tan grosera todavía de sus apóstoles; no hubiera hecho mas que confundir sus ideas, si en este pasaje les hubiese dicho que el Espíritu Santo procedia de él como del Padre. Habia probado bastante esta verdad en todo lo que habia dicho para establecer su divinidad, y singularmente diciéndoles que él mismo les enviaria este Espíritu consolador: daba bastante á entender en esto que, guardada la debida proporcion, el Espíritu Santo era con respecto á él, y con respecto á su Padre, lo que un hijo en órden al que lo engendró; esto es, que emanaba del uno y del otro en su manera del todo inefable, y que no es posible conocer sino con las luces del mismo Espíritu Santo. *Cuando viniere, pues, este Espíritu, dará testimonio de mí*, tanto por los prodigios que obrará, como por las luces que comunicará á los fieles sobre las verdades que os he anunciado. Convencerá á los judíos de injusticia, de infidelidad y de pecado, y á todos los hombres de mi divinidad y de mi soberano poder. Vosotros, que seréis instruidos por este divino Maestro, y que, desde que yo he comenzado á darme á conocer á los hombres, habeis estado conmigo, publicaréis como fieles testigos mi doctrina y mis obras por toda la tierra.

Os he prevenido todas estas cosas como necesarias

T. III.

P. 232



Cuando viniere pues este Espíritu dará testimonio de mí

para precaveros contra las persecuciones, no sea que cuando llegaren os inmuteis, y sean para vosotros ocasiones de escándalo. Os he hablado del odio que os tendrá el mundo, os he predicho todo lo que debe sucederos molesto, á fin de que esteis preparados para sostener los malos tratamientos que tendréis que sufrir. Mis enemigos, que por lo mismo lo serán vuestros, no se contentarán con arrojaros de sus sinagogas, y trataros como escomulgados, como impíos y hombres sin religion; les cegará la pasion hasta tal punto, que los que empaparen sus manos sacrílegas en vuestra sangre, creerán hacer un sacrificio agradable á Dios. Como por una obstinacion nacida de un error voluntario, y por una pura malicia que los tiene furiosos, no quieren conocer ni á mi Padre ni á mí; por esto ultrajarán cruelmente á los que como vosotros harán profesion de ser siervos fieles del Hijo y del Padre. Pero cuando los viéreis mas desencadenados contra vosotros, y mas encarnizados para perderos, os bastará, para no temerles, el acordaros que el Maestro á quien servis os ha predicho todas estas cosas, que nada le es desconocido, y que no os ha empeñado en su servicio sin representaros todos los peligros que estaban anejos á él, y todo lo que tendriais que padecer en él. Yo he previsto todo el mal que os sucederá, y os he dicho ya que cuidaré de enviaros el Espíritu consolador, que no solo os dará el ánimo y la fortaleza necesarios para sufrir todos los tormentos, sino que os hará sentir una dulce alegría en medio de todas vuestras penas. Por lo demás, os he hablado de este modo, á fin de que, cuando hubiere llegado el tiempo, os acordeis que os he dicho todo lo que debia sucederos.

Jesucristo anuncia á sus discípulos todos los males que deben sufrir por haberse unido á él, y de este modo sabe hacérseles fieles. ¡Buen Dios! si el mundo pudiera ser tan sincero, si fuese capaz de presentar de antemano todo lo que hay que sufrir en su servicio, ¡cuán pocos sectarios tendria! Prediciendo así el Salvador tantas cruces á los que le sirven, da bien á entender que en él solo consistiria el hacerlos dichosos segun el siglo: preciso es, pues, que sea gloria suya y ventaja nuestra que llevemos una vida paciente, una vida crucificada: las cruces, en verdad, son amargas; pero su fruto es muy dulce.

Los Griegos llaman á este dia el domingo de los trescientos diez y ocho padres del santo concilio de Nicea, porque han elegido este dia móvil para honrar su memoria, á mas de la fiesta que hacen tambien en un dia fijo del año, que es el décimo del mes de julio.

Llámase tambien este domingo entre los Latinos, y principalmente en Roma, el domingo de las Rosas, porque ordinariamente se empiezan entonces á ver florecer las rosas, que se echaban en la Iglesia en donde estaba la estacion de los fieles en este dia, sobre todo cuando el papa oficiaba en ella. Esta denominacion puede haber tenido tambien un motivo y un sentido mas espiritual y alegórico; tal vez se le llamaba el domingo de las Rosas, á causa de que el evangelio promete las flores, por decirlo así, de los consuelos mas dulces, en medio de las espinas mas punzantes y mas espesas. Las rosas nacen y se dilatan en medio de las espinas; así los discípulos de Jesucristo entre las adversidades y las cruces gozan de la alegría mas pura y del placer mas exquisito.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

O Dios omnipotente y eterno, haced por vuestra gracia que nuestro afecto y nuestra voluntad no se consagre sino á vos solo, y que sirvamos á vuestra Majestad divina con la fidelidad de un corazon sincero. Por nuestro Señor, etc.

La epistola está tomada de la primera del apóstol san Pedro, cap. 4.

Amadísimos hermanos, observad una conducta prudente, y velad en las oraciones. Pero sobre todo tened entre vosotros una caridad mutua, que nunca se resfrie, porque la caridad cubre un gran número de pecados. Practicad con gusto la hospitalidad los unos con los otros, sin dar muestras de que os incomodais. Pórtese cada uno con respecto á los demás, segun el don que ha recibido, como buenos ecónomos de los diversos dones de Dios. Si alguno habla, hágalo como un hombre que anuncia la palabra de Dios; si alguno está encargado de algun ministerio, ejérzalo como por la virtud que Dios comunica, de suerte que Dios sea honrado en todas las cosas. Por nuestro Señor Jesucristo.

NOTA.

Dirige san Pedro su epistola á las iglesias de Asia, del Ponto, de Galacia, de Bitinia, que eran muy numerosas, pero que sufrian mucho de parte de los judíos incrédulos y de los gentiles; les consuela, les instruye y les anima. Cuando dice que está cerca el dia del Señor, indica con esto la próxima ruina de Jerusalen; lo que hace creer que esta epístola se escribió en Roma entre el año 43 y 50 de Jesucristo.

REFLEXIONES.

Si alguno habla, hágalo como un hombre que anuncia la palabra de Dios. No pretende el apóstol

que todos los fieles sean predicadores, sino que quiere que todos los predicadores sean ministros fieles de la palabra que anuncian. Pretende que todas nuestras conversaciones, todos nuestros entretenimientos, todos nuestros discursos sean cristianos. Nada mas justo, nada deberia ser mas comun; ¿qué cosa mas racional que el que un cristiano no hable como pagano, sino como cristiano? Sin embargo, ¿son edificantes todos nuestros discursos? ¿En qué se entretienen en esas frecuentes conversaciones, en esas asambleas mundanas? Si alguno habla, ¿lo hace como un hombre que anuncia la palabra de Dios? esto es, ¿tiene Dios mucha parte en todas esas conversaciones? Se pasan las horas enteras en conversar; pero ¿de qué? de mil bagatelas, y muchas veces tambien de asuntos que á muy poco tiempo se reducen á nada. Un cuento, una historieta, un sueño, hé aquí lo que ocupa el descanso, por no decir la ociosidad, de ciertas personas que creen tener talento, porque saben hablar mucho sin decir nada. ¿Qué cosa mas lamentable que las conversaciones de esas tertulias brillantes, de esas mujeres mundanas, cuyo talento se agota en los discursos mas pequeños y mas vanos? Una moda, un tocador, un adorno, una joya ocupan todos esos grandes genios. Apenas pasarian entre niños entretenimientos tan frívolos y tan vacíos. Examínese de cerca, pésese lo que forma el fondo de esas conversaciones mundanas que absorben una gran parte de la vida; ¿qué es lo que se hallará en ellas de sólido, de cristiano, ni aun de racional? Si se le quita la murmuracion que es la sal de todos sus miserables pasatiempos, todo lo que en ellos se dice es tan fastidioso, tan lánguido, tan pueril, que cos-

taria trabajo creer, si no se viera, que gentes de razon fuesen capaces de ocuparse de tantas inutilidades. ¡Ah Señor! si se ha de dar cuenta de la menor palabra ociosa que se hubiere dicho, ¿qué cuenta habrá que dar de tantos discursos y entretenimientos tan poco cristianos? *De lo que abunda el corazon, habla la boca* (1). Seria, pues, muy extraño que se hablase bien cuando se vive mal. La lengua no solo da á conocer el país de donde uno es, sino tambien el vicio que tiene. ¿No se nos oye jamás hablar de otra cosa que de bagatelas, de placeres, de adornos, de negocios del mundo? señal que nuestro corazon está lleno del amor del siglo. Llenémosle del amor de Dios, hagámosle por este medio el mas rico en verdaderos tesoros. No cuesta trabajo hablar de Dios, entretenerse con Dios, cuando se le ama. Un corazon lleno del mundo, y ocupado de los deseos terrenos, se seca muy pronto luego que se habla de Dios.

El evangelio de la misa está tomado del de san Juan, cap. 15 y 16.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Cuando viniere el Consolador que yo os enviaré del seno del Padre, él que es el Espíritu de verdad, que procede del Padre, dará testimonio de mí, y vosotros tambien daréis testimonio, porque habeis estado conmigo desde el principio. Os he hablado de este modo, á fin de que no os escandalicéis. Os pondrán fuera de las sinagogas; y se acerca tambien el tiempo en que cualquiera que os hiciere perecer, se imaginará que hace un servicio á Dios. Y obrarán así con vosotros, porque no conocen ni á mi Padre ni á mí. Mas yo os he hablado de este modo, para que, cuando llegare el tiempo, os acordeis que os he dicho estas cosas.

(1) Matth. 12.

MEDITACION.

DE LAS CONTRADICCIONES Y PRUEBAS Á QUE ESTÁN EXPUESTOS LOS BUENOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es necesario que nos persuadamos que no puede dejar de cumplirse la palabra de Jesucristo: Discípulos mios, vosotros seréis maltratados, y aun se creerá que maltratándoos se hará un servicio á Dios. Aunque esta verdad se verifica todos los dias, no deja, sin embargo, de sorprender. Que el desarreglo de las costumbres excite la indignacion y la persecucion contra los libertinos; que una devocion fingida revuelva todos los humores, y encienda la bilis de todo el mundo, nada hay que sea mas justo. Los impíos y los hipócritas son objetos del odio de Dios y de la aversion de los hombres de bien; pero que se rebelen tambien contra la verdadera piedad, y que la piedad cristiana sufra una especie de persecucion en medio mismo del cristianismo, son estos unos hechos que solo la experiencia hace creibles, y que parecen opuestos á la religion, igualmente que á la razon y al buen sentido. Sin embargo, nada hay mas comun ni mas ordinario. Parece que desde que uno hace profesion de piedad, desde que se declara por la devocion, desde que se muestra siervo fiel del Señor, se hace el blanco de la malignidad del corazon humano, de las zumbas de los indevotos, de la envidia misma de los menos desarreglados, de la persecucion de los mundanos, y muchas veces hasta de la calumnia. Pondéranse los mas pequeños defectos; interprétanse en mala parte las mejores acciones; se

nos acusa de orgullo y de singularidad, inmediatamente que se advierte que somos mas regulares, mas reservados, mas virtuosos que los demás. ¿Es uno observador fervoroso de la ley, tiene un fondo solido de piedad, es verdaderamente declarado siervo de Dios? Todos le huyen; mírasele como un censor incómodo de las irregularidades de otro. Por mas aislado que esté; por mas caritativo, modesto, humilde y piadoso que aparezca; la misma virtud que se reconoce en él enardece á los mas tímidos para que digan mal de él. Cada cual conspira á mortificarle; imagínase que se hace un servicio á Dios, hartándole de sinsabores. ¿Murmúrase de una persona devota? Todos lo aplauden. ¿Preséntase en una sociedad de donde no le permite ausentarse el deber de la buena crianza? Escandalízanse de él. ¿Destiérrase de aquellas diversiones que el Evangelio proscribe, y en donde reina el espíritu del mundo? gradúasele de salvaje y enemigo de toda sociedad. ¡Cosa extraña! Hasta el aprecio que se hace de los buenos, es muchas veces una ocasion para ellos de nuevas pruebas. ¿Reconócese en una comunidad una persona de una piedad singular, esto es, mas humilde, mas mortificada que las otras, pronta á someterse á todo sin réplica? ya puede contar con todos los desahogos del desprecio. Si hay algo penoso y desagradable, si los imperfectos rehusan algun empleo, cargará sobre él. La idea que se tiene de su mortificacion hace que se considere poco su virtud. Tiénense consideraciones infinitas con los imperfectos y los indevotos, y Dios permite que apenas las haya para los mas virtuosos. A un hombre de buena voluntad se le sobrecarga con frecuencia, mientras que los que no quieren hacer

mas que lo que se les antoja están ociosos, y en su ociosidad critican á su placer todo lo que hacen los que trabajan. El amor propio padece en una suerte tan desigual; pero la virtud saca en ello su partido, y por mas incómoda que sea esta distincion, hace, no obstante, honor á la piedad. No hay razon para declamar contra esta injusticia aparente. ¿Puede hacérsenos mas honor en el mundo que ponernos al nivel, por decirlo así, con Jesucristo? Si el Señor ha sido tratado de este modo, ¿tiene derecho el siervo para quejarse de que se le trate como á su Señor? Toda virtud aplaudida es muy sospechosa. *Los que quisieren vivir piadosamente en Jesucristo, serán perseguidos.* Es menester que se verifique este oráculo. Deberíamos mas bien quejarnos cuando no tuviéramos parte en él.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si las persecuciones son amargas, el fruto de ellas es muy dulce. Es un fuego que purifica, y que, consumiendo las horruras del oro, le pone mas brillante. A la verdad, cuesta vencerse en estas ocasiones, y callar. Mil razones, todas á cual mas plausibles, se agolpan en apoyo del amor propio, y la vivacidad de nuestro espíritu fatiga mas que la malicia del espíritu de otro. Verdad es que muchas veces la moderacion de las personas virtuosas hace á los libertinos mas atrevidos para criticar y morder. Estas almas cobardes abusan de la mansedumbre y de la paciencia de las personas virtuosas para satisfacer los deseos de sus corazones malvados; con facilidad se echa de ver alguna vez que una respuesta viva, acompañada de un poco de hiel, libraría para siempre de

la persecucion; una palabra á punto aterraria á los imperfectos; pero esto seria herir la virtud, maltratando á su adversario. El silencio mismo parece que agravia á la virtud, puesto que la hace presa de la murmuracion. Todas estas razones son plausibles; sin embargo, Dios quiere que se haga el sacrificio; cuesta mucho el callar, y no es pequeña victoria el no deferir á todas estas razones. Pero ¡qué de gracias, buen Dios, son siempre el fruto de esta victoria! Un silencio exacto, una paciencia manejada entonces con prudencia sirven maravillosamente á la piedad. Dejemos á Dios la justificacion de sus siervos: no se perderá uno solo de sus cabellos, Dios se encarga de defenderlos. ¿Quién tenia mas razones y mas interés en justificarse que Jesucristo? Sin embargo, no dijo una palabra para ello. ¡Buen Dios! ¡qué bella leccion es para mí, y para todos los que sufren en vuestro servicio, vuestro silencio en medio del fuego de la mas violenta y la mas injusta de las persecuciones! Nos seria fácil confundir á todos nuestros enemigos; parece aun que seria gloria nuestra el hacer brillar nuestra inocencia, y aniquilar á todos los que con las mas negras calumnias se esfuerzan en desacreditarnos. Pero el Hijo único de Dios, el Redentor del género humano, el autor de una nueva religion tan pura, tan divina, tan santa, el rey del universo, el Mesías, Jesucristo calla, Jesucristo sufre sin decir una palabra; y despues de esto, ¿clamaremos contra la injusticia de los que nos maltratan? Este silencio tan instructivo, esta paciencia tan heróica es la que ha enseñado á callar á tantos santos; ella es la que les ha movido á pedir á Dios tan de corazon por sus perseguidores, como por los que les

hacian los servicios mas importantes. ¿Y cuándo harán impresion en nosotros estos ejemplos?

Desde ahora, Señor, porque estoy ya resuelto á mirar todas estas pequeñas contradicciones como otros tantos favores de un precio inestimable. Haced, ó Dios mio, que mis resoluciones sean eficaces, y que me crea dichoso por ser tratado como vos lo habeis sido.

JACULATORIAS.

Levantaos, Señor, y no dejeis que tome cuerpo la insolencia de vuestros enemigos. *Salmo* 9.

El pobre desahuciado de todo el mundo pone en vos, ó Dios mio, toda su confianza, y halla en vos una proteccion que le indemniza bien de todo lo que ha sufrido de los hombres. *Salmo* 9.

PROPOSITOS.

1.° ¿Habeis tomado el partido de servir á Dios sin consideracion y sin reserva? dice el Eclesiástico; esperad muchas y crudas pruebas; porque no se esperan segun se debia, por eso se sienten algo mas. Es un error el mirar las contradicciones, los amargos sinsabores que se hallan en el camino de la perfeccion como obstáculos pesados que hacen el camino mas malo, ó á lo menos mas difícil. Son espinas que sirven de vallado, y que rechazan todo lo que es enemigo y que puede dañar. Guardaos bien de temer lo que prueba la virtud, lo que la alimenta, y lo que le hace honor. Mirad esos sinsabores, esas zumbas, esos desprecios que hacen de vosotros los que odian mas vuestra virtud que vuestra persona; mirad, repito,

las pequeñas mortificaciones que os procuran como un beneficio insigne que os hacen, é imponeos una ley de no quejaros nunca de él.

2.° Es una cobardía criminal, y aun indigna de un hombre de bien el omitir el bien y la práctica de la virtud, temiendo las burlas de los libertinos y de los mundanos. Guardaos bien de justificaros ó de quejaros. Esto seria lo mismo que si alguno se acalorase mucho para mostrar que no es un defecto reprensible el tener una nariz y dos ojos. En estos lances guardad un profundo silencio; perseverad en vuestros ejercicios de piedad sin decir una palabra; conducios siempre en ella por un motivo puro, y practicadla del modo mas perfecto. No desprecieis las burlas de los mundanos por orgullo, pero no hagais caso de ellas por virtud. Tener demasiada sensibilidad en esto es señal de una virtud muy débil, y muchas veces aun de una virtud falsa.

DOMINGO DE PENTECOSTES.

La fiesta de Pentecostés cristiana fué figurada por la de la Pentecostés judaica. Es la única, con la de la Pascua, cuyo verdadero orígen encontramos en el antiguo Testamento, y cuya institucion inmediata, por consiguiente, podemos atribuir al mismo Dios, que mandó celebrar la Pascua y la de Pentecostés á su pueblo como las dos principales solemnidades del culto religioso que debia tributarle.

La fiesta de Pentecostés, dice Eusebio, es la mas grande de todas las del año. En efecto, ella es la perfeccion de la grande obra de la redencion, la consumacion de todos los misterios de la religion, la publicacion solemne de la nueva ley, y como el último sello de la nueva alianza. El Espíritu Santo ha sido enviado, dice san Agustin, á fin de que la virtud de este mismo espíritu consumase lo obra que el Salvador habia comenzado, para que conservase lo que el Salvador habia adquirido, y para que acabase de santificar lo que el Salvador habia rescatado.

Entre todas las criaturas no hay ninguna, dicen los padres, que haya llamado mas la atencion de Dios, por decirlo así, ni que le haya costado tanto como el hombre. Diríase que todas las tres personas divinas se han complacido en perfeccionarle y hacerle admirable, y hacerse admirar ellas mismas en esta obra maestra. El Padre le bosquejó, si podemos explicarnos de este modo, criándole; el Hijo le perfeccionó

rescatándole; y el Espíritu Santo le ha concluido santificándole. El Padre formando al hombre, dice un piadoso orador cristiano, le dió la razon para conocer, el apetito para amar, la libertad para obrar con mérito; el Hijo reformando á este mismo hombre, le ha dado la fe para conducir su razon, la caridad para rectificar su apetito, la gracia para fortificar su libertad; y el Espíritu Santo, para dar las últimas pinceladas á esta obra, añade la inteligencia á la fe, el ardor y el zelo á la caridad, y la fortaleza y la magnanimidad á la gracia: de suerte que puede decirse que el Padre nos ha hecho hombres; que por Jesucristo hemos llegado á ser cristianos; y que el Espíritu Santo es el que nos hace santos, y en esto es, en algun modo, en lo que estriba todo el fondo de este gran misterio.

La descension del Espíritu Santo sobre los apóstoles, que es el motivo de la solemnidad de este dia, es propiamente la fiesta de la consumacion de todos los misterios de la religion, la época célebre de la publicacion de la ley y del establecimiento de la Iglesia. Esta Iglesia habia sido formada por Jesucristo antes de su ascension al cielo; pero estaba todavía, por decirlo así, en la cuna durante los diez dias en los que los apóstoles y los discípulos estaban encerrados en el cenáculo; hasta el dia de Pentecostés no se mostró por primera vez al público esta esposa de Jesucristo; en aquel dia tomó como posesion de la herencia prometida á los descendientes de Abrahan, y entró en todos los derechos que habia perdido la sinagoga, y en todas las prerogativas que el Salvador le habia concedido. Justo, pues, era que fuese una de las mas solemnes. No se duda, segun se ha dicho,

que los mismos apóstoles la hayan instituido por sí mismos entre los primeros fieles, por el interés que tenian de no dejar en el olvido un acontecimiento tan glorioso para ellos y tan ventajoso para la Iglesia. San Lucas refiere la ansia que tenia san Pablo de hallarse en Jerusalen para celebrar la fiesta de Pentecostés; es muy probable que seria la Pentecostés cristiana, puesto que no se ve que los apóstoles hayan celebrado las fiestas de los judíos.

Nunca hubo una analogía mas perfecta entre la figura y la realidad que la que se halla entre la fiesta de Pentecostés de los judíos y la de los cristianos. La primera fué prescrita para el dia quincuagésimo despues de la ceremonia de la Pascua ó del cordero pascual; y la segunda se celebra el dia quincuagésimo despues de Pascua. Aquella fué, segun los padres, la publicacion de la ley de Dios, hecha sobre la montaña del Sinaí el dia quincuagésimo, entre el ruido de los truenos, de los relámpagos y de las trompetas, que fué el motivo principal de la Pentecostés judaica: esta es la publicacion de la ley nueva, dada á los apóstoles por el Espíritu de verdad al cabo del mismo número de dias, entre el ruido de un viento impetuoso y entre el brillo relumbrante de una exhalacion inflamada, que es lo que hace el principal objeto de la fiesta de Pentecostés de los cristianos. San Agustin prueba por la misma Escritura, que el dia de Pentecostés, esto es, el quincuagésimo despues de Pascua, fué el en que se dió á Moisés la ley de Dios sobre la montaña del Sinaí. En el dia de Pentecostés fué cuando se cumplió la promesa que Dios habia hecho en otro tiempo por el profeta Jeremias, cuando dijo que nos daria una nueva ley mucho mas perfecta

que la primera, que tantas veces habia sido violada. Pero hé aquí la nueva alianza que, cuando llegare el tiempo, haré yo con la casa de Israel. No la escribiré en tablas de piedra; la imprimiré, la escribiré yo mismo en el corazon. No se me servirá ya con un temor servil, sino por amor: yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. El profeta Ezequiel anuncia tambien, y expresa este gran misterio en términos todavía mas claros y mas precisos: Derramaré, dice el Señor, sobre vosotros una agua pura, y quedaréis purificados de todas vuestras inmundicias: alude á las diferentes aspersiones usadas entre los judíos, las cuales purificaban de las inmundicias legales, y eran figuras del bautismo y de la penitencia, que nos lavan de nuestras iniquidades en virtud del mérito de la sangre de Jesucristo, y por la aspersion invisible del Espíritu Santo y de su gracia. Entonces os daré un corazon nuevo, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros; os quitaré ese corazon de piedra, ese corazon duro, ingrato, indócil; os daré un corazon flexible, dócil, reconocido; os daré, en fin, mi espíritu, y entonces os agradará mi ley, y marcharéis con alegría por el camino de mis preceptos: nada se os hará difícil en mi servicio, y guardaréis mis mandamientos con fidelidad y con alegría. Todas estas predicciones se han verificado exactamente, y se han cumplido tan visiblemente estas promesas en el dia de Pentecostés por la venida del Espíritu Santo, que no se necesitan, al parecer, mas que las luces de la razon para quedar convencidos de la publicidad y de la verdad de este gran misterio, el cual se ha cumplido de la manera siguiente.

Habiendo llevado el Salvador á sus apóstoles y dis-

cípulos al monte de los Olivos el dia de su gloriosa ascension para que fuesen testigos de su triunfo, les prometió que les enviaria el Espíritu consolador, el cual derramaria sobre ellos todos sus dones, que quedarian llenos de ellos, y entonces comprenderian todas las verdades que les habia enseñado; que abrasados entonces con este fuego divino, iluminados con las luces mas puras de la gracia, se verian animados de un valor que no conocian, de una fortaleza que les haria sobrepujar sin trabajo todos los obstáculos; que predicarian con una santa libertad y un resultado maravilloso su nombre y su Evangelio en medio de Jerusalen, en toda la Judea, la Samaria y por toda la tierra: pero les dijo que, para prepararse á recibir un don tan grande del cielo, les mandaba que fuesen á encerrarse en Jerusalen, y que pasasen allí los diez dias que restaban en retiro y en oracion. Ejecutóse esta órden religiosamente y con puntualidad. Habiendo subido Jesucristo al cielo del modo que hemos dicho, en el dia de la Ascension, se retiraron á Jerusalen, y se encerraron en una gran casa que habian elegido para lugar de su retiro todos los once apóstoles y los demás discípulos en número de cerca de ciento y veinte, en que consistia entonces toda la Iglesia, teniendo á su cabeza á la santísima Vírgen, la cual constituia entonces todo su consuelo. El paraje mas santo de aquella casa era el cenáculo, que era una gran sala en un lugar retirado en lo mas alto de la casa, lejos del tumulto, y á propósito para hacer oracion. Esta sala fué la primera iglesia de los cristianos, en donde celebraban sus asambleas, en una de las cuales se resolvió llenar en el colegio apostólico la plaza vacante por la apostasía y por la muerte

del traidor Judas, habiendo quedado elegido san Matías para llenarla.

Habiendo llegado el dia de Pentecostés. Era esta una de las tres principales fiestas de los judíos. En aquel dia ofrecian á Dios panes hechos con los primeros frutos de la nueva cosecha. Llamábase esta fiesta *Pentecostés* ó *quincuagésimo dia*, porque se celebraba el dia quincuagésimo despues de la fiesta de Pascua, como ya se ha dicho, en memoria de haber dado Dios su ley sobre el monte Sinaí, cincuenta dias despues de la primera Pascua y la salida de Egipto. Hallábanse reunidos todos los discípulos con la madre de Dios en el sitio en donde acostumbraban hacer su oracion, á las nueve de la mañana. En medio de su oracion se oyó repentinamente un gran ruido, como de un viento impetuoso, que hizo temblar toda la casa, el cual se oyó en toda la poblacion. Este ruido, este viento, esta impresion sensible eran símbolos de la presencia de la divinidad; como en otro tiempo en el Sinaí los truenos, los relámpagos y la montaña que humeaba manifestaban la majestad de Dios que en cierto modo se sensibilizaba á todo el pueblo. Mas prodigioso aun fué lo que sucedió al mismo tiempo. El viento ó torbellino que venia del cielo fué acompañado de una especie de globo de fuego, cuyas llamas, separándose repentinamente en forma de lenguas de fuego, se esparcieron sobre toda aquella santa congregacion, y se fijaron sobre la cabeza de cada uno de ellos. No era un fuego real y material, solo eran signos exteriores y apariencias sensibles de los efectos que el Espíritu Santo producia interiormente en cada uno de los discípulos, y que debia producir en el corazon de los primeros fieles llenándolos de sus dones.

En efecto, todos los apóstoles y discípulos llenos del Espíritu Santo se sintieron en el mismo instante abrasados todos de aquel fuego divino, ilustrados con luces sobrenaturales que les daban una inteligencia perfecta de los misterios mas altos y de las verdades mas sublimes, animados de un valor y de un santo atrevimiento desconocido para ellos; en fin, como mudados de pronto en otros hombres.

Jerusalen estaba entonces llena de un gran número de judíos, que de todas partes habian concurrido allí para solemnizar la fiesta de Pentecostés; pues, aunque la distancia de los lugares pudiera dispensarles de hallarse en Jerusalen, aun en los dias de las grandes festividades, habia, sin embargo, muchos á quienes traia á ellas su piedad y devocion, y aun por esto les llama la Escritura *viri religiosi*, hombres afectos á la religion. Estos judíos forasteros se unieron á los de la ciudad, y acudieron al ruido que habian oido, de modo que el cenáculo ó la casa se vió muy pronto rodeada de una multitud cuasi infinita de gentes de toda suerte de naciones. Los apóstoles que no deseaban mas que comunicar el fuego divino de que estaba su corazon abrasado, no esperaron á que les sacasen de su retiro, ellos mismos se presentaron delante de todo aquel pueblo allí reunido, el cual quedó extraordinariamente sorprendido al ver á aquellos pobres pescadores, que apenas sabian la lengua del país, gentes idiotas, estúpidas y groseras, predicar públicamente á Jesucristo con un valor, una elocuencia y una uncion, que movia á todo el mundo; y creció mucho mas el asombro, cuando todos aquellos diferentes pueblos, cada uno de un idioma tan diverso, advirtieron que cada uno les entendia, no obstante

que no hablaban mas que una sola lengua, que era la siriaca. El don de lenguas que entonces recibieron todos los que habian recibido el Espíritu Santo, consistia en que podian entender y hablar las diferentes de los pueblos con quienes debian tratar; y lo que hay aun mas portentoso es que, hablando ellos una sola lengua, les entendian todos los diferentes pueblos que les escuchaban, de modo que cada uno creia que hablaban la lengua de su país, sin que hablasen mas que la suya que era la siriaca. Verificáronse, pues, entonces dos milagros en los apóstoles, el uno que hablasen en griego, en persa y en romano, cuando hablaban á un griego, á un persa, ó á un romano en particular: el otro, que hablando á todos estos diferentes pueblos en general, cada uno de ellos les oyese hablar su lengua, no obstante que en realidad no hablaban entonces mas que la suya nativa. Esto fué lo que asombró á aquella multitud, y lo que les obligó á exclamar en medio de su asombro: ¿Qué es esto? ¡Jamás se ha visto cosa semejante! *Estas gentes ¿no son todos galileos? ¿Cómo, pues, les oimos hablar la lengua de nuestro pais?* Nosotros, á la verdad, todos somos judíos, si no de nacimiento, al menos de religion; pero somos de país y de idioma muy diversos: los unos son Partos, los otros Medos, muchos son Persas, los hay de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, de la provincia del Ponto, de la Asia menor, de Frigia, de Panfilia, de Egipto y de la Libia que está próxima á Cirene; muchos han venido hasta de Roma, algunos de la isla de Creta ó de la Arabia; pero todos cuantos estamos aquí, ya judíos naturales, ya prosélitos, esto es, gentiles que han abrazado el judaismo, les hemos oido, cada uno en

nuestra lengua, exaltar y publicar las maravillas incomprensibles que Dios ha hecho, y de que no habiamos oido nunca hablar. Tan grande fué su sorpresa, que se miraban unos á otros, y poseidos de una admiracion que les embargaba, se preguntaban: ¿Qué quiere decir todo esto?

Habiendo advertido san Pedro la extrañeza que esta maravilla causaba en todos los ánimos, levantó la voz para que todos le oyesen; y como vicario de Jesucristo y cabeza visible de la Iglesia, comenzó á desenvolver el misterio que se cumplia: Vosotros todos, les dice, que os gloriais de haber nacido judíos, ó que habeis abrazado el judaismo, y que estais hoy reunidos en Jerusalen, escuchadme. La causa de estas maravillas de que sois testigos, y que os causan tanta admiracion, no es lo que algunos de vosotros piensan; lo que tanto admirais en nosotros, y todo lo que acabais de oir no es un efecto de embriaguez; vosotros sabeis que en los dias festivos, como es el que celebramos, no nos es permitido beber ni comer antes del mediodia, y todavía no son mas que las nueve. Sabed, pues, que aquí se cumple la promesa que el Señor habia hecho á su pueblo por su profeta Joel, de que en los últimos tiempos haria que descendiese su Espíritu sobre toda carne, sobre sus siervos y siervas; que les daria el don de profecía, el de milagros, y que les colmaria de sus dones (los términos profecía, sueño, vision, significan aquí en general todo género de revelaciones y de dones particulares del Espíritu Santo): todo esto acaba de cumplirse en la persona de aquellos en quienes acabais de admirar tantas maravillas. En seguida, aprovechándose el santo apóstol de la disposicion en que se hallaba el

pueblo, y de la atencion con que se le escuchaba, les hizo un discurso tan sólido, tan enérgico, tan patético, que no se sabia si el que hablaba era un hombre, ó era un ángel. Prueba en él sobre todo la divinidad de Jesucristo de la manera mas eficaz del mundo; les dice todo cuanto es capaz de persuadirla á los mas incrédulos; recorre todas las pruebas, la establece sobre el testimonio de los profetas, y su raciocinio no admite réplica. No disimula su felonía y su deicidio en la persona de su Salvador, del verdadero Mesías á quien han crucificado; demuestra su gloriosa y triunfante resurreccion; en la Escritura santa encuentra toda la historia evangélica hasta la descension del Espíritu Santo; en ella halla todas las circunstancias de que está acompañado este último misterio; hace valer los textos que cita, desenvuelve el verdadero sentido de las figuras que refiere, descubre el sentido que encierran oculto, apoya su explicacion con raciocinios tan fuertes, tan concluyentes y tan justos, que se diria que habia envejecido en el estudio de los libros santos, y que se habia formado por un largo uso en el ejercicio de hablar y de discurrir, segun todas las reglas de la elocuencia. Aun cuando no hubiera habido otra maravilla que esta en el misterio de este dia, hubiera sido suficiente para convencer á los espíritus mas incrédulos.

Pedro, aquel pobre pescador, aquel hombre tan ignorante y tan grosero, que jamás supo otra cosa que manejar unas redes, que cuasi ha envejecido en una barca y en la pesca; aquel apóstol tímido y cobarde hasta negar á su buen Maestro á la sola reconvencion de una criada ó de un criado; Juan, Santiago, Bartolomé, Tomás, Andrés y todos los demás

apóstoles de una condicion tan vil, de un talento tan craso, de una ignorancia todavía mas crasa, convertirse en el momento que han recibido el Espíritu Santo en los doctores mas profundos y mas ilustrados, en los predicadores mas persuasivos y mas elocuentes, en los héroes mas magnánimos de toda la antigüedad, en los oráculos del mundo, tan penetrados de las luces de Dios, y tan consumados en la ciencia del reino de Dios, como habian sido hasta entonces ignorantes, llenos de errores é incrédulos; ¿no fué en verdad una mutacion de la mano del Altísimo, el verlos en Jerusalen predicando verdades, que habian hecho profesion no solo de no creer, sino de contradecir, mientras que no hubieron recibido el Espíritu Santo? ¿Qué trabajo no le costó al divino Maestro para hacerles entender la doctrina celestial que habia venido á establecer sobre la tierra á pesar del cuidado que puso para darles una inteligencia perfecta de ella? Todo lo que miraba á su divina persona era aun oscuro para ellos; su humildad les chocaba, su cruz era para ellos un escándalo, no concebian nada de sus promesas; en lugar de la verdadera redencion que debian esperar de él, se figuraban una quimérica, esto es, una redencion temporal, cuya vana esperanza les seducia. Hé aquí quiénes eran estos hombres groseros, ignorantes y carnales antes de haber recibido el Espíritu Santo. Sí, dice san Juan Crisóstomo, estos son los sugetos que elige el Espíritu Santo para hacer de ellos los doctores de la religion y los oráculos del mundo; de este carácter era menester que fuesen. Si hubieran sido menos idiotas y menos groseros, no hubieran ofrecido una prueba tan brillante y tan convincente de la divinidad de

Jesucristo, de la virtud omnipotente del Espíritu Santo, de la verdad y de la autenticidad de nuestra religion, y de la santidad y de la veracidad de su doctrina.

Así es que esta maravilla hizo desde luego tanta impresion en los ánimos, que el fruto de esta primera predicacion de san Pedro fué la conversion de tres mil personas. Nadie ignora los prodigios admirables que siguieron á esta. ¡Qué de milagros y qué de conversiones milagrosas en medio mismo de Jerusalen! ¡Qué de portentos en toda la Judea, la Samaria y en todo el mundo consiguientes á la palabra de Jesucristo! Eran menester milagros para establecer la Iglesia de Jesucristo: no faltarán tampoco milagros en todos tiempos en esta Iglesia; pero ¿no puede decirse que el establecimiento y duracion de esta misma Iglesia es un milagro subsistente, el mas grande, el mas patente y el mas convincente de todos los milagros?

Doce pobres pescadores, tales como acaban de pintarse, sin armas, sin dinero, sin arte, sin apoyo, forman el designio de establecer en todo el mundo una nueva religion, y comenzar destruyendo y proscribiendo todas las demás religiones de todo el mundo. Propónense el hacer adorár en toda la tierra no mas que á un solo Dios en tres personas, esto es, tres personas realmente distintas, cada una Dios como la otra, sin que haya ni pueda haber mas que un solo Dios; hacer creer que este Dios se habia hecho hombre, que habia muerto en una cruz para rescatar á los hombres, que, habiendo resucitado al tercero dia, cuarenta dias despues habia subido al cielo, de donde debia volver aun al fin de los siglos

para juzgar á todos los hombres, recompensando con una felicidad eterna á los que, habiendo creido todas estas verdades, y observado sus mandamientos, hubiesen muerto en su gracia, y para castigar con el mas horrible y el mas inimaginable de todos los suplicios por toda la eternidad á los que hubieren muerto en estado de pecado mortal. Si á lo menos á esta incomprensibilidad de los dogmas se hubiesen propuesto agregar una moral dulce, sensual, voluptuosa, acomodada á los sentidos, y tan carnal como la que reinaba tantos siglos habia en todo el universo, hubiera podido creerse que se hallarian gentes que hubieran dicho: Déjesenos vivir como queramos, y nosotros creeremos todo lo que se quisiere. Pero la moral que han resuelto hacer abrazar es, á la verdad, la mas santa que puede imaginarse, la mas pura, la mas racional; pero al mismo tiempo la mas austera, la mas contraria al amor propio, la mas enemiga de la sensualidad y de los sentidos. Los hombres son naturalmente soberbios; y esta nueva religion quiere que el fundamento del edificio espiritual en todos los que la sigan sea la humildad mas profunda. Los hombres son carnales, naturalmente entregados á sus pasiones, esclavos de su amor propio, y todos nacen con la inclinacion al pecado; son naturalmente afeminados, voluptuosos, interesados, vengativos, coléricos: la nueva moral exige una mortificacion continua, una pureza sin mancha, un desinterés perfecto; una caridad universal, compasiva, benéfica, una dulzura y una paciencia que se extienda hasta perdonar de todo corazon las injurias mas atroces; exige, en fin, esta moral una vida en todo santa, siempre crucificada, jamás indulgente con los

sentidos, con el amor propio, ni con la menor de las pasiones. Decir, pues, que doce pobres pescadores, los mas ignorantes, los mas desnudos de todos los talentos, los mas viles, los mas despreciables de todos los hombres se proponen hacer creer todo esto, hacer abrazar todo esto; y ¿á quienes? á los Romanos, á los Escitas, á los Persas, á los Indios, á los Egipcios, á los Africanos, á los Galos, en una palabra, á todos los pueblos de la tierra habitable; esta sola proposicion hace reir, y parece á la razon sola una extravagancia lastimosa, una locura que da compasion. Sin embargo, este designio que formaron los apóstoles desde el dia mismo de Pentecostés, por mas extravagante, por mas imposible que entonces pareciera, se ha ejecutado, y nosotros vemos el milagro. Todos estos pueblos han creido, han abrazado esta ley santa, se han sometido á esta moral austera, á pesar de la corrupcion del corazon humano, sin embargo del orgullo del espíritu, no obstante todas las preocupaciones del interés y del nacimiento. La religion cristiana ha visto espirar el paganismo en medio de los fuegos que por todas partes se encendian para exterminar á los cristianos. La sangre de mas de diez y seis millones de mártires ha sido como la semilla de los fieles. No solo han abrazado la fe las ciudades, hasta los mas vastos desiertos se han poblado de santos anacoretas. La cruz se ha plantado hasta sobre la corona de los emperadores, y ha hecho su mas bello ornamento. Despues de esto ¿se buscará ó se pedirá un milagro mayor? Este milagro es permanente, él subsistirá hasta la consumacion de los siglos, y este milagro es el efecto maravilloso de la descension del Espíritu Santo en este dia. Tal ha sido

la virtud del misterio que celebramos, tal el fruto de la fiesta de Pentecostés. ¿Extrañaremos que la Iglesia la celebre con tanta solemnidad, y que con Eusebio la haya llamado con razon la mas grande de todas las festividades del año?

El introito de la misa de éste dia es como el compendio de todo este gran misterio. Está tomado del primer capítulo del libro de la Sabiduría, y no hay cosa mas clara ni mas expresiva. *El Espíritu Santo del Señor*, dice, *ha llenado todo el universo; y como él contiene en si todas las cosas, tiene la inteligencia de todas ellas, y sobre todo de todas las lenguas*; y este don milagroso es el que ha comunicado á todos aquellos sobre quienes descendió, y á quienes llenó en este dia de sus dones. Bendigamos sin cesar á la Trinidad adorable, y démosle eternas gracias por un beneficio tan grande; bendigamos al Padre de quien procede este Espíritu Santo, al Hijo que nos le ha enviado, al mismo Espíritu Santo que se ha dignado llenar hoy á todos los apóstoles y á todos los discípulos, y que anima todavia á toda la Iglesia y la animará en todos tiempos. *Levántese Dios*, prosigue, *y disipense sus enemigos;* muéstrese este Dios omnipotente, *y huyan delante de él los que rehusan obedecerle, y sacuden el yugo de sus leyes.* Es este el principio del salmo 27, el cual debe entenderse de la venida de Jesucristo ó del Espíritu Santo, de sus victorias, de los misterios cumplidos en la persona del Salvador y del establecimiento de la Iglesia por sus apóstoles. Hace relacion en él el profeta de diversos prodigios del antiguo Testamento, que fueron la figura de lo que debia suceder en el nuevo. Ninguna cosa podia convenir mejor á la festividad.

La epístola del dia contiene la historia del misterio, segun que acabamos de contarla; y el evangelio está tomado del discurso que Jesucristo hizo á sus apóstoles la víspera de su muerte despues de la última cena, como lo refiere san Juan. *Si alguno me ama*, dice el Salvador, *pondrá en práctica mi palabra : mi Padre le amará, le visitaremos y estableceremos en él nuestra morada.* Acababa de hacer el Salvador un admirable discurso á sus apóstoles para prevenirles en órden á la ignominia de su muerte, y para consolarles de su ausencia les habia prometido que obtendrian todo lo que pidieren en su nombre, y que él les enviaria del seno de su Padre otro consolador, que era el Espíritu Santo. Acababa tambien de decirles que el que le amase seria amado de su Padre, que él mismo le amaria tiernamente y se daria á conocer de él. Dicho esto, san Judas se tomó la libertad de decirle : ¿En qué consiste, Señor, que os ocultais á las gentes del mundo, y os dignais manifestaros á nosotros? Esto lo hago, respondió el Salvador, porque los que me aman guardan mis preceptos, y se conducen segun mis máximas. Por esto ganarán de tal modo el corazon de mi Padre y el mio, que no solo vendremos á ellos, sino que estableceremos en ellos nuestra morada por la gracia de la perseverancia que les concederemos. Da aquí razon Jesucristo por qué no se da á conocer al mundo, esto es, á los mundanos, á las gentes que no viven mas que segun el espíritu del mundo, de la manera con que promete darse á conocer á sus apóstoles. Esto es, porque el mundo no le ama, y la señal de que el mundo no le ama es que no guarda sus mandamientos. Esta doctrina celestial que yo he venido á enseñar á la tierra, les

dice, no es, sin embargo, mia solamente, es tambien la palabra y la doctrina de mi Padre; ella nos es comun á los dos. Esto, añade el Salvador, es todo lo que yo tenia que deciros antes de dejaros; pero el Espíritu Santo, este divino Consolador que mi Padre debe enviaros en mi nombre y á peticion mia; el Espíritu Santo, digo, que os servirá de maestro en mi lugar, os recordará oportunamente y os dará la inteligencia perfecta de las verdades que os he enseñado, y que no habeis podido comprender. Él os desenvolverá todos estos grandes misterios tan superiores al entendimiento humano; os hará comprender las grandes verdades de la religion, que ahora os parecen paradojas; os dará la inteligencia y el verdadero sentido de todas las figuras de la Escritura, y de todas las alegorías y parábolas de que yo mismo me he servido para acomodarme al alcance tan limitado de vuestro entendimiento, naturalmente craso y grosero. Estas luces sobrenaturales, esta perfecta inteligencia será uno de los principales dones del Espíritu Santo, al cual mi Padre y yo hemos como dejado la última perfeccion de la obra de la redencion, que es propiamente mi obra. *Yo os dejo la paz.* Dejar ó dar la paz en el estilo de los Hebreos es saludarse y desear todo género de prosperidades. Jesucristo al dejar á sus apóstoles les da, no una paz como la que el mundo da, que no consiste mas que en vanos deseos de bienes frívolos y pasajeros; la paz que yo os doy, les dijo, es una paz sólida y eficaz que lleva consigo la seguridad de recibir todos los bienes que podeis desear. Gozad tranquilamente de esta dulce paz, y guardaos de dar entrada en vuestro corazon á la inquietud y al temor por mi salida de este mundo.

Si mirais á vuestro propio interés, acordaos que yo os he dicho que no os dejo sino para volver muy pronto á vosotros; y si el amor que me teneis os hace desear lo que me es mas ventajoso, teneis motivo para regocijaros, puesto que no os dejo sino para ir á mi Padre, al cual en cuanto hombre soy inferior en dignidad, en poder y en perfeccion; pero que quiere darme en su reino tanto mas honor, cuanto menos he recibido en el mundo. Es claro que en todo lo que aquí dice el Salvador, no habla de sí mismo mas que en cuanto hombre: habia hablado bastante de su divinidad, por la que es en todo igual á su Padre, puesto que el Padre y él no son mas que uno. Y cuando dice aquí, *el Padre es mayor que yo*, no habla de sí mas que como hombre, ni tampoco estaban afligidos los apóstoles sino de su separacion como hombre. *Os he dicho esto ahora*, prosigue, y he creido deberos advertir con tiempo de mi vuelta á Dios mi Padre, no para afligiros, ni para endulzar mis penas, excitándoos á que tomeis parte en ellas, sino *á fin de afirmaros en la fe sobre lo que mira á mi persona y mi doctrina.* Nada prueba mejor que el que ha hablado es Dios, que el cumplimiento de lo que ha predicho con todas sus circunstancias. Por lo demás, estad bien persuadidos que haga lo que hiciere el demonio, este pretendido príncipe de este mundo; haga lo que hiciere contra mí y contra vosotros por el ministerio de los que se han hecho esclavos suyos, él no tiene poder alguno con respecto á mí, y que aun el que ejerza su malicia sobre mis siervos, es solo porque yo se lo permito para procurarles mayor mérito. Por tanto, quiero permitirle que se encarnice contra mí, á fin de que el mundo vea hasta qué punto amo yo á mi Padre, pues

deseando él que yo satisfaga plenamente á su justicia por los pecados de los hombres con la efusion de mi sangre, y que los rescate con mi muerte en la cruz, yo no padezco ni muero sino por hacer su voluntad y agradarle. Si muero, no moriré sino porque quiero, y á fin de conformarme en esto con la voluntad de mi Padre, y para que el mundo sepa que amo á mi Padre, y que ejecuto puntualmente las órdenes que me ha dado. Ni vosotros debeis olvidar jamás lo que os he dicho en el principio, esto es, que por la observancia exacta de los preceptos se prueba el amor.

La fiesta de Pentecostés no se termina con este solo dia; continúa toda la octava, lo que dió motivo á que estos siete dias se llamasen una semana de fiestas, del mismo modo que sucedia antiguamente con la semana de Pascua. El mismo tiempo pascual debia al parecer concluir en la vigilia de Pentecostés en la que se comienza ya á ayunar; pero como la vigilia de Pentecostés era el dia solemne en que la Iglesia conferia el bautismo, del mismo modo que el Sábado santo, y con la misma solemnidad, se continuó en favor de los neófitos la solemnidad de la Pascua toda la semana de Pentecostés. Hacíaseles venir al oficio todos los dias; cantábase un cántico de alegria por su nacimiento espiritual; decíase la *alleluia* todo este tiempo, y para no fatigarles se abreviaba el oficio, y de aquí es que el oficio de la semana de Pentecostés no tiene mas que un nocturno, esto es, tres salmos y tres lecciones, y en la nona del sábado siguiente es cuando concluye el tiempo pascual.

Asegúrase que desde el principio inmediatamente despues de la descension del Espíritu Santo sobre los

apóstoles, la casa en donde habia acaecido esta maravilla se convirtió en iglesia, la cual propiamente es la primera iglesia de los cristianos : confírmalo san Cirilo, obispo de Jerusalen, que vivia en el siglo IV, y la llama la Iglesia de los Apóstoles; y san Epifanio testifica que fué exenta como milagrosamente en el saqueo de la ciudad en tiempo de Tito. Y era comun opinion que san Estéban y los otros diáconos habian sido ordenados en esta iglesia, en la que los apóstoles congregaban todos los primeros fieles.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

O Dios que habeis instruido é iluminado en este dia los corazones de los fieles, derramando en ellos la luz del Espíritu Santo; haced que el mismo Espíritu ilustre nuestras almas por la impresion de su verdad, y que las consuele sin cesar por una santa y celestial alegría. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epistola está tomada de los Hechos Apostólicos, cap. 2.

Completos ya los dias de Pentecostés, estando todos los discípulos congregados en un mismo lugar, se oyó repentinamente venir del cielo como el ruido de un viento impetuoso, que resonó en toda la casa en que habitaban. En el mismo momento aparecieron como lenguas de fuego dispersas que se fijaron sobre cada uno de ellos. Quedaron entonces todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en diferentes lenguas, segun les hacia hablar el Espíritu Santo. Hallábanse en Jerusalen judíos de todas las naciones que están debajo del cielo, gentes afectas á la religion. Al ruido que se habia hecho, se juntó una multitud innumerable, la cual quedó admirada al oir que cada uno de los discípulos hablaba á cada uno en su lengua. Todos pasmados y llenos de asombro decian : ¿Por ventura estas gentes que hablan, no son todos galileos? ¿Cómo es que cada uno de

nosotros les hemos oido hablar la lengua de nuestro país nativo? Partos, Medos, Elamitas, los que habitan la Mesopotamia, la Judea, la Capadocia, el Ponto, el Asia, la Frigia, la Panfilia, el Egipto y los cuarteles de la Libia en las cercanías de Cirene, y los que han venido de Roma; los judíos como los prosélitos, los de Creta y los de Arabia, todos acabamos de oirles referir en nuestras lenguas las cosas maravillosas que Dios ha hecho.

NOTA.

El libro de los Hechos de los Apóstoles contiene la historia de la Iglesia desde el dia de la Ascension del Salvador hasta la libertad de san Pablo, dos años despues de su llegada á Roma, esto es, un espacio de treinta años, desde el 33 hasta el 64 de Jesucristo, ó sea desde el año 20 de Tiberio hasta el 9 de Neron.

REFLEXIONES.

Quedaron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en diferentes lenguas. Háblase siempre un lenguaje nuevo cuando se ha recibido el Espíritu Santo. Produce este Espíritu en el alma una luz tan viva, una inteligencia tan pura de las cosas sobrenaturales, luce en ella una claridad tan resplandeciente, que, pensando absolutamente de otro modo que habia pensado hasta entonces, no es extraño que hable una lengua diferente. ¡Qué acontecimiento mas singular! pero ¡qué mutacion mas admirable! Un puñado de gentes de un nacimiento oscuro, de una educacion todavía mas baja, de un genio aun mas duro y mas grosero, sin conocimiento de las letras, sin ninguna tintura de los misterios de la Escritura, criados en una ignorancia crasa de la ley, á quienes Jesucristo mismo apenas habia desbastado en tres

años de instrucciones, de lecciones, de cultura; una mano tan buena podia sin duda formarlos, ilustrarlos, pulirlos; pero era necesario un milagro para mudarlos y para hacerlos siquiera hombres un poco menos groseros, discípulos un poco mas racionales y un poco menos indóciles. Jesucristo no juzgó á propósito hacer este milagro; dejó al Espíritu Santo que lo hiciese, y que por medio de él diese la última mano á la obra de nuestra santificacion y al establecimiento de la Iglesia que era como su obra maestra. En efecto, no bien habia aparecido el Espíritu Santo, tan pronto como los apóstoles y los discípulos quedaron llenos de él, inmediatamente brilló en ellos, estalló, resplandeció de todas maneras el fuego sagrado de que habian sido abrasados. Aquellos ignorantes se transforman en el momento en doctores profundos, profetas iluminados, maestros célebres de la vida espiritual, y en oráculos de todo el universo. ¡Qué ánimo, qué intrepidez, qué magnanimidad mas heróica! no temen ya las acusaciones ni las reconvenciones de una criada, arrostran los peligros mas espantosos, desprecian los tormentos mas terribles, se presentan sin temor delante de los tribunales mas pavorosos, y en ellos predican animosamente la divinidad de Jesucristo, la gloria de sus humillaciones y de su muerte en la cruz, y todo lo que hay de mas opuesto á las pasiones y á los sentidos en la moral cristiana. Menester era un milagro semejante para establecer en el mundo una religion toda divina; pero todos estos milagros eran frutos necesarios del Espíritu Santo. ¿Reconocemos en nosotros iguales frutos? Ellos, pues, han de ser los que nos indiquen si hemos recibido el Espí-

ritu Santo. ¿Qué se hubiera pensado de los apóstoles, si despues de la descension del Espíritu Santo en este dia no hubiesen hablado mas que su lengua natural, y hubiesen permanecido tan cobardes y tan imperfectos como antes? ¿Qué debemos pensar de nosotros mismos, si en esta fiesta no nos hacemos ni mas espirituales, ni mas devotos, ni mas fervorosos?

El evangelio de la misa de este dia es de san Juan, cap. 14.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno me ama, guardará mi palabra, mi Padre le amará, le visitaremos, y estableceremos en él nuestra morada: el que no me ama, no pondrá en práctica mis palabras. Por lo demás, la palabra que habeis oido no es mia, sino del Padre que me envió. Os he dicho estas cosas mientras he estado con vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, él es el que os instruirá en todas las cosas, y os hará pensar en todo lo que yo os hubiere dicho. Yo os dejo la paz, os doy mi paz: no os la doy como la da el mundo. No os turbeis. Habeis acabado de oirme decir: Yo me voy, y vuelvo á vosotros. Si me amais, os alegraréis porque me voy al Padre, porque mi Padre es mayor que yo. Ahora os lo digo, antes que las cosas sucedan, á fin de que creais cuando todo esto sucediere. Ya no me queda apenas tiempo para hablar con vosotros. Hé aquí que viene el príncipe de este mundo, y ningun poder tiene sobre mí; pero para que el mundo sepa que yo amo á mi Padre, y que ejecuto las órdenes que mi Padre me ha dado.

MEDITACION.

SOBRE EL MISTERIO DEL DIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuántas maravillas se admiran en el misterio de este dia. El Espíritu Santo, el divino Con-

solador, la tercera persona de la adorable Trinidad desciende milagrosamente sobre los apóstoles y sobre todos los discípulos reunidos, y de unos hombres groseros é ignorantes, hace en un momento los doctores mas ilustrados y mas hábiles en todo género de conocimientos. Infúndeseles en un momento la ciencia de la religion, la inteligencia perfecta de los misterios mas sublimes y mas profundos; poseen toda la ciencia de la ley; penetran el verdadero sentido de toda la Escritura. Aquellos hombres tan despreciables hasta entonces por la oscuridad de su nacimiento, por la bajeza de su condicion, por la torpeza de su talento, por la rusticidad de sus costumbres, se encuentran repentinamente dotados de un don de sabiduría tan perfecto y tan eminente, que toda la sabiduría humana se ve precisada á callar delante de ellos, á rendirse, y reconocer que ella no habia sido mas que una locura. Aquellos hombres tan tímidos, tan cobardes, se hallan en un instante animados de un esfuerzo heróico, y de una intrepidez que eclipsa cuanto hay de grande y de magnánimo en la historia. Jamás hubo un milagro en que resplandeciese mas la omnipotencia de Dios; nunca hubo prodigio en que se ostentase mas visiblemente el carácter de la virtud del Altísimo. Vemos á Pedro, pescador de profesion, que apenas sabia leer, comparecer en presencia de todos los doctores de Jerusalen, demostrarles que aquel Jesus á quien ellos han quitado la vida cincuenta y tres dias hacia en una cruz, era el Hijo de Dios, su Señor soberano, el verdadero Mesías. Todos los demás apóstoles, naturalmente tan tímidos y cobardes como este, no temen ni amenazas, ni tormentos, anuncian con una valentía de héroes la

divinidad de Jesucristo, predican su religion, y en pocos dias hacen que triunfe la fe en toda la Judea, y poco tiempo despues en todo el mundo. ¡Buen Dios, qué admirable sois en vuestras obras! ¿y buscamos milagros? gentes de poca fe, pedimos prodigios; ¿hubo jamás uno mas visible, mas admirable, mas concluyente que este? ¿puede haber nunca uno que mas interese? No se trata aquí de uno de aquellos milagros secretos, particulares, oscuros; es un milagro público, universal, hecho en favor de todos los discípulos de Jesucristo á quienes el temor tenia encerrados, y que hasta aquel momento no se hallaban capaces de percibir el menor misterio de la religion, que ignoraban la ley, que jamás habian comprendido nada en el idioma figurado y misterioso de los profetas. No se obra en secreto este prodigio; verificase en medio del dia, en la solemnidad de una fiesta que habia reunido en Jerusalen muchos millares de personas, de toda especie de naciones, y todas de diferente idioma, para que fuesen otros tantos testigos de esta maravilla. El ruido extraordinario de un viento impetuoso que se oye en toda la ciudad, pero que no se hace sentir mas que en la casa en que están reunidos los discípulos de Jesucristo, atrae á ella todos los extranjeros y los habitantes para ser testigos del milagro. Preséntanse los apóstoles y los discípulos, descubren la maravilla, desenvuelven el misterio, explican su sentido, y publican las grandezas de Jesucristo en todo género de lenguas. ¡Buen Dios, qué prueba mas clara, mas fuerte, mas sensible, mas incontestable de la verdad de nuestra religion y de la Iglesia!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que lo que se ha cumplido por primera vez en los apóstoles, debe cumplirse en nosotros, si estamos dispuestos, como ellos lo estaban, para recibir este don celestial del Espíritu de Dios, puesto que Jesucristo con su muerte lo ha merecido para nosotros lo mismo que para los apóstoles. Sea puro nuestro corazon, esté vacío del amor de las criaturas, y muy pronto se llenará de este divino Espíritu. Siendo el Espíritu Santo siempre el mismo, deben tambien sentir los que le reciben sus mismos efectos. Es el Espíritu Santo un espíritu de verdad que nos ilustra, un espíritu de santidad que nos purifica, un espíritu de fortaleza que nos anima y nos hace sobrepujar todos los obstáculos y todas las dificultades. Como espíritu de verdad, nos desengaña de nuestros errores; como espíritu de santidad, nos desprende de nuestros empeños criminales; y como espíritu de fortaleza, nos hace triunfar de nuestras flaquezas. No se limita el Espíritu Santo á enseñarnos algunas verdades en particular, como pueden hacerlo los hombres; este Espíritu divino enseña y persuade al mismo tiempo sin excepcion toda verdad, enseña sin distincion á toda clase de personas, lo cual solo pertenece á Dios. Este divino Espíritu no solo es esencialmente santo, es tambien Espíritu santificador, esto es, fuente y principio de santidad en todos aquellos á quienes se comunica; y esto es lo que significa la expresion misteriosa de que se sirvió el Salvador el dia de su ascension, cuando dijo á sus discípulos que dentro de pocos dias serian bautizados en el Espíritu Santo. Purificar y santificar es el efecto propio

del bautismo. En fin, el Espíritu Santo es en nosotros el principio inmediato y sustancial de todas las operaciones de la gracia; por él somos reengendrados en el bautismo, por él somos reconciliados en la penitencia; por el Espíritu Santo se ha dilatado la caridad en nuestros corazones. De aquí la clara inteligencia y persuasion de las verdades de la fe en todos los que reciben el Espíritu Santo: de aquí la pureza y el fervor de la devocion: de aquí la caridad y el zelo que inspira tanta generosidad en la práctica de la virtud, y que obtiene la perseverancia. Por estos efectos consolatorios podremos nosotros venir en conocimiento si hemos recibido el Espíritu Santo. ¿Es nuestra fe universal? ¿es nuestra devocion mas fervorosa? ¿Sentimos nuevo aliento en los caminos de Jesucristo? Si nuestra fe es todavía limitada y lánguida; si nuestra devocion permanece flaca; si no tenemos mas zelo que antes por la salvacion de los demás y por nuestra propia salvacion, tenemos gran motivo para temer que no hayamos recibido este don celestial.

Haced, ó Dios mio, por vuestra gracia y por vuestra misericordia que no encontremos en nosotros esta triste prueba; suplid vos, como os lo pedimos, el defecto de nuestras disposiciones. Concedednos vuestro Santo Espíritu, y pronto quedaremos renovados y aun mudados en otros hombres.

JACULATORIAS.

Concedednos, Señor, vuestro Santo Espíritu, y todo quedará renovado. *Salmo* 103.

No permitais, Señor, que se aparte jamás de mí vuestro Espíritu Santo. *Salmo* 50.

PROPOSITOS.

1.° Es el Santo Espíritu el Espíritu de santidad que anima la Iglesia de Jesucristo y la conduce; y el mismo Espíritu es el que debe animar y dirigir á todos los fieles. Él es el que debe ilustrarnos, vivificarnos, conducirnos, fortificarnos, abrasarnos con el fuego divino de que él es la fuente. ¡Qué dichosos son los que reciben el Espíritu Santo! Veamos lo que pasa hoy en los apóstoles. En nadie consiste mas que en nosotros el lograr la misma dicha. Jesucristo nos ha prometido este don precioso, que es el origen de todos los dones; y si no le recibimos, atribuyámoslo á nosotros mismos. Procuremos que nuestra devocion, nuestro amor á Jesucristo, nuestro fervor, nuestro nuevo deseo de llegar á la perfeccion de nuestro estado, y toda nuestra conducta, nos pruebe que hemos recibido el Espíritu Santo, y que nuestros sentimientos, nuestros deseos y nuestras palabras digan que hemos quedado llenos de él.

2.° Es una práctica de piedad muy saludable y comun entre las personas virtuosas el renovar hoy, despues de la comunion, los votos y los empeños del bautismo. Esta ceremonia cristiana debe hacerse con mucho fervor. Debe comenzarse por dar gracias á Dios por el bien que nos ha hecho reengendrándonos por este sacramento, haciéndonos hijos de la Iglesia, hijos adoptivos de Dios, sus herederos y discípulos amados. En seguida se renueva todo lo que se ha prometido en el bautismo; dícese el *Credo* que contiene todos los principales artículos de la fe; protéstase á Dios que se cree firmemente todo lo que la Iglesia cree, y en particular la presencia real de Jesucristo

en la adorable Eucaristía; renúnciase al espíritu del mundo, á sus pompas y á todas sus máximas. Declárase á Dios que no se quiere vivir sino segun las máximas del Evangelio, el cual será en lo sucesivo la regla de nuestras costumbres y de toda nuestra conducta. Renovad tambien vuestra consagracion y vuestra dedicacion á la santísima Vírgen, haciendo una nueva profesion y protesta de ser siervos suyos, poniéndoos de nuevo bajo de su proteccion especial, tomándola de hoy mas por madre querida vuestra, sin omitir nada para haceros dignos de ser del número de sus hijos. Si os hallais en el estado religioso, renovad los votos de la religion; si estais adscriptos á alguna sociedad, como la del Rosario, la del Escapulario, etc., renovad tambien el voto y las obligaciones que habeis contraido en ella. Renovad igualmente vuestra devocion á vuestro ángel de guarda, y sedle fiel.

SEGUNDO DIA

DE PENTECOSTES.

La semana de Pentecostés, que comprende todo el espacio de su octava, se termina en el sábado siguiente; sin embargo, no deja por esto de contener ocho dias enteros, porque se la hace comenzar en la Iglesia por el sábado precedente, segun se acostumbra con la de la Pascua, y esto en consideracion á los nuevos bautizados, á quienes, por decirlo así, se les hacian los principales honores de la fiesta. El

abad Ruperto ha hecho la aplicacion de los siete oficios de Pentecostés á los siete dones del Espíritu Santo. Los seis dias que siguen al domingo de la fiesta eran en otro tiempo cuasi tan solemnes en la Iglesia como el primero. Aparece por el concilio de Maguncia, celebrado el año de 813, que estos seis dias eran fiestas de obligacion, hasta que la fiesta de siete dias quedó reducida á tres, hácia mediados del siglo X, á lo cual no contribuyó poco el haberse fijado á esta semana el ayuno de las cuatro témporas, y la necesidad que el pueblo tenia de trabajar.

El introito de la misa de este dia está tomado del salmo 80, en el cual exhorta el Profeta á los judíos á que celebren dignamente las fiestas ordenadas por el Señor en memoria de sus beneficios: hace hablar en él al mismo Dios, que por la relacion de sus gracias pretende obligar al pueblo á que le sirva, y que al mismo tiempo se queja de la ingratitud de este pueblo. Nada conviene mejor á la solemnidad de este dia. El versículo mismo del salmo que sirve de introito, significa que la nueva ley no se ha dado solo á los judíos, sino tambien á los gentiles y á todos los pueblos de la tierra. *El Señor les ha alimentado*, dice, *con la harina mas pura del trigo, y les ha saciado con miel que ha salido de la piedra. Pueblos, cantad regocijados las alabanzas del Señor*, que os ha protegido, y en quien mas que nunca debeis poner toda vuestra confianza: *celebrad alegres la gloria del Dios de Jacob*, que lo es tambien vuestro, y que ha hecho ver bien claramente en la maravilla que acaba de obrar cuánto ama á los hombres, en cuya salvacion ha tomado tanto interés. Bendecid sin cesar al Dios de las misericordias, y no dejeis de alabarle. El Señor ha alimentado á su pue-

blo con la harina mas pura del trigo, y le ha saciado con miel que ha salido de la piedra. Todo esto debe entenderse alegóricamente de los dones y gracias espirituales que Dios derrama sobre sus siervos, y de la santa Eucaristía, que es el verdadero pan vivo y la miel de la piedra, la cual no es otra que Jesucristo, dice san Pablo. Jesucristo no solo es el pan de vida, sino tambien una fuente inagotable de dulzura para todos sus siervos fieles. *¡Qué multitud de dulzura*, ó Dios mio, exclama el Profeta, *reservais para los* que os aman, *que os temen*, y que os sirven con fidelidad!

La epístola de la misa es sacada del capítulo 10 de los Hechos de los apóstoles, en donde san Pedro, despues de haber hecho un compendio de la vida, de la muerte y de la resurreccion de Jesucristo, en casa del centurion Cornelio en Cesarea, tuvo el consuelo de ver bajar al Espíritu Santo sobre aquel oficial y sobre los demás gentiles que componian aquella piadosa reunion, aun antes de que hubiesen recibido el bautismo, lo cual pasmó á los fieles que eran judíos de origen, y se hallaban presentes. Esta maravilla les convenció que Dios habia resuelto comunicar tambien á los gentiles la gracia del Espíritu Santo, y la salud que habia traido Jesucristo en favor de todos los hombres, sin distincion ó aceptacion de personas.

Despues de la vision misteriosa que tuvo san Pedro estando en Joppé, habiendo recibido el expreso que el centurion Cornelio le habia enviado, vino á Cesarea, en donde halló en casa de este oficial una reunion numerosa que le esperaba, y que estaba dispuesta á oir de su boca lo que el Señor queria enseñarles en órden á su salud. Habiéndoles prevenido desde luego el santo apóstol lo extraño que

podria parecer el verle entre ellos, siendo bien sabido cuán distantes estaban los judíos de mantener comercio alguno con los extranjeros, estándoles absolutamente prohibida este especie de comunicacion, añadió: Pero Dios me ha dado á conocer que ya no hay pueblo sobre la tierra que deba pasar por inmundo, lo cual me ha determinado á venir aquí, tan pronto como he sabido que lo deseabais, y que el Señor lo queria. Pero bien, añadió, ¿qué servicio es el que yo puedo haceros? ¿cuál es el motivo por qué me habeis llamado? Tomando Cornelio la palabra, le refirió sencillamente lo que le habia sucedido; cómo se le habia aparecido el ángel, la órden que le habia dado de parte de Dios para que le enviase á buscar á Joppé á casa de un curtidor llamado Simon, á fin de que le enseñase el camino del cielo. Para esto, pues, nos ves aquí reunidos, le dijo, y prontos á escucharte, para saber de tu boca todo lo que el Señor te ha mandado que nos digas. Absorto san Pedro al ver una conducta tan admirable de la Providencia con un extranjero y con un gentil, exclamó lleno de alegría y de admiracion: Hasta ahora no se habia Dios manifestado liberal mas que con los judíos, y parecia que sus gracias estaban reservadas solo para ellos; pero ya estoy convencido que en cualquiera nacion, sea la que quiera, el que le teme y hace obras de justicia le es agradable. Habiéndoles hecho en seguida el santo apóstol un compendio bastante circunstanciado de la vida de Jesucristo, de su predicacion y de sus milagros, y habiéndoles probado invenciblemente que era el Mesías por tanto tiempo esperado, verdadero Hijo de Dios y el Salvador del mundo, les contó cómo los sacerdotes, los doctores

de la ley y los fariseos, llevados de una envidia maligna habian tramado su muerte, y que por mas que Pilato, ante quien le habian acusado, reconoció su inocencia, no pararon hasta hacerle morir en la cruz con la injusticia mas atroz; pero que al tercer dia habia resucitado, como él mismo lo habia predicho; que ellos eran todos testigos, como que habian bebido y comido muchas veces con él hasta su ascension al cielo, en donde tiene el asiento de su gloria. Por lo demás, añadió, nosotros hemos recibido de este gran Dios la órden de predicar al pueblo que Jesus es el juez soberano de los vivos y de los muertos. Así lo declaramos altamente con los profetas que han hablado de él antes que nosotros, y que todos á una voz testifican que en su nombre y por sus méritos obtendrán el perdon de sus pecados todos los que creen en él.

Aun no habia concluido san Pedro de hablar, cuando el Espíritu Santo, bajo la forma de una nube luminosa, descendió visiblemente sobre todos los que le escuchaban, y en el instante se les oyó á todos bendecir al Señor y glorificarle en todas lenguas. Admiró extraordinariamente esta maravilla á algunos fieles que el apóstol habia traido consigo de Joppé, porque eran judíos de orígen, y como hacian todavía grande asunto de la circuncision, no podian concebir cómo se habia difundido la gracia del Espíritu Santo sobre gentes incircuncisas hasta comunicarles el don de lenguas. Queria Dios manifestar en esto que él es el dueño de todos los dones, y que si ha querido que en el órden comun y ordinario dependiesen de la accion de sus ministros, puede, cuando le agrade, comunicarlos de un modo extraordinario, haciendo

descender así al Espíritu Santo sobre los gentiles, aun antes de haber sido bautizados, y de que se les hubiesen impuesto las manos. De este modo enseñaba á Pedro y á los otros judíos que no podia excluirse de la gracia del bautismo á los que creyendo en Jesucristo, como estos creian, habian sido santificados tambien por el Espíritu Santo. Comprendiólo perfectamente el príncipe de los apóstoles, y por esto decia algunos dias despues á los discípulos en Jerusalen: *Si Dios les ha hecho la misma gracia que á nosotros, que hemos creido en el Señor Jesucristo, ¿quién soy yo para oponerme á Dios?* Así que el santo apóstol que tenia un corazon de padre para todos los pueblos, de quienes debia ser el pastor universal, exclamó: *¿Qué obstáculo hay para que no se confiera el bautismo del agua á los que han recibido el Espíritu Santo del mismo modo que nosotros?* y en el momento les bautizó á todos en el nombre y en la virtud de Jesucristo nuestro Señor. No basta, dice san Cipriano, haber recibido el Espíritu Santo, es necesario tambien el bautismo; y san Pedro quiso que los que estaban ya llenos del Espíritu Santo fuesen tambien bautizados, á fin de observar en todo el mandamiento de Dios y la ley evangélica. Y hé aquí la primera época y el principio de la Iglesia cristiana, compuesta de los gentiles convertidos á la fe de Jesucristo. Pregúntase ¿si Cornelio y los de su familia, bautizados por san Pedro, fueron los primeros de los gentiles convertidos a la fe? La opinion comun es que antes de Cornelio ningun gentil habia recibido el Espíritu Santo, ni el bautismo, ni habia creido en Jesucristo. Toda esta historia, como se refiere en los Hechos de los apóstoles, prueba bastante que no se abrió la puerta del Evan-

gelio á los gentiles hasta la conversion de Cornelio, y que este oficial ha sido el primero de los gentiles convertidos á la fe de Jesucristo. La casa de Cornelio, en la cual se habia obrado esta maravilla, se convirtió en una iglesia que santa Paula visitó por devocion el año 385.

El evangelio de la misa de este dia contiene lo que Jesucristo dijo á Nicodemus, á saber, que Dios ha amado al mundo hasta el punto de dar á su Hijo único por la salud de los hombres, á fin de que los que crean en él sean salvos.

Era Nicodemus un célebre fariseo, muy distinguido por su buen talento y por su sabiduría, y uno de los que componian el sanhedrin, esto es, el supremo consejo de los judíos. Habia oido predicar al Salvador, aprobaba mucho su doctrina, y no admiraba menos sus milagros. Ansiaba mucho por tener una conversacion particular con Jesucristo; pero no tenia la suficiente resolucion para ir á visitarle en medio del dia. Fuéle, pues, á ver de noche para que le ilustrase en sus dudas, para recibir sus instrucciones, y declararse del número de sus discípulos. Díjole, pues, Jesus que para entrar en el reino de Dios, esto es, para hacer profesion del cristianismo era menester ser reongendrado, y vivir con una vida del todo nueva. Al principio entendió Nicodemus estas palabras en un sentido grosero y material; pero explicándole el Salvador el verdadero sentido de ellas, le enseñó que esta regeneracion era espiritual, y que se hacia en el bautismo por la infusion del Espíritu Santo, que hace del hombre carnal por su primer nacimiento un hombre espiritual; que nada debe parecer imposible en esta renovacion espiritual, como que es el Espíritu

Díjole pues Jesus que para entrar en el reino de Dios.... era menester ser renacido.

Santo el que la comunica á quien le place, y que aunque esto se hace de un modo invisible, sin que se sepa por qué camino entra en un corazon, con todo sabe bien darse á entender y hacerse sentir, y que así es como se hace esta regeneracion espiritual, por medio de la cual el hombre carnal queda cambiado en un hombre espiritual, y en alguna manera en un nuevo hombre. Como Nicodemus no comprendia aun bien todo esto, le hizo entender el Salvador que era vergonzoso que un doctor de la ley ignorase unas cosas tan claramente marcadas en la Escritura. A mas de que, añade el Salvador, vosotros los fariseos sois inexcusables, si por lo menos no os rendis á mi testimonio, puesto que nada os digo de que no esté perfectamente instruido. Pero no es extraño que rehuseis el creerme cuando me explico en el idioma del cielo, vosotros que os negais á creerme sobre las cosas mas palpables, y que están al alcance de todo el mundo. Jesucristo continúa en seguida hablando de su divinidad, de su encarnacion, y de la necesidad de su muerte para la salvacion de los hombres, y esto es lo que constituye el asunto del evangelio de la misa de este dia. *Dios ha amado al mundo,* dice el Señor, *hasta dar á su Hijo único,* á fin de que todo el que crea en él, y que viva conforme á sus máximas, no perezca, sino que obtenga la vida eterna. Porque no es de presumir que este Padre, que es infinitamente bueno, haya enviado á su Hijo único con el carácter principalmente de juez rigoroso para castigar á los hombres; por el contrario, le ha enviado como un mediador poderoso para obtenerles sus gracias. Dios podia condenar á los hombres á las justas penas que merecen sus pecados: sin embargo, ha enviado á su

Hijo solo para ponerlos á todos en estado de salvarse; por manera que si algunos se pierden, se pierden únicamente por su culpa, y contra la voluntad sincera que Dios tiene de procurarles su salud. Este es propiamente el motivo y el fin que Dios se ha propuesto en el misterio de la encarnacion del Verbo; pero como el hombre es una criatura racional y libre, no ha querido Dios forzar su voluntad, y se ha contentado con satisfacer plenamente á la justicia divina, á la cual no podia satisfacer ningun puro hombre; y habiendo ya este divino Salvador puesto por este medio al hombre en estado de salvarse, con tal que corresponda á las gracias que Jesucristo le ha merecido con su muerte, no trata de hacer ninguna violencia á su libertad. Se contenta con dar generalmente á todos las gracias necesarias para procurar su salvacion, cuyas gracias no niega jamás á nadie. Esta es la reflexion que hace san Agustin sobre este lugar de nuestro evangelio. *Nada le queda que hacer á este divino Médico,* dice este padre, *para que el enfermo sea curado; él mismo se procura la muerte no queriendo seguir el parecer del médico, ni observar sus preceptos. Ha venido el Salvador al mundo, ¿y porqué se ha llamado Salvador del mundo, sino para salvar al mundo, y no para juzgarle? ¿No quieres que Jesucristo te salve? Tú mismo eres entonces el que te juzgas,* y el que te condenas al fuego eterno.

Por lo demás, cuando el Salvador dice que no ha venido para condenar al mundo, debe entenderse esto de su primera venida y del motivo de su encarnacion, lo cual no obsta para que un dia pronuncie el decreto de condenacion contra los que hubieren hecho inútiles los designios de misericordia que habia

formado sobre ellos: *El que crea, pues, en él y guarde sus mandamientos, no será condenado: por el contrario, el que no quiere ni creer en él ni obedecerle, lleva ya en sí mismo su condenacion;* él mismo se hace su proceso, su conciencia le sirve de acusador, su incredulidad y su ceguera voluntaria son las que le condenan.

Aparece tan justa su condenacion, que no puede quejarse de ella, porque esta luz divina que ilumina á las almas mucho mejor que la del sol á los cuerpos, esta luz increada se ha manifestado á los ojos de los hombres; pero los hombres, ciegos por sus pasiones, han cerrado los ojos para no verla. Jesucristo ha venido al mundo como una luz viva. Su doctrina toda divina, su vida toda santa, sus milagros los mas brillantes que jamás se han obrado, ofrecian un testimonio indudable en su favor. Con todo eso los judíos han preferido las tinieblas á la luz. Tenazmente apegados á sus falsas tradiciones y á sus preocupaciones absolutamente terrenas, han cerrado los ojos á la luz de este divino sol que tenian delante. Han querido mas atribuir al demonio los milagros del Salvador, que reconocerle por el Hijo de Dios y por el Mesías. El desarreglo de sus costumbres es lo que les ha impedido el que abriesen los ojos á esta luz divina, *porque todo el que obra mal, aborrece la luz.* Ellos no han querido abrir los ojos á ella, temiendo que les descubriese su deformidad y la corrupcion de su corazon. Los fariseos se han desencadenado contra Jesucristo; los sacerdotes han concebido contra él un odio implacable, porque descubria los errores de su doctrina y la corrupcion de sus costumbres. Todo predicaba la santidad y la divinidad de Jesucristo en

Jesucristo mismo. Ellos han cerrado los ojos, dice el evangelio, y tapado sus oidos para no ver ni oir la verdad, *porque sus acciones eran malas*. Al contrario, añade el Salvador, aquellos que sirven á Dios, que cumplen sus deberes, que tienen probidad y rectitud, no temen ser iluminados, porque siendo sus obras segun Dios, no les sirven nunca de motivos de confusion. Por esto los buenos serán siempre aborrecidos de los libertinos y de los que viven segun el espíritu del mundo; por esto los imperfectos tendrán siempre una secreta antipatía contra las almas fervorosas; por el mismo principio los herejes estarán siempre de mal humor contra los católicos. La verdadera religion, la sólida piedad, la virtud cristiana son una luz pura, brillante, que deslumbra y hiere los ojos enfermos. Aléjase de sí la luz, cuando se considera uno deforme y horrible; y siempre serán del gusto de los pecadores la oscuridad y las tinieblas.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

O Dios, que habeis difundido el Espíritu Santo sobre vuestros apóstoles, conceded á vuestro pueblo lo que con humildes ruegos os pide, á fin de que aquellos á quienes llamásteis á la fe gocen de una paz inalterable. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epístola es tomada de los Hechos de los Apóstoles, capítulo 10.

En aquellos dias, habiendo Pedro tomado la palabra, dijo: Hermanos mios, el Señor mismo es el que nos ha mandado que predicásemos al pueblo, y diésemos testimonio de que él es á quien Dios ha establecido juez de vivos y de muertos. De él testifican todos los profetas, que todos los que creen en él reciben por su nombre el perdon de los pecados. Aun hablaba Pedro, y el Espíritu Santo descendió

sobre todos los que oian el discurso, y los judíos fieles que habian venido con Pedro quedaron asombrados al ver que la gracia del Espíritu Santo se habia difundido tambien sobre los gentiles; porque les oian hablar muchas lenguas, y publicar las grandezas de Dios. Entonces Pedro dijo: ¿Qué obstáculo puede haber para que no se administre el bautismo de agua á los que han recibido el Espíritu Santo como nosotros? Y los hizo bautizar en el nombre del Señor Jesucristo.

NOTA.

Sin embargo de que todos los apóstoles estaban destinados á anunciar el Evangelio y la fe de Jesucristo, tanto á los judíos como á los gentiles, habiendo muerto el Salvador por la salud de todos los hombres, quiso no obstante Dios que fuese san Pedro el que como cabeza de la Iglesia recibiese los primeros gentiles á la fe, y les abriese la puerta del Evangelio.

REFLEXIONES.

Aun hablaba Pedro, y el Espíritu Santo descendió sobre todos los que oian el discurso. ¡Con qué solicitud se apresura Dios á derramar sus gracias y sus favores mas singulares sobre los que le aman, luego que les ve adornados de santas disposiciones! Tiene Dios mas deseo de hacernos santos, que nosotros de llegar á serlo. Él hace, por decirlo así, todos los gastos, y solo espera que nosotros queramos sacar toda la ventaja que podemos de ellos. El festin está pronto, todo el gasto está hecho, todo está preparado; pero ellos no han hecho caso; se marcharon, el uno á su quinteriá, el otro á su tráfico. El apego á los bienes de la tierra hace que los judíos miren con indiferencia el tomar parte en las bodas del Salvador; desprecian la divina alianza que se les ofrece con Jesucristo, y los bienes

infinitos que deben seguir á ella. Fidelísimos imitadores de los judíos, queremos mas entregarnos á los vanos placeres del siglo y á nuestros negocios temporales, que el hallarnos en el banquete delicioso á que Jesucristo nos convida. No es esto decir que estén entredichos los negocios temporales á los cristianos; pero el ocuparse de estos cuidados cuando se trata de participar de los sacramentos, que son el alimento de nuestras almas, es despreciar á Jesucristo que en aquellos momentos felices nos llama á su mesa para formar ó para estrechar los nudos que nos unen á él. No lo atribuyamos á otros que á nosotros mismos, si no experimentamos los mismos efectos del Espíritu Santo, que se hicieron tan sensibles y tan visibles en los que escuchaban con tan santas disposiciones el discurso del apóstol san Pedro. Estaban ya convertidos á la fe, aun antes que estuviesen bautizados. Su fe viva y pura los hacia fieles. No habian recibido aun el bautismo de agua, pero habian ya recibido los dulces efectos del bautismo de amor y de deseo por la santa disposicion en que se hallaba su corazon en aquella reunion bienaventurada. Nosotros hemos recibido el bautismo de agua, y tenemos la dicha de ser hijos de la Iglesia. Pero si nuestro corazon está frio, si está helado con respecto á Dios, si nuestra fe solo es una fe lánguida y medio apagada, si nos hallamos todavía animados y llenos del espíritu del mundo, ¿debemos extrañar que el Espíritu Santo no descienda sobre nosotros? Ciertamente no tiene lugar en que colocarse. Vaciemos nuestro corazon del espíritu del mundo, que le llena de deseos terrenos que le ocupan, y entonces no dejará de descender el Espíritu Santo sobre nosotros como sobre aquellos.

Yo veo bien, decia san Pedro, que Dios no hace aceptacion de personas; quiere sinceramente la salvacion de todos los hombres; pero es menester que los hombres no se hagan indignos de la salvacion por los obstáculos que ponen á la gracia y á los dones del Espíritu Santo. Uno de los mayores obstáculos á las operaciones saludables de este divino Espíritu, es el espíritu del mundo. Donde reina este espíritu mundano, no es posible que se halle el Espíritu Santo. ¿Queremos estar llenos del Espíritu Santo? seamos su templo; sea puro el corazon, vacío de las criaturas, vacío de sí mismo, y muy pronto estará lleno y abrasado de este fuego divino.

El evangelio de este dia es del cap. 3 *de san Juan.*

En aquel tiempo, dijo Jesus á Nicodemus: Dios ha amado al mundo hasta dar á su Hijo único, á fin de que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna. Porque Dios no ha enviado su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no es condenado; pero el que no cree, ya es condenado, porque no cree en el nombre del Hijo único de Dios. La causa, pues, de la condenacion es que la luz ha venido al mundo, y los hombres han amado mas las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que obra mal, aborrece la luz temiendo que se descubra lo que hace mas el que se conduce por la verdad, viene á la luz, á fin de que sus obras, ordenadas segun el espíritu de Dios, se manifiesten.

MEDITACION.

CUANTO NOS HA AMADO DIOS, Y CUAN POCO LE AMAMOS NOSOTROS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que Dios ha amado al mundo hasta darle á su único Hijo, á fin de que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna. Comprendamos, si es posible, todo lo que dicen estas palabras, y veamos si puede decirse ni concebirse cosa alguna que nos dé una idea mas alta del amor inmenso que Dios nos tiene. Manifiéstase este amor por los bienes que se nos hacen, y por los que se nos quieren hacer; pruébase por los beneficios. La creacion es uno de los mas señalados, pero la redencion es mucho mas insigne. Que un Dios nos haya dado su propio Hijo para rescatarnos, y que este Hijo Dios, como su Padre, sea nuestro rescate, y el precio de nuestra redencion, comprendamos el sentido de todos estos términos, comprendamos el mérito de este incomprensible misterio. Confesemos por lo menos que el amor que Dios nos ha tenido es superior á todo lo que se puede pensar, á todo lo que puede decirse mas justo, esto es, que Dios nos ha amado como Dios. Pero el fin de este incomprensible beneficio es tan admirable como el beneficio mismo. Dios nos ha dado á su propio Hijo, para que no nos perdiésemos y para hacernos eternamente dichosos. ¡Dios mio! ¡cuáles serian nuestros sentimientos de admiracion, de amor y de reconocimiento, si nos penetrásemos como se debe de lo que meditamos! Consideremos la vida y la muerte dél Redentor: recorramos todos los misterios de nuestra religion,

la Eucaristía, los demás sacramentos, y el fin de todos estos medios que es la eternidad bienaventurada: hé aquí lo que Dios ha hecho para probarnos el exceso de su amor. ¿Qué nos parece? ¿ha hecho bastante? ¿podia hacer mas? ¿Creemos, Señor, todas estas maravillas? ¿y no tiene nuestra fe de que reconvenirnos sobre esto? Diríase que todo esto no es aun bastante para nuestro Dios. El Hijo, despues de habernos dado todo lo que tiene, todo lo que es, su cuerpo, su sangre, su vida, quiere todavía subir él mismo al cielo para enviarnos del seno de su Padre el Espíritu santo, como si el amor que nos tiene no hubiese quedado satisfecho, si la tercera persona de la adorable Trinidad no nos hubiera dado en particular una nueva prueba. El Padre da á su único Hijo; el Hijo, habiéndose encarnado, da su sangre y su vida; y el Espíritu Santo desciende visiblemente sobre los hombres para colmarlos de sus dones. Hé aquí á Dios todo ocupado, por decirlo así, para probarnos hasta qué exceso nos ama. Hombres insensibles á unos beneficios tan insignes, á un amor tan incomprensible, ¿qué os parece? ¿Nos ha amado Dios bastante? Quejémonos, si ha podido hacer mas de lo que ha hecho. ¡Ah! Dios ha hecho mas de lo que nosotros mismos no hubiéramos atrevido á desear, mas de lo que podíamos creer. Y este Dios que es infinitamente amable, y que nos ama infinitamente, ¿es amado de nosotros?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no es un motivo pequeño para amar á Dios el ver cuán poco es amado. Parece increible: un Dios infinitamente amable nos permite que le

amemos : ¡qué honor para una vil criatura! ¿Debe nuestro corazon, puede no estar continuamente abrasado de este divino amor? ¿qué otro objeto puede moverle ú ocuparle un momento? De este modo piensa todo espíritu racional. ¡Ah! Dios nos permite amarle; ¿y quién es el que se apresura á darle su corazon? Dios nos manda que le amemos; ¿y es obedecido exactamente? El amor se produce de mil maneras; el entendimiento no se ocupa mas que del objeto amado; jamás se cansa de hablar de él; no encuentra gusto mas que en lo que á él le agrada; todo lo que es contrario á sus sentimientos nos choca : de todo esto ¿puede concluirse que amamos á Dios? ¿Con qué cuidado, con qué solicitud nos aplicamos á todo lo que le complace? ¿con qué calor tomamos sobre nosotros sus intereses? ¿qué inquietud sentimos á la menor sospecha de haberle desagradado? ¿qué temor nos causa el incurrir en su desgracia? ¿Se reconocerá por estos indicantes que amamos á Dios? Sin hablar de ese gran número de infieles que no aman á Dios, ¿cuántos hay entre los mismos fieles que le amen? Esos libertinos que apenas tienen religion, y que viven en la licencia mas desenfrenada, ¿aman á Dios? Esas personas mundanas ó esclavas de sus pasiones, ó idólatras de sí mismas, ¿aman á Dios? ¿Es amado Dios de tantas gentes que diariamente le sacrifican á un vil interés, á un placer; que viven en un desprecio habitual de su ley y de sus máximas; que hacen tan poco caso de su amistad, y que temen aun menos su desgracia? Esas personas que Dios se ha como reservado por una predileccion particular, que ha llamado al estado eclesiástico y religioso, y que le están singularmente consagradas; esas pe

sonas colmadas de beneficios, obligadas por profesion á amarle, á alabarle, á servirle, ¿le aman mucho? Si la mortificacion, si la exacta observancia de las reglas, si la devocion, si el desprendimiento de todas las cosas, si el olvido del mundo, si el fervor, son las señales y la medida del amor á Dios, ¿es Dios amado ardientemente de todas las personas religiosas? ¡Qué ingratos somos! ¿No ha hecho Dios bastante para merecer nuestro corazon? decia Moisés á todo el pueblo. ¿Son menester nuevos beneficios, nuevos milagros?

No, Dios mio, no se necesita mas; habeis hecho bastante para probarnos vuestro amor; pero necesito nuevas gracias para que yo dé pruebas del mio.

JACULATORIAS.

Yo os amaré, Señor, á vos que sois mi fortaleza: esto es hecho; yo os amaré, porque cuento con vuestra gracia y con vuestro auxilio. *Salmo* 17.

Abrasadme con el divino fuego de que el Espíritu Santo es la fuente: haced que mi corazon sea todo inflamado con él. *Salmo* 25.

PROPOSITOS.

1.° Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu espíritu, con todas tus fuerzas: este es el primer mandamiento y la base de todos los demás; no cumplirle es violar toda la ley; no hay salvacion para quien no guarda este precepto. Sin que nos detengamos ahora en averiguar si hay muchos, aun entre los mismos que hacen profesion de llevar una vida mas regular, que le guarden, po-

demos decir como el jóven del Evangelio : *Yo he guardado todo esto desde mi juventud* ; ó como san Pedro: Vos sabeis, Señor, que os amo. Preguntémonos á nosotros mismos, examinémonos, y si no podemos darnos con verdad una respuesta semejante, veamos delante de Dios si debemos estar tranquilos sobre el negocio de nuestra salvacion.

2.° Dios nos demuestra su amor por sus beneficios; probémosle el nuestro con nuestras buenas obras, y, por decirlo asi, con nuestro servicio. Si hemos recibido el Espíritu Santo, estaremos abrasados con el fuego del divino amor, y nuestro amor se manifestará por nuestras obras, tengamos el consuelo de ver que amamos á Dios, amando á los pobres. Visitemos durante estas fiestas á los pobres en los hospitales y en las cárceles Dios nos ha colmado de sus dones, dándonos su Espíritu Santo; seamos, pues, nosotros generosos con los pobres. Guardémonos mucho de pasar estas fiestas en diversiones, ó en el campo. El espíritu del mundo, el demonio es el que ha introducido los abusos irreligiosos y chocantes de ir á pasar en el campo las fiestas de Pentecostés para hacer inútiles, para sofocar los dones del Espíritu Santo, que pudiéramos haber recibido en esta gran solemnidad. Pasemos estos tres dias en el pueblo, empleados en la oracion y en los ejercicios de las buenas obras. Asistamos á los oficios de la Iglesia, y sea nuestra devocion una prueba de que hemos recibido el Espíritu Santo.

TERCER DIA

DE PENTECOSTES.

Como las tres fiestas de Pentecostés no son mas que una misma solemnidad y una misma fiesta, el oficio de la Iglesia en estos tres dias se dirige siempre á un mismo fin, que es el conducir los fieles á que bendigan al Señor, y á que le den gracias por el don insigne que nos ha hecho enviándonos el Espíritu Santo, este poderoso consolador de las almas fieles, y á despertar nuestra alegría espiritual en vista de las maravillas que han acompañado este don tan señalado.

Recibid la alegría de vuestra gloria. Estas son las consoladoras palabras de que se compone el introito de la misa de este dia, por las cuales la Iglesia da una idea abreviada de todo el misterio de esta gran fiesta. *Recibid la alegría de vuestra gloria*, esto es, gustad de aquella alegría pura, aquella alegría espiritual que el Espíritu Santo ha venido á derramar en vuestro corazon, haciéndoos verdaderos discípulos de Jesucristo, é hijos adoptivos del Padre celestial. Bendecid sin cesar al Padre de las misericordias, á este Dios de todo consuelo; no pareis de darle gracias, porque os ha dado al fin el Espíritu consolador, este don celestial, fuente de todos los dones; este Espíritu de sabiduría, de consejo, de luz y de fortaleza, que glorificando al Señor, os colma de una gloria que ninguna cosa puede oscurecer, y que borra toda la falsa gloria de la tierra. *No deieis de dar gra-*

cias á Dios, que os ha llamado al reino de los cielos: alabad á este Padre celestial que ha amado al mundo hasta el extremo de darle á su propio Hijo; alabad á este Hijo único del Altísimo, vuestro divino Salvador; alabad al Espíritu Santo, principio del divino amor, luz de los corazones, consumador de tantas maravillas, y no cesés de bendecir á este Dios Criador, á este Dios Salvador, á este Dios Consolador, *alleluia, alleluia, alleluia.*

Pueblo mio, escucha las instrucciones que voy á darte, presta tus oidos á mis palabras. Échase bien de ver la relacion que tiene el primer versículo del salmo 77 con la festividad de este dia, y todo este introito con el misterio. Uno de los primeros efectos de la descension del Espíritu Santo ha sido la publicacion de la nueva ley, y el fruto la observancia de esta misma ley. La ley es santa, y solo observándola se hace uno santo. Este salmo es como el compendio de la historia de los judíos desde Moisés hasta David. El Profeta hace en él una contraposicion continua de la bondad de Dios con su pueblo, y de la ingratitud del mismo pueblo con Dios. Entre muchas cosas que se encubren bajo del sentido literal de este salmo, está figurado en él el reino de Jesucristo bajo del de David; y la tribu de Judá, preferida á la de Efraim, nos representa el fin del antiguo Testamento y el principio de la nueva alianza.

La epístola de la misa de este dia hace la relacion del viaje que san Pedro y san Juan, enviados por los demás apóstoles, hicieron á Samaria para conferir el Espíritu Santo á los que habian recibido la palabra de Dios, y habian sido convertidos á la fe de Jesucristo por la predicacion del diácono san Felipe.

Despues de la muerte de san Estéban, el primero de los mártires, se levantó una furiosa persecucion contra los apóstoles y los discípulos de Jesucristo, y contra toda la Iglesia. Permitió Dios esta primera tempestad para llevar la luz de la fe á los pueblos vecinos, porque hasta entonces no se habia predicado aun á Jesucristo mas que en Jerusalen, y toda la Iglesia habia estado encerrada en el lugar de su nacimiento. Creyóse, pues, que era menester dejar pasar el primer fuego de la persecucion; y disponiendo la divina Providencia todas las cosas para la gloria de Dios, inspiró á los apóstoles que permaneciesen solos en Jerusalen, y que enviasen los discípulos á la Judea y á Samaria. Fué esta la primera mision fuera de la capital, y se supo muy pronto la abundante cosecha que se recogia de esta primera semilla del Evangelio.

Habiendo bajado á Samaria Felipe, uno de los siete diáconos, comenzó á predicar allí á Jesucristo crucificado con tan buen éxito, que el pueblo, no menos hechizado de sus discursos que sorprendido de sus milagros, le seguia en tropas y le escuchaba con placer. Muchos endemoniados quedaron libres, y los demonios forzados á salir de los cuerpos testificaban con alaridos espantosos la virtud divina de aquel en cuyo nombre eran arrojados, y su propia flaqueza é impotencia. Veíanse en toda la ciudad paralíticos curados; veíanse cojos enderezados, y que caminaban sin apoyo, y ciegos que recobraban milagrosamente la vista. Disputábase sobre quien bendeciria mas alto al Señor, y quien daria mayores señales de una alegría extraordinaria. Los mas malos se veian como forzados á tomar parte en el regocijo público. De este número fué un mágico célebre é insigne impostor,

llamado Simon, que, habiendo morado largo tiempo en Samaria, habia hecho creer al pueblo que él era la gran virtud de Dios; y los Samaritanos, infatuados y hechizados con sus sortilegios, le escuchaban como un oráculo. Mas el santo diácono triunfó del ministro de Satanás. Supo tan bien desengañar á los que el encantador habia embaucado, que todos creyeron en Jesucristo, y todos recibieron el bautismo. No hubo uno, hasta el mismo mágico, que no se convirtiese; creyó, y se hizo bautizar con los demás. Habiendo llegado á Jerusalen la fama de la conversion de los Samaritanos, resolvieron los apóstoles que se habian quedado allí, y que querian sostener la obra del Señor, enviarles á Pedro y á Juan para afirmarles en la fe, y para arreglar todas las cosas en esta nueva Iglesia.

El principal motivo del viaje de los dos apóstoles á Samaria fué á fin de dar el Espíritu Santo, por la imposicion de las manos, á los que acababan de ser bautizados, administrándoles el sacramento de la confirmacion, lo cual san Felipe, que no era mas que diácono, no podia hacer en razon de que este privilegio no se habia concedido mas que á los apóstoles y á sus sucesores que son los obispos. Cuando se dice que san Pedro fué enviado por los otros apóstoles, no se ha de pensar que san Pedro haya estado sometido á ellos, ni que ellos hayan ejercido nunca sobre él una autoridad despótica. Habiendo Jesucristo establecido á san Pedro cabeza de la Iglesia, siempre ha sido reconocido jefe del colegio apostólico y vicario de Jesucristo; así es que siempre se le ha visto en cualidad de jefe y de príncipe de los apóstoles llevar en todo la palabra como tal. Él es el primero que en

Supo tan bien desengañar á los que el encantador había embaucado que todos creyeron en Jesucristo y todos recibieron el bautismo.

el dia de Pentecostés, al salir del cenáculo, anuncia públicamente á Jesucristo, y convierte á mas de tres mil personas. Él es el primero que predica la fe á los gentiles, y bautiza al centurion Cornelio y á los que estaban con él, que fueron las primicias del gentilismo admitido al Evangelio. Por esto la expresion *fué enviado*, es lo mismo que decir, le rogaron que fuese él mismo á Samaria para dar allí el Espíritu Santo por la imposicion de las manos; como si en una por blacion ó en una comunidad se deputase al jefe para un negocio importante y honroso. No leemos que todavía hubiese ejercido esta funcion augusta ninguno de los apóstoles; porque se queria que la cabeza, el príncipe de los apóstoles fuese el primero que ejercitase este sagrado ministerio. Se le suplica, dice el sabio Belarmino, que se digne prestarse á aquellos que le consideran como su maestro. En esta misma manera envió la Iglesia de Antioquía á san Pablo y san Bernabé á Jerusalen, para que consultasen con los demás apóstoles sobre negocios importantes.

Habiendo llegado los dos santos apóstoles á Samaria, se pusieron en oracion para que los Samaritanos convertidos recibiesen el Espíritu Santo, porque no habia aun descendido sobre ninguno de ellos, sino que solo habian sido bautizados en el nombre del Señor Jesus. Cuando se dice que los Samaritanos habian sido solo bautizados en nombre de nuestro Señor Jesucristo, no es decir que se les hubiese conferido el bautismo en el solo nombre del Salvador: los apóstoles no se servian de otra fórmula que la que Jesucristo les habia enseñado, que era en nombre de las tres personas divinas. Es este un modo de hablar compendiado, que significa que los Samaritanos

no habian aun recibido el sacramento de la confirmacion, y que solo habian recibido el bautismo instituido por nuestro Señor Jesucristo. Entonces les impusieron las manos, y Dios que en aquellos primeros tiempos queria dar á conocer con señales exteriores y sensibles los misterios de la gracia, les envió bajo de una forma visible su santo Espíritu sobre todos los que habian recibido el sacramento de la confirmacion. Créese que esta forma visible, bajo de la cual el Espíritu Santo descendió sobre los que acababan de ser confirmados, era una especie de lenguas de fuego, semejantes á las en que descendió sobre los apóstoles y los discípulos en el dia de Pentecostés, si bien tal vez esto sucedió aquí con menos ruido.

La imposicion de las manos de que aquí se habla, por la cual se recibe el Espíritu Santo, no siendo otra cosa que el sacramento de la confirmacion, y siendo los obispos los únicos ministros ordinarios de este sacramento, pertenecia á los apóstoles, que eran obispos, y no á Felipe que no era mas que diácono, el imponer las manos. La imposicion de las manos es una ceremonia simbólica, de que usa la Iglesia para conferir el sacramento de la confirmacion, y para administrar el del órden. Por el primero se recibe espíritu de fortaleza para confesar con confianza y con generosidad el nombre de Jesucristo, y todas aquellas gracias sobrenaturales que, segun la expresion de san Cipriano, perfeccionan y concluyen, por decirlo así, al cristiano en su fe. En los primeros dias de la Iglesia, Dios con la infusion del Espíritu Santo comunicaba las gracias milagrosas que son frutos suyos; ninguno recibia visiblemente el Espíritu Santo que no recibiese el don de lenguas, el don de profecía y el don de mi-

lagros. En la sucesion de los tiempos, no siendo ya necesarios los milagros, los dones han sido invisibles é interiores, siempre proporcionados á la disposicion del sugeto. Por lo demás, cuando se dice que ninguno de los Samaritanos bautizados habia recibido todavía el Espíritu Santo, no debe esto entenderse de la gracia santificante la cual habian recibido ya en el bautismo, sino de aquella plenitud de gracias que se comunicaban entonces visiblemente en el sacramento de la confirmacion.

El evangelio de la misa de este dia refiere lo que Jesucristo ha dicho del pastor y del ladron de las ovejas, el cual se reconoce en que este no entra por la puerta en el redil, manifestando que él mismo es la puerta por donde deben entrar el pastor legítimo y las ovejas.

Habiendo dado vista el Salvador al ciego de nacimiento, acababa de demostrar á los escribas y á los fariseos que ellos estaban tambien ciegos, y que su ceguera era tanto mas triste, cuanto que era mas criminal, puesto que era voluntaria. Esa ceguera voluntaria, les decia, es la que os impide el reconocerme por el Mesías, por mas que mis palabras, mis obras, mis doctrinas y mis milagros os digan tan claro que lo soy. Pero no hay peor ciego que el que está bien hallado con serlo. De este modo vosotros mismos verificais cada dia mas lo que me habeis oido decir, esto es, que yo habia venido para hacer manifiestos los designios de la Providencia en el discernimiento de los buenos y de los malos, de los fieles y de los incrédulos, el cual debia hacerse á la venida del Mesías, á fin de que los que son ciegos vean, y los que ven se vuelvan ciegos, esto es,

que los gentiles, que siempre han vivido en tinieblas, abrirán los ojos, y recibirán la luz que les iluminará, mientras que los judíos, que viven en la luz, cerrando los ojos al astro que les ilumina, caerán en las tinieblas, y no verán mas la luz. ¿De qué sirve tener la luz de las santas Escrituras, si no se quiere hacer la aplicacion de ellas, y se rehusa el entenderlas? Vosotros os creeis hábiles; pero ¿de qué os sirve vuestra pretendida habilidad? ¿de qué os servirán tampoco todas vuestras luces? Para haceros menos excusables y mas criminales. No basta estar en el redil, es menester haber entrado en él por la puerta; cualquiera que entra en él por otro sitio, ó que fuerza la entrada, es un ladron disfrazado ó un salteador declarado. Jesucristo es la luz del mundo, el buen pastor, la puerta por donde se entra en el redil; todos los que eran enemigos de Jesucristo, como los escribas, los malos sacerdotes, los fariseos, eran otros tantos ciegos voluntarios, malos guias, falsos pastores, mercenarios, que no se habian introducido en el redil mas que para robar, para enriquecerse y para degollar. El Salvador nos representa aqui la Iglesia como un redil, en el cual no se puede entrar sino por él, y los fieles como ovejas, de las cuales él es el verdadero y el buen pastor. Jesucristo queria dar á entender á los judíos que la sinagoga iba á ser reprobada, y que la Iglesia de la que él mismo es la puerta, la luz y el pastor, contendria el único pueblo escogido y amado, y que así solo los que creian en él entrarian por él en este misterioso redil; y que por consiguiente los fariseos (porque á ellos era á quienes hablaba el Hijo de Dios) no eran mas que intrusos, falsos pastores, ladrones y mercenarios, puesto que rehusaban creer

en él. Jesucristo hace aquí el retrato, y pinta el carácter de todos los falsos doctores, que, no teniendo vocacion, entran furtivamente y sin mision en el redil, y no son mas que intrusos que todo lo corrompen y todo lo pierden, como les sucedia á los fariseos.

El que entra por la puerta, continúa el Salvador, *es el verdadero pastor*. Luego que llama, le abre el portero, las ovejas oyen su voz, se reunen en rededor de él, las acaricia, las mira con placer, y cuando es tiempo, las lleva á pastar. Las llama por su nombre, las hace salir despacio para que la confusion ó la priesa no las hiera; va delante de ellas, y anda poco á poco, no sea que se cansen, ó se constipen; si alguna se descarria, por poco que sea, del rebaño, la llama, y ellas le siguen, porque conocen su voz. El verdadero pastor dirige su voz á las ovejas, esto es, en el sentido moral, las instruye en público y en particular; las ilustra en sus dudas; las consuela en sus penas; las conduce con seguridad; y por sus cuidados y vigilancia impide que las devoren los lobos. El verdadero pastor llama á sus ovejas por sus nombres, esto es, las conoce á todas, conoce sus males, sus flaquezas, sus necesidades, y á todo provee. El verdadero pastor marcha al frente del rebaño, esto es, le da ejemplo, le hace ver en sus costumbres la práctica de las verdades que predica. El Salvador ha hecho aquí el retrato de todos los verdaderos pastores, haciendo el suyo.

Pero si un extraño, prosigue, se presenta para conducirlas, lejos de seguirle, huyen de él, porque no estando acostumbradas á la voz de los extraños, les temen y desconfian de ellos. Un pastor que se alejase demasiado de su rebaño, ó que descargase

sobre otro el cuidado que deberia tomar por sí, seria mirado como un pastor extraño. ¿Podrian sus ovejas poco acostumbradas á oirle conocer su voz? viéndole sin zelo para socorrerlas, no se unirian á él, no se curarian de seguirle, se alejarian, se extraviarian. Un padre, una madre de familia son los pastores de sus hijos; ¿qué cuenta no tendrán que dar á Dios, si los abandonasen á extraños?

Esta parábola debia haber servido de grande instruccion para los fariseos á quienes se dirigia; pero ellos no comprendian su sentido. Cuando el corazon está corrompido, el entendimiento tiene poca penetracion y poca luz. El Salvador tuvo, empero, la bondad de descubrirles y de explicarles este enigma.

En verdad os digo que yo soy la puerta del redil, en donde está encerrado el rebaño del Señor. Por mí van las ovejas á su pastor. Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie va al Padre sino por mí. ¿Qué es entrar por la puerta, dice san Agustin, sino entrar por Jesucristo, que ha dicho: Yo soy la puerta? ¿y qué es entrar por Jesucristo, sino caminar sobre sus huellas, imitar su conducta, seguir sus máximas, y estar animado de su espíritu? El nombre de ovejas que conviene á los fieles, dice un sabio intérprete, les advierte que la inocencia y la docilidad deben formar su verdadero carácter, como el nombre de pastor dice á los que están honrados con él, que la vigilancia y la bondad debe constituir tambien el suyo.

Todos los que han venido antes que yo, que se han ingerido á conducirlas sin mision, y que han querido pasar por el Mesías prometido de Dios, *no han sido mas que salteadores y ladrones;* así es que las verda-

deras ovejas no les han escuchado. No quiere decir por esto Jesucristo que no hayan tenido antes de él los judíos hombres enviados de Dios, que eran sus pastores legítimos. ¡Cuántos santos patriarcas, en efecto, cuántos profetas iluminados de Dios hubo á quienes él mismo autoriza en muchos lugares! Declara solamente que los que se han atribuido la autoridad y el nombre de Mesías, como Teodas y Judas el Galileo, de quienes hace mencion Gamaliel, como se dice en los Hechos de los Apóstoles, no lo eran en efecto, puesto que no tenian ninguna de las cualidades de este buen pastor, de este pastor por excelencia, bajo de cuya idea ha sido predicho el Mesías por los profetas, y del que, dice el Salvador, veis la realidad en mi persona. No busqueis, pues, otro camino ni otra puerta que yo. Los que entraren por mí, que creyeren en mí, que siguieren mis pasos, hallarán en este camino su seguridad y su salud. *Yo soy la puerta.* La expresion es figurada, pero contiene un gran sentido; es como si dijera: Seguid enhorabuena vuestras sectas, guardad cuanto querais vuestras tradiciones farisaicas; falsos senderos, caminos engañosos que extravían á las guias y á los que andan por ellos. La ley misma de Moisés, santa á la verdad, pues que procedia de Dios, pero pasajera é impotente, cesa hoy para dar lugar á la que yo vengo á publicar, y que es la única que conduce al término de la salvacion eterna y de la gloria. Yo soy, pues, el camino que conduce á la vida: cualquiera otro extravía y conduce á la perdicion.

Si alguno entra por mí, si cree en mí, si pone su confianza en mí, *será salvo. Que entre ó que salga, nada le faltará jamás.* El Salvador sostiene siempre la

misma alegoría. Las ovejas no salen del redil sino para ir á los pastos; y cuando los pastores las vuelven á traer, encuentran durante el invierno en el redil con que alimentarse. Del mismo modo que el pastor lleva sus ovejas á pastar y las vuelve al redil, así Jesucristo vela sobre la conducta de los fieles, y proved á todas sus necesidades. Entrar y salir en el estilo de la Escritura indica tambien todas las acciones de la vida: cuando uno está al servicio de un Señor tan bueno, nada hay que temer: el Salvador es un buen Padre, y provee á todo. *El ladron no viene mas que para robar, para degollar y para causar estragos.* Pinta Jesucristo aquí á los falsos profetas y falsos pastores, y en la persona de estos á todos los heresiarcas, cuya doctrina está siempre emponzoñada, y que jamás han entrado en el redil por la puerta: así es que no han entrado mas que para robar, para degollar y para causar estragos. Por lo que hace á mí, *yo he venido*, concluye el Salvador, *á fin de que las ovejas que mi Padre me ha dado tengan la vida*, y una vida abundante en todo género de bienes. Yo las guardaré dia y noche; yo las defenderé contra los lobos; les escogeré buenos pastos; las pondré al abrigo durante el calor, las llevaré á las fuentes de las aguas mas puras, y nada podrá dañarles estando continuamente á mi vista.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Os suplicamos, Señor, que continuamente nos asistais con la virtud del Espíritu Santo, para que, purificadas por su misericordia las manchas invisibles de nuestros corazones, quedemos tambien libres de todos los males de esta vida. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epístola está tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles, cap. 8.

En aquellos dias: Habiendo sabido los apóstoles que estaban en Jerusalen, que Samaria habia recibido la palabra de Dios, les enviaron á Pedro y á Juan; los que, habiendo llegado allá, oraron por los Samaritanos, á fin de que recibiesen el Espíritu Santo, porque aun no habia descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habian sido bautizados en el nombre del Señor Jesus. Entonces imponian las manos sobre ellos, y recibian el Espíritu Santo.

NOTA.

Cuando san Felipe fué á predicar á Jesucristo á Samaria, no habia sido aun anunciado el Evangelio á los gentiles. El primero que les predicó la fe en Cesarea fué san Pedro. Y san Lucas asegura que los que fueron dispersos predicaron, sí, la fe en todas partes, pero solo á los judíos: *Nisi solis judæis.* Mas los Samaritanos, aunque separados de los judíos en hábitos y en religion, no eran mirados como gentiles. Esperaban el Mesías, se tenian por descendientes de Abrahan y de Jacob, admitian la circuncision y leian las Escrituras, y por todo esto no eran considerados como gentiles.

REFLEXIONES.

Les imponian las manos, y recibian el Espíritu Santo. Ninguna cosa demuestra mejor la necesidad del sacramento de la confirmacion, ni su excelencia, que este hecho. ¿Qué debe, pues, pensarse de aquellos que descuidan el recibir este sacramento? ¿y será perdonable la negligencia de los padres en este punto? Se extraña el desarreglo de las costumbres, la li-

cencia de los jóvenes, la flojedad que se nota en el servicio de Dios; admírase el ver tan poca fe en la tierra, el ver que esta luz pura se extingue en la mayor parte de los cristianos. ¿Se ha recibido el Espíritu Santo? ¿Cuántas gentes mueren sin haber recibido el sacramento de la confirmacion? ¿y cuántas mas todavía de las que le han recibido tienen cuidado de conservar sus frutos, que son los dones del Espíritu Santo, y una abundancia de gracias que se hace sentir siempre en aquellos que no ponen obstáculo á ellas, y que renuevan su memoria de tiempo en tiempo? Todo cristiano debe crecer espiritualmente, debe aspirar á la perfeccion de la religion cristiana; luego está obligado á ser confirmado con el santo crisma, que es el que da este acrecentamiento y esta perfeccion. Luego no hay nadie que pueda dispensarse de esta primera obligacion. Porque así como uno de los fines de la naturaleza es que todos los niños que nacen, crezcan y lleguen á una edad perfecta, no obstante que no todos lleguen siempre á ella; del mismo modo, dice el catecismo del concilio de Trento, el designio de la Iglesia nuestra comun madre es que la gracia que hace al hombre cristiano, se perfeccione en los que ha reengendrado por el bautismo. Como, pues, esto no se hace sino por el sacramento de la confirmacion, es evidente que todos los fieles están igualmente obligados á recibirle. Y bien, ¿reconocen todos esta obligacion? Muchos la ignoran, porque ignoran los efectos de este sacramento. La confirmacion tiene de comun con todos los demás sacramentos, que si no encuentra algun impedimento en el que le recibe, le comunica una nueva gracia; y tiene de particular, lo que le dis-

tingue de los demás, el perfeccionar, por decirlo así, la gracia del bautismo. Siendo, pues, todas los que han sido hechos cristianos por el bautismo todavía flacos como niños recien nacidos, reciben por el sacramento de la confirmacion la fortaleza para resistir á todos los ataques del mundo y del diablo, y quedan tan plenamente confirmados en la fe, que son capaces de confesar y de glorificar altamente el nombre de nuestro Señor Jesucristo; y de aquí es sin duda el habérsele dado el nombre de confirmacion. Este sacramento es el que confiere aquella fortaleza que viene de lo alto, que el Salvador prometió á sus discípulos, y de la que fueron revestidos los apóstoles el dia de la descension del Espíritu Santo. La mudanza maravillosa que se hizo en ellos, se renueva en todos los que reciben el mismo don del cielo. La Iglesia ve en ella la continuacion de los verdaderos fieles. ¿Somos nosotros de este número? Consultemos nuestra generosidad, nuestra fidelidad en materia de religion: consultemos nuestra fe, nuestra devocion, nuestro zelo; ¡y de cuántos se puede decir: *han sido solo bautizados, pero no ha descendido todavia sobre ellos el Espíritu Santo!*

El evangelio de la misa es tomado del de san Juan, cap. 10.

En aquel tiempo, dijo Jesus á los fariseos: En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el redil, sino que sube por otro paraje, es un salteador y un ladron; mas el que entra por la puerta, ese es el pastor de las ovejas. A este es á quien el portero le abre, y las ovejas oyen su voz. Llama á sus propias ovejas cada una por su nombre, y las hace salir. Y cuando ha hecho salir á sus propias ovejas, marcha delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque

conocen su voz. Pero al pastor que no es propio no le siguen, sino que huyen, porque no conocen la voz de los que no son sus pastores. Díjoles Jesus esta parábola, pero ellos no comprendieron lo que les decia. Por esto volvió á decirles: En verdad, en verdad os digo que yo soy la puerta del redil: todos los que han venido son salteadores y ladrones, y las ovejas no les han escuchado. Yo soy la puerta; si alguno entra por mi, se salvará; entrará, saldrá y hallará los pastos. El ladron no viene sino para robar, para degollar y para hacer estragos. Yo he venido á fin de que tengan la vida, y de que la tengan abundantemente.

MEDITACION.

SOBRE LOS DONES Y LOS FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el Espíritu Santo es la fuente de todos los dones celestiales; no hay, pues, que admirarse si los que le reciben están llenos de ellos. No es posible que descienda á una alma, sin que la enriquezca con sus dones mas preciosos. Acompáñanle sus tesoros; y así como el fuego no puede separarse de su luz y de su calor, así tampoco el Espíritu Santo puede venir á un corazon, sin que el alma quede toda iluminada y abrasada. De aquí aquella claridad, aquella luz pura, aquella inteligencia tan viva, tan extensa de que fueron dotados todos los discípulos el dia de Pentecostés. Aquellos hombres tan groseros, aquellos genios tan materiales y tan limitados, aquellos espíritus tan duros y tan indóciles, se convierten en un instante en oráculos de todo el universo, doctores de las naciones y la luz del mundo. Nada se resiste á su penetracion: oscuridad de las profecías, sutilezas de la sabiduría humana, sofismas de las

escuelas, la impenetrabilidad misma del corazon humano, todo se desenvuelve á su espíritu, todo cede á la vivacidad, á la extension de sus conocimientos. Su sabiduría corresponde á sus luces; no hubo tal vez nunca gentes mas sabias ni mas eruditas. Su valor no cede ni á su penetracion ni á su ciencia. Aquellos hombres tan tímidos, aquellos corazones naturalmente cobardes y embrutecidos, no bien han recibido el Espíritu Santo, cuando se encuentran revestidos de la fortaleza de lo alto, y animados de una magnanimidad desconocida á todos los pretendidos héroes de la historia. Intrépidos delante de los tribunales y en medio de los mas grandes peligros, los suplicios mas crueles, el fuego, el hierro, las torturas y los potros, ninguna cosa puede inmutar su ánimo. Su fe es superior á todos los artificios del infierno, y su amor á Jesucristo es inalterable é invencible. Los frutos corresponden á estos dones maravillosos: véase la conversion de todo el universo; ¡ qué de pueblos convertidos á la fe, qué de naciones bárbaras conquistadas para Jesucristo, qué inmenso país sometido al Evangelio! Todo esto pueden unos pescadores, unos hombres simples, llenos del Espíritu Santo; tales son los frutos de todos sus dones, y lo mismo deberian ser todos los fieles; ¿y qué es lo que impide que no lo seamos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera en qué consiste que nosotros no experimentemos los mismos efectos, y que no recibamos los mismos dones, sobre todo en los dias privilegiados en que el Espíritu Santo desciende sobre los fieles. El no es menos rico ni menos liberal; ¿en qué consiste que nosotros somos siempre pobres? ¿Qué se hubiera pen-

sado y que se hubiera dicho, si, habiendo descendido el Espíritu Santo sobre los fieles que estaban reunidos en el cenáculo, hubiese habido algunos excluidos de sus dones? ¿Qué se hubiera pensado de aquellos pobres discípulos, si, mientras que los otros tenian el don de lenguas, y entendian á todos los pueblos de las diferentes naciones que allí habia, y eran igualmente entendidos de ellos, hubiesen permanecido mudos, y no hubiesen podido hacerse entender? ¿si cuando los apóstoles mudados, por decirlo así, en otros hombres, predicaban á Jesucristo con tanta intrepidez, ellos hubiesen tenido miedo de manifestarse, y no hubiesen tenido un valor semejante? en fin, ¿si tan cobardes y tan imperfectos como antes se hubiesen ocultado, y no hubiesen llevado despues una vida mas regular ni mas fervorosa que la que habian tenido antes de Pentecostés? ¡Buen Dios! ¡cuánto debe estremecernos esta reflexion en vista de nuestra poca devocion! Si despues de estas grandes solemnidades; si despues de todas estas grandes fiestas nos hallamos tan indevotos; si las pasiones no han perdido nada de su vivacidad; si el espíritu del mundo ejerce siempre sobre nosotros el mismo imperio; ¿podemos creer que hemos recibido el Espíritu Santo? ¿Es el legítimo Pastor el que ha entrado en el redil? ¿oimos su voz? ¿la seguimos? ¿le tenemos por conductor y guia? ¿Qué se puede pensar de esas personas tan flojas en el servicio de Dios, tan inclinadas y como arrastradas al placer, tan poco movidas de las verdades de nuestra religion, tan débiles en las ocasiones mas insignificantes, tan sujetas siempre á los mismos vicios? Sordos á la voz de Dios, y sordos tambien á la de la conciencia, ¿dónde están en ellas los frutos

del Espíritu Santo? y si este divino Espíritu no ha venido á nuestro corazon en estas fiestas, ¿cuándo le recibiremos? ¿Es posible que no nos asuste un estado tan peligroso, y que se pase toda la vida en una seguridad tan lastimosa?

No permitais, divino Salvador, que yo permanezca mucho tiempo en este miserable estado. Dadme á conocer todo su peligro con tal viveza, que no pasen estas fiestas sin que experimente los dulces efectos de vuestra gracia, y que no esté mucho tiempo privado de vuestros dones.

JACULATORIAS.

Concedednos, Señor, vuestro Espíritu Santo, y muy pronto quedaré convertido en otro hombre. *Salmo* 103.

Dadme, Dios mio, la pureza de corazon tan necesaria para recibir vuestro Espíritu Santo, y para experimentar todos sus dones. *Salmo* 50.

PROPOSITOS.

1.° Imagínanse muchos que todo está hecho con abstenerse de toda obra servil durante las fiestas. Esto no es mas que la menor de nuestras obligaciones en ellas. Hemos faltado al principal de nuestros deberes, cuando estas grandes solemnidades no producen en nosotros mas que una cesacion del trabajo. No pasemos, pues, la de Pentecostés sin tener parte en los dones del Espíritu Santo, sobre todo en el don de consejo, de fervor, de ánimo y de fortaleza. Pertrechémonos contra los artificios del demonio en estos tiempos de relajacion; cuidemos mucho de que en lugar de ver acabar con las fiestas nuestra devocion,

se haga cada dia mas generosa y mas ferviente y estemos alerta mas que nunca contra las tentaciones.

2.° El demonio nada omite despues de las mas grandes solemnidades de la Iglesia para hacernos perder todo el fruto de ellas. Tomemos hoy una resolucion decidida de ser mas religiosos y mas devotos que lo hemos sido antes de las fiestas. Las primeras ocasiones son siempre críticas. Declarémonos desde luego por la virtud. Toda condescendencia con el espíritu del mundo es perniciosa al alma. Toda esta octava es una fiesta continuada; arreglemos desde este dia todos nuestros ejercicios de religion y seamos muy exactos en ellos. No dejemos de visitas todos los dias por la tarde al Santísimo Sacramentos y decir allí las letanías de la santísima Vírgen y el *Veni Creator*.

LA FIESTA

DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

La fiesta de la santísima y adorable Trinidad es el fin y la consumacion de todas las fiestas. Como el objeto principal y primitivo de todo el culto que tributamos á Dios es la adorable Trinidad, un solo Dios en tres personas, es evidente que no hay fiestas en la religion cristiana que no sean verdaderamente fiestas de la Santísima Trinidad, puesto que todo lo que se honra en ella, sea en los santos, sea en Jesucristo mismo en su humanidad, no debe servir mas que de medios para honrar á la Santísima Trinidad, y elevarnos á ella como al verdadero y al único término de nuestro culto.

Un solo Dios en tres personas realmente distintas entre sí, que, no teniendo mas que una misma naturaleza, no tienen tampoco mas que la misma divinidad, cada una es Dios, y no hay mas que un solo Dios en estas tres personas divinas. El Hijo no es el Padre, no obstante que sea una misma cosa con el Padre. El Espíritu Santo no es ni el Padre ni el Hijo, aunque no sean los tres mas que un mismo Espíritu Santo, indivisible y simplicísimo. Aunque el Hijo sea tan poderoso como el Padre, y el Espíritu Santo tan poderoso y tan sabio como el Padre y el Hijo, todos tres juntos no tienen ni mas poder ni mas sabiduría que tiene uno solo en esta Trinidad adorable : la misma duracion, el mismo poder, la misma inmen-

sidad. La primera persona engendra la segunda, sin que por esto tenga sobre ella ninguna ventaja, ni rango, ni antigüedad; la tercera procede de las otras dos, y sin embargo no es de menor edad que ellas. En el Padre es una perfeccion el engendrar; lo es en el Hijo el conspirar con el Padre á la procesion del Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo: estas dos perfecciones no se hallan en la tercera persona, y sin embargo no es menos perfecta que las otras dos; todo es igual aquí en perfecciones, en poder, en dignidad, en excelencia; todo aquí es incomprensible, y por lo mismo todo es indudable, puesto que si este Ser soberano y supremo, si este Ser increado, infinito, pudiese ser comprendido por un espíritu tan pequeño, tan limitado como el nuestro, no seria Dios. ¡Qué! Este entendimiento tan pequeño, cuyos alcances son tan cortos, que ignora las cosas mas comunes, y que no puede comprenderse ni á sí mismo ni la menor de las obras del Criador, ¿podrá comprender el modo de ser de este Ser infinito, que se apura, por decirlo así, en conocerse á sí mismo? Este misterio es tanto mas creible, cuanto es mas incomprensible. Nosotros comenzamos verdaderamente á conocer alguna cosa de la grandeza de Dios, dice san Agustin, cuando reconocemos que nos es imposible el comprender lo que es, y su manera de ser. Dios, dice en otra parte, me ha mandado creer este misterio incomprensible, pero no me ha permitido profundizarle; y esta verdad muestra la necesidad de la fe en la religion.

Un solo Dios en tres personas: tal es el sumario de nuestra fe, dice el mas célebre de los oradores cristianos; este es el fundamento de nuestra religion, el

carácter de nuestra profesion, el mas augusto de nuestros misterios. En estas tres palabras, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, consiste todo el fondo y el tesoro de nuestra creencia. El Salvador del mundo ha constituido en ellas una parte esencial del primero de todos los sacramentos, y ha querido que entrase en la composicion de cuasi todos los demás. La primitiva Iglesia se servia de ellas como de un sello público y universal para distinguir á los fieles; y para conformarnos con sus sentimientos las colocamos nosotros al principio de todas nuestras acciones, para que de este modo sean como otros tantos testimonios del culto que rendimos á la adorable y santísima Trinidad. Así es que en esta fe, dice san Agustin, consideramos como el mas precioso tesoro de la Iglesia; esta fe es la que justifica los pecadores, santifica los justos, bautiza los catecúmenos, corona los mártires, consagra los sacerdotes y salva á todo el mundo. Creer un solo Dios en tres personas, sin que la multiplicidad de las personas multiplique la naturaleza divina, la cual es indivisiblemente la misma en las tres, y sin que la distincion diga ninguna desigualdad en las perfecciones, las cuales son las mismas en las tres personas divinas; esto es lo que creemos, y esta fe es el fundamento de toda nuestra esperanza, dicen los padres, el principio de toda la santidad, y segun la expresion del concilio de Trento, el principio y la raiz de nuestra justificacion. Este es el misterio tan sublime y tan impenetrable á todo entendimiento criado, que no debia revelarse sino á los hijos de la nueva alianza. Dios, es verdad, se habia dado á conocer á los israelitas; pero puede decirse que no les habia enseñado mas

que su nombre: les habia revelado quién era, y que era todopoderoso, inmenso, eterno; pero no habia una sola criatura que no les pudiese enseñar esta verdad, la cual por otra parte estaba como grabada en el alma de todos los hombres. Mas el conocimiento de lo que Dios es, esta Trinidad de personas sustancialmente unida á la unidad de naturaleza; la generacion eterna del Verbo, la eterna procesion del Espíritu Santo, y la identidad de naturaleza en el Espíritu Santo, en el Hijo y en el Padre, era un secreto reservado para un pueblo mas querido todavía, para los discípulos, para los alumnos del Salvador del mundo. Era necesario tambien que hubiese venido el Espíritu Santo á iluminar con su luz divina unos entendimientos naturalmente incapaces de llevar su vista á tanta altura, y que el nombre sobrenatural de la fe hubiese sometido y reducido á esclavitud el entendimiento bajo la obediencia de Jesucristo y de su religion.

Este misterio inefable, este misterio adorable ha sido revelado, y todo el universo lo ha creido. Por mas incomprensible que sea á todo entendimiento criado, los judíos, los Romanos y los Griegos, el Asia, la Europa, la América y el Africa han abrazado esta fe; todo el universo ha confesado que no hay mas que un solo Dios, aunque haya tres personas divinas: que el Padre se distingue del Hijo, que el Padre y el Hijo se distinguen del Espíritu Santo, aunque todos tres tengan la misma divinidad, la misma naturaleza divina. Que todos tres son sabios, todos tres inmensos, todos tres eternos, y que no obstante no tienen mas que una misma eternidad, una misma inmensidad, una misma sabiduría: que no solo son igualmente poderosos é igualmente buo-

nos, sino tambien que no tienen mas que una misma bondad y un mismo poder : que á todos tres les debemos igual obediencia, y que sin embargo no tenemos mas que un señor y un dueño. Que el Padre no tiene principio ; que el Hijo es engendrado del Padre; que el Padre y el Hijo no engendran al Espíritu Santo, sino que le producen; pero que no obstante este órden de produccion, no hay ni primacía, ni preeminencia entre las divinas personas; que la una no depende de la otra, aun cuando haya una manera diferente de proceder la una de la otra. La unidad de Dios demuestra la unidad del objeto de nuestro culto. Adorando al Hijo, adoramos al Espíritu Santo y al Padre. Este es el principal artículo de nuestra creencia, el compendio del mas sublime y del mas grande de todos nuestros misterios, y el objeto particular de la solemne fiesta de este dia.

Esta fiesta es la mas antigua de todas, aun cuando su celebridad particular sea bastante reciente; en todos los siglos ha sido una fiesta de religion, aunque no haya tenido una solemnidad determinada, ni oficio particular hasta el siglo XIV en tiempo del papa Juan XXII. Desde que hubo mundo y criaturas racionales é intelectuales, dice el autor del Tratado de las fiestas de la Iglesia, el mundo ha sido un templo consagrado á la adorable Trinidad ; toda la duracion de los tiempos ha sido su fiesta. No hay dia en el año ni hora en el dia en que la Iglesia no haya hecho dar testimonio y gloria en todas sus oraciones á la unidad de Dios y á la Trinidad de las personas. Ha ordenado aun una fórmula de glorificacion que se llama de *Oxologia*, esto es el *Gloria Patri*, para honrar en todos momentos y celebrar distintamente las per-

sonas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; y por esta profesion de fe, en forma de glorificacion, termina todos sus salmos, sus responsorios y sus himnos. Jamás ha tolerado que ninguno de sus hijos ignorase que el misterio de la Trinidad es el objeto principal y el fin de todo el culto religioso que ella tributa á Dios. Por la invocacion y en nombre de la santísima Trinidad comienza y termina todas sus ceremonias de religion y todas sus oraciones. El divino sacrificio comienza por esta religiosa invocacion, y en el nombre de la adorable Trinidad bendice y despide al pueblo el sacerdote. Ninguna bendicion se da en la Iglesia que no sea por la invocacion y en nombre de la santísima Trinidad; ninguna ceremonia sagrada se hace que no sea en honor de estas tres adorables personas; ninguna accion cristiana hay que no deba comenzar y concluir por estos actos de religion, ni tampoco acto alguno de religion que no sea como consagrado por la memoria y por la atribucion á este adorable misterio. Y si es verdad que adoramos á todos los santos con relacion á Jesucristo como miembros suyos, tambien lo es que adoramos á esta Trinidad divina en el mismo Jesucristo unido sustancialmente, ó mas bien uno en sustancia con su Padre y el Espíritu Santo. Las personas divinas son inseparables las unas de las otras aun en nuestras devociones y en nuestro culto. Estas verdades bastan para hacernos comprender que no hay fiestas en la religion cristiana que no sean verdaderamente fiestas de la santísima Trinidad, puesto que todas las solemnidades en la Iglesia, la celebracion de los misterios, las de las fiestas en honor de los santos y de la misma Reina de los santos, todo no es, segun el espíritu de

nuestra religion, otra cosa que medios para honrar á la santísima Trinidad, y elevarnos á ella como al verdadero término de todo nuestro culto. Así es que puede decirse que, dirigiéndose todas las fiestas del año principalmente á honrar á la santísima Trinidad, venian á ser como la fiesta general y perpetua de ella; y esto es lo que por espacio de tantos siglos ha hecho que no se haya celebrado en la Iglesia una fiesta particular de la santísima Trinidad, no fuese que esta especial solemnizacion pareciese una limitacion de la fiesta universal, y se creyese que la celebracion continua de la fiesta de la adorable Trinidad estaba sujeta á la revolucion anual de las demás, fijándola á un dia determinado.

En efecto, siendo todas las fiestas del año como otras tantas festividades de la divina Trinidad, puesto que, hablando con propiedad, Dios solo es el fin principal y el objeto primario de nuestro culto, parecia poco necesario establecer una fiesta particular, como si se hubiese querido reducir al mismo Dios á la condicion de sus santos. Esta consideracion sin duda ha sido la causa de haberse diferido tanto tiempo la institucion de esta fiesta particular en la Iglesia universal. A la verdad, se la veia establecida en muchas iglesias particulares, sin que la Iglesia romana la celebrase. El papa Alejandro III da la razon de esto, cuando dice que la fiesta de la Trinidad se celebraba con diversidad en muchas iglesias particulares, celebrándola las unas el dia de la octava de Pentecostés, y las otras el domingo que precede inmediatamente al primer domingo de Adviento; pero que la Iglesia romana, que no censuraba por cierto esta piadosa institucion, no tenia dia particular para celebrar la fiesta

de la Trinidad, porque la celebraba todos los dias del año, no siendo todo el oficio divino otra cosa que un tributo de alabanza y de accion de gracias que pagamos diariamente á la Trinidad divina, terminándose todos los salmos, todos los cánticos, todos los himnos por esta devota fórmula de oxologia : Gloria sea dada al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Vese en el concilio de Salgunstadt, cerca de Maguncia, celebrado el año de 1022, que habia ya entonces una misa particular en honor de la santísima Trinidad : Estéban, obispo de Lieja, que vivia en el mismo siglo, compuso un oficio en honor de este adorable misterio, y habiendo sido consultado sobre este punto el papa Alejandro II, contestó que segun el ordinario del rito romano no habia dia alguno destinado en particular para celebrar la fiesta de la Trinidad, como ni tampoco la unidad de Dios; porque todos los domingos, todas las fiestas y todos los dias del año están principalmente consagrados al culto de un solo Dios en tres personas. No desaprueba el papa esta fiesta particular, solo trata de formar un decreto universal. El autor del Micrologio, que vivia en el mismo siglo, dice que el célebre Alcuino, que florecia en el siglo VIII, compuso en el reinado de Carlo Magno una misa de la Trinidad para el domingo; una bajo del título de la divina Sabiduría, esto es, del Verbo, para el lunes, del Espíritu Santo para el martes, de la Caridad para el miércoles, de los Angeles para el jueves, de la Cruz para el viernes, y de la santísima Vírgen para el sábado; lo cual hizo á ruego de san Bonifacio, arzobispo de Maguncia, á fin de que los sacerdotes de los pueblos nuevamente convertidos, poco instruidos en los oficios de la

Iglesia, pudiesen mas fácilmente decir la misa todos los dias.

Aunque la fiesta particular de la santísima Trinidad no estuviese todavía establecida en todas partes por la autoridad de la santa sede, lo estaba ya sin embargo en muchas iglesias particulares de Francia y otras partes. El abad Ruperto, que vivia á principios del siglo XII, habla ya de ella como de una fiesta establecida en su tiempo: dice tambien que se celebra inmediatamente despues de la fiesta de Pentecostés, porque los apóstoles comenzaron á predicar este divino misterio por todo el mundo desde luego que hubieron recibido el Espíritu Santo. Mas hasta el pontificado de Juan XXII, á principios del siglo XIV, la fiesta particular de la santísima Trinidad, establecida ya en la mayor parte de las iglesias particulares, no se hizo una fiesta solemne en toda la Iglesia universal, ni se fijó por el soberano pontífice al domingo que sigue inmediatamente á la fiesta de Pentecostés, siendo como el fin y la consumacion de todas las fiestas, y como la celebracion de todos los misterios.

Bendita sea la Trinidad santa y la indivisible unidad: cantaremos sus alabanzas, porque nos ha mirado con misericordia. Por estas piadosas aclamaciones y con este corto cántico de alabanzas comienza la misa de este dia. Como nunca debemos cesar en todos los dias de la vida de bendecir, alabar y dar gracias á la santísima Trinidad por todos los beneficios que de ella recibimos en todos los momentos, la Iglesia nos da una fórmula para ello en este introito. Este cántico, en algun modo, está sacado del capítulo 12 del libro de Tobías. *Bendecid al Dios del cielo, y glorificadle delante de los hombres*, dice el ángel Rafael á aquel

santo hombre, despues de haberle vuelto a su hijo; *bendecid al Dios del cielo, porque ha hecho brillar con vosotros su misericordia.*

¡Señor, soberano dueño nuestro, qué grande sois, qué inmenso y superior á todos nuestros pensamientos! *¡qué admirable aparece en toda la tierra la gloria de vuestro nombre!* Por este entusiasmo y este trasporte de admiracion comienza y concluye David el salmo 8, en el cual alaba la grandeza de Dios, su poder, su misericordia y su bondad con nosotros, lo cual conviene perfectamente á la celebridad de esta fiesta.

Por epístola se lee hoy el lugar en que san Pablo, escribiendo á los Romanos, exclama, á vista del abismo y de la profundidad de los tesoros de la sabiduría, de la ciencia y de las perfecciones infinitas de Dios: ¡Gran Dios, *qué incomprensibles son vuestros juicios, y qué superiores á cuanto puede penetrarse son vuestros caminos!* El motivo de la admiracion que manifiesta aquí el apóstol, dice un sabio intérprete, es la conducta impenetrable de misericordia y de justicia que Dios ha observado con respecto á los judíos y á los gentiles, haciendo servir la incredulidad de los unos á la vocacion de los otros, y la vocacion de estos al arrepentimiento y la conversion de aquellos; no llamando ni salvando á nadie sino por misericordia, ni desechando ni condenando á ninguno sino con justicia; disponiendo de tal modo las cosas, que todo se ve concurrir al cumplimiento de sus designios y á la manifestacion de sus atributos. Los tesoros de la sabiduría y de la ciencia indican el conocimiento perfecto é infinito que Dios tiene de todo lo que sucede á los elegidos y á los réprobos, y la sabiduría con que

dispone, conduce y gobierna todas las cosas para bien de sus elegidos y para gloria suya. El entendimiento humano se pierde en esta admirable economía de la sabiduría y de la Providencia divina. Dios nos oculta los secretos resortes de su conducta en todo admirable; pero seguros de que está llena de misericordia, y que la proporciona á nuestras necesidades, ¿querríamos que la proporcionase á la flaqueza de nuestras ideas? *Porque ¿quién ha penetrado los pensamientos del Señor? ¿ó quién ha sido consejero suyo? ¿ó quién es el que le ha dado primero, para que se le retribuya?* Entendimiento humano, que no te comprendes á tí mismo, y que te pierdes cuando intentas comprender la menor, la mas pequeña de las obras del Señor, ¿cómo te atreves á llamar á tu tribunal á la sabiduría misma de la divina Providencia? Y lo que es una insolencia digna del último castigo, ¿cómo te atreves á criticar la conducta impenetrable de su infinita sabiduría? Humillémonos á vista de la profundidad insondable de los decretos divinos. Contentémonos con saber que todo es infinito en Dios, que todo en él es infinitamente santo, infinitamente sabio, infinitamente justo, y que, si Dios es infinitamente amable, tambien nos ama infinitamente: si su sabiduría y su ciencia es infinita, lo son tambien su bondad y su misericordia. Nosotros merecemos, á la verdad, las recompensas del Señor; pero es él el que nos las hace merecer por la gracia con que nos previene y con que nos ayuda. Solo á favor de sus dones podemos enriquecernos con sus recompensas. Corona sus propios dones, cuando corona nuestros méritos. Si nos recompensa por justicia, es despues de habernos prevenido por pura misericordia; y á lo único

á que deben limitarse nuestras curiosas y pobres investigaciones en órden á los secretos impenetrables de la Providencia, es á vivir persuadidos que si no hay un santo en el cielo que no reconozca por toda la eternidad que debe su salvacion á la misericordia divina, no habrá tampoco un réprobo en el infierno que no confiese eternamente que él mismo ha sido el artífice de su reprobacion. Concluyamos con el Apóstol que solo Dios es el omnipotente y el principio y fin de todas las cosas; que solo él es infinitamente bueno, infinitamente justo, infinitamente ilustrado, infinitamente sabio. Que nosotros no somos por nosotros mismos mas que flaqueza, tinieblas, nada. *Sea*, pues, *á Dios la gloria en todos los siglos.* ¡Qué pobreza, qué imbecilidad querer, por decirlo así, que Dios nos dé razon de sus secretos, de sus misterios, y, si se me permite decirlo así, de su divinidad!

El asunto del evangelio de este dia está tomado del último discurso que Jesucristo hizo á sus apóstoles, antes de dejarlos para subir al cielo, y por el cual concluye san Mateo su sagrada historia.

Estando ya el Salvador á punto de subir al cielo, reunió á sus apóstoles y discípulos sobre el monte Olivete, para que fuesen testigos de su gloriosa ascension, y para comunicarles la mision. *Se me ha dado*, les dice, *todo poder en el cielo y en la tierra.* Habla aquí Jesucristo principalmente del poder que tenia en cualidad de Mesías para el gobierno de su reino espiritual y de la Iglesia, cuyo poder en toda su extension no lo ejerció propiamente hasta despues de su resurreccion. En virtud de este poder soberano, continúa el Salvador, *os envio, como mi Padre me ha enviado. Id*, pues, *por todo el mundo; andad, y predicad mi Evan-*

gelio á todos los pueblos de la tierra, sin excepcion de nacion alguna. Ninguno debe ya mirarse como extranjero, á ninguno excluyo de mi redil. Habiendo dado mi sangre, y habiendo muerto por todos los hombres, todos deben tener parte en el beneficio de la redencion. *Andad, predicad mi Evangelio por todo el universo*; vuestra mision se extiende á toda la tierra. Instruid á todos los pueblos en todo lo que no pueden ignorar sin ser excluidos para siempre de la bienaventuranza eterna: luego que los hayais instruido, *bautizadlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.* Vosotros sabeis lo que yo os he enseñado: esto mismo es lo que debeis enseñarles, y lo que ellos deben practicar para ser eternamente dichosos. *Contad con que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.* La mision de los apóstoles, limitada hasta entonces al pueblo judío, está aquí extendida á todas las naciones. Nótase que no obstante que los apóstoles recibieron entonces la órden de ir á predicar el Evangelio á todos los pueblos del mundo, á los paganos como á los judíos, creyeron sin embargo que aun por algun tiempo no debian predicar mas que en la Judea. El Espíritu Santo, que les conducia, era el que les inspiraba esta deferencia. Esperaron á que Dios les determinase por alguna señal extraordinaria, que efectivamente se verificó descendiendo visiblemente el Espíritu Santo sobre el centurion Cornelio. *Contad con que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.* Estas palabras son una promesa bien expresa de la perpetuidad de la Iglesia. Jesucristo por ellas se obliga á ser siempre su cabeza invisible, y á dar á los apóstoles y á sus sucesores todos los auxilios necesarios para el cumplimiento de su minis-

terio. Todas las sectas heréticas se han extinguido las unas despues de las otras, y la Iglesia católica ha hecho frente á todas; ella las ha visto nacer, y las ha visto morir á todas. Ninguna ha sobrevivido, en ninguna manera, á su autor; ninguna hay que no haya sido alterada en la mayor parte de sus puntos esenciales, que no haya variado despues de la muerte del heresiarca. Les costaria mucho trabajo á Wiclef, á Lutero y Calvino el reconocer hoy su obra. Uno ó dos años despues de la muerte de Lutero se contaban ya mas de ciento y diez variaciones hechas en su secta. Solo la Iglesia católica, apostólica, romana, la Iglesia de Jesucristo, fundada sobre la piedra angular, esto es, sobre Jesucristo, es incontrastable é invariable. Este es el efecto de la promesa que su Esposo le habia hecho de estar con ella hasta el fin de los siglos, y sin la que no hubiera podido menos de sucumbir.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

O Dios omnipotente y eterno, que disteis á conocer á vuestros siervos por medio de la luz de vuestra fe la gloria de la eterna Trinidad, y que adorasen en ella la unidad de vuestra naturaleza soberana; hacednos firmes en esta misma fe, á fin de que permanezcamos incontrastables en todos los males y accidentes de la vida. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epistola está sacada de la que escribió san Pablo á los Romanos, cap. 11.

¡O profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán investigables sus caminos! Porque ¿quién ha penetrado los pensamientos del Señor? ¿ó quién ha sido su consejero? ¿ó quién es el que le ha dado á él primero, para que se le retribuya? Porque todas las cosas son de él, y por él, y en él; á él sea el honor y la gloria en todos los siglos. Amen.

NOTA.

Habiendo referido san Pablo como Dios por una eleccion gratuita ha reservado algunos de los judíos para salvarlos por la fe en Jesucristo, dejando á los demás, segun la prediccion de los profetas, en la ceguera á causa de su incredulidad, y poniendo en su lugar á los gentiles por una bondad gratuita, exclama: ¡O qué incomprensibles son los secretos de la divina Sabiduría!

REFLEXIONES.

¡O profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! Todo es profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, á todo entendimiento humano, en los misterios de nuestra religion. La Iglesia nos obliga á creer que hay tres personas en solo un Dios. Es esta una verdad incomprensible; yo convengo en ello, dice un gran siervo de Dios; pero, porque sea incomprensible, ¿es por eso menos creible, deja por eso de ser una verdad? ¿No es por el contrario visible que Dios tiene una manera de ser del todo diferente de la de las criaturas, é infinitamente elevada sobre todas nuestras concepciones? ¿Qué Dios seria el nuestro, si no fuese, ó no tuviese mas que lo que nosotros pudiésemos comprender, y si su esencia infinita y su modo de ser fuesen tan limitados como nuestro entendimiento? Los misterios de la Trinidad, de la encarnacion del Verbo, de la redencion son incomprensibles al entendimiento humano, y por esto mismo son mas creibles. La sola razon humana me dice que debe haber tanta distancia entre el modo de ser de un Dios y nuestro

genio, cuanta es la que hay entre la criatura y el Criador. ¿Y hay alguna cosa en Dios que no sea superior á nuestro alcance? ¿Podemos comprender cómo llena todos los lugares, siendo indivisible? ¿de qué modo son presentes para él el tiempo pasado y el futuro? ¿y cómo ha hecho todas las cosas de la nada? Él da el movimiento á todo lo que se mueve, y sin embargo es inmutable; él abraza en sí una justicia infinita con una infinita misericordia. Sufre mil desórdenes en el mundo, que en nadie mas que en él consiste el impedir, y con todo eso no puede gobernarse con mayor sabiduría. ¿Extrañaremos si el ser de Dios encierra cosas que á nuestro pequeño talento le parecen tan opuestas, puesto que sus mismos juicios son tan impenetrables y tan profundos, que el genio mas privilegiado del mundo se pierde en ellos? ¿Hemos comprendido jamás, cómo, siendo omnipotente, y teniendo una voluntad sincera de salvar á todos los hombres, y habiendo muerto generalmente por todos, se condenan sin embargo tantos? ¿Hemos comprendido nunca, por qué Dios permite que un santo caiga y se condene, al mismo tiempo que levanta á un pecador y le salva? ¿por qué antes de todos los siglos ha resuelto iluminar á ciertos pueblos, y dejar á otros en las tinieblas? ¿por qué convierte naciones bárbaras que estaban sepultadas en el paganismo, mientras que permite que pueblos enteros, que estaban en el seno de la Iglesia, salgan de ella y se entreguen á todo género de errores? ¿Ha habido jamás entendimiento tan sutil, tan penetrante, que no se haya perdido en la consideracion de todos estos misterios, si ha sido tan temerario que haya querido profundizarlos? ¿No nos vemos,

pues, ya precisados en vista de una conducta tan misteriosa á cerrar los ojos, renunciar á todas nuestras débiles luces, confesar nuestra ignorancia y exclamar con san Pablo : *¡O profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán investigables sus caminos!* Dudar de la verdad de uno solo de nuestros misterios, porque es incomprensible, es dudar de todos los demás, puesto que ninguno hay que nuestro entendimiento pueda comprender. ¡Buen Dios, y cómo prueba evidentemente la necesidad de la fe la misma incomprensibilidad de todos nuestros misterios!

El evangelio de la misa de este dia es tomado del que escribió san Mateo, cap. 28.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos : Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Andad, pues, enseñad á todas las naciones. Bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadles á observar todas las cosas que os he prescrito. Y contad con que yo estoy con vosotros en todos tiempos hasta la consumacion de los siglos.

MEDITACION.

SOBRE EL MISTERIO DEL DIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que cuanto mas incomprensible es á nuestro entendimiento el misterio de la Trinidad, tanto mas indudable es. Un solo Dios en tres personas, realmente distintas, y tres personas en un solo Dios: unidad de naturaleza, trinidad de personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios. y no hay mas que un

solo Dios, una misma divinidad, una misma majestad, una misma inmensidad, una misma eternidad, un mismo poder, una misma esencia; de tal modo, no obstante, que el Padre no es el Hijo, el Hijo no es el Padre, y el Espíritu Santo no es el Padre ni el Hijo. Hé aquí el objeto de nuestra fe. De todos los misterios de nuestra fe, ninguno hay que sea mas incomprensible al hombre que el misterio de la Trinidad; ninguno que mas sobrepuje á nuestra razon, y ninguno sin embargo que contente mas nuestra razon, la cual me dice que la esencia de Dios debe ser incomprensible, y que es cierto que nosotros no formamos jamás idea mas alta ni mas digna de la grandeza de Dios, que cuando confesamos que es incomprensible á todo entendimiento criado. No, Dios mio, yo no os comprendo, ni soy capaz de comprenderos. Aun cuando yo agotara todas las fuerzas y todas las potencias de mi alma; aun cuando empleara todas las de los ángeles y de todos los espíritus mas perfectos que podeis criar; aun cuando yo os viese tan perfectamente como los bienaventurados y como la misma humanidad de Jesucristo; no, Señor, yo no os comprenderia jamás. Si yo os comprendiese, Dios mio, no seríais ya lo que sois, ó no seria yo ya lo que soy. Pero no comprendiéndoos, reconozco que sois mi Dios, y que yo soy vuestra criatura. En efecto, todo es y todo debe ser incomprensible en Dios. Y para hablar con propiedad, como dice san Agustin, lo único que podemos conocer de Dios es esta cualidad de incomprensible. Ahora bien, ningun misterio hay de la religion cristiana en que se deje ver mejor esta incomprensibilidad que en el de la Trinidad; y por esto los profetas que han tenido las primeras revela-

ciones acerca de él, le han dado siempre este carácter, representándonosle unas veces como una luz inaccesible, otras como una oscuridad impenetrable, y otras como un abismo sin fondo, para significarnos que la unidad de Dios en la Trinidad de las personas divinas, es el gran misterio de la incomprensibilidad de Dios; y por consiguiente puede decirse que el misterio de la Trinidad es el mas fácil de concebir y de creer, y que es tambien en el que nuestra fe rinde mas honor á Dios por el sacrificio que le hace de toda nuestra razon, y aun nuestra razon misma nos conduce á hacerle este sacrificio. No, Dios mio, no son velos sombríos los que os ocultan á mis ojos, es vuestra luz brillantísima; y como la misma luz del sol es la que me deslumbra cuando quiero mirarle de hito en hito, así cuando quiero considerar vuestra divina esencia, no es menester, para que os oculteis á mí, mas que vos mismo. Yo os creo, ó inefable Trinidad; yo os adoro; yo os amo. Este misterio es el motivo de la admiracion, de la alegría y de la felicidad de todos los bienaventurados en la patria celestial; él será tambien el objeto de mi culto y de mi amor en este lugar de destierro.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es muy singular en nuestra religion el que, cuando se nos instruye en el cristianismo, y se nos dan los primeros elementos de la fe, se comience por lo mas elevado de ella y mas difícil de creer, que es el misterio inefable de la Trinidad. En las ciencias humanas, al principio se enseñan las cosas mas comunes y mas fáciles de comprender; pero cuando se trata de la ciencia de un cristiano, la primera leccion

es el compendio de todas las oscuridades que se encuentran en ella; es menester, por decirlo así, que la fe haga su ensayo por su obra maestra, esto es, por saber y confesar el adorable misterio de la Trininad. Hay un solo Dios en tres personas; esta es la primera verdad que se enseña en la escuela cristiana, porque la fe de las tres personas divinas es el fundamento de toda nuestra esperanza, la fuente de todos nuestros méritos, el principio de toda nuestra santidad, y como se explica el concilio de Trento, el principio y la raiz de toda la justificacion de los hombres. Por esto la fórmula de la fe que pronunciamos confesando la Trinidad, y que está concebida en estos términos: en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, es tan santa, tan augusta y tan venerable en nuestra religion. Hé aquí porque, segun la institucion de Jesucristo, entra en cuasi todos los sacramentos de la ley de gracia; en el nombre de las tres divinas personas recibimos la bendicion de los sacerdotes, de los pastores, de los prelados, y en el mismo debemos comenzar y concluir todas nuestras obras y nuestras oraciones, para enseñarnos que no hay gracia, no hay salud, no hay justificacion sino por la fe de este inefable misterio. Por esto el sacerdote, en los últimos momentos de nuestra vida, viene á sostener al alma cristiana en el nombre de la santísima Trinidad; y tratando de animarla para que vaya á comparecer delante de Dios, le dice: Parte, alma cristiana, en el nombre del Padre que te ha criado, en el nombre del Hijo que te ha rescatado, en el nombre del Espíritu Santo que te ha santificado. Nombres omnipotentes para poner en fuga á las legiones infernales, para hacer inútiles todos sus es-

fuerzos, y para atraer sobre nosotros en aquel tránsito tan peligroso las gracias y auxilios del cielo que tanto necesitamos. ¡Qué piedad no debemos tener con la adorable Trinidad! ¡con cuánta frecuencia debemos invocarla! ¡y cuál debe ser el culto que la demos! ¡Ah, Señor! exclama el sacerdote pidiendo por un moribundo, Dios vivo, verdad es que imploro vuestra clemencia en favor de un pecador; pero vos sabeis, Dios de misericordia, que, por mas pecador que sea, ha confesado vuestra augusta Trinidad; ha reconocido el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y se ha interesado en la gloria de estas tres divinas personas. ¡Qué consuelo entonces para un moribundo el haber confesado, adorado, amado esta Trinidad edorable!

Yo tengo, Señor, un verdadero sentimiento de haber tenido hasta aquí tan poca devocion, tan poco zelo por este gran misterio; mi culto, mi confianza y mi amor, con el auxilio de vuestra gracia, van á ser de hoy mas la prueba de mi fe.

JACULATORIAS.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. *La Iglesia.*

Bendigamos sin cesar al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. *Ibid.*

PROPOSITOS.

1.° No hay costumbre mas santa ni mas religiosa que la de poner al frente de todas nuestras obras esta augusta profesion de fe: en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, haciendo sobre nosotros la señal de la cruz, para no emprender ni ejecutar

nada que no sea en virtud de estos dos grandes misterios sobre los cuales gira toda nuestra religion, la santísima Trinidad, y en seguida la redencion por la encarnacion del Verbo; práctica que se nos ha trasmitido de los apóstoles, cuya tradicion es constante, y de la que ninguno de los fieles se ha dispensado jamás. ¡Con qué espíritu de religion, con qué devocion y con qué respeto debe guardarse esta santa practica! ¡qué falta es el no observarla sino con indiferencia, y aun el descuidarla! No hay acto de religion que sea mas ordinario; pero tampoco ninguno ordinariamente mas irreligiosamente observado. Diríase muchas veces que se hace la señal de la cruz por irrision. Un gesto irregular de la mano, puramente de monada, es en lo que ha degenerado el dia de hoy una práctica tan santa y tan religiosa. Llorad en la presencia de Dios si sois culpables de esta irreligion, y resolveos á no hacer jamás la señal de la cruz sino con respeto, ni pronunciar jamás los nombres sagrados de las tres divinas personas sino con una devocion respetuosa que sea una prueba de vuestra religion y de vuestra fe.

2.° Tened una tierna y constante devocion á la santísima Trinidad. No ceseis, á ejemplo de la Iglesia, de repetir este sagrado versículo: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; porque no podemos decir cosa alguna que le sea mas agradable á Dios, ni otra que sea mas á propósito para ganarle el corazon, que esta afectuosa plegaria que tiene mas virtud y fortaleza, por decirlo así, para santificarnos que todas las demás. San Simeon Stylita en su columna no tenia otro ejercicio mas continuo que este. Si todas las veces que hemos pronunciado estas venerables pala-

bras : Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, lo hubiésemos hecho con el mismo respeto y la misma devocion que aquel santo anacoreta, ¡cuántos méritos hubiéramos adquirido delante de Dios! No descuideis, pues, esta santa práctica. No pronuncieis jamás los nombres de estas adorables personas sino con un religioso respeto, y cuantas veces hiciéreis la señal de la cruz hacedla con atencion. Y puesto que este acto de religion es nuestra profesion de fe, ¿deberá hacerse sin reverencia?

LA FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

COMUNMENTE LLAMADA

LA FIESTA DE DIOS.

La festividad del Santísimo Sacramento del altar ó de la Eucaristía, no solo es la mas brillante, la mas pomposa y una de las mas célebres entre todas las solemnidades, sino que tambien es la mas antigua y la primera de todas las fiestas de la Iglesia. Todas las demás, al menos las mas solemnes, son de institucion apostólica; mas esta ha sido instituida por el mismo Jesucristo en la última cena, la víspera de su pasion. Su institucion es la misma que la del divino sacrificio, y puede decirse que el precepto que intimó el Salvador á sus apóstoles, y en su persona á toda la Iglesia, de que hiciesen en memoria suya lo que él acababa de hacer, ha hecho la fiesta de la cena del Señor y del Santísimo Sacramento tan antigua como la misma Iglesia. Por ella ha comenzado la Iglesia; su nacimiento data en la institucion y la celebracion de este divino sacrificio, de donde ha seguido la comunion de los fieles, reunidos para la fraccion del pan ó la suncion del cuerpo de Jesucristo, y para la oracion. Sin sacrificio no hay religion, no hay Iglesia. Puede tambien decirse que la fiesta de la Eucaristía ha sido perpetua en la Iglesia, lo mismo que la de la santísima Trinidad, y que no ha habido dia en que no se la haya celebrado. Porque así como la santísima Trinidad

es el objeto esencial y primitivo de nuestro culto en todas las solemnidades de nuestra religion, así tambien la Eucaristía es el sacrificio perpetuo y el culto mas santo que se da á Dios en todas las fiestas. Y esta es la razon porque se ha tardado tanto tiempo en establecer en la Iglesia una fiesta particular para celebrar estos dos grandes misterios, habiendo sido todos los dias del año la fiesta de la santísima Trinidad la que se adoraba, y la de la divina Eucaristía por la cual se la adora.

De aquí es que en los primeros dias de la Iglesia, todos los dias del año, dicen los padres, eran considerados por los fieles como dias de fiesta, pues que todos comulgaban en ellos; y por tanto, segun Tertuliano, san Crisóstomo y san Isidoro, todos los dias se han llamado ferias en la Iglesia. San Justino dice que en todas las fiestas de los primeros cristianos cuasi toda la solemnidad consistia en la celebracion de la misa y en la comunion; cada dia era una fiesta, y no habia fiesta, por decirlo así, que no fuese la fiesta del Santísimo Sacramento. El divino sacrificio que se ofrecia hacia entonces, como lo hace todavía hoy, el fondo y como la principal celebridad de todas las fiestas. Celébrese la fiesta de los mártires ó de los otros santos, dice san Crisóstomo, celébrese cualquiera otra fiesta el viernes, el sábado ó el domingo, siempre es el mismo sacrificio el que se ofrece, siempre es la misma víctima sagrada la que se inmola, siempre es el divino sacrificio el que hace la principal solemnidad del dia. Distinguense á la verdad, añade este padre, las grandes fiestas por la magnificencia y la riqueza de los ornamentos con que en ellas están decoradas nuestras iglesias, y por la multitud extra-

ordinaria del pueblo que se reune en ellas con regocijo; pero en el fondo, lo que hace toda su celebridad, su dignidad, su regocijo, es el divino sacrificio que se ofrece en ellas. El Santísimo Sacramento del altar es el tesoro que se llamaba en la primitiva Iglesia el soberano bien de la vida presente, en quien encontramos todos los bienes; y como la posesion del soberano bien es lo que hace en el cielo una fiesta eterna, asi tambien la posesion de la adorable Eucaristía hace en la tierra una fiesta continua de todos los dias.

Haced esto en memoria de mi, dice Jesucristo. Este sacramento no solo debe recordarnos la memoria de la muerte del Salvador, sino tambien de todos los demás misterios de su vida. Con este espíritu la Iglesia despues de estas palabras del cánon de la misa: *Cuantas veces hiciéreis esto, lo haréis en memoria de mi*; añade: *Por lo que acordándonos, Señor, de vuestra pasion, de vuestra resurreccion, igualmente que de vuestra gloriosa ascension*, etc.

No hay misterio alguno de Jesucristo de que no sea representacion y memoria el Santísimo Sacramento, ni tampoco hay alguno que no se celebre dignamente por la divina Eucaristía en el sacrificio de la misa. ¿Qué solemnidad hay en la Iglesia que no sea, por decirlo asi, la fiesta del Santísimo Sacramento? Y ciertamente puede decirse que ofrecer el divino sacrificio es celebrar su fiesta, puesto que es celebrar solemnemente la memoria de su institucion, y hacer en memoria de Jesucristo lo que él mismo hizo en su última cena. El divino sacrificio es lo mas respetable, lo mas santo, lo mas solemne de todas las fiestas. Todas ellas, dice san Juan Crisóstomo, son

la fiesta de este divino sacrificio: de suerte que la misma razon que por tanto tiempo habia impedido que se celebrase en la Iglesia una fiesta particular en honor de la santísima Trinidad, habia impedido tambien, como ya se ha dicho, que se celebrase una en particular en honor de la adorable Eucaristía; hasta que por fin la divina Providencia, previendo sin duda que en los últimos tiempos se levantarian sectas impías que combatirian y aun profanarian con todo género de impiedades este divino misterio, inspiró á la Iglesia que aumentase su solemnidad por medio de una fiesta particular, y por una octava de las mas solemnes. Véase la historia de su institucion.

La bienaventurada Juliana, priora de Monte-Cornillon, cerca de Lieja, fué el instrumento de que Dios se sirvió para suscitar las primeras ideas de esta nueva solemnidad. Esta santa religiosa habia nacido el año de 1193 en la aldea de Retines, en el distrito de la ciudad de Lieja, de padres muy ricos, á quienes perdió á la edad de cinco años. Habiéndosela llevado desde entonces su tutor á Monte-Cornillon, la puso á pension con ciertas religiosas que cuidaban del hospital que acababa de edificarse al pié de la montaña. Esta alma inocente, prevenida casi desde la cuna por las mas dulces bendiciones del Señor, hizo en poco tiempo tan grandes progresos en la virtud, que llegó á ser la admiracion de su siglo. Era difícil encontrar una humildad mas profunda con un mérito tan raro; ni una inocencia mas perfecta con las austeridades mas rigorosas. El amor del retiro y de la vida oscura fué siempre su pasion dominante, y las comunicaciones íntimas que tenia con Dios en la oracion, le proporcionaban todos los dias los mayores conten-

tos : parecia haber nacido con ella la ternura hácia la santísima Vírgen; pero su virtud favorita, y que formó siempre su carácter distintivo, fué una devocion extraordinaria al Santísimo Sacramento. El sacrificio de la misa abrasaba de tal modo su corazon en el fuego del divino amor, y hacia una impresion tan viva en su espíritu, que jamás asistia á él que no permaneciese todo el tiempo que duraba en una especie de éxtasis. Cada comunion era para ella un nuevo banquete del divino Esposo, y las lágrimas que allí derramaba manifestaban bien que gustaba una fruicion anticipada de los gozos celestiales. Meditaba incesantemente sobre esta prenda inestimable que Jesucristo ha dejado en la tierra por el amor inmenso que nos tiene, y no podia comprender cómo los cristianos, poseyendo este tesoro, pudiesen amar alguna otra cosa. Hubiera ella querido que todas las riquezas del mundo se hubiesen empleado para adornar nuestras iglesias y para enriquecer el altar santo, cuya magnificencia deberia oscurecer los tronos mas preciosos de los mayores príncipes. Estaba ella ocupada en unos sentimientos tan justos y tan religiosos, cuando tuvo una vision que no comprendia, y que no dejó de inquietarla. Vió la luna en su lleno, en la cual se advertia una brecha. La Escritura santa, tanto en el viejo como en el nuevo Testamento, nos ofrece muchos ejemplos de estas imágenes enigmáticas, en las que, acomodándose Dios á nuestro modo de pensar, nos descubre un sentido espiritual y misterioso bajo de alguna cosa material y sensible. No comprendiendo la piadosa Juliana lo que significaba esta vision, creyó que era una ilusion del demonio que queria distraerla de la oracion. Nada omitió para li-

brarse de ella; oracion, lágrimas, austeridades, ninguna cosa pudo hacer que esta imágen desapareciese de su vista. Nunca se ponia en oracion que no volviese á presentarse la vision. Ninguno de sus directores hubo que acertase á interpretársela. Todo su recurso fué la oracion. En ella, por fin, le dió Dios á entender que la luna significaba la Iglesia, y que la brecha indicaba la falta de una fiesta particular del Santísimo Sacramento, que en el tiempo presente necesitaba para la perfeccion de la disciplina, y para el buen órden, por decirlo así, de la misma Iglesia. Revelóle Dios al mismo tiempo que la habia escogido para que solicitase con los ministros de la Iglesia la institucion de esta fiesta particular y solemne del Santísimo Sacramento, cuyo fin era honrar la divina Eucaristía con un culto mas solemne, y reparar en alguna manera por medio de esta pública celebridad las irreverencias y la falta de respeto á este adorable misterio. Asustóla esta comision, y aunque no podia dudar que la revelacion venia de Dios, su profunda humildad la hacia sin embargo rezelar. Permaneció todavía cerca de veinte años en silencio, tratando de suplir con el aumento de su devocion á la adorable Eucaristía, lo que la Iglesia no habia aun establecido.

Habiendo, pues, sido elegida en el año de 1230 priora de la casa de Monte-Cornillon, se sintió interiormente excitada con mas viveza á declararse sobre este asunto; y temiendo resistir á la voluntad de Dios que tan claramente se le habia manifestado, se franqueó en fin particularmente á un canónigo de San Martin de Lieja, el cual estaba tenido en gran reputacion de santidad, y en quien ella tenia mucha confianza. Despues de haberle declarado lo que ella creia

que Dios le habia dado á conocer en órden á la institucion de una fiesta particular en honor de la adorable Eucaristía, le rogó que trabajase con todo zelo de acuerdo con las autoridades eclesiásticas, religiosos y teólogos, para un establecimiento que debia ser tan glorioso á Jesucristo, y tan ventajoso á la Iglesia. Encargóse con gusto de la comision el santo canónigo, y la ejecutó con un éxito maravilloso. Uno por uno aprobaron todos y aplaudieron un designio tan conforme al espíritu de la Iglesia. Los que se mostraron mas zelosos en favor de esta institucion fueron los frailes predicadores de Lieja, y su prior fray Hugo, llamado de Santo-Amor, que fué despues cardenal, Guido de Leon, obispo de Cambray, y el arcediano de la iglesia de Lieja Santiago Pantaleon de Troyes, que fué despues obispo de Verdun, patriarca de Jerusalen, y en fin, papa con el nombre de Urbano IV. La bienaventurada Juliana tuvo muy pronto el consuelo de ver establecida esta fiesta en toda la diócesis de Lieja en virtud de un mandamiento ó decreto del obispo Roberto dado el año de 1246, y celebrada con una solemnidad y devocion extraordinaria. No obstante hasta el año de 1262 no llegó á ser esta gran festividad una de las primeras solemnidades de toda la Iglesia.

El papa Urbano IV, que, siendo todavía arcediano de la iglesia de Lieja, habia aprobado mucho la institucion de esta fiesta, como hemos dicho, no bien se vió elevado al soberano pontificado, cuando pensó en hacerla una fiesta de precepto. Las solicitaciones de muchos grandes prelados y las súplicas urgentes de una santa reclusa llamada Eva, que habia sobrevivido á la bienaventurada Juliana, su amiga, y que no era

menos favorecida que ella de los dones del cielo, inclinaron al papa á que hiciese este establecimiento: pero las turbulencias de la Italia, y las necesidades todavía mas urgentes de la Iglesia, retardaban de dia en dia la ejecucion, cuando un prodigio, dice san Antonino, acaecido en Bolsena en la diócesis de Orbieto, determinó al papa á expedir la bula. El prodigio consistió en un corporal que quedó todo ensangrentado con la sangre de Jesucristo por algunas gotas que habian caido en él de un cáliz, por descuido de un sacerdote que decia misa en la iglesia de Santa Cristina. La bula fué expedida en el año de 1262, y comienza por estas palabras : *Transiturus de hoc mundo ad Patrem Salvator noster Dominus Jesus Christus.* Desde el principio da en ella el papa una idea sublime del amor inmenso que el Salvador nos testifica en este divino Sacramento, y de los bienes infinitos que están encerrados en la sagrada Eucaristía. Despues de habérnoslo dado todo Jesucristo, dice, se da á sí mismo. *¡O inimaginable liberalidad,* exclama, *en la que el don que se nos da, es la persona misma del que nos lo da! ¿Puede ir mas allá la liberalidad, cuando despues de habernos dado todo lo que tiene, se da á sí mismo? Jesucristo se hace nuestro alimento, á fin de que así como el hombre se habia procurado la muerte comiendo del fruto prohibido, el mismo hombre se procurase la bienaventurada inmortalidad comiendo este pan de vida. Aunque se celebre todos los dias la fiesta del Santísimo Sacramento,* dice este gran papa, *ofreciendo el divino sacrificio, nos parece muy á propósito el asignar un dia cada año, consagrado muy particularmente por una de las fiestas mas solemnes, aun cuando no fuese mas que para confundir la abomi-*

nable impiedad y la extrema locura de los herejes de estos últimos tiempos. A la verdad, continúa el mismo papa, *la Iglesia celebra esta fiesta con solemnidad en el Jueves santo, que es el dia en que Jesucristo instituyó este divino Sacramento; pero está entonces tan ocupada en llorar la muerte del Salvador, y en tantas otras ceremonias sagradas, que no puede atender con la intension debida á la solemnidad de este divino misterio, la cual debe celebrarse con una alegria santa, y una pompa del todo extraordinaria, para de este modo hacer sentir mas la gloria y la dicha que tenemos de poseer el cuerpo vivo de Jesucristo, nuestro Salvador y nuestro Dios. Y si la conmemoracion que hacemos todos los dias de muchos santos, ya en la misa, ya en las letanias, no impide que la Iglesia les asigne un dia en el año para celebrar su fiesta particular con mas solemnidad, con mayor razon debe hacerse esto con el misterio mas augusto y mas grande de nuestra religion, que es la adorable Eucaristia: á fin*, añade, *de que todos los fieles traten en esta fiesta particular, en esta solemnidad extraordinaria, de reparar con su devocion y con su culto su negligencia, su falta de reconocimiento y de respeto, y sus irreverencias á este divino misterio. Nos, no podemos dejar de tener presente lo que el Señor ha revelado a personas de virtud eminente, esto es, cuánto interés tienen que esta fiesta se celebre universalmente en toda la Iglesia, de lo cual hemos sido instruidos antes que fuésemos elevado á la suprema dignidad en que la misericordia de Dios nos ha colocado. Asi que, para avivar mas la fe de los fieles y hacerla mas brillante acerca de este augusto Sacramento, además del honor que todos los dias se le tributa, mandamos que todos los años se celebre una fiesta particular con toda la celebridad po-*

sible, y con toda la pompa y magnificencia que es debida al sagrado cuerpo de Jesucristo, en quien reside sustancialmente toda la divinidad; designando para esta augusta solemnidad el jueves despues de la octava de Pentecostés, á fin de que en aquel dia se apresuren á porfia el clero y el pueblo á dar muestras nada equivocas de su fe viva y de su tierna devocion al Santísimo Sacramento, por medio de un culto público mas religioso, y de cánticos de alabanzas. Exhortando en seguida á todos los prelados y al clero, á quienes se dirige la bula, á que celebren todos los años esta fiesta con toda magnificencia y dignidad, recomiéndales este gran pontífice, que exhorten á los fieles desde el domingo precedente á que se preparen con todo género de buenas obras para esta insigne solemnidad, y sobre todo, á que se pongan en estado de comulgar dignamente el dia de la fiesta. *Por lo que hace á Nos*, añade, *no queriendo omitir nada para excitar á todos los fieles con dones espirituales á que celebren esta gran fiesta con todo el zelo y el fervor que pide este Dios oculto, concedemos á todos los que verdaderamente contritos y confesados asistieren á las primeras vísperas de la fiesta, á maitines, á misa y á las segundas vísperas, cien años de indulgencia por cada vez, y cuarenta años por cada una de las horas menores; y cien dias de indulgencia á todos los que asistieren á vísperas, á maitines, y á la misa y á las horas menores del oficio divino durante la octava.*

El papa Clemente V confirmó solemnemente en el concilio de Viena, celebrado el año de 1311, la bula de institucion que el papa Urbano IV habia expedido; el papa Juan XXII hizo lo mismo cinco años despues, y desde entonces esta fiesta se celebró con mas solem-

nidad aun en toda la Iglesia universal. Santo Tomás de Aquino, admiracion de todo el mundo cristiano, y una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia, fué quien compuso el oficio, el cual está mirado como uno de los mas devotos, de los mas concluidos y de los mas bellos que tenemos, tanto por la energía de las expresiones, como por la doctrina de todo el misterio eucarístico.

Lo que da todavía mayor brillantez á esta fiesta, y lo que la distingue aun de todas las demás, es la procesion solemne en la que el cuerpo de Jesucristo es conducido en triunfo por las calles con grande aparato y con una magnífica y religiosa pompa. Muchos atribuyen esta institucion al papa Juan XXII, no porque no se llevase ya en procesion el Santísimo Sacramento desde el siglo XI; pero apenas se hacia esto mas que el domingo de Ramos para honrar el humilde triunfo de la entrada de Jesucristo en Jerusalen, y aun entonces se llevaba encerrado en una caja ó especie de sepulcro. La procesion que se hace en este dia con tanta pompa y solemnidad es una parte principal de esta gran festividad. Llévase en ella en triunfo á Jesucristo, realmente presente en la adorable Eucaristía, pretendiendo la Iglesia por este grandioso triunfo celebrar el que Jesucristo ha hecho conseguir á su Iglesia sobre los enemigos de este misterio, y reparar en alguna manera los ultrajes ignominiosos que se le hicieron en las calles de Jerusalen, y los que recibe aun todos los dias de parte de los malos cristianos en las iglesias. Los errores impíos de Berengario, arcediano de Angers, acerca de la realidad del cuerpo de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, fueron sin duda uno de los motivos de

esta institucion, y por esto se hace esta procesion con tanta magnificencia y solemnidad en Angers, en donde Berengario, primer autor de esta herejía, habia enseñado sus errores á principios del siglo XI. La traslacion del arca desde Cariathiarim á la casa de Obededom, y desde allí luego á Jerusalen, hecha con tanta pompa y solemnidad, á la cual asistió el rey David, seguido de un numeroso pueblo, era la figura de la procesion solemne que la Iglesia hace en este dia llevando el Santísimo Sacramento, y de la alegría cristiana que acompaña esta fiesta. Ninguna, en efecto, hay en todo el año que se celebre con tanta pompa y solemnidad; ninguna tampoco en que la fe y la piedad de los cristianos deban brillar mas. Es esta el triunfo de Jesucristo y el de la religion, es el triunfo de la Iglesia. El Santísimo Sacramento del altar es el fin de todos los demás; el medio mas seguro y mas eficaz para llegar á la perfeccion, una fuente fecunda de los dones del cielo; la prenda y como un gusto anticipado de la felicidad de los bienaventurados; el gérmen de la inmortalidad; el mas ilustre testimonio del amor de Jesucristo; el compendio, por decirlo así, de toda la religion, y el tesoro de la Iglesia.

Nuestra religion no tiene cosa mas santa ni mas divina, el mismo Dios no podria hacer nada mas grande ni mas respetable que este augusto Sacramento, que el sacrificio de la misa. Institucion divina, oblacion santa, víctima de un precio infinito, inmolacion del cuerpo y de la sangre adorable del hombre Dios, pontífice igual en todo á Dios mismo. ¿Puede imaginarse alguna cosa mas divina, mas digna de nuestro zelo, de nuestros respetos y de todo

nuestro culto? Aquí se ve la obra maestra de la sabiduría, de la omnipotencia y de la bondad de Dios, y este es el objeto principal de esta festividad. No se debe, pues, extrañar que la Iglesia se deshaga, por decirlo así, en cánticos de alabanzas, de gratitud y de alegría, ni que los fieles, participando del mismo espíritu, nada omitan para contribuir en todo el mundo cristiano con su zelo y con su piedad á la magnificencia y á la solemnidad de esta fiesta. Todo el oficio de este dia tiene una relacion maravillosa con esta religiosa celebridad.

El introito de la misa, tomado del salmo 80, desenvuelve desde luego todo este misterio. *Les ha alimentado*, dice, *con la flor del trigo, y les ha hartado con la miel de la piedra.* ¡Qué alabanzas, qué acciones de gracias, y qué bendiciones no debemos al Señor por un beneficio tant señalado, por un favor tan insigne! El mismo Jesucristo dice que él es este pan exquisito, este pan de vida que da la inmortalidad. *El que come de este pan*, añade, *no morirá.* ¡Qué virtud! pero ¡qué dulzura en este pan celestial! Ciertamente es alimentarnos con miel en abundancia el darnos á comer su propia carne: ella es verdaderamente la miel que sale de la piedra misteriosa, que no es otra que Jesucristo, como dice san Pablo. Notemos que el profeta en este salmo exhorta á los judíos á que celebren debidamente las fiestas ordenadas por el Señor en memoria de sus beneficios. Hace tambien hablar al mismo Dios, que por la relacion de sus gracias trata de obligar á su pueblo á que le sirva con fidelidad, y que se queja al mismo tiempo de la ingratitud de este pueblo. Pero despues de haber hecho un compendio de todas las maravillas que Dios ha obrado en su favor, concluye

David el salmo por la que sola vale y pesa aun sobre todas las demás : *Les ha alimentado con la flor del trigo, y les ha hartado con la miel de la piedra.* Como si dijese, gobernado por el espíritu profético de que estaba anunciado : Despues de tantos prodigios hechos en favor de su pueblo, el Señor ha hecho una maravilla que pone el colmo á todos sus beneficios: esta consiste en que les ha como embriagado de dulzuras alimentándoles con el pan celestial que es el pan de vida. *Cantad con regocijo las alabanzas del Señor, que nos ha protegido siempre; celebrad con alegria la gloria del Dios de Jacob. Entonad cánticos en su honor : tomad vuestras panderetas, vuestras harpas, y vuestros laúdes.* Nada hay que mejor convenga á la celebridad de esta fiesta.

La epístola de la misa de este dia está tomada del capítulo 11 de la primera carta del apóstol san Pablo á los de Corinto, en la que refiere el Apóstol la institucion del sacramento de la Eucaristía hecha por Jesucristo, y como la ha sabido de Jesucristo mismo. *Yo he sabido*, dice, *del mismo Señor lo que os he enseñado á vosotros :* Que el Señor Jesus en la noche misma en que fué entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo : Tomad y comed : esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. No son los hombres, ni aun los apóstoles, dice san Pablo, por quienes yo he sabido lo que os he enseñado en órden á la Eucaristía ; el mismo Jesucristo es el que me lo ha revelado. No omite la circunstancia del tiempo ; la misma noche, dice, en que el Salvador fué entregado por uno de sus apóstoles, abandonado á sus enemigos, y tratado con la última crueldad, entonces fué cuando instituyó el divino Sacramento, la prenda mas pre-

ciosa de su amor, y el testimonio mas brillante de su ternura. Este Sacramento, propiamente hablando, ha sido el testamento de este amable Padre, por el cual se da todo él mismo á sus hijos pocas horas antes de su muerte, cuando sus hijos le tratan con mas ignominia. San Pablo desciende en seguida á un pormenor muy prolijo de todo lo que pasó en la institucion de esta maravilla. Nótase que tanto este apóstol como todos los evangelistas han cuidado de referir hasta las menores circunstancias de esta institucion. El Salvador tomó el pan. Jesucristo no pudo tomar otro pan que el sin levadura, que era el único de que era lícito usar cuando se celebraba la Pascua: con razon, pues, en la Iglesia romana se consagra con pan sin levadura. Da gracias á su Padre por el poder que le ha comunicado: era esta la práctica ordinaria de Jesucristo antes de obrar ciertas maravillas extraordinarias, de las que estas acciones de gracias eran siempre como el preludio. Despues, habiéndo partido el pan que tenia en sus manos: Tomad, les dice, y comed, esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. No dice: Tomad y comed este pan, sino tomad y comed, esto es mi cuerpo; como si dijera: la sustancia que os presento bajo de estas especies, es mi cuerpo; no es ya pan. *Puesto que el Verbo eterno, la verdad misma dice: Esto es mi cuerpo, convenzámonos de ello,* dice san Juan Crisóstomo; *creámoslo sin que nos quede duda; mirémoslo con los ojos de una fe viva.* Esto es mi cuerpo; tal es la virtud y la fuerza de las palabras de la consagracion, el producir en cualidad de causa eficiente lo que expresan. Para que este género de proposiciones se verifiquen, basta solamente que la cosa que designan exista cerca de donde se

pronuncian. Lo que Jesucristo tomó en sus manos no era mas que pan; pero no bien hubo pronunciado estas palabras: Esto es mi cuerpo, cuando toda la sustancia del pan quedó aniquilada, y no quedó otra sustancia en lo que Jesucristo daba á comer á sus apóstoles que su propio cuerpo, el mismo que dentro de algunas horas debia ser entregado á sus enemigos, harto de oprobios, azotado y sacrificado. No quedaba del pan otra cosa que las apariencias, el sabor, el color, la figura, el peso, el gusto, lo que comunmente se llaman especies. Nada tenemos en el nuevo Testamento mas formal, mas preciso, ni mas marcado que la realidad del cuerpo y sangre de Jesucristo en la adorable Eucaristía. Cuantas veces se habla de este divino misterio, ya en el capítulo 6 de san Juan, ya en todos los demás evangelistas, igualmente que en san Pablo, siempre se habla de una presencia y de una suncion real y corporal del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. El sentido de figura no se expresa en ninguna parte; por el contrario se excluye positivamente, puesto que el cuerpo que Jesucristo da á comer á sus apóstoles era el mismo, segun su palabra, que el que entregó á las ignominias de su pasion y suplicio de la cruz para rescatarnos. *Esto es mi cuerpo, el cual será entregado por vosotros.* Ahora bien, nadie, á no ser maniqueo, se atreveria á decir que el cuerpo del Hijo de Dios solo haya sido entregado á la muerte en figura. Desde los apóstoles hasta nuestros dias siempre ha creido toda la Iglesia que el cuerpo de Jesucristo se ha ofrecido en sacrificio real y verdaderamente, se ha distribuido á los fieles en la comunion, y está realmente presente en la Eucaristía; y nosotros no podemos hablar sobre la presencia

real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento de un modo mas claro, mas formal y mas exacto, que lo han hecho los padres de los primeros siglos.

Diráseme tal vez, dice san Ambrosio, *este pan* que se nos da á comer en la comunion *es del pan usual y ordinario.* Verdad es que *antes de las palabras sacramentales este pan era pan; pero despues de la consagracion, en lugar del pan se contiene el cuerpo de Jesucristo. De esto no debe haber duda entre nosotros. Pero ¿cómo puede suceder*, continúa el mismo padre, *que lo que es pan sea el cuerpo de Jesucristo?* y responde: *Por la consagracion, que no contiene mas que las propias palabras de Jesucristo nuestro Señor; porque*, añade, *en todo lo que precede á la consagracion, cuando el sacerdote alaba y bendice al Señor, ó cuando pide por el rey y por el pueblo, habla en su nombre; pero cuando llega á la consagracion, el sacerdote no habla ya en su nombre, sino que es el mismo Jesucristo el que habla por boca del sacerdote: lo que obra, pues, este sacramento es, propiamente hablando, la palabra del mismo Jesucristo; aquella palabra, digo, que ha hecho todas las cosas de nada. Ha hablado*, continúa el mismo padre, *y todas las cosas han sido hechas; ha mandado, y todas han salido de la nada. Para responder ahora á la pregunta, digo que antes de la consagracion no habia el cuerpo de Jesucristo, no habia mas que pan ordinario; pero despues de la consagracion, lo repito, no hay ya pan, sino que es el cuerpo de Jesucristo.* Si san Ambrosio hubiese tenido que responder á los protestantes de nuestros dias, ¿hubiera podido hablar de un modo mas claro y mas expreso?

San Cirilo, patriarca de Jerusalen, que vivia en el siglo IV, explicando á su pueblo las principales ver-

dades de la religion : *La doctrina de san Pablo*, dice, *sobre el divino misterio de la Eucaristía, debe bastar para afirmar vuestra creencia en órden á este augusto Sacramento.* Este grande apóstol nos decia en la lectura que acabais de oir, que la noche misma en que el divino Salvador debia ser entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo : *Tomad y comed, esto es mi cuerpo.* Y del mismo modo, tomando el cáliz, dijo : *Bebed, esto es mi sangre. Habiendo, pues, dicho Jesucristo del pan que habia tomado,* ESTO ES MI CUERPO, *¿quién despues de esto se atreverá á concebir la menor duda? Y pues que el mismo Jesucristo ha dicho tan afirmativamente,* ESTO ES MI SANGRE, *¿á quién le pasará jamás por el pensamiento el dudar de una verdad tan clara, y decir que no es realmente su sangre? Y qué,* dice, *¿aquel que ha convertido el agua en vino en las bodas de Caná, no merecerá que creamos que convierte el vino en su preciosa sangre? Bajo de las especies, pues, de pan y vino,* continúa el mismo padre, *nos da el Salvador su cuerpo y su sangre. De modo que nosotros llevamos verdaderamente á Jesucristo en nuestro propio cuerpo cuando recibimos el suyo.* Se han abolido los panes de proposicion del antiguo Testamento. *Nosotros en el nuevo no tenemos mas que este pan celestial y este cáliz de salud, que santifican el alma y el cuerpo. Por tanto,* concluye, *guardaos bien de pensar que lo que veis no es mas que pan y vino : son realmente el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Necesario es, pues, que la fe corrija la idea que os ofrecen los sentidos. Guardaos, pues, de juzgar por la vista ni por el gusto; la fe es la que os ha de hacer mirar como segura é indudable la verdad que afirma que el cuerpo y la sangre de Jesucristo es lo que recibis.* Hasta aquí son palabras de san

Cirilo. Esta ha sido la fe de los primeros fieles en órden á la Eucaristía. ¿De qué espíritu, pues, ha nacido la creencia de los herejes de estos últimos tiempos? Siempre se ha creido en la Iglesia, desde los primeros dias de su nacimiento hasta nosotros, que la sustancia del pan y del vino se convierte en la sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo; y esto es lo que la Iglesia llama transustanciacion, esto es, mudanza de sustancia; cuya maravilla se verifica por la virtud omnipotente de las palabras de Jesucristo, que pronuncia el sacerdote en nombre del Salvador. Si Dios ha podido convertir la mujer de Lot en estatua de sal, la vara de Aaron en serpiente, y el agua en vino en las bodas de Caná, decian los padres de la Iglesia cuando instruian á los nuevos bautizados para su primera comunion, ¿porqué no podrá este mismo Dios convertir el pan y el vino en su sagrado cuerpo y en su sangre preciosa en el sacramento de la Eucaristía?

Haced esto en memoria de mí. Pronunciado estas palabras, dicen los padres, el Salvador ordenó de sacerdotes á sus apóstoles. Cuantas veces comiéreis de este pan, dice Jesucristo, y bebiéreis de este cáliz, esto es, de lo que se contiene en este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que él venga. No diferenciándose el sacrificio incruento de Jesucristo mas que en cuanto á la manera del sacrificio sangriento del mismo Salvador, debe recordar muy particularmente en el espíritu de los que participan de él la memoria de la muerte de Jesucristo. Por estas palabras: *hasta que venga*, nos indica san Pablo que el sacramento de la Eucaristía durará hasta el fin del mundo.

Cualquiera, pues, que comiere de este pan, ó bebiere de este cáliz indignamente, dice el santo apóstol, *se hará reo de crimen contra el cuerpo y la sangre de Jesucristo;* esto es, el que hiciere una comunion sacrílega no será menos criminal que si hubiese quitado la vida á Jesucristo, y hubiese derramado su sangre. Nada prueba mas demostrativamente la presencia real del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, que esta expresion del Apóstol, así como tambien por ella se manifiesta que, segun el mismo san Pablo, es permitido el comulgar bajo de una sola especie. Si el crímen de los judíos que derramaron la sangre de Jesucristo nos causa horror, el de los cristianos que la profanan con sus comuniones sacrílegas no debe causarnos menos. No es un sacrificio lo que ellos ofrecen, dice san Juan Crisóstomo, cometen un asesinato; no toman un alimento, sino un veneno. *Porque aquel que come y que bebe indignamente, come y bebe su condenacion por no discernir el cuerpo del Señor:* quiere decir, que tiene en sí mismo la prueba visible de su crímen, su proceso, por decirlo así, está ya todo instruido. Este divino Salvador es su juez, este pan de vida es el decreto de su muerte. Sacrilegio, traicion, negra ingratitud, hipocresía que clama al cielo, ¡qué de crímenes, buen Dios, en una sola comunion hecha indignamente! ¿Y qué efectos puede producir? El endurecimiento, sin duda, y ordinariamente la impenitencia final.

Como el evangelio de la misa de este dia es el mismo que el dia de la octava, para no hacer demasiado larga la historia de esta festividad, se traslada su explicacion á este último dia.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

O Dios, que habeis dejado la memoria de vuestra pasion en un misterio tan admirable: concedednos la gracia de que de tal modo reverenciemos los sagrados misterios de vuestro cuerpo y de vuestra sangre, que sintamos continuamente en nuestras almas el fruto de la redencion que nos habeis merecido. Vos que vivis y reinais, etc.

La epistola está tomada de la primera de san Pablo á los Corintios, cap. 11.

Hermanos mios: Yo he aprendido del Señor lo que os he enseñado: que el Señor Jesus en la misma noche en que iba á ser entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed, esto es mi cuerpo, el cual será entregado por vosotros; haced esto en memoria de mí. Del mismo modo, despues de haber cenado, tomó el cáliz y dijo: Este cáliz es el Testamento nuevo por mi sangre. Haced esto en memoria de mí todas las veces que bebiéreis de él. Porque todas las veces que comiéreis de este pan, y bebiéreis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que él venga. Cualquiera, pues, que comiere de este pan, ó bebiere de este cáliz indignamente, será reo de crímen contra el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Así que, examínese el hombre á fondo á sí mismo, y hecho esto, coma de este pan, y beba de este cáliz; porque el que come y bebe indignamente de él, come y bebe su condenacion por no discernir el cuerpo del Señor.

NOTA.

Queriendo san Pablo corregir los abusos que se habian insensiblemente introducido entre los fieles de Corinto en las reuniones que se hacian para celebrar la cena del Señor, y la institucion ó fiesta de la divina Eucaristia, les refiere exactamente de qué modo instituyó el Salvador este divino Sacramento, lo que

contiene, y el crimen y el castigo de los que se acercan indignamente á él.

REFLEXIONES.

Tomad y comed; esto es mi cuerpo, el cual será entregado por vosotros. Sí, de Jesucristo mismo es de quien hemos recibido la fe de la realidad de su cuerpo y de su sangre en la Eucaristía. Una tradicion constante la ha trasmitido hasta nosotros, todos los evangelistas y san Pablo nos la han manifestado. A nadie le ha pasado por el pensamiento el dudar de ella en los once primeros siglos de la Iglesia. Habiendo agotado inútilmente el demonio todos sus artificios para destruir la fe sobre los principales misterios de la religion, sobre la divinidad de Jesucristo, sobre la unidad de su persona, sobre la multiplicidad de su naturaleza, sobre la necesidad de su gracia, sobre la augusta cualidad de la Madre de Dios; viendo en fin la malignidad del infierno apurados todos sus tiros, y arruinadas todas sus baterías, vomitó sus blasfemias contra la divina Eucaristía y la realidad del cuerpo de Jesucristo, única verdad cristiana que no habia sido atacada todavía. Menester es estar muy ciego, ser muy ingrato, y todavía mas impío, para negarse á creer este misterio del amor inmenso de un Dios, tan bien marcado, tan clara y tan invenciblemente establecido. Pero las herejías nunca se han levantado mas que contra las verdades mas señaladas de la fe. La Eucaristía es la prenda mas brillante del amor de Dios á los hombres, y una fuente de salud, y por tanto no hay que admirar que el demonio haga tantos esfuerzos para debilitarla y combatirla. *Esto es mi cuerpo, el cual será entregado*, no solo á la muerte, sino tam-

bien á las sacrilegas profanaciones de los malos cristianos, y á las furiosas persecuciones de los herejes. *Tomad y comed:* no os contentais, pues, ó Salvador mio, con nuestras adoraciones en este divino Sacramento; quereis tambien que hagamos de él nuestro alimento; quereis que el conocimiento de nuestras necesidades se sobreponga al de nuestra indignidad y de nuestra miseria, y el amor al temor que nos retenga. Si es un error imperdonable del entendimiento el negarse á creer la realidad del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en la Eucaristía, es otro tan criminal y tan grosero de la voluntad, por decirlo así, el alejarse de esta sagrada mesa, y el excusarse con pretextos frívolos de asistir á este divino festin. No se diga que el respeto es el que aleja; excusa artificiosa que no puede engañar mas que á los simples: ni se diga como los convidados al festin del Padre de familias: *compré una heredad; me he casado:* mejor diria, mi corazon está disgustado de este divino alimento, yo no encuentro gusto mas que en los manjares que el mundo me prepara, sus salsas estimulan demasiado mi apetito para que no los prefiera á este pan vivo: pero yo soy indigno, dice otro, de esta comida celestial, la cual pide una pureza que yo no tengo, y una devocion que me es desconocida. Este defecto le encuentra el entendimiento para favorecer las inclinaciones malignas del corazon. Por libertino que sea cualquiera, no ignora que habiendo de asistir á este festin sagrado, debe llevarse la ropa nupcial; pero precisamente el revestirse de esta ropa de inocencia es lo que no se quiere hacer. Seria menester dejar ese hábito criminal, hacer aquella restitucion, perdonar aquella injuria, seria necesario, en fin,

vivir en la inocencia; pero es mas cómodo el vivir en el pecado, y esta es la verdadera razon porque se desaprueba y acaso se condena la comunion frecuente. Pero, comulgando raras veces, ¿se hace con mas inocencia? Muy enferma está el alma cuando está desganada del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. No se debe jamás comulgar indignamente, esto seria comer su condenacion; pero es menester quitar, es preciso alejar cuanto sea obstáculo para una santa comunion.

El evangelio de la misa es tomado del capítulo 10 del que escribió san Juan.

En aquel tiempo, dijo Jesus á las turbas de los judíos: Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y como yo vivo por el Padre, del mismo modo el que me come, vive tambien por mí. Este es el pan que ha venido del cielo. No como el maná que han comido vuestros padres, y han muerto. El que come de este pan, vivirá eternamente.

MEDITACION.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que entre todo lo magnífico, lo maravilloso y lo extraordinario que Dios ha hecho para testificarnos el exceso de su amor, el adorable Sacramento de la Eucaristía es el compendio de estas maravillas, y un testimonio perpetuo de un amor todavía mayor. Que Dios se haya dignado tomar un cuidado singular sobre su pueblo; que haya hecho

tantos prodigios en favor suyo; que haya suspendido las olas para abrirle un camino por medio de las aguas; que le haya alimentado en el desierto con un maná celestial; que se haya dignado ser su defensor y su guia; que haya querido sensibilizar su majestad divina por medio de los truenos y de los relámpagos, y su presencia por una nube en el templo; todas estas son otras tantas pruebas de una bondad muy amable: pero que Jesucristo, sin tener consideracion á lo que somos nosotros, y á lo que es él, haga para testificarnos su amor todos los milagros que hace en la adorable Eucaristía; que se digne encerrarse, reducirse á un espacio cuasi indivisible, y reproducirse al mismo tiempo hasta lo infinito; despojarse de su majestad, y no despojarse ni ocultarse tan enteramente, bajo de las apariencias de pan y vino, sino para servirnos de alimento; permanecer dia y noche encerrado sobre el altar en un copon, y todo esto para estar real é incesantemente presente con nosotros; ¿qué os parece? ¿es esto amarnos con ternura? ¿no es esta una prueba harto brillante de un amor grande? y este exceso de amor á unas criaturas tan viles ¿no es una maravilla todavía mas incomprensible que la misma Eucaristía? Por mas ternura que tenga un soberano á un favorito suyo, no olvida nunca que él es el señor; siempre tiene consideraciones que guardar en los mayores testimonios de amistad en órden á sus vasallos. Hay ciertos aires, cierto rango, cierto decoro de que no se despoja jamás el príncipe, aun en medio de la familiaridad mas tierna. Solo el amor extremo que Jesucristo nos ha testificado en la Eucaristía es el que no guarda medidas. Este divino Salvador, este Señor infinitamente grande, se entrega, se prodiga

sin distincion á sus vasallos, á quienes mira como hijos suyos. Diríase que se olvida de sí mismo en este adorable misterio, y que no se acuerda mas que de nosotros. ¡Qué prodigio, buen Dios! pero ¡qué de milagros en esta sola maravilla! La sustancia del pan y del vino aniquilada sin destruir los accidentes; el cuerpo de Jesucristo reproducido á un mismo tiempo en mil parajes diferentes, y siempre todo entero en una especie cuasi indivisible; un Dios sometido á la palabra de un simple sacerdote; el cuerpo y la sangre de Jesucristo realmente presente sobre nuestros altares, expuesto á todas las irreverencias, á los insultos y á las profanaciones sacrílegas de los impíos y de los libertinos, distribuido, en fin, indiferentemente á todos los fieles: hé aquí lo que Jesucristo hace para testificarnos su amor; hé aquí el objeto de nuestra creencia: el entendimiento se confunde y se pierde en esta multiplicidad de maravillas, todas á cual mas incomprensibles. ¿No era bastante que un Dios se hubiese hecho hombre para rescatar á los hombres? ¿No era bastante que este Dios hombre hubiese dado su sangre y su vida por la salud de los hombres? ¡Ah! Es esto mucho mas de lo que nosotros nos hubiéramos atrevido á pedir; mas de lo que hubiéramos podido creer. Pero que este divino Salvador, despues de habérnoslo dado todo, se dé tambien á sí mismo; que quiera ser aun nuestra comida sagrada; que un Dios hombre, despues de habernos rescatado por su muerte, quiera todavía alimentarnos con su carne; hombres ingratos, ¿comprendeis bien esta maravilla?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que por mas admirable, por mas incomprensible que sea el amor inmenso que Jesucristo nos testifica en el Santísimo Sacramento, hay todavía otra cosa al parecer mas extraordinaria y mas incomprensible, y esta es la indiferencia, la frialdad, la ingratitud de los fieles para con Jesucristo en este augusto Sacramento. Es, en verdad, maravilloso é inconcebible que un Dios nos ame hasta este punto; pero al fin, es un Dios el que nos ama, y nos ama como Dios: pero que en nosotros no se vea mas que fastidio, y aun desprecio, de este Dios en el misterio mismo en que nos prueba tan eficazmente hasta qué exceso nos ama, ¿es fácil de comprender este misterio de iniquidad? ¿Qué turco, qué pagano, qué bárbaro, instruido de lo que creemos en este adorable misterio, podria imaginarse jamás que amásemos tan poco á Jesucristo? Este divino Salvador para nada necesita á los hombres, y sin embargo, cuenta por nada el estar encerrado en una hostia consagrada hasta el fin de los siglos; tanto es lo que ama á los hombres, tan grande es el placer que experimenta en estar con ellos. Los hombres por el contrario no pueden pasar sin él; sin embargo cuentan por nada la gracia que les hace en estar con ellos; tan poco la aprecian, tan poco caso hacen de la dicha que es el estar con él. Esas personas ociosas, fastidiadas aun de su ociosidad, que tan raras veces y con tanto disgusto se presentan en nuestros templos; esas gentes del mundo que dan tres y aun cuatro horas del dia á los espectáculos profanos, y la mayor parte de su vida al juego, á las diversiones, á las reuniones mundanas,

y que no parecen mas que una vez á la semana á los piés de los altares, y eso con tedio y con trabajo, ¿aprecian mucho la ventaja y el honor que nos cabe en poder rendir nuestros homenajes á Jesucristo, realmente presente en esos mismos altares todos los dias y en todas las horas del dia? ¿Concuerda en este punto nuestra creencia? No hay necesidad de recordar aquí la triste memoria de los ultrajes que ha sufrido este divino Salvador en su pasion, ni de lo que ha tolerado de ignominioso en este Sacramento de parte de los herejes; nadie ignora hasta qué exceso de impiedad y de infamia ha llegado su rabia diabólica contra el cuerpo de Jesucristo en nuestros altares. ¿Y qué hemos hecho nosotros para reparar estas impiedades injuriosas, estos horribles sacrilegios? pero ¿qué no ha sufrido y qué no sufre aun todos los dias este divino Salvador de tantos fieles indignos que tan vilmente le tratan? ¡Qué profanaciones en el lugar santo! ¡qué falta de respeto! ¡qué comuniones sacrílegas! ¡qué irreverencias mas monstruosas! A la verdad la Iglesia trata en este dia y por toda la octava de darle una pública satisfaccion, y reparar con su culto público tantas impías profanaciones; pero ¡cuán pocos son los cristianos que entran en el espíritu de la Iglesia! ¡cuán pocos contribuyen á la pompa de su triunfo! ¡cuán pocos piensan en indemnizarle de los deprecios y de los insultos que ha recibido!

¡Buen Dios, que no pueda yo reparar hoy y durante esta octava todas las ignominias que habeis sufrido en este adorable Sacramento de vuestro amor! ¡qué no tenga yo tantos corazones como estrellas hay en el cielo, y hombres en la tierra, y en cada uno de estos corazones tanto amor á vos como el que tienen

todos los ángeles y todos los santos! Aun seria poco en comparacion del que mereceis; aun seria poco en comparacion del que yo deseo. Celestiales inteligencias, ángeles bienaventurados, que rodeais estos altares, yo os conjuro que adoreis y ameis por mí á este Dios de amor, y le digais que yo peno de sentimiento de amarle tan poco, y de deseo de amarle cada dia mas. Yo mismo, Señor, vengo á testificárosle delante de vuestro santuario; y aquí es adonde quiero venir de continuo á explayar mi corazon, y abrasarme de nuevo con el fuego de vuestro divino amor.

JACULATORIAS.

He hallado el que ama mi alma; yo le poseo en la Eucaristía, no me separaré ya de él. *Cant.* 3.

Mi amado es todo para mí, y yo soy todo para él. *Cant.* 2.

PROPOSITOS.

1.° Hemos visto cual es el motivo de esta solemne fiesta, y el fin que la Iglesia se propone en esta augusta solemnidad. Unámonos, pues, á su espíritu, y contribuyamos cuanto nos sea posible á la solemnidad de esta fiesta. Comulgad hoy, y las mas veces que os fuere posible en la octava, y siempre con una devocion mas tierna y con nuevo fervor. Asistid á la procesion para contribuir al triunfo de Jesucristo, y con la idea de reparar cuanto esté de vuestra parte, con vuestra modestia y con vuestra piedad, los ultrajes que Jesucristo ha sufrido en este adorable misterio. Asistid todos los dias á la reserva, y sed solícitos por recibir muchas veces cada dia la bendicion del Santísimo Sacramento. Jamás se recibe con las

disposiciones que se debe recibir, sin que se reciban grandes tesoros de gracias. Asistid todos los dias á la misa con aquel espíritu de religion que pide este gran sacrificio: muchos se imponen una obligacion de asistir diariamente en la octava al oficio divino.

2.° Es una práctica de piedad muy útil el hacer en cada un dia de la octava muchas visitas á Jesucristo en el Santísimo Sacramento, por lo menos dos cada dia. Muchos hacen mas, y lo menos que deben hacer las personas religiosas son cinco cada dia; pero cuidad de hacerlas de modo que sirvan para reparar las que en otro tiempo habeis hecho con tan poco respeto y con tanta indevocion. No hay cosa mas edificante, no la hay mas cristiana que acompañar al Santísimo Sacramento cuando se le lleva á los enfermos. Los príncipes no salen jamás de sus palacios sin que lleven una comitiva y una corte numerosa. ¡Ah! Jesucristo sale de su templo para ir á casa de los enfermos; ¿quién es el que se apresura para acompañarle? ¿que corte se hace á Jésucristo y á nuestras iglesias? Reglad de hoy mas la conducta que querais observar sobre este punto. Si estais en el mundo, decid todos los dias de la octava el oficio pequeño del Santísimo Sacramento, y decidle de hoy en adelante el jueves de cada semana.

DOMINGO INFRAOCTAVO

DEL SANTISIMO SACRAMENTO,

Y SEGUNDO DESPUES DE PENTECOSTÉS.

Este domingo es propiamente la continuacion de la fiesta solemne del Santísimo Sacramento y de la celebridad del triunfo de Jesucristo en la Eucaristía. Toda la octava no es mas que la fiesta, esto es, una sola fiesta solemne que dura ocho dias. Siendo por otra parte siempre solemne el domingo, aumenta tambien la devocion y la celebridad de la fiesta.

El introito de la misa del dia está tomado del salmo 17, que es un cántico de accion de gracias que David da á Dios por haberle sacado de tantos peligros, y haberle puesto generosamente bajo de su proteccion, con la que no teme ya á sus enemigos, y á la cual reconoce que debe todas las victorias que ha conseguido. Nosotros podemos decir que toda nuestra fortaleza está en Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Tenemos en la Eucaristía un antemural que no es capaz de forzar nunca todo el infierno. ¿Qué proteccion mas ilustre ni mas segura que este divino Salvador en nuestros altares? La Eucaristía es nuestro apoyo, nuestro consuelo, nuestro refugio, todo nuestro recurso en todos los peligros de esta vida. Movida la Iglesia de este espíritu, comienza la misa de este dia por el versículo de este salmo que tan bien expresa los vivos y afectuosos sentimientos de

reconocimiento y de amor de que deben estar poseidos todos los fieles al acordarse de los grandes auxilios y de los bienes infinitos que hallamos en el Santísimo Sacramento. *El Señor se ha hecho mi protector* de una manera muy singular, haciéndose mi alimento : ya no me veré estrechado por mis enemigos, porque *el Señor me ha puesto en franquía.* Yo reconozco, sin que me quede duda, que *el exceso de su amor inmenso es lo que me ha salvado.* El testimonio mas brillante de su ternura es la prenda de mi salud. Tambien yo amaré á mi Salvador con todo mi corazon, con toda mi alma, con todas mis fuerzas. ¿Y cómo podria yo, ó Dios mio, despues de haberme dado una señal tan prodigiosa de vuestro amor, no amaros con todo mi corazon, ó amaros solo á medias ó con reserva? *Yo os amaré, Señor, á vos que sois mi fortaleza. El Señor es mi apoyo, mi refugio y mi libertador.*

La Eucaristía es el pan de los fuertes; es el pan celestial, el pan divino, el pan de vida, del cual no era mas que la figura el que el ángel trajo á Elías, y le dió tanto vigor para continuar su camino. *A los que excitamos y exhortamos al combate por la fe*, decia san Cipriano escribiendo al papa Cornelio, *no dejamos que entren en el campo de batalla sin que estén antes fortalecidos, y como armados con el cuerpo y con la sangre de Jesucristo por la comunion.* Nosotros debemos salir de la santa mesa como leones, dicen los padres, respirando el fuego divino que enciende en las almas el cuerpo y sangre de Jesucristo; ¿y qué ánimo, qué fortaleza no debe excitar?

La epístola de la misa de este dia está tomada del capítulo 3 de la primera epístola canónica de san

Juan. Acababa de referir el apóstol el ejemplo de Cain, que, arrastrado de la envidia mas maligna que hubo jamás, mató á su hermano Abel, no pudiendo sufrir que Dios diese á Abel señales de preferencia aceptando sus ofrendas que eran santas, al paso que reprobaba las suyas, porque eran malas é indignas de la majestad de Dios. No habia cosa mas injusta que los zelos que habia concebido Cain contra su hermano.

No extrañeis, hermanos mios, continúa el santo apóstol, *que el mundo os aborrezca :* si vosotros fuéseis tan malvados como él, el mundo no os aborreceria. Siempre han sido los buenos el objeto del odio y del desprecio de los malos. La vida pura, inocente, religiosa de aquellos, es una censura incómoda de los desórdenes de estos; hé aquí lo que les pone de tan mal humor contra aquellos cuya virtud condena tácitamente el desarreglo de sus costumbres y de su conducta. Siempre habrá Caines en el mundo, mientras que en él hubiere Abeles. No son los defectos que se les escapan á los buenos lo que altera la bilis de los perversos, son muy comunes y muy ordinarias las irregularidades en los mundanos y en los libertinos para que se ofenda su prentendida delicadeza; *todo el mundo está sumergido en la iniquidad y en la malicia,* y sobre este artículo todos los mundanos son muy inclinados y están muy acostumbrados á perdonárselo todo. Lo que les irrita contra las gentes virtuosas es la probidad, la inocencia de los que no son de otra condicion, ni profesan otra religion que los libertinos. La demasiada luz hiere los ojos enfermos, y esto es lo que atrae á los buenos el odio y las persecuciones de los malos. No debeis, pues, ad-

miraros si el mundo os aborrece, vosotros no sois del mundo. El mundo mira como enemigo todo lo que no es como él.

Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte á la vida, porque amamos á nuestros hermanos. La caridad caracteriza á todos los discípulos de Jesucristo, y jamás fué el carácter de los partidarios y esclavos del mundo. Nosotros sabemos, dice el santo apóstol, que hemos pasado de la muerte á la vida, esto es, que por la misericordia de Dios hemos llegado á ser hijos suyos, y por esta cualidad tenemos derecho á la vida eterna, somos herederos de Dios, y coherederos de Jesucristo. El inocente Abel debe servirnos de modelo. A la verdad, la predestinacion de cada uno en particular es un secreto que Dios se ha reservado, y á no ser por una revelacion, nadie puede penetrar este misterio. Sin embargo, dice el apóstol, yo quiero dar una señal poco dudosa de vuestra predestinacion; esta señal es el amor y la perfecta caridad que tenemos á nuestros hermanos. Por esta señal es por lo que el Salvador quiere que se conozcan sus verdaderos discípulos: este es su precepto favorito: mi precepto especial, dice él mismo, es que os ameis unos á otros, como yo os he amado. San Juan acababa de decir que por el beneficio inestimable de la redencion hemos pasado de la muerte á la vida; con esto declara que en vano nos lisonjearíamos de esta ventaja, si no amásemos á nuestro prójimo como á nosotros mismos; sin esta caridad cristiana se vive en un estado de reprobacion, porque *el que no ama está en un estado de muerte.* En efecto, no es amar á Dios el aborrecer á sus hermanos. ¡Qué ilusion, qué error, buen Dios, lisonjearse de que se os ama, de

seros agradable, alimentando en el corazon un odio secreto contra su prójimo!

Cualquiera que aborrece á su hermano es un homicida; y vosotros sabeis, añade, *que ningun homicida tiene en sí la vida eterna*. El odio es un veneno que da la muerte al alma desde el momento que se ha apoderado del corazon. Cualquiera que aborrece á su hermano se da á sí mismo la muerte; es tambien el odio por sí mismo asesino de inclinacion de aquel á quien aborrece. Es una pasion que de su naturaleza tiende á la destruccion de su objeto. Por reservados, por disimulados que sean sus deseos, siempre le agrada la muerte de un enemigo, y sin buscarla la desea. Esto es lo que ha hecho decir á san Jerónimo que cualquiera que aborrece no deja de ser homicida, aunque no se sirva de espada ni de veneno para dar la muerte; y vosotros sabeis, añade san Juan, que ningun homicida tiene en sí la vida eterna, esto es, la vida de la gracia, que es como la semilla de la bienaventurada eternidad.

¿Quereis conocer si verdaderamente amais á vuestros hermanos, prosigue, y si les profesais la caridad cristiana que tanto se nos recomienda? Mirad si estais en disposicion de dar vuestra vida por su salvacion, como Jesucristo ha dado la suya por salvarnos; porque tambien nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos. Esto es lo que hacen aun todos los dias los que pasan los mares, y van á exponerse á los mayores peligros de la vida para convertir á los infieles y á los herejes, renovando en estos últimos tiempos aquella caridad cristiana de los primeros siglos, que hacia decir á los paganos, hablando de los primeros cristianos, segun lo refiere Tertuliano: *Mi-*

rad cómo se aman, y hasta dónde llega su caridad, que están prontos á dar su vida los unos por los otros. Esto es lo que tambien hemos visto nosotros en nuestros dias en la persona de esos héroes cristianos, á quienes los horrores de la muerte no han sido capaces de detener para que hayan expuesto su vida por la salud de sus hermanos, á quienes el riesgo del contagio mas horrible ponia en peligro de morir sin auxilios espirituales. ¡Cuán lejos están de esta caridad cristiana los que niegan á las necesidades extremas de sus hermanos hasta lo que tienen superfluo? Todo el que teniendo bienes de este mundo y viendo á su hermano necesitado, cerrase su corazon para con él, ¿cómo puede abrigar en sí el amor de Dios? Ricos del mundo que sois duros para con los pobres; grandes del mundo que consumis en el lujo, en banquetes espléndidos, en caballos y en soberbios equipajes lo que seria suficiente para que no muriesen de pura miseria un número infinito de infelices, y para hacer dichosa una prodigiosa multitud de familias pobres que perecen por falta de socorro, ¿podeis lisonjearos de que teneis la caridad cristiana? ¿y se podrá racionalmente esperar sin ella conseguir la salvacion? Es una falta grave, dice san Ambrosio, el no asistir á uno de nuestros hermanos que sabemos que está en la última miseria, y en una pobreza extrema.

Mis queridos hijos, concluye el santo apóstol, que conocia mejor que nadie la necesidad indispensable de esta virtud, *no se reduzca vuestra caridad solo á las palabras, ni esté solo en la lengua, sea sí efectiva y verdadera.* Obsérvanse en el mundo muchas demostraciones de amistad, muchos cumplimientos, grandes ofertas de servicios; y en medio de todas estas haza-

ñeras protestas, y bellos sentimientos de compasion, de solicitud y aun de ternura, ¡cuán poca caridad cristiana se encuentra! Muchas palabras oficiosas, cortesanas, y en esto para todo. Cuando no se ama al prójimo mas que de palabra, ¿se ama á Dios de todo corazon? El amor que Jesucristo nos testifica en el misterio de la Eucaristía, en el que nos da no solo todo lo que tiene, sino tambien todo lo que es, y en donde renueva continuamente el sacrificio de su vida que ha hecho á su Padre por nosotros, es ciertamente un gran modelo, y al mismo tiempo un gran motivo de la caridad cristiana que debemos tener con nuestro prójimo.

El evangelio de la misa de este dia no tiene menos relacion con el gran misterio cuya fiesta se continúa. Contiene la parábola de los convidados que se excusan de asistir al festin, y cuyo lugar se llena por otros que no habian sido llamados al principio.

Comiendo Jesucristo un sábado en casa de uno de los principales fariseos, tomó ocasion de una palabra que dijo uno de los convidados, sobre la felicidad de los que estarán en el festin en el reino de los cielos, para hacer la parábola siguiente:

Figuraos, les dice, un hombre rico que hace preparar una gran cena á la cual convida mucha gente. Habiendo llegado la hora, envia uno de sus domésticos á decir á los convidados que todo está pronto, y que se les espera. Mas en lugar de darse ellos priesa, y de agradecer por lo menos el favor que les hace, cuente tan solo con excusas tan vanas como frívolas. Dice uno que ha comprado una heredad, y que tiene precision de ir á verla; otro que ha comprado cinco pares de bueyes, y que va á probarlos;

Anda ve inmediatamente a las calles a las plazas y traeme todo lo que encontrares de pobres baldados ciegos y cojos

el tercero da por excusa de su negativa que se ha casado, y que no le es dado dejar aquel dia á su nueva esposa: todos, en fin, se excusan, y le envían á decir que no los espere. ¿Qué pensais que hace el señor cuando se le dice lo que ha pasado? En prueba de su resentimiento, y ofendido de un desaire semejante y de una ingratitud tan indigna: Anda, le dice al criado, vé inmediatamente á las calles, á las plazas públicas de la ciudad y á las encrucijadas, y tráeme todo lo que encontrares de pobres, baldados, ciegos y cojos; ejecutóse desde luego la órden. Viéronse entrar en la sala del festin multitud de pobres que daban saltos de alegría al verse llamados á una mesa tan buena. Aunque fué grande el número, quedaron, sin embargo, muchos sitios vacíos. Sabido esto por el señor: Vuélvase inmediatamente, dice, sálgase á los caminos reales y á lo largo de los vallados, recójase todo mendigo y extranjero que se encuentre, para que no quede ni un solo puesto vacío, ruégueseles que vengan, oblígueseles, fuérceseles aun en alguna manera á que entren hasta que se llene mi casa; no quiero ver puestos vacíos en mi mesa. En cuanto á los que yo habia tenido la bondad de convidar desde el principio á mi festin, se han hecho indignos, y yo aseguro que ni uno de ellos gustará de él.

Es evidente que esta parábola en el sentido literal mira á los judíos y á los gentiles, y su objeto es demostrar la economía de la conducta amable y del todo misericordiosa del Salvador en el establecimiento de su Iglesia. Los judíos habian sido los primeros convidados á este banquete misterioso, que significaba el reino de Dios, que es la Iglesia. Eran, por decirlo

así, los amigos del padre de familia. Pero habiendo rehusado los principales de la nacion recibir la gracia del Evangelio, se han excluido á sí mismos de la bienaventuranza eterna. Solo algunos pobres pescadores, publicanos, mujeres pecadoras, algunos de la ínfima plebe han aceptado el convite que se les habia hecho. Tales han sido los primeros discípulos de Jesucristo, y las primicias del cristianismo. Esto es lo que quiere dar á entender Jesucristo, asignando como uno de los caractéres de su venida en cualidad de Salvador y Mesías, que el Evangelio se ha anunciado á los pobres. En fin, no habiéndose aun llenado la sala del banquete con los judíos convertidos á la fe, Dios ha enviado á todas partes predicadores para que anunciasen el Evangelio á los gentiles, y los pusiesen en el camino de la salud. Hallábanse los judíos en la ciudad en donde habian sido reunidos por los patriarcas y los profetas del antiguo Testamento, y por la ley que Dios les habia dado; hallábanse á la verdad por las calles, por las encrucijadas y las plazas públicas, esto es, muy desordenados por la corrupcion de las costumbres y por la inobservancia de los mandamientos de Dios; pero sin embargo permanecian en la ciudad, esto es, en la sola religion verdadera entonces, continuaban siendo aun hasta entonces el pueblo privilegiado; así es que por un efecto de esta predileccion son los primeros convidados, y se les ha predicado antes que á los demás pueblos el Evangelio. Los sacerdotes, los fariseos, los doctores no han querido hallarse en el festin, y han sido excluidos de él para siempre; solo un puñado de gentes pobres de su nacion han sido introducidas en la sala. ¡Qué de reflexiones se agolpan sobre su desgracia!

A la repulsa de los judíos, por decirlo así, deben los gentiles el haber sido convidados: á vosotros era, se ha dicho á los judíos, á quienes debia anunciarse primeramente la palabra de Dios; pero puesto que la rechazais, y vosotros mismos os juzgais indignos de la vida eterna, hé aquí que vamos á volvernos de parte de los gentiles. *Precisadles*, esto es, en el sentido literal, hacedles una dulce violencia, no forzando su voluntad; Dios no quiere siervos que solo por fuerza y á pesar suyo estén en su servicio, sino solo aquellos que lo estén á fuerza de ruegos y de invitaciones. En el sentido figurado esta expresion significa la fuerza de la gracia que jamás destruye la libertad, y la fuerza de la predicacion del Evangelio que persuade. De este modo obligaron al Salvador los discípulos que iban á Emaús á que se detuviese en el castillo: *le detuvieron como por fuerza.* De este modo habia obligado Loth á los tres ángeles á que fuesen á alojarse en su casa. De este modo fué como san Pablo quiso que su discípulo Timoteo predicase el Evangelio: *Predica la palabra; ejecuta en la ocasion y fuera de ocasion; emplea las reprensiones, los ruegos, las amenazas, siempre con mucha dulzura y paciencia; y no ceses de instruir y convencer el entendimiento para ganar el corazon.* En este mismo sentido debe entenderse esta oracion de la Iglesia: « Dignaos, Señor, por la fuerza de vuestra gracia convertir nuestros corazones por mas que estén endurecidos. » Sálese á buscar á los extranjeros á los caminos reales y á lo largo de los vallados. Estaban los gentiles fuera del recinto de la ciudad, hallábanse en el camino ancho que conduce á la perdicion, y los vallados de que se guarecian no podian defenderles de las borras-

cas y de las tempestades. Tertuliano no exigia de los paganos otra cosa mas que el que se presentasen á escuchar las verdades del Evangelio, persuadido de que por rebelde que fuese su voluntad, se veria obligada á rendirse á la fuerza de la verdad. Esta es la dulce violencia á que alude Jesucristo por estas palabras: *Precisalos á entrar*. Fuerza, violencia, que no hiere jamás la libertad.

El sentido moral de toda esta parábola es el hacernos comprender que no consiste en el Señor el que no nos salvemos; él ha hecho todos los gastos, da su gracia á todos; pero no todos corresponden á la gracia. La ambicion, el interés, el amor del placer hacen inútiles muchas solicitudes. Dios llama, Dios convida, hasta solicita para que se venga á esta misteriosa cena, y á todo nos excusamos. La concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida reinan con demasiado despotismo en el mundo, para que encuentren ningun obstáculo en él. Se conoce la obligacion que nos liga al Salvador, no dejamos de ser sensibles á su invitacion; pero, yo no puedo, ruégote que me excuses. Yo tendria gusto en hallarme en él; pero los negocios del comercio, los embarazos y las circunstancias del tiempo, una familia, un viaje, un prado, aun una diversion me impiden cumplir con este deber de religion. Mi propension, mi inclinacion, un largo hábito, el respeto humano, el mundo, el ejemplo, todo arrastra, y el mandamiento de Dios y la salvacion tienen que ceder á todo. ¿Qué debe esperarse de una conducta tan irreligiosa? Ninguno de los que estaban convidados gustará de mi cena.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Haced, Señor, que tengamos de continuo un temor respetuoso y un amor ardiente á vuestro santo nombre, puesto que no abandonais jamás á los que habeis establecido en la solidez de vuestro amor. Por nuestro Señor, etc.

La epístola está sacada de la primera carta del apóstol san Juan, cap. 3.

Mis muy amados: No extrañeis que el mundo os aborrezca; nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte á la vida, porque amamos á nuestros hermanos; el que no ama está en un estado de muerte. Cualquiera que aborrece á su hermano, es un homicida; y vosotros sabeis que ningun homicida posee en sí la vida eterna. Lo que nos da á conocer cuál es la caridad de Dios, es que ha dado su vida por nosotros; y nosotros debemos tambien dar nuestra vida por nuestros hermanos. Todo el que teniendo bienes de este mundo, y viendo á su hermano en la necesidad, cerrare su corazon para con él, ¿cómo puede abrigar en sí el amor de Dios? Hijitos mios, no esté nuestro amor tan solo en las palabras, ni en la lengua, sea sí efectivo y verdadero.

NOTA.

Los que creen que esta epístola de san Juan ha sido escrita contra los discípulos de Simon y de Cerinto, la miran como una especie de prefacio y de preludio de su evangelio. Deja ver el santo apóstol en cuasi todas sus líneas la ardiente caridad de que él estaba todo abrasado. Clama fuertemente contra los falsos doctores, y demuestra que el caracter de los verdaderos fieles es la fe, la caridad y la inocencia.

REFLEXIONES.

No esté nuestro amor tan solo en las palabras. No amar á Dios y á nuestro prójimo mas que con las pa-

labras, es disimulo, hipocresía, desprecio, puede tambien añadirse, impiedad. ¿Ignórase que Dios conoce perfectamente los verdaderos sentimientos del corazon, y que sin el culto interior cuenta por nada la articulacion de la voz y el movimiento exterior de los labios? Decir á Dios que se le ama, mientras que el corazon desmiente nuestras palabras, es creer que el Señor es tan limitado como el hombre en sus conocimientos, tan poco penetrante en sus luces, tan fácil de ser engañado como nosotros; juzguemos qué impiedad seria esta. Vivir persuadidos de que Dios ve nuestro corazon, y que conoce perfectamente todo lo que pasa en él, y tener la vergüenza de decirle que se le ama, ¿no es esto un insulto y un sacrilego desprecio? ¿Nos atreveriamos á decirle á un hombre que le amábamos, si supiésemos que conocia nuestra frialdad en órden á él, nuestra aversion, la poca estimacion que de él hacíamos? Se harian muchos menos cumplimientos, si mutuamente conociésemos nuestros pensamientos. Si somos tan poco sinceros con respecto á Dios, no hay mucho que extrañar el que lo seamos con respecto á los hombres. Verdad es que el disimulo y la mala fe es el dia de hoy una de las mas ordinarias, de las mas comunes cualidades de las gentes del mundo. ¿Y hay acaso mas sinceridad en las protestaciones graciosas, en los testimonios de amistad, aun entre los que hacen profesion de piedad? Jamás se ha visto mas atencion, mas civilidad, mas cortesía que en el dia de hoy; pero nunca menos amistad sincera. El interés es el gran móvil que da impulso á toda la máquina. La mas fuerte pasion es el resorte que obra con mas fuerza. ¡Buen Dios, cuán cierto es que la caridad cristiana de la

cual habeis hecho vuestro precepto especial, vuestro mandamiento favorito, del que habeis declarado que debia ser semejante al mandamiento de amar á Dios, sobre el que gira toda la ley; cuán cierto es que esta caridad indispensable está cuasi proscrita en el mundo, y como desterrada del comercio de la vida civil! La jerigonza del disimulo y de un bien parecer oficioso, pero vacío y estéril, ha tomado su lugar. No bien se ha enseñoreado del corazon del hombre, cuando se rinde voluntariamente esclavo de su amor propio y de sus pasiones: *No sea, pues, nuestro amor de palabra:* digan nuestros sentimientos y nuestras obras mejor que nuestras palabras si amamos á Dios, y si amamos á nuestros hermanos. Decir que se ama á Dios, y no guardar sus mandamientos, es mentira. Decir que se ama á sus hermanos, y no tener para con ellos mas que dureza ó indiferencia, es mojiganga: las obras son un testimonio poco sospechoso de nuestros verdaderos sentimientos.

El evangelio de la misa está tomado del de san Lucas, capítulo 14.

En aquel tiempo, dijo Jesus á los fariseos esta parábola: Cierto hombre dió una gran cena, y convidó á muchos. Cuando fué tiempo de cenar, envió á su criado, que dijese á los convidados que viniesen, porque todo estaba pronto. Empezaron entonces todos á excusarse. Dijole el primero: He comprado una casa de campo, y me es preciso ir á verla; ruégote que me excuses. El otro dijo: He comprado cinco pares de bueyes, y voy á probarlos; ruégote que me excuses. Yo me he casado, dijo otro, y por esto no puedo ir allá. Volviéndose el criado, dió cuenta de todo á su señor. Entonces airado el padre de familias, dijo á su siervo: Inmediatamente sal á las plazas y calles de la ciudad, y tráete acá los pobres, los paralíticos, los ciegos y los cojos. Señor,

dijo el criado, está ejecutado lo que ordenásteis, y todavía queda lugar. Díjole el señor de nuevo á su siervo: Vé á los caminos y por los vallados, y á los que encuentres precísalos á entrar, á fin de que se llene mi casa; porque yo os aseguro que ninguno de los que habian sido convidados gustará de mi banquete.

MEDITACION.

SOBRE LAS EXCUSAS QUE ALEJAN A MUCHOS DE LA COMUNION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el verdadero banquete celestial al cual están convidados todos los fieles, y del que la cena de que habla el Evangelio no era mas que la figura, es la comunion. Este es el banquete divino en el que sirven de manjar y de bebida el cuerpo y la sangre de Jesucristo: el Salvador es el que lo ha preparado, y convida á todo el mundo. Pero ¿cuántos se excusan y se niegan á concurrir á él? Yo he comprado una casa de campo, dice el uno, y no puedo menos de ir á verla. Yo me he casado, dice otro, y es bien claro que mi excusa es legítima. Otro dice: Yo he comprado cinco pares de bueyes, preciso es que vaya á probarlos. De aquí, dice san Gregorio, los tres grandes principios de nuestra indevocion, de nuestro alejamiento de la comunion y de nuestra repugnancia. El apego á los bienes de la tierra, el interés y el amor del placer son los aciagos lazos que no encadenan y nos detienen. Por mas que Jesucristo nos envia sus domésticos y sus siervos que nos digan que todo está pronto, y que nos espera á comer en su mesa donde él mismo quiere servirnos su precioso cuerpo, no se

hace caso de un pan divino y de un maná enteramente celestial; nos gustan mas las cebollas de Egipto. Estamos pegados á la tierra por muchas partes : el corazon es demasiado terreno, y el entendimiento apenas es tampoco mas espiritual. Nos decidimos al servicio del mundo, y este señor, enemigo declarado de Jesucristo y de nuestra salvacion, no se conviene á permitir á sus esclavos el que se hallen en esta divina mesa. Los negocios temporales, el comercio, absorben todo el tiempo, y sufocan poco á poco todo espíritu de religion. Los dias de trabajo no bastan; un insaciable interés, una codicia dominante quiere tambien aprovecharse de los dias de fiesta. El dia santo del domingo no es ya para la mayor parte de los hombres el dia santo del Señor; las fiestas campestres y lo mas espinoso de los negocios se deja para los domingos y dias festivos. La comunion no es cosa que interesa á la mayor parte de las gentes; pide demasiada preparacion y cuidado, y hay otras cosas que hacer. En fin, aun cuando no tuviésemos mas que la funesta pasion del placer, es innegable que los lazos que produce son muy fuertes y muy multiplicados; el obstáculo es muy grande para ir á participar de los divinos misterios. Cuando agradan los placeres carnales é impuros, la comunion causa tedio. Por mas que el espíritu mundano aduzca mil pretextos plausibles, son vanas y frívolas excusas; siempre nacen de uno de estos fondos. Siempre hay tiempo para hallarse en todas las partidas y reuniones á que el mundo nos convida; pero si se trata del banquete sagrado, al cual nos convida el Salvador, jamás hay lugar. Por mas que se nos represente que este es el festin de Jesucristo, que es el pan de vida el que alli

se nos da, y una vida celestial y eterna, cede siempre al pan terrestre de un corto número de dias. Ni la dignidad, ni la majestad del que nos convida, ni el precio infinito del alimento divino que allí se nos da, ni los auxilios y la fortaleza que allí se encuentra, ni los medios de salud que se hallan allí, ni las dulzuras puras y exquisitas que gustan en él las almas santas, nada basta para vencer la repugnancia, señal visible de reprobacion. ¡Cuántas gentes no comulgarian jamás, si bajo pena de pecado y de excomunion no se les forzase á comulgar al menos por la Pascua! y una comunion hecha por fuerza, ¿es una prenda de salud?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no es menos frívola la excusa de aquellos que se alejan de la comunion por un pretexto de respeto y de humildad, respeto simulado, humildad imaginaria y engañosa; puesto que una humildad sincera y religiosa seria una verdadera y santa disposicion del alma para comulgar. Nosotros no somos dignos de comulgar con frecuencia; pero el alejarnos de la comunion ¿nos hace mas dignos? No se siente uno bien dispuesto; ¿y qué se hace para tener las disposiciones necesarias? Cuanto mas uno se aleja de la sagrada mesa, menos dignamente se acerca. Pocos hay de los que solo comulgan una vez al año que no hagan una comunion indigna. Os absteneis de la comunion, dice san Francisco de Sales; no moris, es verdad, de veneno, pero moris de hambre y de inanicion. Por mas que se haga un mérito de los motivos especiosos que alejan de la comunion, la verdadera razon para ello es que no se quieren corregir

los defectos, ni romper los lazos que son el verdadero obstáculo que lo impide. Conócese bien que comulgando mas á menudo, seria necesario reformar las costumbres, romper ciertas aficiones poco inocentes, vivir con mas regularidad, corregir ciertos defectos, reformar el lujo, domar las pasiones, mortificar el natural, ser mas religiosos y mas devotos, en fin, llevar una vida menos mundana y mas cristiana; y esto es lo que no se quiere hacer, y lo que tambien da márgen á todos esos vanos pretextos que tanto alejan de la comunion, y de que se vale el amor propio para tranquilizar y para enervar los remordimientos de una conciencia todavía cristiana. Conoce muy bien el demonio de cuan grande auxilio es para el alma este divino Sacramento, para que no se valga de todo género de medios á fin de alejar á los fieles de la sagrada mesa; así es que todos sus artificios tienden ó á impedir que se comulgue, ó á hacer que se comulgue indignamente. Comúlgase rara vez por el temor de comulgar mal; pero este largo intervalo de una comunion á otra ¿sirve de disposicion para hacer una comunion mas santa y mas fervorosa? ¿Hácese uno mas fuerte contra las tentaciones absteniéndose del pan de los fuertes? Privándose de este alimento divino que mantiene las vírgenes, ¿se hace mas religioso, mas mortificado, mas puro? Despues de haber pasado los tres, los seis meses sin comulgar, ¿se siente uno mas abrasado en el fuego del amor divino? ¿ha corregido muchos defectos? ¿halláse en mayor inocencia? ¡Qué ilusion, buen Dios! ¡qué error imaginarse que estará uno en mejor disposicion para resistir al enemigo, rehusando lo que nos sirve de escudo contra sus tiros! ¡Creer que siempre se en-

contrará lugar en el banquete celestial, despues de haberse privado de él por tan vanas excusas! La comunion frecuente pide una vida pura, santa, fervorosa; pero la privacion de la comunion ¿nos dispensa de este fervor y de esta santidad? Se trata de dejar los vicios, ó la comunion, y se determina dejar mas bien la comunion que los vicios. ¡Buen Dios, qué inicua preferencia! ¡qué impiedad!

¡Ah, Señor! ¡No permitais jamás que yo observe una conducta tan monstruosa y tan chocante! Haced, ó Dios mio, por vuestra gracia que yo viva en adelante de un modo tan cristiano, que esté en estado de comulgar con la mayor frecuencia.

JACULATORIAS.

Jamás nos alejamos, Señor, de vuestra mesa sin que nos pongamos en peligro de perecer. *Salmo* 71.

Cuanto mas nos acercamos á este divino Sacramento, mas fortaleza y mas luz recibimos. *Salmo* 33.

PROPOSITOS.

1.° Es mal modo de raciocinar el decir: yo no quiero comulgar, porque me reputo indigno de ello; debe, por el contrario, decirse: quiero trabajar cuanto me sea posible, con el auxilio de la gracia, para hacerme menos indigno de comulgar, por la inocencia de mi vida y por mi devocion. El creerse indigno y por tanto hacer lo posible para no serlo, es en alguna manera acercarse dignamente. « Si los » mundanos os preguntan por qué comulgais con » frecuencia, dice san Francisco de Sales en su admi- » rable libro de la Introduccion á la vida devota, de-

» cidles que es para aprender á amar á Dios, para » purificaros de vuestras imperfecciones, para libra- » ros de vuestras miserias, para consolaros en vues- » tras aflicciones, para adquirir fuerzas contra vues- » tras flaquezas. Decidles que dos especies de gentes » deben comulgar á menudo : los perfectos, porque » estando bien dispuestos, harian un gran mal en no » acercarse á la fuente de la perfeccion y de la santi- » dad, y los imperfectos, á fin de corregirse para » llegar á ser perfectos; los fuertes para no enflaque- » cerse, y los flacos para llegar á ser fuertes; los » enfermos para curarse, y los sanos para no caer » enfermos: y que por lo que hace á vosotros, como » os considerais imperfectos, flacos y enfermos, ne- » cesitais comunicar á menudo con aquel que es » vuestra perfeccion, vuestra fortaleza y vuestro » médico. Decidles que las gentes del mundo, que » no tienen muchos negocios, deben comulgar con » frecuencia, porque tienen comodidad para ello; y » los que están cargados de negocios no deben ha- » cerlo con menos frecuencia, porque tienen necesidad » de mayores auxilios; y que el que trabaja mucho y » se fatiga mucho, debe tambien comer viandas só- » lidas y comer á menudo. Decidles que comulgais » muchas veces para aprender á comulgar bien, » porque apenas se hace bien lo que se hace pocas » veces. » Seguid este sabio consejo. Comulgad con frecuencia, siguiendo el parecer de vuestro director, y procurad que cada comunion sea una preparacion para la comunion siguiente.

2.° No es posible, dice el Sabio, llevar fuego en el seno, y no abrasarse. El amor divino ha encendido, por decirlo así, sobre nuestros altares un gran brasero

en la adorable Eucaristía, y acercándose á este fuego sagrado es como los santos se han abrasado en un amor ardentísimo y tiernísimo á Jesucristo. Acercaos, pues, á él cuantas veces os lo aconsejare vuestro director, y vivid tan santamente, que podais acercaros con frecuencia. No dejeis nunca de prepararos para la comunion desde la víspera. Todos los libros de piedad están llenos de prácticas santas para la comunion; adoptad una constante. Pero siempre es la mas útil la que sugiere el corazon, y en la que él tiene mas parte. Emplead todo el dia de la comunion ó en prepararos para ella, ó en dar gracias. No dejeis de asistir, si es posible, á los divinos oficios, y pasad una media hora por la tarde delante del Santísimo Sacramento.

DIA DE LA OCTAVA

DE LA FESTIVIDAD

DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

Las fiestas solemnes de la Iglesia tienen su octava, esto es, su solemnidad dura ocho dias, en cada uno de los cuales se celebra siempre la misma fiesta. El dia octavo es tan célebre como el primero. La Iglesia ha tomado esta regla del antiguo Testamento. Mandando el Señor á Moisés que haga celebrar la fiesta llamada de los Tabernáculos ó de las Tiendas con mucho aparato y solemnidad, le dice: El primer dia será celebérrimo y santísimo, y el octavo no cederá al primero en celebridad, en devocion y en culto; y san Juan llama á este último dia el gran dia de la fiesta (1). Este es el espíritu de la Iglesia celebrando la festividad de este dia, que es el último de la octava de la fiesta de Dios; renovando en algun modo en él la solemnidad del primer dia de la fiesta. Llámase vulgarmente este dia el de la fiesta menor de Dios, porque se deja en libertad al pueblo de que trabaje, no obstante que en algunos parajes se guarda. Como en este último dia termina toda la solemnidad del triunfo de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, la Iglesia exhorta á todos sus hijos á que redoblen su fervor, su culto y su devocion, haciendo llevar en

(1) Joan. 7. 16.

triunfo á Jesucristo en las procesiones particulares que hoy se hacen en los pueblos.

Ninguna fiesta, en verdad, deben celebrar los fieles con mas empeño, mas zelo y mas devocion que esta. Su objeto es Jesucristo en la adorable Eucaristía; el motivo de reconocimiento es el amor inmenso que en ella nos testifica; el motivo de justicia son los ultrajes sacrílegos que le hacen los herejes en este estado humilde en que su amor le ha puesto, y las frecuentes profanaciones de los malos cristianos: los bienes infinitos que hallamos en este tesoro inagotable de las gracias y de las misericordias del Señor deben excitar nuestro zelo, reanimar nuestra fe y abrasar nuestro corazon con el fuego del divino amor. ¿Ignoramos todo lo que contiene, todo lo que nos dice, todo lo que nos arguye este divino misterio? ¿Podia darnos Jesucristo una prueba mas sensible ni una prenda mas brillante del exceso de su amor? ¿Hubiéramos exigido jamás de su amor excesivo á nosotros una maravilla tan incomprensible? pero ¿hemos olvidado todo lo que ha sufrido de los malos cristianos y del furor impío de los herejes en este misterio de amor?

Este es el mas grande de todos los milagros de Jesucristo, dice santo Tomás: el milagro de su amor á nosotros, dice san Cirilo. Si alguna cosa pudiera alterar mi fe sobre este misterio, dice un gran siervo de Dios, no seria ciertamente del poder infinito que Dios ostenta en él de lo que yo dudaria, mas bien seria del amor extremo que en él nos testifica. ¿Cómo lo que es pan se convierte en carne sin dejar de parecer pan? ¿cómo el cuerpo de un hombre se halla á un mismo tiempo en muchos lugares? ¿cómo puede

estar encerrado en un espacio cuasi indivisible? Á todo esto no tengo mas que responder sino que Dios todo lo puede. Pero si se me pregunta cómo puede componerse que Dios ame á una criatura tan flaca, tan imperfecta, tan ingrata, tan miserable como el hombre, y que le ame con pasion, con trasporte, que tenga por este hombre solicitudes que un hombre aun no tendria por otro hombre; confieso que no tengo respuesta alguna que dar, y que es una verdad que sobrepuja á todo entendimiento criado. Esto es lo que ha hecho decir á san Bernardo que el sacramento del Altar es el amor de los amores, esto es, el efecto del mas grande de todos los amores. ¿Quién no quedará trasportado de admiracion, exclama san Cirilo, considerando que este pan mudado no en apariencia sino realmente, no en figura sino en su naturaleza, se hace por la omnipotencia de Dios la propia carne de Jesucristo? El que come esta carne, dice san Cirilo, y bebe esta sangre, se hace un mismo cuerpo y una misma sangre con Jesucristo. ¡Qué gloria para los cristianos, y qué amor de Dios! continúa este padre: por la participacion de los divinos misterios venis á ser una misma carne, por decirlo así, y una misma sangre con Jesucristo. Me atrevo á decir, dice san Agustin, que aunque el poder de Dios es infinito, no ha podido darnos nada mas grande; aunque su sabiduría es ilustradísima, no ha sabido hallar un medio mas excelente de hacernos bien; y aunque sus riquezas son inmensas, no ha tenido con que hacernos un presente mas magnífico. ¿Seria esto así, si, como se atreven á sostener los protestantes, la Eucaristía no fuese mas que la figura del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, y no la realidad? Esta es la re-

flexion que hace el santo doctor: Diciendo Jesucristo, dice él, el que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí, y yo en él, demuestra con toda claridad que no habla de comer su cuerpo y beber su sangre en signo ó en figura, sino verdadera y realmente. Así es, dice en otra parte el mismo santo doctor, que nadie come esta carne sin que antes la haya adorado, y no solamente no se peca adorándola, sino que seria un pecado el no adorarla. Porque al fin, la carne que el Salvador nos da á comer en la Eucaristía, es la misma que tenia viviendo visiblemente entre nosotros. ¿En qué consistió, pues, prosigue aun hablando el mismo padre, en qué consistió que, habiendo dicho Jesucristo que su carne es verdaderamente un alimento, y que si no se come su carne, si no se bebe su sangre no se obtendrá la vida, se escandalizaron muchos de sus discípulos, y dijeron: *Duro es este discurso; quién es el que puede oirlo con serenidad?* Esto consistió, dice san Agustin, en que ellos entendieron lo que el Salvador les decia de un modo enteramente carnal y en mal sentido. Creyeron ellos que trataba de darles su carne á pedazos, y que queria que la comiesen como se comeria un cadáver. Desde entonces muchos de sus discípulos se retiraron, y no le siguieron mas. Si Jesucristo no hubiese querido hablar mas que de la figura de su cuerpo y de su sangre en la Eucaristía, ¿hubiera dejado de explicar su pensamiento á aquella multitud de discípulos á quienes la suncion de su carne habia chocado tanto? ¿Hubiera dejado perder tantas gentes que le habian seguido hasta entonces, por no decirles que esta suncion de su carne no era mas que en figura; que lo que les escandalizaba no era mas que una manera de hablar alegórica; que

este pan vivo de que les acababa de hablar no era, en su modo de sentir, mas que la figura de su cuerpo vivo; y que así como no se habian escandalizado cuando le habian oido decir que él era la verdadera vid, tampoco debian ofenderse cuando decia que su carne era verdaderamente un alimento que les habia de dar á comer? El Salvador, que tanto interés tenia por la salud de aquellos que le seguian, no les desengaña acerca de la realidad y de la verdad que les escandaliza. Se contenta con reprender su modo de concebir grosero y carnal, diciéndoles : Vosotros creeis que yo os hablo de comer mi carne como se comen las demás viandas; no, mi carne debe ser alimento de vuestras almas, y no de vuestros cuerpos. Aun cuando deba dárseos verdaderamente, será sin embargo de un modo enteramente milagroso, y no aprovechará sino á aquellos que tuvieren una fe viva y un corazon puro. Este milagro solo mi omnipotencia puede obrarlo. Para creer esta maravilla es menester la fe; *y hay entre vosotros*, dice á sus discípulos, *quienes no creen*. Muchos de sus discípulos se retiraron Esta desercion hasta de los discípulos, despues de la explicacion que Jesucristo acababa de darles, es ciertamente, como ya se ha dicho, una prueba evidente de que ellos siempre tomaron sus palabras por una promesa de darles realmente su cuerpo á comer y su sangre á beber. Si todas estas cosas, en órden á este misterio, no hubieran debido suceder mas que en figura, la bondad y aun la justicia del Salvador dicen los padres, exigian que les desengañase, puesto que su error y su crímen solo hubiera estado en tomar las palabras de su Maestro en el sentido que naturalmente debian tener. Por lo demás, los discípulos

de que aquí se habla no eran del número de los setenta y dos. Aun no los habia escogido Jesucristo.

La participacion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en la Eucaristía, dice san Basilio, es necesaria para alcanzar la vida eterna. No hay verdad de fé mejor establecida, ninguna mas claramente explicada por la fe unánime de todos los siglos, que la de la realidad del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

Los herejes, dice san Ignacio mártir, que vivia en el siglo I, y que ha sido uno de los principales discípulos de los apóstoles, y particularmentede san Juan; *los herejes*, dice, *se abstienen de la Eucaristía, porque no quieren confesar que sea la propia carne de nuestro Salvador Jesucristo, la misma que ha padecido por nuestros pecados, y que Dios ha resucitado; y negando este don de Dios, tienen la desgracia de morir en su obstinacion.* Exhortando en seguida á los fieles á que no falten nunca á la asamblea, esto es, á la iglesia los dias de comunion: Acordaos, les dice, que el pan divino que comeis es el remedio eficaz para conseguir la inmortalidad, y el soberano antídoto que, preservando al alma de todo lo que puede darle muerte, le conserva la vida

San Justino, uno de los mártires mas ilustres del siglo II, en su célebre apología en favor de los cristianos, refiere todo lo que se practicaba en la celebracion de nuestros sagrados misterios y en la comunion. Por lo demás, dice, este divino alimento, que nosotros llamamos Eucaristía, no se da sino á aquellos que creen verdaderamente que está aquí el cuerpo y la sangre de Jesucristo, y que se han preparado para ella lavándose en el baño de la peniten-

cia : porque solo á los que viven la vida de la gracia, es á quienes Jesucristo se da á comer; por esto no le recibimos como un pan ordinario, sino que, así como por la omnipotencia de Dios el Hijo de Dios se ha hecho hombre, y ha tomado un cuerpo como el nuestro por nuestro amor, así tambien sabemos que por la misma omnipotencia de Dios este cuerpo y esta sangre del Hijo de Dios hecho hombre se hace nuestro sagrado alimento. Sabemos por los mismos apóstoles que habiendo dicho Jesucristo : Esto es mi cuerpo, esto es mi sangre, y habiéndoselo dado á comer y á beber, les mandó que hiciesen lo mismo en memoria de él.

San Ireneo, obispo de Leon, tan célebre en el siglo III, escribiendo contra las herejías : Despues que Jesucristo, dice, habiendo tomado el pan comun, y habiéndole consagrado, ha asegurado que era su verdadero cuerpo, como la Iglesia lo ha recibido de los mismos apóstoles; ¿cómo los herejes, que niegan la divinidad del Verbo, podrán creer la realidad de la Eucaristía, esto es, que ha sido consagrada? Por lo que hace á nosotros que creemos firmemente la divinidad de Jesucristo, creemos tambien firmemente el misterio adorable de la Eucaristía; lo que vale tanto como si este gran santo dijese : No puede creerse la divinidad de Jesucristo, sin que se crea la realidad del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía; y negar la realidad del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en la adorable Eucaristía, es negar la divinidad de Jesucristo.

Y pues que el Verbo dice : Esto es mi cuerpo, persuadámonos de la verdad de estas palabras, dice san Juan Crisóstomo que florecia en el siglo IV de la

Iglesia, y á quien los papas llaman el Agustin de los Griegos. Creamos y miremos á Jesucristo con los ojos de la fe en este sacramento. Jesucristo está realmente en este adorable misterio, pero invisiblemente bajo de las especies visibles. Este divino Salvador se acomoda á nuestra naturaleza. Si no tuviésemos cuerpo, nada habria corporal en los dones que Dios nos hace; mas porque nuestra alma está unida á un cuerpo, Jesucristo se nos ha dado invisiblemente, pero bajo de apariencias visibles y sensibles. ¿Cuántos hay que dicen: Yo quisiera ver á nuestro Señor revestido con el mismo cuerpo en que vivió sobre la tierra? quedaria yo encantado al ver su rostro, sus vestidos y hasta su calzado. Y yo os digo, responde este gran santo, que él mismo realmente es el que tocais y poseeis: desearíais ver sus vestidos, y es á él mismo á quien teneis: no solo os permite que le toqueis, sino tambien que le recibais dentro de vosotros, que le comais.

San Ambrosio, san Agustin, san Jerónimo, que en el siglo V eran las luces y los oráculos del mundo cristiano, hablan del Santísimo Sacramento del altar, como lo habia hecho siempre la Iglesia en los siglos precedentes, y como lo hace todavía en el presente; y seria nunca acabar si hubiera de referirse todo lo que confunde, y hace tan lastimosa la impiedad y la ceguera de los herejes de estos últimos tiempos. ¿Qué sentimientos de lástima y de compasion no deben causarnos aquellos que, imitando á los falsos discípulos de Jesucristo que se retiraron, dicen como ellos: Duro es este modo de hablar; quién hay que pueda tolerarlo? Por lo que hace á vosotros, fieles verdaderos, dice san Juan Crisóstomo, responded

como san Pedro : ¿A quién iremos? Vos teneis palabras de vida eterna. Creed la palabra de Jesucristo; considerad cuánto os honra el ser admitidos á la mesa del Hijo de Dios. No haya para nosotros otro sentimiento en esta vida, dice el mismo santo, que el estar privados de este divino alimento, de estos manjares deliciosos.

La misa de este dia es la misma que la del primer dia de la fiesta. *Les ha alimentado con la flor del trigo, y les ha hartado con la miel de la piedra.* ¿Qué pastor, exclaman aquí los padres, ha mantenido jamás á sus ovejas con su propia carne? Esta es la flor del trigo, pero del trigo de los elegidos. ¡Qué dulzuras no gustan en este banquete las almas puras! Jamás fué tan dulce la miel en la boca, como lo es Jesucristo para un corazon puro. Al salir de esta divina mesa, seamos, dice san Juan Crisóstomo, como leones que no respiran mas que fuego y llamas; hagámonos terribles á los demonios, y no pensemos ya en otra cosa que en el amor inmenso que nos testifica Jesucristo en la divina Eucaristía. Nadie, pues, se acerque á esta mesa sagrada con disgusto, con negligencia, con frialdad. Vaya lejos de este banquete sagrado todo falso discípulo, todo profanador, todo el que no esté revestido de la ropa nupcial. La mesa sacrosanta no admite tan indignos convidados : este divino alimento es solo para los discípulos; el mismo Jesucristo, continúa el mismo santo, es el que lo ha dicho : *Yo celebro la Pascua con mis discípulos.* Estos son los que deben alimentarse de la flor del trigo puro, y de la miel que se gusta en esta divina mesa. Aquí se da, añade san Juan Crisóstomo, aquí se da la misma cena que Jesucristo hizo con sus apóstoles la víspera

de su pasion; no hay ninguna diferencia, es el mismo Salvador, los mismos manjares, el mismo milagro. Porque, no debemos pensar que aquella la haya hecho Jesucristo, y que esta la haga un puro hombre; el mismo Jesucristo es el que hace las dos.

Como se ha dado ya la explicacion de la epístola en el dia de la fiesta, bastará dar en este dia la del evangelio.

Este no es otra cosa que una exposicion del gran misterio de la Eucaristía. Queriendo Jesucristo disponer los ánimos, á fin de que concibiesen el milagro que queria hacer antes de su muerte de la real transustanciacion del pan y del vino en su carne y en su sangre para que sirviese de alimento y de bebida á nuestras almas, habló muchas veces á sus discípulos de un alimento enteramente divino que queria darles, el cual, alimentando el alma y comunicándole la vida de la gracia, le procuraria tambien la vida bienaventurada por toda la eternidad. Para una maravilla tan estupenda era necesaria esta preparacion de los ánimos; así que el Salvador hizo un discurso bastante largo para disponer aquellos entendimientos, todavía tan groseros, á creer una verdad tan admirable y tan importante. Ni comenzó á hablarles del misterio de la Eucaristía hasta despues de haber hecho el milagro de la multiplicacion de los cinco panes, con lo cual parece que el Salvador quiso convencerles de su omnipotencia, antes de hablarles de un misterio en el que era absolutamente necesaria esta omnipotencia, y en el que aparecia de un modo tan claro.

Viendo Jesucristo el ansia con que seguian, dijo á los que estaban junto á él: Vosotros no me buscais atraidos tanto de los milagros que me habeis visto

hacer, como á causa de los panes que habeis comido. Los panes que yo os he dado os han satisfecho, y los habeis encontrado de un gusto delicioso. Esto es lo que os atrae, esto es todo lo que buscais. Elevad, pues, mas vuestros pensamientos y vuestras esperanzas; desead un alimento mucho mejor, un alimento que hace vivir eternamente. El que lo da, y á quien se lo debeis pedir, es el mismo que os habla; es á un mismo tiempo Hijo de Dios, é Hijo del hombre, el cual hasta ahora nada os ha dicho que su Padre no haya aprobado y como sellado con su sello; de este mismo Padre ha recibido el poder para hacer todos los milagros que habeis visto, y que son señales sensibles de la divinidad, cuya plenitud reside corporalmente en el, y obra todas las maravillas que hace.

Este discurso les dió bien á entender que el pan de que Jesus hablaba no era de la misma especie que el pan comun; y despertó en ellos una ansia tal de comerle, que inmediatamente preguntaron qué era preciso hacer para hacerse dignos de ello. Lo que debeis hacer, respondió entonces el Salvador, es tener una fe viva y entera, y creer en el que el Padre ha enviado. Déjase entender muy bien en estas palabras, que el Salvador queria significarles que para llegarse al gran misterio de la Eucaristía de que les hablaba, era necesaria una fe perfecta; y su respuesta manifestó bastantemente que la mayor parte de los que le oian no tenian una fe bastante pura, ni una idea adecuada del gran don que queria hacerles; así que inmediatamente replicaron: ¿Qué milagros haces para mostrar tu poder, y obligarnos á creer tu palabra! Si hubiésemos visto alguno que durase largo tiempo, y que

hubiera sido útil generalmente á todo el pueblo, tal como fué el del maná del desierto, inmediatamente te hubieras hecho dueño de la adhesion de nuestros ánimos; pero ¿qué tienen de extraordinario unos milagros que se obran en un momento, y que á tan pocos aprovechan? Es muy probable que los que hablaban así, no se habian tal vez hallado en el desierto cuando con cinco panes satisfizo á cinco mil personas; y es visible que fueron de los que, habiéndole oido hablar en seguida mas positivamente sobre el misterio de la Eucaristía, se retiraron, y no volvieron á ser discípulos suyos.

El maná, le dijeron, que nuestros padres han comido, era, segun la relacion de nuestras antiguas Escrituras, un pan que diariamente venia del cielo, el cual fué el alimento ordinario del pueblo en los cuarenta años que permaneció en el desierto, y por el que hemos venido en conocimiento de la santidad y del poder de nuestro ilustre legislador Moisés, y en que además se funda la diferencia que damos á su testimonio, como de un hombre manifiestamente enviado de Dios. Este mal razonamiento de los judíos causó al Salvador mas bien compasion por su ignorancia, que indignacion por su incredulidad. Díjoles con mucha dulzura, pero con un tono afirmativo y como maestro, que el maná que Moisés habia dado á sus padres no era propiamente el pan del cielo, sino solo su figura; que el verdadero pan del cielo era el que les daba Dios su Padre, y que no habia otro que este que hubiese descendido del cielo para dar la vida al mundo. Si así es, le dijeron, si Dios se digna darnos á comer este pan celestial, haz de modo que no carezcamos jamás de él. No esperaba Jesucristo, por

decirlo así, mas que esta ocasion para descubrirles el misterio de los misterios. Habléles de él tan claramente, que es necesario cegarse á sí mismo y llevar hasta el exceso la tenacidad para no creerlo. No tenemos en nuestra religion una verdad de fe que Jesucristo haya explicado con tanta claridad, ni de un modo mas sensible.

Yo soy, les dice, *el verdadero y el solo pan de vida:* el que viene á mí no tendrá mas hambre, y el que cree en mí no tendrá nunca sed. Pero yo soy el que os lo he dicho, vosotros me habeis visto, y sin embargo no creeis. ¡Qué bien cuadra esta reprension del Salvador á los herejes! Viendo el Hijo de Dios que muchos murmuraban de él, porque habia dicho: Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo, tuvo á bien el explicarles la verdad de este misterio, confirmando en los mismos términos y aun en términos mas claros lo que les habia dicho: *Yo soy el pan de vida:* sí, y un pan muy diferente que el maná, el cual no ha podido jamás librar de la muerte á vuestros padres que comian de él en el desierto, ni ha podido ser para ellos una prenda de la vida eterna. Solo el pan vivo que ha bajado del cielo es el que da la vida; y yo soy este pan vivo, y os prometo que los que se hicieren dignos de este pan, vivirán para siempre.

Comienza aquí Jesucristo á hablar positivamente de la suncion real y verdadera de su cuerpo. Son tan expresas las palabras de que se sirve, que los judíos, aunque acostumbrados á un estilo figurado y metafórico, no pudieron menos de tomarlas en el sentido propio y literal; y el Salvador, lejos de dulcificar ó de modificar lo que acababa de decir, continúa explicándose en términos todavía mas formales y mas ma-

nifiestos. *Si*, les dice, *el pan que yo os daré es mi propia carne.* Estas palabras tan expresas, tan claras, hicieron toda la impresion que debian hacer naturalmente. ¿Cómo puede ser, se decian unos á otros, que este hombre nos dé á comer su carne? En verdad, si este divino Maestro, cuyas palabras son otros tantos oráculos, no hubiese querido dejar á los fieles mas que una figura de su cuerpo, y no darles mas que el pan comun, ¿hubiera podido ver y oir á sangre fria y sin explicarse la disputa que se suscitó entre sus oyentes y sus discípulos? ¿No era fácil y necesario, para sosegar los ánimos conmovidos, decirles que este pan misterioso de que hablaba no debia ser mas que una figura de su propia carne? Mas como aquí se trataba de uno de los puntos principales de la fe, y de una verdad importante contra la que debian suscitarse y vomitarse tantos errores en los siglos sucesivos, Jesucristo confirma con términos todavía mas expresivos y mas fuertes lo que habia sentado en órden á este divino misterio. Sí, dice el Salvador, disputad cuanto quisiéreis, y mirad mi proposicion como una verdad incomprensible: en verdad, en verdad, os lo repito, si no comeis la carne del Hijo del hombre, y no bebeis su sangre, no tendréis la vida en vosotros; y vivid persuadidos que el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna. ¡Qué prueba tan concluyente de la realidad del cuerpo de Jesucristo en el Santísimo Sacramento es esta verdad, tantas veces repetida y expresada en términos tan claros á unas gentes á quienes se les hacia tan dura! Y como si el Salvador no se hubiese aun explicado bastante, añade: *Porque mi carne es*, no en figura, sino *verdaderamente una comida, y mi*

sangre es verdaderamente una bebida. Al oiros hablar así, ó Salvador mio, exclama el sabio intérprete que queda ya citado, no temo pronunciar que si yo estoy engañado, sois vos el que me engañais; el hereje rehusa adoraros bajo de las especies de pan, porque no comprende cómo podeis estar allí; ¿y comprende mejor cómo sois uno en tres personas? ¿os habeis explicado con mas claridad acerca del misterio de la Trinidad, que lo habeis hecho sobre el de la Eucaristía? y queriendo enseñarnos que estais realmente presente bajo de las apariencias de pan y de vino en la Eucaristía, ¿podíais hacerlo de un modo mas preciso, mas expreso, ni en términos mas claros?

Diríase que como si Jesucristo reeelase no haberse explicado bien todavía sobre la realidad de este misterio, á la manera que cuando tememos no haber sido bien entendidos en lo que hemos querido decir, repetimos muchas veces la misma cosa y con expresiones diferentes para hacer comprender mejor el verdadero sentido, así Jesucristo hace lo mismo tocante á la Eucaristía. Yo soy el pan de vida, el pan vivo que ha descendido del cielo. ¿Murmuran los judíos contra él, porque ha dicho que él es el pan vivo? Jesus les responde: No murmureis entre vosotros. Sí, yo soy el pan de vida; vuestros padres han comido el maná, y han muerto. Aquí está el pan bajado del cielo, á fin de que si alguno come de él, no muera. Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo; si alguno come de este pan, vivirá eternamente. ¿Me explico, y comprendeis vosotros mi pensamiento? Este pan celestial de que os hablo, y que yo os daré, es mi carne. Dice: El pan celestial que yo os daré, porque no habia instituido todavía el sacramento de la Euca-

ristía; y aquí explicaba este misterio que no debia instituir hasta la víspera de su muerte. Disputais entre vosotros, les dice el Salvador, cómo puede ser que yo os dé á comer mi carne. Ciertamente que si Jesucristo no hubiese querido hablar mas que de la figura de su carne, este era el lugar en que debia explicar su pensamiento; lo explica en efecto, y del modo mas claro, pero es para no dejar duda alguna sobre la realidad. En verdad, en verdad, responde Jesus (notemos que cuando Jesucristo queria decir alguna cosa que mereciese una atencion particular, ordinariamente lo hacia con estas expresiones : *en verdad, en verdad os digo*), en verdad, en verdad os digo, responde Jesus, si no comeis la carne del Hijo del hombre, ni bebeis su sangre, no tendréis la vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, añade, tiene la vida eterna. *Porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida.* Y como entre todas las maneras de union no conocemos otra mas íntima que la que se hace por el alimento, añade Jesucristo : *El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí, y yo en él : y como yo vivo por mi Padre, del mismo modo el que me come vivirá tambien por mí;* esto es, que así como Jesucristo es uno con su Padre, por razon de la naturaleza divina, y por su Padre le ha sido comunicada esta vida divina, así tambien, guardando la debida proporcion, él se hace el principio de una vida espiritual y divina en aquellos que se unen á él por la participacion de su cuerpo y de su sangre. *Este es el pan que ha venido del cielo : el que come de este pan vivirá eternamente.*

Enseñaba Jesucristo este misterio en la sinagoga de Cafarnaum. Muchos de sus discípulos, bien penetra-

dos del sentido de esta verdad, no pudieron resolverse á creerla : tanto les chocaba la realidad del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, que dejaron al Salvador. Este no les llamó, les dejó que se fuesen, contentándose con decir, que sabia bien que entre los que le seguian habia quienes no tenian fe. *Hay algunos de vosotros que no creen*, dijo á sus verdaderos discípulos; *porque*, añade el Evangelista, *siempre habia conocido á los que no creian.* Y dirigiéndose á los apóstoles, les dijo: *¿Quereis tambien vosotros marcharos?* lo cual hizo decir á san Pedro en nombre de todos : *Señor, ¿y á quién iremos? Vos teneis palabras de vida eterna*; como si dijese : no es posible ser salvo ninguno, si no se creen vuestras palabras. Por incomprensible que sea al entendimiento humano el misterio que acabais de enseñarnos, nosotros creemos que nada hay tan cierto como él, puesto que estamos persuadidos que sois el Mesías, el Hijo único de Dios vivo, y que nada os es imposible, porque sois omnipotente.

La fiesta que celebramos durante esta octava ha sido instituida en honor del cuerpo de Jesucristo. Era justo que este cuerpo adorable, unido sustancialmente á la divinidad, que habia sido tan maltratada en la tierra, recibiese en fin el honor y el culto que le era debido. Esta es sin duda una de las razones que movieron al Hijo de Dios á instituir este adorable misterio. El honor que el Verbo habia hecho á la carne contrayendo con ella una alianza tan estrecha en su encarnacion, por la cual el Verbo se ha hecho carne, pedia que esta carne unida al Verbo fuese honrada y adorada sobre la tierra; y las humillaciones extremas á que habia sido reducido en su pa-

sion y durante su vida mortal, exigian que fuese el objeto del culto religioso mas perfecto en el mundo cristiano; y para satisfacer á este doble deber, se hace hoy la ceremonia de llevar con pompa el cuerpo del Hijo de Dios. 1.° En memoria de haberse llevado el Señor á sí mismo, cuando distribuyó á sus apóstoles su carne y su sangre en su última cena, dice uno de los mas célebres oradores cristianos. 2.° En accion de gracias por haber ido él mismo en otro tiempo recorriendo las ciudades y las aldeas. 3.° Para ofrecerle una reparacion auténtica por los oprobios que sufrió en las calles de Jerusalen cuando fué conducido de tribunal en tribunal. 4.° Para tributarle el honor que le es debido por las victorias que ha conseguido sobre la herejía en el sacramento adorable de su cuerpo. Para darle, en fin, como una pública satisfaccion por tantas sacrílegas profanaciones, tantas irreverencias y faltas de respeto, tantos ultrajes como ha recibido y recibe aun todos los dias en la Eucaristía. ¿Cuál, pues, debe haber sido en esta octava, y sobre todo en este último dia, la ocupacion de una alma fiel, conformándose, como debe hacerlo, con el espíritu y los sentimientos de la Iglesia, á fin de honrar con ella la carne adorable del Redentor?

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

O Dios, que habeis dejado la memoria de vuestra pasion en un misterio tan admirable; concedednos la gracia de que de tal modo reverenciemos los sagrados misterios de vuestro cuerpo y de vuestra sangre, que sintamos continuamente en nuestras almas el fruto de la redencion que nos habeis merecido. Vos que vivis y reinais, etc.

La epístola está tomada de la primera carta de san Pablo á los Corintios, cap. 11.

Hermanos mios: Yo he aprendido del Señor lo que os he enseñado: que el Señor Jesus en la misma noche en que iba á ser entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió, y dijo: Tomad y comed, esto es mi cuerpo, el cual será entregado por vosotros; haced esto en memoria de mí. Del mismo modo, despues de haber cenado, tomó el cáliz, y dijo: Este cáliz es el Testamento nuevo por mi sangre. Haced esto en memoria de mí todas las veces que bebiéreis de él. Porque todas las veces que comiéreis de este pan, y bebiéreis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que él venga. Cualquiera, pues, que comiere de este pan, ó bebiere de este cáliz indignamente, será reo de crímen contra el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Así que, examínese el hombre á fondo á sí mismo, y hecho esto, coma de este pan, y beba de este cáliz; porque el que come y bebe indignamente de él, come y bebe su condenacion por no discernir el cuerpo del Señor.

NOTA.

Refiere san Pablo en este undécimo capítulo de su primera carta á los Corintios la institucion que Jesucristo hizo del sacramento de la Eucaristía, y el crímen y el castigo de los que se acercan indignamente á ella. El pormenor á que, á ejemplo de los evangelistas, desciende en todas las circunstancias, basta para confundir la impiedad de los herejes que se han rebelado contra una de las verdades de fe mejor establecidas, la mas claramente explicada, y la mas notable de todas las verdades de nuestra religion.

REFLEXIONES.

Haced esto en memoria de mí. Si antes de la venida del Salvador del mundo, cuando el Señor no se pre-

sentaba sino entre el fuego y los relámpagos, ni hablaba sino con la voz del trueno; en aquellos dias de rigor en que Dios exigia un culto tan respetuoso, y en que castigaba con tanta severidad las mas pequeñas faltas que se cometian contra el respeto que se le debia; si en aquel tiempo, repito, se hubiese previsto por un espiritu profético lo que nosotros hemos visto despues; si los israelitas, dice un gran siervo de Dios, hubiesen comprendido bien el sentido de tantas figuras, como el sacrificio de Melquisedec, el maná, los panes de la proposicion, el pan de Gedeon y el de Elías; si se les hubiese dicho que este Dios, tan terrible entonces, se abatiria hasta venir á nuestros altares, que su amor le llevaria hasta darse á comer todo entero bajo de las apariencias de pan, haciéndose nuestro sustento; si se les hubiese dicho que se dejaria encerrar dia y noche en nuestros tabernáculos, y exponer á las irreverencias y á los ultrajes de sus siervos, ¿lo hubieran creido? Sin embargo, ha llegado á verificarse lo que les hubiera parecido aun mas increible, y que lo es en efecto á la razon natural: ¿hubieran podido jamás creer que abatiéndose de este modo, dándose, prodigándose así un Dios á los hombres, no hubiese reportado de ellos otra cosa que la indiferencia? ¿que estos hombres no se dignarian hacerle la corte; que hasta llegarian á olvidarle y maltratarle; y que un Dios convertido en su alimento seria recibido con disgusto? Confesemos que esta indiferencia, este disgusto en los cristianos es tan incomprensible como el mismo misterio de la Eucaristía. Apenas puede darse otra razon de un hecho tan poco verosímil, y tan verdadero sin embargo, que atribuyéndolo á falta de fe, y que la fe de este mis-

terio está cuasi extinguida en la mayor parte de los fieles. Pero ¿compréndense las consecuencias de esta verdad? No creer la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento es ser hereje; creerla, y mirar á Jesucristo en este divino Sacramento con indiferencia, con tedio, con poco respeto, y alejarse de él, es impiedad, es irreligion. No hay temperamento, no hay medio entre estas dos verdades. Creer que Jesucristo está realmente presente en nuestros altares, y no pensar en él ni dignarse visitarle, no tener ningun conato, ninguna hambre de un alimento tan exquisito, de este pan vivo que es la fuente de la vida eterna, ¿no es irreligion? No choca tanto este desórden, porque se ha hecho comun; pero no por eso es menos criminal: y esta irreligion de que apenas hay ya quien se avergüence, ¿no es la causa de todos los azotes que la cólera de un Dios justamente irritado descarga sobre todo su pueblo? Que los paganos hayan profanado nuestros templos y despreciado los mas sagrados misterios, deben sí hacernos gemir los ultrajes que en esto se han hecho al Señor; pero aquí no es tan extraña la abominacion de la desolacion: que los herejes, estos discípulos traidores y apóstatas, esta raza de víboras vomiten las mas horribles blasfemias contra Jesucristo, y que no cesen de gritar, *quitalo, quitalo, crucificalo*, su rabia y su furor diabólico deben sí excitar nuestras lágrimas y nuestra indignacion; pero ¿qué puede esperarse de unos enemigos los mas furiosos del Salvador, y de quienes se sirve el infierno para ultrajar á Jesucristo en la Eucaristía? Mas lo que es tan extraño como impío, es la manera indigna con que es tratado Jesucristo en nuestros altares por sus propios hijos, por los que se

llaman fieles. Yo no sé si tenemos algo en la Iglesia mas admirable ni mas chocante.

El evangelio de la misa es tomado del cap. 6 del que escribió san Juan.

En aquel tiempo, dijo Jesus á las turbas de los judíos: Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y como yo vivo por el Padre, del mismo modo el que me come, vive tambien por mí. Este es el pan que ha venido del cielo. No como el maná que han comido vuestros padres, y han muerto. El que come de este pan, vivirá eternamente.

MEDITACION.

DE NUESTRA INGRATITUD CON JESUCRISTO EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuán imposible es al entendimiento humano el comprender el exceso del amor inmenso, infinito, incomprensible que Jesucristo nos testifica en la divina Eucaristía. Es este un misterio, y un misterio en que un Dios se agota, por decirlo así, para probarnos su amor por sus liberalidades. Yo lo confieso, ó Dios mio, yo me pasmo, me sobrecojo cuando pienso en esta maravilla; yo no puedo volver en mí de mi asombro cuando considero todo lo que haceis aquí por nuestro amor. Pero ¿no tengo motivo para asombrarme, y para sobrecogerme mas, cuando considero que todo esto no es capaz de hacer que amemos ardientemente á Jesucristo? ¿Qué amor tan singular no nos testifica en el momento de su encarnacion? ¡qué

ternura en el dia de su nacimiento! ¡qué bondad en todo el curso de su vida mortal! ¡y qué exceso de amor inmolándose por nosotros en la cruz! Pero todas estas pruebas admirables de su amor, ¿no se encuentran renovadas y como reunidas en la Eucaristía? Jesucristo se disfraza en ella bajo de las apariencias de pan; allí renace, por decirlo así, en la oscuridad; allí es inmolado y ofrecido muchas veces al dia en sacrificio. Todo esto no es ya para rescatar á los hombres; está ya plenamente cumplido el misterio de la redencion; el Redentor posee una gloria llena é incapaz de acrecentamiento; no vive, pues, en la Eucaristía de un modo tan inefable, sino para satisfacer el amor inmenso que nos tiene: ¿y qué otro fruto puede sacar de esta muerte sacramental, que el placer de inmolarse él mismo sin cesar á su Padre por nuestro amor? Si á lo menos hubiese comparecido en nuestros altares con aquel aire de majestad y con aquel esplendor tan conveniente á su adorable persona, si se hubiese disfrazado menos, seria mas respetado, es verdad; pero seria tambien mas temido, y su amor no se acomoda con un temor que espanta. Todo lo que puede disminuir ó debilitar la solicitud y la confianza, es contrario á un amor grande. El Salvador divino tiene sus delicias en esta con los hombres; oculta todo lo que puede servirles de razon ó de pretexto para alejarse de él. Los príncipes de la tierra no derraman sus liberalidades mas que en ciertos tiempos y sobre ciertas personas; Jesucristo en el Santísimo Sacramento lo da todo, en todo tiempo y á todos. Venid todos á mí los que estais trabajados y sobrecargados, y yo os aliviaré. ¿Podia presentarnos un motivo que mas nos interesase?

basta ser pobre, estar afligido, para tener derecho de beber en esta fuente de todo bien. La miseria y la adversidad son para nosotros un nuevo motivo de confianza, y con tal que no opongamos obstáculo á ella, podemos estar seguros de ser bien recibidos. En fin, despues de habernos dado todos los bienes de que él es la fuente, este divino Salvador, dándose á sí mismo en este Sacramento para nuestra comida, nos da en ella el manantial de todos los bienes. Hé aquí uno de los principales artículos de nuestra fe; esto es lo que creemos: ¿quién no diria despues de esto que nuestro respeto, nuestras ansias, nuestra hambre, nuestro amor á este divino Salvador iban á ser sin medida, sin límites? ¡Ah! sucede todo lo contrario: parece que hubiéramos amado mas á Jesucristo, si él nos hubiera amado menos. Hé aquí un misterio tan incomprensible como la misma Eucaristía.

PUNTO SEGUNDO.

Considera si es posible amar menos á Jesucristo, y respetarle menos, que lo que hacen la mayor parte de los cristianos en este augusto Sacramento. Sin traer aquí á la memoria todas las profanaciones, todos los malos tratamientos, todas las impiedades, todos los desacatos de un furor diabólico y sacrílego que ha sufrido de los herejes, cuya idea sola causa horror; ¿de qué modo tan indigno no es tratado aun todos los dias por la mayor parte de los que se llaman fieles? ¡Qué indiferencia, qué olvido de este divino Salvador! Todas las reuniones, todas las plazas del pueblo, todos los juegos públicos y los sitios de los espectáculos no se vacían; y Jesucristo ¿tiene mucha

concurrencia todos los dias y á todas las horas del dia en nuestras iglesias donde reside noche y dia? ¡Qué soledad, buen Dios, en vuestro palacio cuasi todo el dia! y si se concurre allí en ciertos dias, ¡qué falta de respeto! ¡qué irreverencias! Estáse allí sin atencion, sin modestia, sin devocion, y podria decirse aun de muchos, sin religion. Esos ademanes mundanos, esas posturas afeminadas, y muchas veces indecentes, esas conversaciones profanas, y acaso hasta escandalosas, ¿indican una gran fe, un amor grande? Al ver en nuestras iglesias esos jóvenes libertinos y esas mujeres mundanas, ¿se dirá que creen que Jesucristo está allí presente; que vienen allí para pedir á su Dios, y para implorar su misericordia? ¿no se dirá mas bien que su presencia escandalosa en aquel lugar es solo para insultar á su Dios? A la verdad, por poca fe que uno tenga, ¿puede mirar sin estremecerse la irreligion con que se presentan en nuestros templos? ¿se trata de rendir un culto respetuoso al Dios que está en nuestros altares con un comportamiento tan irreligioso en su presencia? En el concepto de tantos libertinos ¿pasa Jesucristo por su Redentor, por el supremo Señor del universo, por su soberano Juez? ¿no se creerá mas bien que ellos no le miran sobre nuestros altares sino como un fantasma de divinidad, y como un rey de teatro? Jesucristo en nuestros altares, rodeado con mucha frecuencia de un monton de jóvenes indevotos y de mujeres poco cristianas, como en otro tiempo lo estaba de una tropa insolente de judíos, que le cargaban de injurias y de salivas, ¿sufre el dia de hoy menos oprobios que entonces? ¿Es preciso esperar al fin de los siglos para ver en el lugar santo la

abominacion de la desolacion? ¿Qué otro nombre debe darse á las irreverencias que en él se cometen? ¿qué padre, por poco zeloso que fuese de su autoridad, sufriria que su hijo estuviese en su presencia con tan poco respeto, como se ve á sangre fria que se hace á la presencia de Jesucristo? ¿qué amo sufriria de un criado lo que Jesucristo sufre de la mayor parte de los fieles? Hácese callar á un niño cuando grita ó llora en la casa de una persona decente á quien se hace visita; y en el dia de hoy, desde sus primeros años se les acostumbra, por decirlo así, por una indulgencia criminal á estar con inmodestia en las iglesias desde luego que pueden ir á ellas. ¡Cosa extraña! La presencia de un ídolo inspiraba á los paganos un respeto y un recato que llegaba á ser supersticion. Cualquiera postura menos decente, una palabra dicha por lijereza, una risa involuntaria era un crímen imperdonable: no les era permitido sentarse; todo excitaba al respeto. ¿Será posible, buen Dios, que los paganos nos den lecciones en materia de religion; y que su moderacion supersticiosa enseñe su obligacion á los fieles? ¿puede ir mas lejos la ingratitud á un beneficio tan grande? ¿será creible semejante ingratitud en un cristiano?

Yo me lamento, Señor, con tanto mas dolor, cuanto que yo mismo me reconozco sobradamente culpable de esta impiedad. Mas yo espero con el auxilio de vuestra gracia reparar en lo que me queda de vida mi conducta pasada, y que mi reconocimiento, mi amor y mi respeto serán en lo sucesivo una prueba visible de mi fe.

JACULATORIAS.

¿Hasta cuándo, Dios mio, sufriréis que vuestros hijos os ultrajen, aun mas que vuestros enemigos? *Salmo* 73.

¡Qué culto tan santo y tan respetuoso no se os debe, Señor, en vuestra propia casa y en vuestra presencia! *Salmo* 92.

PROPOSITOS.

1.° Créese que Jesucristo está realmente presente en la Eucaristía; créese que nuestras iglesias son el santuario de la divinidad; miranse nuestros altares como el trono del Dios vivo; ¿y solo se ve un tedio criminal por este pan divino? ¿y se falta al respeto en el lugar santo? ¿y todos los dias se cometen mil irreverencias en nuestras iglesias, y todo esto se hace por cristianos que están prontos, dicen ellos, á derramar su sangre por la fe de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía? Hé aquí lo que no se puede comprender; hé aquí lo que nos daria vergüenza de imaginar y creer, si nuestra propia experiencia, si nuestros ojos no nos presentasen todos los dias tales monstruos de irreligion. Penetrados de un vivo dolor por la memoria de vuestra indevocion y de vuestras irreverencias, igualmente que de las de los demás, no concluyais esta octava sin ofrecer á Jesucristo una reparacion por tantas indignidades. Comulgad hoy para reparar por medio de una piedad tierna y de un nuevo fervor tantas comuniones frias, sin fruto y sacrílegas. Pasad ante el Santísimo Sacramento todo el tiempo que pudiéreis. Asistid á la procesion con espí-

ritu de penitencia, y con el fin de dar una pública satisfaccion á Jesucristo por tantas profanaciones como se hacen de la adorable Eucaristía; este es uno de los principales motivos que ha tenido la Iglesia para instituir esta célebre y augusta solemnidad.

2.° Haced hoy la reparacion pública siguiente delante del Santísimo Sacramento, y cuando la recíteis, procurad que el corazon tenga mas parte en ella que la lengua.

O Jesus, mi Dios y mi Salvador, que por un exceso del mas ardiente y del mas prodigioso de todos los amores os habeis constituido en estado de víctima en la adorable Eucaristía, en donde os ofreceis por nosotros en sacrificio á vuestro Padre un millon de veces cada dia; ¿cuáles deben ser vuestros sentimientos en este estado, no encontrando por tanta fineza, en el corazon de la mayor parte de los hombres, mas que dureza, frialdad, olvido, ingratitud y desprecio? ¿No era bastante. Salvador mio, haber emprendido un camino tan duro para salvarnos, aunque hubiérais podido testificarnos á mucho menos costa un amor excesivo? ¿No bastaba haberos abandonado una vez á la insolencia desenfrenada, á la bárbara impiedad, á la crueldad inaudita de los judíos? ¿Porqué exponeros aun todos los dias en el sacramento de la Eucaristía á todos los improperios, á todos los ultrajes, á todas las sacrílegas profanaciones de que podia ser capaz la malicia de los hombres y de los demonios? ¡Ah, mi amable Salvador! ¡de qué sentimientos debe estar poseido vuestro divino corazon en vista de tantos sacrilegios, de tantos ultrajes y profanaciones!

Penetrado de un vivo dolor y de un extremo senti-

miento por todos estos vilipendios, vedme aquí postrado y anonadado delante de vos para daros una pública satisfaccion á la vista del cielo y de la tierra por todas las irreverencias, desprecios y ultrajes que habeis recibido sobre nuestros altares desde la institucion de este adorable Sacramento. Con un corazon humillado y despedazado de dolor os pido mil y mil veces perdon de todas estas injurias. ¡Que no pueda yo, ó Dios mio, regar con mis lágrimas y lavar con mi sangre todos los lugares en que vuestro sagrado cuerpo ha sido tan horriblemente ultrajado, y recibidas con un desprecio tan extraño las señales de vuestro amor! ¡que no pueda yo con algun nuevo género de homenaje, de humillacion y de anonadamiento reparar tantas sacrílegas profanaciones! ¡que no pueda por algunos momentos ser dueño del corazon de todos los hombres, para reparar en alguna manera con el sacrificio que os haria de ellos el olvido y la insensibilidad de todos los que no han querido conoceros, ó que, habiéndoos conocido, os han amado tan poco, y con tanto ultraje os han despreciado!

Pero ¡ó divino Salvador mio! lo que me cubre todavía mas de confusion, lo que mas debe hacerme gemir, es que yo mismo he sido del número de estos ingratos. Dios mio, vos que veis el fondo de mi corazon, sabeis el arrepentimiento que tengo de mis ingratitudes, y el sentimiento que me aflige por haberos tratado tan indignamente. Vos sabeis la disposicion en que estoy de sufrirlo todo, y de hacer cuanto esté de mi parte para repararlas. Vedme aquí, Señor, con el corazon contrito y humillado, postrado á vuestros piés, pronto á recibir de vuestra mano cuanto os gradare exigir de mí para la reparacion de tantos

ultrajes. Castigadme, Señor, castigadme, yo bendeciré mil veces, yo besaré la mano que ejerciere tan justo castigo sobre mí. ¡Que no sea yo una víctima á propósito para reparar tantas injurias, y para indemnizaros en algun modo de tantos sacrílegos desprecios! Por lo menos, ó Dios mio, dignaos recibir esta reparacion pública que yo hago en union de la que vos hicísteis á vuestro Padre sobre el Calvario, y de la que vuestra divina Madre os hizo al pié de vuestra cruz. Perdonadme tantos vilipendios, tantas irreverencias cometidas en vuestra presencia en el sacramento de la Eucaristía; y haced eficaz por vuestra gracia el vivo y ardiente deseo que tengo y la resolucion en que estoy de no omitir nada en el resto de mis dias para amaros con todo mi corazon, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, y de ofreceros todo el respeto y todo el culto que os es debido en el Santísimo Sacramento. Amen

Es una práctica piadosa, muy santa y muy útil, el hacer esta reparacion todos los jueves ó todos los viernes del año delante del Santísimo Sacramento.

FIN.

TABLA

DE LOS TÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE CUARTO TOMO.

Pág.

DOMINGO DE LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, Ó DE LA PASCUA, 1
Historia de la fiesta de Pascua, *ib.*
La epístola de la misa, 25
Reflexiones sobre la epístola, *ib.*
El evangelio de la misa, 25
Meditacion. — Sobre el misterio de la Resurreccion, 26
Propósitos, 30

LUNES DE PASCUA, 32
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 46
Reflexiones sobre la epístola, 47
El evangelio de la misa, 49
Meditacion. — Sobre la resurreccion espiritual, 50
Propósitos, 54

MARTES DE PASCUA, 55
Historia del oficio de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 65
Reflexiones sobre la epístola, 66
El evangelio de la misa, 68
Meditacion. — Sobre las señales de la verdadera resurreccion espiritual, *ib.*
Propósitos, 72

DOMINGO DE CUASIMODO, 74
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 85

Pag.
Reflexiones sobre la epístola, 86
El evangelio de la misa, 88
Meditacion. — De la fe, 89
Propósitos, 93

Segundo domingo despues de Pascua, 95
Historia del oficio de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 104
Reflexiones sobre la epístola, *ib.*
El evangelio de la misa, 106
Meditacion. — De la misericordia de Dios con los pecadores, *ib.*
Propósitos, 110

Tercer domingo despues de Pascua, 111
Historia del oficio de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 122
Reflexiones sobre la epístola, 125
El evangelio de la misa, 125
Meditacion. — Que en este mundo no hay ni puede haber verdadera alegría sino en el corazon de los buenos, 126
Propósitos, 130

Cuarto domingo despues de Pascua, 131
Historia del oficio de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 145
Reflexiones sobre la epístola, 146
El evangelio de la misa, 148
Meditacion. — Del mundo, *ib.*
Propósitos, 152

Quinto domingo despues de Pascua, 153
Historia del oficio de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 162
Reflexiones sobre la epístola, 163

Pág.
El evangelio de la misa, 166
Meditacion. — De la confianza en Dios, *ib.*
Propósitos, 170

Las Rogaciones, 172
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 186
Reflexiones sobre la epístola, 187
El evangelio de la misa, 189
Meditacion. — De la oracion, *ib.*
Propósitos, 194

La Ascension de nuestro Señor Jesucristo, 196
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 214
Reflexiones sobre la epístola, 215
El evangelio de la misa, 218
Meditacion. — Sobre el misterio del dia, *ib.*
Propósitos, 223

Domingo despues de la Ascension, 225
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 235
Reflexiones sobre la epístola, *ib.*
El evangelio de la misa, 237
Meditacion. — De las contradicciones y pruebas á que están expuestos los buenos, 238
Propósitos, 242

Domingo de Pentecostés, 243
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 263
Reflexiones sobre la epístola, 264
El evangelio de la misa, 266
Meditacion. — Sobre el misterio de este dia, *ib.*
Propósitos, 271

Pág.
Segundo dia de Pentecostés, 272
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 282
Reflexiones sobre la epístola, 283
El evangelio de la misa, 285
Meditacion. — Cuánto nos ha amado Dios, y cuán poco le amamos nosotros, 286
Propósitos, 289

Tercer dia de Pentecostés, 291
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 303
Reflexiones sobre la epístola, *ib.*
El evangelio de la misa, 305
Meditacion. — Sobre los dones y los frutos del Espíritu Santo, 306
Propósitos, 309

La fiesta de la santísima Trinidad, 311
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 324
Reflexiones sobre la epístola, 325
El evangelio de la misa, 327
Meditacion. — Sobre el misterio de este dia, *ib.*
Propósitos, 331

La fiesta del Santísimo Sacramento, ó corpus, 334
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 354
Reflexiones sobre la epístola, 355
El evangelio de la misa, 357
Meditacion. — Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, *ib.*
Propósitos, 362

Domingo infraoctavo del Santísimo Sacramento, y segundo despues de Pentecostés, 364
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*

Pág.
La epístola de la misa, 375
Reflexiones sobre la epístola, *ib.*
El evangelio de la misa, 377
Meditacion. — Sobre las excusas que alejan á muchos de la comunion, 378
Propósitos, 382

Dia de la octava de la festividad del Santísimo Sacramento, 385
Historia de la fiesta de este dia, *ib.*
La epístola de la misa, 403
Reflexiones sobre la epístola, *ib.*
El evangelio de la misa, 406
Meditacion. — De nuestra ingratitud con Jesucristo en el Santísimo Sacramento, *ib.*
Propósitos, 411

FIN DE LA TABLA.

Sceaux. — Imp. Charaire é hijo.